

LA ORQUÍDEA PARÁSITA
ANTOLOGÍA DE LA CRÓNICA URBANA EN NUEVO LEÓN



TIEMPO GUARDADO

LA ORQUÍDEA PARÁSITA
ANTOLOGÍA DE LA CRÓNICA URBANA
EN NUEVO LEÓN

GERSON GÓMEZ



TIEMPO GUARDADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®

Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
Padre mier 909 poniente, esquina con Vallarta,
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición, 2012

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Gerson Gómez

ISBN: 978-607-433-942-0

Impreso y hecho en Monterrey, México
Printed and made in Monterrey, Mexico

*La orquídea parásita
Que inmola, de tronco ajeno,
El zumo delicado, y con la gloria
Del matiz robado
Fabrica el esplendor de su corola.*

Nemesio García Naranjo.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN A LA *ORQUÍDEA PARASITA*, ANTOLOGÍA DE LA CRÓNICA URBANA DE NUEVO LEÓN.

¿Mamá, una crónica nos puede salvar?

La propia etimología de la palabra, es una derivación de la voz griega *kronos* (tiempo), la crónica, es el género periodístico por excelencia, fue ya, siglos antes de la existencia del periodismo como medio de comunicación social, un género literario, en virtud del cual el cronista relataba hechos históricos, según un orden temporal.

La crónica no nace con el Periodismo, ni con la invención de la imprenta.

Viene con el devenir histórico, de la tradición literaria y se desarrolló, adaptándose a las páginas de la prensa.

Se ha hecho acompañar de la amplitud de temas y de sus objetos de información que ha ido adquiriendo como género periodístico literario, literario periodístico.

La crónica urbana es el salto de liebre, marcado por la libertad temática.

En la crónica urbana, existe un juego lúdico entre la información interpretativa y valorativa de hechos actuales.

Allí se narra y, al propio tiempo, se juzga lo narrado. No es reportaje puro, tampoco artículo literario. La crónica urbana, es un género ambivalente.

Rueda mi mente y no se detiene, y no lo dejo de pensar.

La capacidad del cronista urbano, su estilo, el tema en cuestión, no se ata a la estructura de la pirámide invertida, la forma en orden descendiente. La narración deviene la forma privilegiada y central del discurso en la crónica y, por tanto, el cronista tiene que prestar atención a los modos más efectivos de contar una historia, un hecho o asunto, en torno a los cuales se articula su objetivo y el lenguaje que empleará.

El cronista urbano se adapta al vocabulario, al lenguaje, a la sintaxis, a la reconstrucción textual de lo visto o vivido, leído o imaginado.

Esa actitud, integra el objetivo central de la crónica, conforman su hilo conductor.

La frase corta y párrafo breve, pegadora, ritmo rápido, con empleo de recursos estilísticos como la metáfora, el símil, la hipérbole y cierta dosis muy medida de lirismo.

Un solo encabezado hecho con mil cabezas.

El estilo de la crónica es generalmente libre. El sentido y significación, al cronista se le exige una visión clara.

La crónica urbana, por su enfoque, nos parece una postal desbordante, donde el cronista comenta con una impresión fotográfica de lo que cuenta.

También puede darnos unos ofrece una versión reelaborada.

La verdadera crónica es, para dejarlo en pesos y centavos, una balanza entre la realidad y la locura, conformador y deformador de impresiones y de vivencias.

El cronista urbano atraviesa el mundo en torno y convierte lo opaco en translúcido y transparente. El buen cronista urbano nos asoma al mundo externo y a su mundo interior.

En la crónica urbana, las atmósferas, situaciones, asuntos y personas arman el completo escenario.

Cómo dice Jack el destripador, vámonos por partes.

Las relaciones entre la literatura y el periodismo son objeto de innumerables trabajos de investigación.

Son dos mundos completamente peculiares, con objetivos y procedimientos muy distantes.

En el periodismo, en sentido estricto, acentúa la función informativa, de lenguaje fácil para el lector. Donde lo substancial es escrito y entendido con inmediatez.

En la literatura, fundamentalmente es la forma y la preciosidad de palabra. La obra literaria está regida por un público delimitado, mientras el periodismo es para toda la sociedad.

Se afirma que el lector de periódicos busca información indiscutible, de actualidad, y la quiere conseguir en un transitorio espacio de tiempo, mientras que el lector de literatura, analiza sin prisas, por el placer de la lectura.

Las discrepancias entre ambos, disipadas en el periodismo literario, de la cual, la crónica urbana, encuentra variopinto elementos.

Estas dos disciplinas que hoy se solapan, descubren esa realidad.

El buen periodismo es también literatura.

La literatura posee profuso carácter de comunicación, y el periodismo también es intrínseco sobre la propia realidad.

Yo también, Quiero Club!

La crónica urbana es un género literario nuevo, ya que es nacido durante el siglo XX.

La crónica urbana es el género más interpretativo en la labor periodística. Su identidad, determinada por la paráfrasis y valoración de lo narrado.

Por ello puede considerarse un género ambivalente, en tanto que es información, pero también interpretación, es decir, un género mixto entre el periodismo informativo y el periodismo de opinión, anudado literariamente.

En cierta forma, la *crónica* es un género que existe antes que el propio periodismo. Gabriel García Márquez afirma que las fronteras de este género no estén bien definidas.

Estima que nunca se aprenderá a distinguir a primera vista entre géneros tan diferentes como el reportaje y la crónica, e incluso entre estos géneros periodísticos y el cuento o la novela.

Ay mi Negra no sabemos amar!

La crónica urbana puede ser reflexionada como un género literario muy desarrollado. Contiene un texto consignado con estilo libre, firmado por el autor, y que se caracteriza principalmente por el uso de recursos propios de la literatura.

Su elaboración se nutre con el tesoro del vocabulario y con una interpretación personal que lo alejan del periodismo estrictamente informativo.

El cronista urbano es un testigo presencial que da fe de lo que ocurre, y lo hace con su particular representación de expresarse.

La crónica es un género informativo-narrativo con absoluta libertad expresiva, por lo que permite no ahogarse en la estructura formal de la pirámide invertida, que es una característica del periodismo informativo.

El primer párrafo, tiene el destino de seducir con mayor interés por parte del lector. Para ello, muchas de ellas, inician con un juicio acertado y original, o con requerimiento a lo acaecido por medio de una frase impactante.

El objetivo de la crónica urbana es atar al lector con su lectura, hasta el final del texto.

Ángel Eléctrico

Cada uno de los cronistas urbanos aquí antologados, imprimen su sello personal.

Muchos de ellos relatan y valoran cualquier asunto que se presente en el sitio desde estén presentes.

Otros más, recrean esos personajes de la vida cotidiana. Ellos nos señalan una minúscula porción del universo que pasaría desapercibido, donde el lector se detiene a mirar.

La reconstrucción de la realidad por medio de la literatura periodística recrea los detalles, el microcosmos. La mirada del zoom prevalece sobre la panorámica.

Muchos de estos autores buscan al antihéroe, al protagonista marginal. Una figura prevenida a manifestarse.

Han sido cronistas antiguos tanto Julio César, con su narración de *La Guerra de las Galias*, como Suetonio, con la reconstrucción de la vida del propio Julio César. Son cronistas de distinta manera.

Julio César, dicta a sus amanuenses en tiempo real, mientras protagoniza los acontecimientos. El otro, Suetonio, investiga en el pasado de César: *Yo veo caer mis lágrimas*

Kapuscinski atribuye la paternidad de la crónica al sensacionalismo: para vender la historia tiene que ser interesante, debe contener algo picante, algo que cause sensación, un suspense. La aplicación de técnicas de novela en el texto periodístico no afecta la calidad del oficio.

Escribir bien, cautivar con la prosa poética, no exime de la sed antigua del periodismo: encontrar la noticia, hallar la fisura por donde llegar a lo más profundo de un suceso. Y con tal hallazgo provocar emociones. En las buenas novelas, al igual que en las buenas crónicas, la humanidad aparece en todo su esplendor, con sus contradicciones y afirmaciones.

La crónica/cuento representa la línea recta hacia un final compuesto por todos los elementos que han aparecido en la narración, sin renunciar a decir lo que se quiere, como se quiere. Los autores necesitan imaginación y vivencias para retratar un pedazo de vida y convertirlo en un relato universal y mágico.

Los periodistas prescinden de la imaginación a la hora de escribir, pero no a la hora de investigar. La imaginación puede indicar dónde se encuentran los eslabones extraviados, para ir tras ellos; buscarlos aunque sólo se tenga la corazonada. A esta cualidad algunos le llaman olfato.

Thank God for the bomb!

Hay una leyenda que contar.

Una historia que debe ser escrita según una maniobra.

¿Quién cuenta, quién atiende?

Las dificultades que deben enfrentar los cronistas, los cronistas periodistas y los urbanos literarios, son de tres tipos.

Primer lugar, conseguir dinero para financiar su trabajo.

Pocos medios están maduros para pagarle a un periodista para que ocupe dos o tres meses de su vida indagando y garabateando sobre un tema.

En segundo lugar, el de convencer a los editores para que les concedan el tiempo para fraguar y armar sus investigaciones.

En tercer lugar: conseguir publicaciones donde darlas a conocer.

Pocos medios están dispuestos a dedicarle espacio a un texto largo ya que, se supone, los lectores ya no leen.

Por esta razón los textos largos son resistidos.

Pero la falta de espacio no es la principal complicación que debe enfrentar un cronista. La crónica urbana intenta despertar el interés en el lector e inquietarlo.

Este género atento a lo cotidiano, encuentra la maravilla en la banalidad. De esta manera cuestiona a la información y su política del mundo.

En la crónica siempre hay alguien que mira y narra, sin descuidar lo que dice.

Sour Grapes!!!

Una arqueología del presente.

Los precursores de la crónica en América latina fueron Manuel Gutiérrez Nájera en el diario El Nacional, de México; y José Martí en La Opinión Nacional de Caracas, a fines del siglo XIX.

Estos escritores no se conformaron con la obra

como mero entretenimiento, sino imprimieron al espacio de la crónica un vuelco literario.

En los textos de Gutiérrez Nájera resuena más el estilo de la *chronique*, con tono mundano y abundantes galicismos, mientras José Martí, jamás cesa de recapacitar sobre la ética y la condición humana a través de imágenes muy atendidas.

En nuestros días, el principal mérito de las crónicas de los nuevos autores sea el de poner el tiempo de su lado.

Estos cronistas están en el ojo del huracán, muestran respeto por el tiempo que dista mucho del vértigo con el que se maneja la información.

Veneran el tiempo de los hechos, la estación que requiere una pesquisa y la época que demanda la escritura.

Gerson Gómez
Monterrey N.L. México

QUIENES COLOCARON LAS BASES

LA FIESTA NACIONAL

Alfonso Reyes

Por ALCALÁ, y como si fueran a la Plaza de Toros, suelen desfilan los cortejos rumbo al cementerio. Van gentes a pie, coches de alquiler, coches de hotel y hasta carretas de basura. El hijo del pueblo, que los ve pasar, no se atribula ni tiembla: se descubre, contempla familiarmente el féretro, y aun parece que se le oye lanzar aquella salutación elíptica en que se refleja su alma franca:

-¡Buenas!

Como quien saluda al vecino: ¡Buenas! El muerto es el amigo invariable. Todos los días se piensa en él y a diario se le mira pasar por las principales calles, que acaso le están dedicadas. ¡Buenas! Es el muerto de siempre, el mismo de ayer, el de mañana.

El cortejo llega al cementerio; pero de regreso, se detiene en las Ventas. Allí la compañía se alegra, y hay guitarras. Es la juerga sorda, la juerga fúnebre, tan característica. (A la memoria del lector ¿no acuden las coplas grotescas de La mala sombra? Hay allí unas palabras llenas de verdugo y de camposanto.) Y la procesión es continua, como una fábula perenne y sin moraleja: mientras unos van con el muerto, otros vuelven con la guitarra.

Considerar la muerte con ojos familiares ¿dónde se ha visto? Para el pueblo estoico, ir al cementerio es como ir a una fiesta popular.

Francisco A. de Icaza, docto en novelística española, me ha dicho:

-Asociar el amor y la muerte lo han hecho siempre los hombres; pero asociar la muerte y la risa, sólo un pueblo: por desdén al dolor, por desdén al trajinar de la vida. En la novela italiana del Renacimiento, hay historias de travesura que repiten en mil formas el motivo del fraile alegre y de la monja casquivana. En Francia, los asuntos meramente literarios se entretajan con los galantes. Sólo en España hay una literatura cómica de la muerte, y libros dedicados a narrar dichos agudos de los agonizantes. Y la tradición no se ha borrado.

Y aquí tres cuentos.

Ventura de la Vega, en el tránsito, reúne a sus deudos e íntimos para revelarles el secreto de su vida. Todos esperan terribles cosas:

-¡Me caga el Dante!- les confiesa.

Luis Taboada, moribundo, llama a su hijo:

-Ve- le dice- a la Parroquia de San José, y di que me manden los Santos Óleos; pero que sean buenos, que son para mí.

Y el novillero. El novillero que acosaba día y noche al “Lagartijo” pidiéndole la alternativa. Murió una tía de éste a quien él tenía por segunda madre. Pidióle el novillero la alternativa por el alma de su señora tía, y cedió el torero, como sensible. El primer toro que toca lidiar al nuevo matador resulta toro de bandera, que lleva la muerte en los cuernos. El padrino le ayuda, le prepara el toro:

-¡Tírate ahora!-le grita.

Y el ahijado se perfila; sabe que no podrá, da por segura la cornada y, resuelto a todo, vuelve un instante los ojos al maestro: advierte entonces el brazal negro, el traje negro y oro de “Lagartijo” que recuerda el luto reciente y, antes de arrancarse, todavía tiene tiempo-iy ánimo! -para decir, jugando la vida y el vocablo:

-Maestro, ¿qué se le ofrece para su señora tía?

He aquí un pueblo que no teme a la muerte. Más aún: se hombre con ella. La muerte, a veces, le hace reír. Las desgracias de Don Quijote, las villanas burlas de sus huéspedes, hacían reír a Cervantes: evoluciones de la sensibilidad, ha dicho sutilmente “Azorín”. “Guzmán de Alfarache” ve venir a uno que sale de la posada destemplado de risa. Oíd lo que imagina: “Sospeché si fuego del cielo consumió la casa y lo que en ella estaba...o, por lo menos... que, colgada de los pies un olivo [la ventera], la hubiesen dado mil azotes, dejándola por muerta: que la risa no prometió menos.”

¿Quela risa no fue para menos? ¿Así, cínicamente, para deleite de los propios infiernos?

He aquí un pueblo que no teme a la muerte. Más aún: se hombre con ella.

En los caprichos de Goya, en los dibujos de atormentados, de enfermos, de coji-mancos, hay unas palabras de burla espesa y buenota, llenas de cruel compasión:

-Pronto acabarán tus males...

-Ya te vas a morir, ¡qué bueno!

Y en sus cuadros negros, aquellos viejos de cara zorruna parecen sonreír con una alegría imperdonable: la alegría de sentirse horribles; de ser pesadillas, endriagos; de ir de juerga a los camposantos;

de danzar toda una noche en ronda con los muertos.

¡Oh, mantos de murciélago, buitres-chambergos, manos leñosas, rostros picudos, nubes pestilentes!

Alfonso Reyes Ochoa (Monterrey 17 de mayo de 1889- México, D.F. 27 de Diciembre de 1959) fue poeta, ensayista, narrador, diplomático y pensador mexicano. Se le conoce también como «el regiomontano universal».

ENTRE SUSTOS Y CARRERAS

José P. Saldaña

Me sorprendía la habilidad y la sangre fría de Tecla, la cajera y agente revolucionaria. Cada día, era día de tensión nerviosa que ella sabía disimular admirablemente. Tratándose de un periódico independiente, como “El Diario”, era vigilado estrechamente por agentes de la Policía reservada, y precisamente Tecla, que estaba en contacto con el público, se veía asediada a discreta distancia, además de las conversaciones a que la obligaban algunos de ellos, usando por supuesto de ingeniosos pretextos.

Se explicaba esa actitud de las autoridades, pues además de las noticias sobre los avances de la revolución, publicadas con apariencia favorable a las fuerzas federales, se podía leer entre líneas lo contrario.

Prácticamente las reuniones de la Junta Revolucionaria se suprimieron para reunirse separadamente dos o tres miembros, tomar acuerdos y circularlos personalmente, pues los teléfonos estaban interceptados por el Gobierno.

Un punto importante era el de la impresión de un boletín, en el que se daba cuenta de lo que en realidad sucedía en los campos de combate, en donde la revolución ganaba espectaculares batallas

como en Torreón, Monterrey, Tampico, Hermosillo, Durango, Mazatlán, Guadalajara.

La impresión del Boletín se hacía en mimeógrafo, en tiros reducidos de 200 ejemplares, que repartíamos con la consigna de que circulara con la mayor extensión y rapidez posible. Esta labor resultaba la más peligrosa; pero a la vez la más eficaz.

Era director de “El Diario”, el Lic. Luis Sotelo Regil, joven tabasqueño de tendencias revolucionarias, a quien se molestaba por las autoridades, por la forma de presentar las noticias. Tal vez cansado de tantas amenazas y llamadas de atención, jugándose el todo por el todo y aun la vida, envió a uno de los más perspicaces reporteros, el señor Miguel Ordorica y aun fotógrafo para que le hicieran a Zapata una entrevista.

Sorteando toda clase de dificultades y peligros lograron llegar a Cuautla en donde, después de sufrir pruebas de su buena fe, lograron entrevistar al caudillo del sur, para unos, y del bandolero sanguinario para otros.

Ocho días se llevó la hazaña. De regreso con el material del caso, rodeado todo con el sigilo más profundo, se preparó la edición especial para un domingo.

La primera plana de la sección la ocupaba íntegramente el retrato de Zapata, montando un caballo negro de gran alzada. Prescindiendo de partidismo y de simpatías, la figura de Zapata, cubierto con un sombrero charro, resaltaba sumamente atractiva. Al pie una leyenda decía: “El caudillo revolucionario Emiliano Zapata”.

Previéndose lo que iba a suceder, el tiro del periódico se adelantó, de manera que antes de la hora

acostumbrada se hizo el reparto en la ciudad y se llevaron los paquetes a las terminales de camiones para los pueblos en donde todavía existían comunicaciones. Esto sucedía por abril de 1914.

Lo esperado. No había transcurrido una hora de la distribución del periódico, cuando un oficial de la policía acompañado de seis elementos más de la corporación haciendo alarde de fuerza, mediante fusiles que en posición de uso inmediato traían, irrumpieron en las oficinas y talleres, ordenando al personal, que en reducido número nos encontrábamos en el edificio, su concentración en un lugar determinado.

Después de una minuciosa requisita con el concebido decomiso de documentos y búsqueda en todos los rincones y muebles, de armas y parque, se nos sujetó a un minucioso interrogatorio y al no encontrar nada que pudiera ameritar la detención de alguien, puesto que éramos todos empleados segundones, el oficial dispuso se nos dejara un lugar determinado.

El oficial, de rara comprensión en aquellos momentos, parecía apenado por lo sucedido; pues para quienes pasábamos por aquella prueba, nos embargaba el temor y seguramente que se reflejaba la inquietud en nuestros rostros.

Respirando a pulmón lleno, supliqué al oficial me permitiera llevarme mi bicicleta y algunas pertenencias que guardaba en el cuarto en el que reposaba en la noche, pues como he relatado, tenía que revisar el periódico antes de iniciarse su impresión a eso de las cinco de la mañana. Me fue dado el permiso, logrando de esta manera no perder, además del empleo, mis objetos.

Se colocaron sellos en todas las puertas con la leyenda; “Clausurado”.

En esta forma drástica terminó la vida “El Diario”. Ciertamente no podía titularse órgano de la revolución; pero en cambio, siendo el periódico en importancia editorial que podía equipararse a “El Imparcial”, de filiación abiertamente huertista, su labor, no teniendo esta inclinación, podía imprimir a las noticias un sello distinto al del servilismo.

Pero llegué a este extremo dejando en el tintero otros sucesos. Uno de ellos ocurrido durante la publicación de periódico y el otro cuando se había ya consumado su fin.

Para fines históricos de estas vivencias del recuerdo procuraré hacer las referencias consecuentes.

José Pedro Saldaña Treviño (Monterrey, Nuevo León, 19 de octubre de 1891 - ibidem, 11 de julio de 1992) fue un destacado historiador, escritor, periodista, político y militar mexicano. Fue conocido como El cronista de Monterrey.

LA LEYENDA NEGRA DE SUS BORRACHE- RAS

Nemesio García Naranjo

Muy pocos hombres he conocido en este mundo que beban tanto como el general Huerta; pero en honor de la verdad, nunca lo vi borracho. Los caballeros ingleses que jamás se han caracterizado por la temperancia, realizan el milagro de conservar la cortesía incommovible aunque se encuentren en el tercer período de la embriaguez. Siguen siendo “gentleman” por encima de los efectos de los licores. El caso del general Huerta era más peculiar porque no daba señales de que se le subiera el alcohol. Lo mismo debe de haber sucedido con el general Ulises S. Grant que siempre estaba ingiriendo whisky, pero que nunca perdió la lucidez ni la serenidad que se requerían para conducir de manera irreprochable la campaña contra las fuerzas confederadas que mandaba el general Robert E. Lee.

Como Huerta-al igual del formidable Sostenes Rocha-, no ocultaba su gusto por el coñac, no tardó mucho tiempo en adquirir fama de bebedor. Con frecuencia se le veía apurando copas en el café Colón y otros establecimientos similares, y las gentes que desconocían su excepcional resistencia física para no dejarse aplastar por el alcohol, dieron por suponer que era un ebrio incorregible. Esta dura

apreciación se hacía desde que era coronel y por lo mismo, mucho antes de sus campañas militares en Quintana Roo, en Guerrero, en Morelos y en Chihuahua. Con la publicidad que él mismo le daba a su afición por el aguardiente, se preparó la leyenda negra de borracho que explotaron después sus enemigos.

En cierta ocasión me contó Paco Olaguíbel que el poeta Manuel Gutiérrez Nájera bebía con exceso; pero que lo hacía sigilosamente y procurando que nadie lo viese entrar ni salir de las cantinas. Terminada su faena en la redacción de “El Partido Liberal”, se iba a pie desde la calle de San Juan de Letrán hasta la Plaza de la Constitución, donde tomaba el tranvía que lo llevaba hasta su casa en la Villa de Guadalupe. Pero al recorrer la calle de Plateros, le hacía una visita muy discreta a todas las tabernas. Frente a la primera se detenía dizque para ver el desfile de los carruajes; y cuando se cercioraba de que nadie lo veía, entraba rápidamente y apuraba la primera copa. Salía con idéntico cuidado para repetir en el siguiente bar, la misma escena con la mayor discreción posible. Y así continuaba su revista hasta llegar a la cantina “El Moro” de Peter Gay que estaba enfrente del Zócalo.

Al general Huerta le tenía sin cuidado lo que la voz de la calle dijera en relación con su gusto por las copas, y cuando fue Presidente, no alteró sus costumbres anteriores. Aquello sorprendió a todo el mundo porque el austero general Porfirio Díaz, durante los treinta años que condujo los destinos nacionales, nunca entró en una cantina. El señor de la Barra mucho menos porque observaba las reglas protocolarias de una manera absoluta. De

don Francisco I. Madero, ni qué hablar porque entiendo que ni en la intimidad de su casa tomaba una sola copa. En cambio, el Presidente Huerta, saboreaba su coñac en “El Globo” como cualquiera otro parroquiano. Y todavía más, solía detener su automóvil frente al Café Colón donde Parajón -el “maitre d´hotel”- lo atendía personalmente. Como consecuencia, se formó y desparramó la leyenda de que por beber en demasía, su cerebro se encontraba siempre entenebrecido por el alcohol.

Uno de tantos días, me preguntó misteriosamente Querido Moheno si yo había visto alguna vez al Presidente, en estado de ebriedad. Yo me puse a reír y le respondí a mi antiguo camarada del Congreso que su pregunta carecía de seriedad porque él recogía el acuerdo del general Huerta todos los días, mientras yo no lo visitaba sino de vez en cuando en vista de que los asuntos del Ministerio de Instrucción Pública no requerían el mandato presidencial.-Con usted-continué diciéndole a Moheno- la cosa es distinta porque tiene que participarle todos los chismes diplomáticos, y en forma especial, las impertinencias de Wilson y de Bryan. Lo ve algunas veces en la mañana, otras en la tarde y hasta en la noche, y por lo mismo le tiene que constar mejor que a nadie, la falsedad de la borrachera perpetua.

Moheno me respondió que yo tenía razón, pero que eran tantas las gentes que le hablaban de la incapacidad del gobernante, que había llegado a temer estarse engañando a sí mismo con apreciaciones optimistas, para no pensar que íbamos rodando hacia el precipicio.-Claro está que vamos hacia el abismo-le respondí-pero no por el coñac, puesto

que Huerta, aunque ingiere mucho conserva un cerebro frío y una comprensión clara que le permite resolver los problemas, con acierto. Hay sin embargo un problema que no se soluciona y ese es el de los Estado Unidos; pero eso no depende de Huerta ni de usted ni del pueblo mexicano.

Aquella conversación me dejó preocupado y resolví salir de dudas consultando el caso con el entonces coronel Enrique Gorostieta que había sido ayudante del general Huerta en las campañas de Morelos y de Chihuahua. Enrique me dispensaba una confianza absoluta porque sabía la devoción y el afecto que tenía yo por su ilustra padre. Lo mandé llamar y le hablé más o menos de la siguiente manera: Tengo varios meses de hablar con el general Huerta, cuando menos una vez por semana y siempre lo he encontrado con una inteligencia lúcida, como si no hubiera ingerido una gota de licor; pero tanto se habla de que vive en estado anormal, que me permito preguntarte cuánto tiempo has estado a sus órdenes en calidad de ayudante y cuántas veces lo has visto completamente borracho. Por supuesto que tu contestación queda entre tú y yo, en la más rigurosa intimidad.

Enrique me respondió que llevaba cuatro años de vivir al lado de Huerta y conocer casi todas sus intimidades. Y agregó que durante todo ese tiempo sólo se le habían subido las copas en dos ocasiones: la primera, después de la batalla de Bachimba; y la segunda, el primero de enero de 1914. Enrique añadió que en Bachimba, el calor era infernal, y para calmar la sed abrasadora había bebido varias botellas de cerveza helada y que eso fue lo que lo trastornó. En el Palacio Nacional y para despedir al

año de 1913, bebió champaña para brindar con los diplomáticos y que eso era lo que lo había hecho perder el ritmo. –Tiene dominado el coñac-le respondí a Gorostieta-pero lo derrotan las bebidas que parecen ser inocentes.

Cuando le conté a Moheno aquella increíble peculiaridad, estuvo a punto de reventar de risa, luego, con su gracia de siempre, hizo este balance final: dos papalinas desde 1910 hasta la fecha, o sea una cada dos años, no justifican el escándalo que se ha armado en contra del general Huerta. La apreciación era sensata; pero eso no impidió que la leyenda de la borrachera siguiese creciendo hasta convertirse en un dogma indiscutible cuando triunfó la revolución carrancista. Y más todavía: aparte del alcohol, se apuntó la mariguana en la contabilidad del ex-Presidente.

¡Cuántos chistes circularon en torno de aquella dionisiaca perenne que parecía evidente, puesto que el general Huerta no se ocultaba para beber como el Duque Job! Aquello convidaba repetir la célebre expresión: la verdad parcial es la más mentirosa de las mentiras. Muchos comentarios eran crueles, pero algunos estaban llenos de donosura. No puedo menos que sonreír al recordar el apodo de general Rompope que le colgó un ingenioso murmurador, y que no me atrevo a explicar porque temo que se lastimen algunos oídos puritanos; pero si se piensa cómo se hace el rompope, se llega fácilmente a la agudeza del mote.

Pero lo que no fue chiste sino episodio real, fue un mensaje que le envió el Departamento de Estado de Washington a Mr. Nelson O'Shaugnessy en el que se aludía (parece increíble) a la dipsomanía

del general Huerta. El Presidente indio escuchó impasible aquella necedad y convidó al mensajero a tomar una copa de coñac; y como el néctar era exquisito (Hennessy Extra) el obsequiado hizo repetir y continuó bebiendo hasta llegar a la embriaguez completa. Entonces, dos ayudantes presidenciales lo cargaron para llevarlo hasta el automóvil; y un secretario de la Embajada que había permanecido en la antesala preguntó qué era lo que pasaba, y el general Huerta le contestó que el representante del Presidente Wilson había bebido más de lo que su organismo podía aguantar. El episodio hacer recordar “El Alguacil alguacilado” de Quevedo e hizo reír a todo el mundo.

Este caso me hace evocar otro muy parecido que sucedió en Monterrey hace al derredor de ochenta años y que me fue relatado por don Ignacio Morelos Zaragoza, el pundonoroso defensor del puerto de Tampico. En aquel tiempo, al general Jerónimo Treviño le dio por beber mucha champaña, lo que se hizo público y notorio en una ciudad pequeña como era entonces la capital de Nuevo León. El ilustre divisionario se enamoró de una linda muchacha cuyo padre rechazó al pretendiente porque “no quería tener borrachos en su familia”. El general Treviño recibió el rechazamiento con serenidad; pero se quedó pensando en el desquite. Y en efecto, no tardaron en visitarlo dos hermanos de la amada para hablarle de un asunto que nada tenía que ver con el noviazgo fracasado. Don Jerónimo se dedicó a darles champaña y más champaña hasta embriagarlos: y cuando los vio convertidos en fardos, los llevó en su carruaje hasta la casa del que no quería ser su suegro; y al entregárselos, le suplicó

que no fuese muy severo con los borrachos de su familia. Lo mismo hizo el general Huerta: devolvió borracho al portador del mensaje que condenaba la borrachera.

Nemesio García Naranjo. *Nació en Lampazos, N. L., en 1883; murió en la Ciudad de México en 1963. Político y periodista. En 1900 se inició como periodista y en 1909 se recibió de abogado. De 1908 a 1910 fue bibliotecario y secretario del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Fue diputado al Congreso de la Unión en las legislaturas XV y XVI; en la última, junto con José María Lozano, Querido Moheno y Francisco M. de Olaguíbel, formó el “cuadrilátero” que hizo la oposición al presidente Francisco I. Madero. Victoriano Huerta lo designó ministro de Instrucción Pública (21 de septiembre de 1913 al 14 de julio de 1914); combatió el positivismo y reformó los planes de estudio. Fue desterrado a la caída del usurpador; volvió al país en 1923, y tres años más tarde, fue nuevamente expulsado. Regresó en 1934 y desde entonces se dedicó exclusivamente al periodismo.*

ESTOS PERSONAJES NO TIENEN RISAS
GRABADAS

EL SIX MAN TEAM MATCH Y LA ARENA SOLIDARIDAD

Gabriel Contreras

“Estoy loco y voy a quemar la Arena”, la voz del Diluvio Negro estalla mientras la tercera caída se acerca a su culminación. Hemos vivido ya tres horas de guamazos continuos y, por lo tanto, el público está que arde. ¿De dónde brotan todo este entusiasmo, esta sed de algarabía, estos puños cerrados? ¿Contra qué intentamos ejercer la venganza cuando un joven enmascarado gira en el aire catapultado desde la tercera cuerda? ¿A quién destruimos cuando la victoria es de los limpios? ¿Qué fuerza bienhechora es aplastada cuando el triunfo se lo anotan los rudos? Imposible averiguarlo. De momento, sólo sabemos que la afición está como agua para chocolate. Pero vayamos ahora a los terrenos de la descripción. La vestimenta del Diluvio no podría ser más sencilla: una camiseta sin mangas, pants, y unos botines fabricados por don Mauro Morales, todo de un riguroso negro. Por alguna razón que desconocemos, Diluvio parece que siempre estuviera de luto ¿Nos hallamos frente a un luchador “rulfiano”? ¿Estamos ante un “rencor vivo”? Diluvio no lleva el pelo largo, aunque esa es la moda desde los noventa hasta bien entrado el nuevo siglo. Lleva el pelo recortado de una manera

antigua y convencional. Pero eso sí, usa barba de candado, conciente de que todo luchador debe tener un toque extracotidiano, algo de mágico, algo exagerado, sea para bien o para mal.

“Voy a quemar la Arena, y lo hago porque lo hago”, grita el luchador, movilizándolo frenéticamente sus ciento veinte kilos y el público no tarda en responder: “métele fuego, cabrón”. Los brazos de Diluvio se alzan como troncos vivientes. Vemos cómo una lengua de fuego se descompone en chispazos. Diluvio sostiene una antorcha en las manos, una antorcha idéntica a la de los perseguidores del monstruo de Frankenstein en las escenas finales de la película de Boris Karloff. La Arena despliega un olor a humo de gasolina y los alaridos del público se confirman como el mejor alimento para las amenazas del luchador. A fin de cuentas, ya se sabe que el público es la lucha misma... Pero, detengámonos. La escena del Diluvio que amenaza con incendiar la Arena ocurrirá al final de la función y lo cierto es que esto apenas comienza.

“Pinches chilangos de mierda, chinguen a toda su madre”. El sonido define el perfil de una voz dura, anónima, carraspiada, esmerada al momento de hacer daño. Esta es nuestra ciudad, mírenla, disfrútenla. No es antigua si la comparamos con cualquier ciudad europea, pero tampoco es una quinceañera. Hace tiempo que cumplió los 400 años, más específicamente los cumplió durante el mandato de Ernesto Zedillo Ponce de León, quien acudió a celebrar el gesto que nosotros todos manifestamos a través de un desfile con caramelos y carros alegóricos... Vamos, ya se sabe que fue fundada varias veces, pero eso sí, desde el principio

se soñó Metropolitana, tal y como lo confirman los documentos recién publicados por el historiador Israel Cavazos. “Fue metropolitana desde sus inicios; esta ciudad siempre fue muy ambiciosa”, decía el historiador a la prensa antes de que su famoso libro de las “Actas del Ayuntamiento” comenzara a rodar entre los historiadores. En fin, que con los años ha seguido soñándose nuestra ciudad, hasta pretender ser cosmo, muy cosmo, demasiado cosmo. Mirémosla nuevamente: esta ciudad nos sonrío unas veces y otras veces se da su tiempo para maltratarnos. Monterrey nos quiere, pero también nos aborrece. Ojo, no estamos viendo el panorama desde las alturas del Cerro del Obispado o desde el Cerro de la Silla, no. Estamos en uno de los rincones más característicos de la capital de Nuevo León, por no decir típicos o prototípicos. Estamos en donde se bate el frenesí de la sangre y los catorrazos, donde la violencia es el equivalente de la realidad, donde el castigo se consuma y se suelta el pelo, pero, ojo: al mismo tiempo, aquí el mal se controla, se doma, se neutraliza, porque la violencia le pertenece única y exclusivamente a los luchadores, porque nosotros sólo estamos aquí para verla, para aplaudirla, para adorarla atestiguándola. La violencia es un mero espectáculo, es teatro puro, y así no le hace daño a nadie. Estamos a salvo, aunque estemos en primera fila, de frente al ejercicio del rito. Estamos, para decirlo pronto, en la Colonia Nuevo Repueblo, una de las más antiguas de nuestra ciudad, y también uno de los puntos de mayor ligazón con las tradiciones regiomontanas.

Ahí está Manuel, ofreciendo sus máscaras a las afueras de la Arena Solidaridad. Manuel es parco,

habla como si hablar fuera un delito, como si una fuerza extraña lo amenazara. Pero lo cierto es que los niños se acercan a comprarle muñequitos. “Yo antes me dedicaba a vender ropa allá en el DF, pero me cambié a esto, y así me siento bien, estoy a gusto con esta línea”. Además de máscaras, pequeños rings y muñequitos, Manuel vende revistas usadas, todas ellas atravesadas también por el tema luchístico.

Vive en el DF, nació en el barrio de Tepito, un barrio bronco, donde nacieron por cierto el Ratón Macías y Rubén Olivares, barrio de boxeadores y asaltantes, barrio de prostitutas y vendimia, pero desde hace más de diez años que Manuel se despega de Tepito y se lanza a vender máscaras aquí y allá. El mecanismo es simple: llega y coloca una sábana en el suelo. Ahí, como Dios le da a entender, extiende su galería de superhéroes del ring. Nos asomamos: Huracán Ramírez, Octagón, Rayo de Jalisco, último dragón y Santo el enmascarado de plata, forman parte de su vendimia. Manuel no es lo que se dice un profesional, tampoco un artesano. Es sencillamente un vendedor. “Yo paso por las máscaras en una camioneta, cargo con ellas y voy llevándolas de ciudad en ciudad. Vendo aquí, pero también pongo mi puesto en Ciudad Victoria, en Matamoros, en Reynosa, hasta en Tijuana he vendido. Me gustan las máscaras y de eso vivo, nada más”. El periodista le pregunta qué opina de que el Hijo del Santo venda sus propias máscaras “originales”. Manuel explica: “él sabe su negocio y si quiere venderlas que lo haga, yo no trabajo para él porque las da muy caras: mis máscaras cuestan de treinta a ochenta pesos, él vende las suyas en 150. demasiado caro”.

En este barrio se juntaba el Copetes Guajardo, quien fuera uno de los luchadores más destacados de los años sesenta, un gladiador prieto, correoso, y rudo en esencia, que convivió con el Rayo de Jalisco, la Tonina Jackson, el Cavernario Galindo y Black Shadow. Además, el Copetes Guajardo era el terror de los técnicos por excelencia en Monterrey: Rubén Juárez y Ciclón Veloz. Los dominios del Copetes eran la Independencia y la Nuevo Pueblo. Muy en la moda inducida por el rockanrol, René Guajardo llevaba su copete colgando sobre la frente, y solucionaba las luchas no con llaves o topes, sino a puro fregadazo. Cuando no podía más con una situación, recurría a su clásico volado de izquierda y ganaba por nocaut. O sea, que el Copetes hacía –tremenda herejía– de la lucha una pelea de box. Ojo: en este barrio también se traficaba con marihuana cuando aun no existían los famosos cárteles; en estas calles oscuras se movía la marihuana en forma artesanal y riesgosa, como también se traficaba en la colonia Martínez, en la Moderna, en la Madero y en la Carranza. Este fue, en fin, un barrio de pobreza, golpes y vicio. Aunque hoy, más de medio siglo más tarde, de alguna manera, lo sigue siendo.

Alrededor de la Arena, que originalmente fue concebida como un centro de actividades de la CTM, hay numerosas taquerías, depósitos, talleres de reparación de autos y de bicicletas, de modo que todo esto podría haber inspirado de alguna manera a Chava Flores en uno más de sus retratos de barriada, sí; aunque Chava Flores haya nacido y muerto en el DF, el hecho es que la Nuevo Pueblo parece arrancada de una de sus canciones, pero

pensemos en el DF de los días de Pedro Infante y no el de los tiempos de López Obrador, hagamos ese esfuerzo... De veras, parece que estuviéramos en el DF cuando vemos a los vendedores de tortas en la plaza que hay junto a la Arena, cuando observamos a los vendedores de semillitas y caramelos, cuando nos asomamos a las casas decrepitas y abandonadas que, sin proponérselo, definen este paisaje decrepito de la miseria regiomontana entre humo de autos, aullidos perrunos y sombreros rancheros.

La función comenzó a las seis y media. “Putos, chilangos putos”. Hemos visto ya muchas horas de fregadazos y estamos en los territorios de la función estelar. Desde afuera, una inmensa luna de abril intenta colarse de contrabando al encuentro, pero no puede; la mugre de los vidrios impide el asomo de toda luz imaginable. Desde hace buen rato, el calor ha venido empujando, creciendo, resoplando sobre nosotros; es un calor reforzado por axilas prietas, por un aliento alcohólico que se agita como batir de alas de mosca, reforzado por miles de ojos que siguen a los topes. Las emociones amenazan con desbordarse y nuevamente el grito que brota como un torrente desde la garganta de un anciano que cada semana disfruta las mieles de este coso. “Méndigos bofos”, dos palabras que atraviesan la Arena Solidaridad y chocan contra los vidrios roñosos de las ventanas de las gradas. Las palabras se escapan de inmediato y se pierden en el aire de la noche norteña, una noche dominada por el escándalo, la fantasía y las patadas.

Esta es nuestra noche. Allá va, sigámoslo: el grito vuela, vuela, se va. “Devuélvanse a Tenochtitlán, hijos de la chingada”, exige la voz de una mujer cuyo

revelador escote es violado por la espuma de un vaso de la Mexicana Alegría. La espuma cervecera cae en medio de esa puerta del paraíso, florece al contacto el umbral de los pechos, sueña con penetrar ahí, en medio de esa carne prieta, maciza, inagotable, y ahora está cumpliendo su sueño. La mujer sonrío, el frío de la cerveza no le produce frío. “Ojetes”, grita la dama del escote. “Cállese, vieja teibolera”, la desgarrada voz del Porro II se impone sobre esa muestra de pleno antichilanguismo militante.

Hagamos un recuento: aquí hay trozos de madera, hay alambres de púas, hay fuego a granel esperando a ser encendido, hay bates con grapas, lámparas de neón, porque todo se vale dentro de los dominios de la lucha extrema, esta forma de la lucha que Axel (promotor y luchador) ha introducido en Monterrey desde hace no mucho tiempo. Está claro aquí, como en Japón y Rusia, que en el ring y entre las butacas todo se permite, todo, siempre y cuando hiera, siempre que duela y haga sangrar hasta el borde de lo apocalíptico a los hombres del ring. Ojo, la violencia sobre el ring adquirirá dimensiones bíblicas y alguien pensará en la visión fílmica de Tarantino, en Mel Gibson y su imagen de un Cristo sangrante, en John Woo haciendo cine sobre las bases del Kung Fu, pero no señor, porque aquí todo es MADE IN MEXICO, naa es de importación, aquí en la lucha extrema no hay capas vistosas, no hay atuendos brillantes, no hay musculaturas imponentes, no, aquí todo es meramente elemental, todo se reduce a las dimensiones del purismo; hay devoción, eso sí, devoción por una violencia radical. Esta lucha se distingue por la decisión, por la experiencia de los contendientes y

por una música estruendosa que, desde unas bocinas tipo sonidero, nos permite identificar la sucia voz de Ozzy Osborne, los cellos de Apocalyptica, todos esos músicos obsesionados por la largueza del cabello, los tatuajes, los estoperoles, las calaveras y otros tantos símbolos nocturnos.

Este viernes, la lucha extrema se viste de pique, porque se anuncia un verdadero six man team match de poder a poder regios contra chilangos... El cartel de la tierra del Piporro está compuesto por Diluvio Negro y Caifanes I y II, en tanto que del lado chilango tenemos a Los Porros I, II y III.

“Ustedes creen que la lucha es cosa de provincianos –nos revela el Porro I calentando antes de salir al ring-, pero la neta es que los chilangos sabemos y podemos más, ¿por qué? Porque los regios nomás se la juegan en este pinche rancho, y nosotros tenemos que medirnos nivel nacional e internacional. Tenemos técnica, tenemos estilo y tenemos muchos huevos... Perdóname que no te diga más, pero orita voy a partirle su madre a los regios”.

Y oh paradoja, la suerte quiso que los Porros perdieran el combate, aunque lanzaran al Diluvio sobre la tercera cuerda después de mecerlo como una hamaca. La fortuna quiso que perdieran dos de tres, aunque le hayan metido lumbre a una puerta de madera y hayan rebotado contra ese fuego a Caifán I. El infortunio decidió que Diluvio dijera estas palabras antes de la culminación del combate.

“Estoy loco y voy a quemar la Arena”. Diluvio le daba acento a sus palabras portando una antorcha y bañando de gasolina a sus adversarios...

Head Hunter I no lucha hoy. Vino a la Arena como mero público, aunque su piel negra, sus 150

kilos y sus casi dos metros de estatura lo revelan como un inconfundible luchador.

Head Hunter I nació en República Dominicana y lucha en México desde hace 16 años... “Hay un gran pique entre regios y chilangos –reconoce esta mole de coraje contenido-, pero yo creo que los chilangos son más cabrones, los chilangos están muy crecidos, sí, nomás que llegando aquí se chingan, porque en el norte de México la gente es brava, uh, cómo no, es bronca, muy bronca. En Monterrey, como en Matamoros y en Reynosa, la vida es muy ojete y por eso los luchadores norteros se la juegan cabrón”.

Diluvio acercaba peligrosamente su antorcha al rostro de Porro I. “Estoy loco y voy a quemar la Arena”. Al terminar la contienda, Porro I tomó arrebató el micrófono al anunciador y dijo estas palabras que no se le van a olvidar al anciano que tanta esmero puso en describirlos comparándolos con desechos intestinales... “Nos ganaron, sí –dice el Porro I-, y nos ganaron a la buena, pero los chilangos somos mejores y los regios chinguen todos a su madre”.

¿De dónde brotan todo este entusiasmo, esta sed de algarabía, estos puños cerrados? ¿Contra qué intentamos ejercer la venganza cuando un joven enmascarado gira en el aire catapultado desde la tercera cuerda? ¿A quién destruimos cuando la victoria es de los limpios? ¿Qué fuerza bienhechora es aplastada cuando el triunfo se lo anotan los rudos? Imposible averiguarlo.

*Gabriel Contreras Martínez. Escritor y periodista.
Doctorando en Artes y Humanidades en el Instituto de*

Comunicación, Artes y Humanidades de Monterrey. Nuevo León, México.

EL BAUTIZADOR

Ximena Peredo

Para Adriana García Roel

¿No tiene cerveza fría? preguntó el forastero recibiendo la botella. Don Eugenio, acostumbrado a mandar a esos clientes bravucones a la cabecera municipal, echó su corpulencia sobre la barra para ver bien esas botas que un momento antes creyó reconocer. ¿Hace cuánto que no venía, ingeniero? Octavio dio un buen sorbo a su cerveza tibia y sonrió: pues como treinta años, más o menos. Vine a cambiar los letreros. Ahora traigo nada más los de este tramo, hasta Tres Cruces. Don Eugenio asintió saboreándose la noticia que daría esa noche a los parroquianos. ¿Adivinen quién vino hoy? El ingeniero Octavio, trae camioneta nueva, se ve que le va bien, debe de andar con el PRI, de seguro. ¿Cómo que quién? El muchacho que puso los anuncios: ¡el bautizador! ¡Ese mero! Octavio dejó 15 pesos en la barra. Don Eugenio no quiso perder detalle y lo observó de espaldas: más nalgón, las lonjas rebosantes y esa misma torpeza al caminar con botas. Desde hace treinta años que no se las pone, pensó el cantinero, insertando la botella vacía en el cartón de Carta Blanca.

Antes de marcharse, Octavio echó un vistazo a los anuncios amontonados en la caja de su camioneta y, encandilado por el sol, comenzó a otorgarle la razón a los murmullos de la oficina: estaba resultando estúpida la aventura del cincuentón. La siguiente ranchería era El Apagón, a unos 5 kilómetros de ahí. Encendió un cigarrillo sumiendo el acelerador en ese camino que no había dejado de transitar en sueños y en pesadillas. Recordó la primera vez que llegó a preguntar el nombre del caserío. Aquí es El Apagón. Él anotó el nombre en el mapa que llevaba prensado a una tabla. Es que por las noches las ventoleras se sueltan y nos dejan sin luz, explicó un campesino. Octavio, entonces de 25 años, buscó los postes de electricidad y les regresó una mirada de incredulidad. Se apagan las velas y las lámparas de petróleo, contestó Lucio enseñando su sonrisa desdentada. El Apagón tenía entonces unas 20 chozas, recordó Octavio, chupando su cigarro. Del tejabán de Lucio recordaba un fuerte olor a leña quemada, la esposa de pie junto al fogón y el bebé recién nacido dentro de una caja de tomates. Arrojando la colilla al camino, Octavio sintió fuertes deseos de retornar en el camino y olvidarse de ofrecerle disculpas ceremoniosas a su ahijado, que imaginaba como un muchacho escolar con los pantalones rotos pero bien fajado y bien peinado, como su padre. Una sonrisa nostálgica asomó junto a la última bocanada de humo: el chico ya andaría rondando los treinta. Apareció en el camino el viejo letrero. Se detuvo para leer: “El pagón”. Sacó sus herramientas y comenzó a trasplantarlo. No imaginó la dificultad que esto representaría por las plastas de cemento que debía resquebrajar, pero además,

por el doloroso recuerdo de sí mismo, treinta años atrás, recién graduado y cumpliendo, entusiasmado, la encomienda de su primer empleo. El pueblo había cambiado. En lugar del tejabán de su amigo, encontró una casa de bloc, pintada de verde, y en su tendedero, tres faldas y puro pantalón de muchacho. Hubiera creído que se equivocaba de pueblo, de no ser por el mezquite junto a la puerta, bajo el cual se refugió tantas tardes de rabiosa resolana. Sus jadeos y palazos llamaron la atención de dos muchachos que se acercaron a curiosear, Octavio no supo saludarlos ni comenzar una plática, pero se les quedó mirando repasando sus rasgos y sus recuerdos. Dándoles la espalda, Octavio regresó a su tarea. Cuando al fin consiguió safar el letrero balanceándolo de un lado a otro, lo arrojó a la tierra provocando una nube de polvo. Colocó el reemplazo en los mismos hoyos, que relleno de prisa con sus botas y la pala. Recogió el letrero oxidado y se lo dio al muchacho mayor. ¿Dónde está tu abuelo? Se fue con mi papá al otro lado. Octavio no pudo evitar sentirse abandonado. Cuando regrese le dices que es un regalo del ingeniero Octavio. Los chamacos cargaron el letrero con un orgullo incierto, que quiso reconocer. ¿Sabes por qué se llama El Apagón, hijo? El muchacho, con una sonrisa testaruda lo corrigió: se llama El Pagón, señor, porque aquí todos pagamos las que debemos.

El sol estaba en su punto máximo. Calculaba unos 10 minutos para llegar a El Blanquillo. La primera vez que lo visitó, tuvo la impresión de que doña Gloria lo estaba esperando. Sus intenciones con él eran bien claras: Dolores, Enedina, Gertrudis, Mercedes y Guadalupe, sus cinco hijas, que se

peleaban dentro de su tejabán por ir a platicar con el forastero. Aquí es El Blanquillo desde hace unos 40 años, joven. ¿Usted es casado?, pues si gusta le invito a comer aunque sea un taco de frijol y ahí le platico la historia que me contó mi tía Martha. Adentro, la cocina era un alboroto, sobretodo cuando Lupe gritó que ya traía su mamá al muchacho. Se peleaban el espejo para acomodarse el cabello y se pellizcaban las mejillas. Enfrentando las cinco miradas deseosas de conocer Monterrey, Octavio escuchó la historia de El Blanquillo. El primero en llegar fue un señor de Matehuala, que se trajo a su esposa y a sus cuñados con sus familias. Ellos fueron quienes empezaron a criar cabritos pero dicen que a nadie le convidaban del negocio. Por eso unos dicen que Dios lo castigó pues nomás pudieron tener una niña de familia. Se llamaba Blanca y dicen que estaba tan chula que venían de la cabecera y de los pueblos alrededor a pedirle permiso al padre de visitarla, pero pues siempre se les negó la licencia. Contaba mi tía Martha, que un día, un muchacho de Tres Cruces se atrevió a cruzar la cerca y se puso a platicar con la Blanquita, pues no va a creer que el padre lo persiguió hasta Los Huesitos para agarrarlo a fuetazos. La pobre muchacha nunca se casó por culpa del padre. Por eso los pretendientes desechados al pasar por el camino le gritaban ¡Ése blanquillo! Y el viejo más se encorajinaba, hasta que murió, pero ya era tarde para que la muchacha consiguiera matrimonio. Siguen pasando hasta la fecha viajeros que gritan ¡Eh, blanquillo! Pero pues ya muchos lo hacen sin el conocimiento de la historia, ahora dicen que es para destrabar relaciones imposibles. Octavio esbozó entonces una sonrisa y

las cinco muchachas se rieron enseñando su blanca dentadura. Doña Gloria las calló con la mirada. Parecían como poseídas por su madre, recordó Octavio mientras encendía otro cigarro acercándose ya al viejo letrero. Ahí mismo, a unos 300 metros del caserío, se despidió de él Gertrudis, la hija más rebelde, que se animó a entregarle una carta en papel rosado, ante la congregación de la gente que aplaudía la carretera y el bautismo oficial de su pueblo. Apagó el motor frente al anuncio de letras descapeladas por el sol. El olor a chile se le impregnó en la nariz. Resquicios de su vanidad hinchada, le hicieron caminar hasta la puerta de doña Gloria. Una mujer jorobada, delgada, y con la cabeza casi calva, se asomó a la puerta. La reconoció. ¡Buenas! Ella arrastró sus pies asustando a las gallinas para acercarse, pero el rostro del visitante no le dijo nada. ¿No me reconoce, doña Gloria?, ¿Eres el de Esteban? No, soy el ingeniero Octavio. ¿Quién?, ¡El Bautizador! Se acercó un poco más hasta que Octavio pudo ver los ojos grises de la anciana lagrimeando contra la luz del sol, ¡Oiga! ¡pero qué feo se puso!, ¿Cómo lo iba a reconocer? Rieron los dos, él con menos entusiasmo. ¡Pase, hombre, pase! Adentro, cinco mujeres rondando los cincuentas se congelaron al verlo entrar. No era una sorpresa agradable, podía percibirse. Para ellas, Octavio era otro recordatorio de su desgracia. Lo saludaron con un rígido y lejano apretón de manos, Gertrudis desapareció. La madre parecía no darse cuenta de la tensión del momento, ni conmoverse por la amargura que nublaba las beatas miradas. Ofrézcanle una soda, no se queden sonsas. Octavio clavó su mirada en el piso, asintiendo levemente al ofre-

cimiento. ¿Por qué se sentía tan estúpido en medio de ellas?, ¿De dónde había salido ese sentimiento de culpa por encontrar telarañas en las esquinas del tejabán? No hubo mucha plática más allá del reemplazo del anuncio. Nadie quiso saber si estaba casado y, mucho menos, si tenía hijos. Doña Gloria se limitó a contarle de la temporada tan corta de lluvias que habían tenido en el año. Con el último trago de refresco, Octavio se levantó de la vieja silla. Le extendió el envase a Mercedes que lo arrebató de un zarpazo. No le quedó más que salir de ahí y apresurar el paso hasta la camioneta. A lo lejos se escuchaba el llanto de Gertrudis.

Cogió la barra y la pala con la rapidez pero derribó el letrero a patadas. Necesitaba resguardarse de ese sol castigador y abandonar El Blanquillo lo antes posible. Quedó paralizado ante el anuncio caído. Se transportó al día en que lo colocó. Recordó a doña Gloria y a las cinco guapas señoritas con sus vestidos cosidos para la ocasión con telas nuevas, no remendadas. Se les veía radiantes, llenas de ilusión. Todavía podía recordar el aroma a jabón fresco, el talco polveado en sus nuca y sus cabellos trenzados, bien acomodados. Se peleaban su atención cantando o mostrándole sus bordados. Él se divertía, vanagloriado, sin entender que, para ellas, la competencia era una cosa seria, tan urgente, como abandonar el olor a chile y escapar de su madre. Me gustaría contarles, pensó mientras plantaba el nuevo letrero, que a mí me fue igual o peor.

En el camino hacia Los Huesitos, Octavio se detuvo a orinar. ¡Ese bautizador! Gritó un campesino a lo lejos, ondeando su gorra. Octavio, subió su cremallera, y forzando la vista distinguió a Cleto,

el maicero. Contestó levantando su mano. Cuatro cuerpos flacos se acercaron a él, entusiasmados. ¡Dichosos los ojos, ingeniero! Gritó Cleto saludándolo con un efusivo abrazo. Nos enteramos que estaba de regreso y que venía a cambiar los letreros. Aquí traigo también el de Los Huesitos. Ándele, qué bien, pero antes vamos a El Refugio, ¿cómo ve si nos invita? Los tres hombres abordaron la caja de la camioneta, cargando con sus azadones y picos. Cleto se subió de copiloto, descubriéndose la cabeza.

Cuando “el negro” puso las cinco cervezas en el centro de la mesa, Cleto se apresuró a brindar: ¡por el ingeniero Octavio, que me debía una de éstas!, ¡salud! Mientras Octavio se limpiaba los bigotes, recordó que, efectivamente, nunca había pagado aquella vieja apuesta que perdió contra Lucio y Cleto, cuando, en la fiesta de la Santa Cruz juró que besaría a la hija de don Pascal, el presidente municipal de Tres Cruces. La cachetada que se ganó tan sólo por intentarlo, fue tan brutal, que nadie quiso cobrarle la apuesta ahí mismo; pero ya pasado el tiempo, la prudencia se pierde y la sed no perdona. ¿Qué fue de esa muchacha?, ¿de Conchita? Nombre ingeniero, si supiera, ¿verdá muchachos? Las sonrisas de los otros fueron augurio de que una buena historia estaba por contarse. En treinta años han pasado muchas cosas ingeniero, tantas que ni te imaginas. Para empezar, la muchacha se casó con Juan Martínez, uno que balacearon hace cuatro años en Linares, ¿supiste? Octavio fingió conocer el asunto para no parecer descortés. Andaba metido en cosas chuecas, ¿me entiendes? Octavio asintió, con la espalda echada para atrás en el respaldo y rostro solemne. La Concha he-

redó, como quién dice, el poder del marido y ahora se encuentra prófuga de la Ley, pero pues se pasea de aquí para allá. Hace poco cumplió quince la menor de sus hijas y hubo fiesta por dos días en Tres Cruces, con decirle que vinieron a tocar Los inquietos. Chupe para todos, hasta para nosotros que no más andábamos en la plaza de curiosos. La verdad es que las cosas se han puesto difíciles aquí. Si no te vas al norte, le entras al negocio éste y si no pues acabas de pobre, como nosotros. Pero bien honrados, dijo sarcástico, el más joven del grupo, levantando su lata en señal de brindis.

Al llegar a Los Huesitos el atardecer venía cayendo. Encontró el letrado solitario. Encendió un cigarrillo mientras veía el paisaje de arbustos pequeños y secos. Ni siquiera se conservaba el verde de aquellos años, o talvez, en la juventud uno ve las cosas más hermosas, pensó. Ahora sabía que la idea había sido estúpida. Sentía que el tiempo había traicionado sus recuerdos. Ya no se percibía la pureza de los hombres y mujeres de barro; sus preocupaciones ya no eran inocentes, sino temerarias. Estaban acorralados, sin presente y con un futuro que era mejor no imaginar. ¿Qué contaría ahora, cuando le tocara su turno de protagonizar una plática?, ¿de qué utopía hablaría por horas, pese a las aburridas caras de los amigos? Salió a retirar el letrado. Le estorbó su barriga, los cigarros que había fumado a lo largo de su vida, la infidelidad de su mujer, su divorcio. La estructura parecía inamovible, ni las patadas surtieron efecto. Por eso Octavio se puso a llorar. Nadie lo escuchó porque ahogó todo en su pañuelo.

Miró por el retrovisor el nuevo letrado que se alejaba a la distancia. Lo vio inocente, impecable;

incapaz de sospechar el futuro que le esperaba. Sintió una extraña compasión por él. Buscó con su mano una torta que había traído desde Monterrey y cenó en su cabina, sin luces alrededor, como si, finalmente, se le concediera el poder de todo bautizador: el que nombra por primera vez, se convierte en dueño. Muy a lo lejos se distinguía Tres Cruces, su último destino del día.

Siempre fue un pueblo más bien agresivo. La gente era desconfiada y no entregaban nada, ni información, sin recompensa de por medio. Hubo en ese pueblo un hombre poderoso y cruel, don Próspero, que huyó con su familia para nunca más volver apenas estalló la revolución. La gente era brava, sobre todo con los foráneos porque en todos veían a don Próspero que regresaba a recuperar lo perdido. Octavio nunca fue querido ahí. La gente decía que los de la ciudad no tenían por qué llegar a ponerles nombre, y mucho menos a inventárselos. ¡Aquí el único bautizador es el cura, así que jállese de regreso! Antes de la revolución, el pueblo se llamaba La Guadalupe, como el rancho del patrón, pero huido éste, los hombres decidieron que se llamaría Tres Cruces, unos decían que en honor a tres compañeros muertos en el incendio de una troje, pero a la mayoría le gustaba creer la leyenda de que Próspero había muerto con su esposa y su hijo antes de abandonar el rancho. Todo esto se lo contó Jacinto, quien fuera el mayordomo de la hacienda, y quien añoraría hasta su muerte los tiempos de don Próspero, ya que entonces tenía poder y la gente lo respetaba; en cambio, entonces, el pueblo lo repudiaba, los niños le aventaban balonazos y los hombres salían de la cantina cuando él se asoma-

ba. Por eso, no le quedó más remedio que entablar conversación con Octavio, el forastero. Ya estará muerto, pensó Octavio, disminuyendo la velocidad para detenerse por completo junto al letrero.

Sí que había crecido el lugar; contrario a los otros caseríos, en este pueblo las luces prendidas delataban un progreso económico. Apenas se paró con pico y pala frente a su presa, varias camionetas de lujo pasaron junto a él con las bocinas sobrecargadas. ¿Qué se le ofrece, amigo? Gritó uno de los conductores que Octavio no pudo distinguir por las luces de los faros. Apenas iba a responder, cuando se escucharon dos portazos. Tres hombres se acercaron a él, inspeccionaron la camioneta y se detuvieron a leer el logo impreso en las puertas. ¡Es del gobierno! gritó el más alto, con la camisa desabrochada. Nada más vine a cambiar el letrero. No necesita ser cambiado. Se me hace que vino a buscar problemas, dijo otro, dando un trago a su botella. Octavio sintió un leve temblor en sus rodillas que no pudo contener. No se ponga nervioso amigo, el que nada debe, nada teme. Sólo pienso cambiar este letrero y regresarme a Monterrey, no quiero problemas. Octavio, toda confusión, se agachó para levantar del piso sus herramientas, pero uno de ellos pisó la barra y otro el letrero nuevo. Sin levantar la mirada, caminó hacia su puerta, la abrió con precaución y encendió el motor. Escuchó otros dos portazos. La música se encendió de nuevo.

Tuvo la impresión, en ese camino de vuelta, que transitaba de regreso una pesadilla. Lo invadió la urgencia de reconciliarse con Mireya, pero se lo juró tres veces en voz alta: de tener un hijo con ella, nunca lo bautizaría.

Ximena Peredo Rodríguez. *Nació en el DF, en 1981. Vive su infancia en las contaminadas costas de Cd. del Carmen, Campeche, y llega a Monterrey a cumplir 11 años. En 1998 comienza a publicar su columna editorial en el periódico EL NORTE. Estudió Ciencia Política. Desde entonces ha trabajado en Ciudadanos en Apoyo en los Derechos Humanos (CADHAC), ha sido consejera electoral, maestra; dirigió en el Tec de Monterrey el periódico Mientras Tanto y la revista Violeta del Instituto Estatal de las Mujeres. El año pasado, 2007, fue becaria del Centro de Escritores de NL con un libro de cuentos.*

EL VIENTO DE LA NOCHE

Alfredo Zapata Guevara

El primer cuadro de la ciudad es un asco. Un filtro carbonizado, un cedazo obstruido por los desperdicios urbanos. El viento de la noche deshoja periódicos y moldea, con el polvo, humo, aceite, diesel y otros combustibles mal quemados, una especie de perlas ciudadinas. El mercado Juárez luce como un zoco marroquí.

A espaldas del Teatro Calderón un callejón sirve como punto de trabajo a Sonia. Como en el juego de “Tírele al Negro” se asoma intermitentemente hasta quedar en el horizonte de los automovilistas que circulan por la Avenida Juárez. Largos años la han adiestrado para distinguir a la distancia patrullas de agentes ministeriales y granaderas. Cuando ello ocurre rápidamente se oculta.

Cuando no abunda la pesca se alterna con El Diablo, toско homosexual y vecino de una Fomeyrey, para atracar a los que se dejen. Sin embargo la noche es buena y ya recibió a dos clientes apenas empezando la obscuridad. Su vida depende de sus caderas y tiene la sabiduría que da la cerveza y el brandy...también el aroma.

Después de varios meses de su decisión cambió su forma de trabajar la calle. Cuando empezó salió

con miedo, sabía que se exponía a muchos riesgos y aprendió a sortearlos. Ahora, a dos años de distancia, sale con el afán de cazadora. Ahora sabe que, en la calle, la forma de evitar los riesgos es convertirse en un riesgo ella misma. Así, con esa idea, sale al viento de la noche.

Matías vive en Valle Verde, en el segundo sector, y la reunión con sus amigos cuates fue en El Mingo's. Temprano cada quien agarró para su casa. Matías es terco después de seis cervezas. Cuando se vio en la calle desechó la idea de utilizar un taxi.

En el cruce de Madero y Juárez se recargó en los aparadores de una zapatería y, atraído por los colores del Pollo Loco, cruzó a la contraesquina. Por la banqueta oriente, tratando de cazar un camión que lo acercará a su destino, se dirigió hacia el sur. Al poco rato se cruzó en la dinámica de Sonia. Respiró hondo y se sintió el dueño del mundo.

Sonia y Matías decidieron correr juntos la parranda. Uno buscando compañía, la otra buscando cliente. Y desandando los pasos de Matías volvieron al bar de Madero. Allí, con la familiaridad que da el alcohol y el oficio saludaron a meseros y prostitutas. El ciego del acordeón fue contratado para tres piezas: Las tres tumbas, el corrido de Gerardo González y la polka Evangelina. Gritaron y bailaron.

Eufóricos bebieron. Los fondos de Matías, sin que Sonia se diera cuenta, alcanzaron solamente para una botella de medio litro. Sirviendo y pagando, es la regla de estos lugares. Se contaron sus historias, verdades a medias y mentiras enteras. Y el viento de la noche siguió soplando hasta acercar la madrugada.

Matías, con dificultad, se puso de pie e invitó a su dama para que lo siguiera. En la acera norte de

la calzada Madero Sonia preguntó por el destino. “Yo...a mi casa, tú...no sé”, fue la respuesta que obtuvo. La sangre y el alcohol se agolparon en las sienes de Sonia...y exigió su pago.

-¿...de qué?-, repuso Matías.

-No te hagas pendejo, por acompañarte toda la noche- dijo Sonia.

-Pus ni que estuvieras tan buena- agredió el de Valle verde.

Trabada de coraje hurgo en su bolsa de mano y le dejó ir una navaja en la nalga izquierda. “Pa´ que aprendas cabrón”, le dijo.

Y cruzó la calzada en sentido contrario al viento que seguía deshojando periódicos viejos y amasando perlas de tierra y aceite.

***Alfredo Zapata Guevara.** Nació en 1957 en Ciudad Victoria, Tamaulipas. Ha colaborado con crónicas y artículos en el periódico El Norte, El Diario de Monterrey. Reportero fundador del periódico La Razón en Cadereyta Jiménez. Fue consejero editorial de la revista Diálogo universitario de la Universidad de Monterrey, en la que fue Director de Difusión Cultural. Fue Coordinador de la Comisión interuniversitaria del Consejo Cultural de Nuevo León. Participó en el disco “Artillería Pesada” del grupo musical Control Machete, con 33 relatos breves incluidos en segmento de lectura en PC. Es autor de los libros No ven que sigo vivo, Esquina Bajan, y otros libros colectivos.*

FLOR DE OLVIDO

Andrés Amaro

Decía todo el tiempo que quería pasar por la casa de una persona a la que no nombraba.

El chofer Evaristo Tamez, del Sitio de Autos 801 (esquina de Hidalgo y Escobedo), la había recogido momentos antes frente al Hotel Savoy, cuando ella consistía casi únicamente en el repiqueteo de sus tacones en medio del silencio negro de la calle.

Al subir, con ánimo de noche lluviosa, María Ramos apenas le había indicado tomar por Zaragoza. Después, voltear en Padre Mier. Hacia el poniente.

Desde esos primeros minutos, don Evaristo se dio cuenta de que, para su pasajera, el rumbo era lo de menos: mientras el auto avanzaba, mantenía la vista en un punto fijo imaginario a través de la ventanilla. De vez en cuando, miraba al frente para indicar un nuevo viraje. O para repetir el motivo de su búsqueda cuando creía encontrar, en los ojos que la observaban desde el retrovisor, un velo de duda. Y volvía a la contemplación de Dios-sabe-qué.

Existe una evidencia desoladora sobre la virtual imposibilidad de extraviarse intencionalmente: cuando se va a ninguna parte, se suele regresar al punto de partida.

Al rato, el taxi pasó de nuevo frente al Savoy. Enfiló por Zaragoza. Dio la vuelta en Washington. Hacia el poniente. En un segundo periplo.

Vendría un tercero. Un cuarto. Durante más de una hora.

Días antes, María, próxima a casarse con Modesto Rodríguez, caminaba rumbo a su casa. Al paso, le pareció verlo sentado ante una de las mesas del restaurante del Savoy, cenando con una mujer. No quiso renunciar a saber la verdad. Volteó. De pronto, todo se volvió efímero, cual gardenia a la intemperie, flor de olvido.

Por eso durante su errancia en taxi el Savoy era punto de referencia en la geografía de su pena.

En parte porque tanta circunvalación los había convertido en compañeros de un viaje largo aunque de paisaje reiterado, ella fue compartiendo con el chofer detalles de esa historia que ahora puede parecer breve.

Al bordear las 10:00 p.m., le confió un anticipo del desenlace: había ingerido una dosis excesiva de Calomel.

Don Evaristo, taxista y confidente de ocasión, se interpuso en el relato que no lo consideraba personaje. Condujo a su pasajera al Hospital Civil. Cambió el final.

Esa noche del viernes 9 de marzo de 1934 la joven María Ramos salvó su salud. Su corazón entonces no se encontraba en el mejor estado. Pero seguía prestando servicio. Podría iniciar otra historia. Cualquier historia.

Andrés Amaro nació en Río Bravo, Tamaulipas en 1961. Se licencio en Comunicación (1981) Sociología (1991) por la UANL. Articulista de El Porvenir / Suplemento Cultural Aquí Vamos (1988-91). Autor de la Columna Cada Quien su Vida de El Porvenir / Sección Justicia

(1991-93). Colaborador en Páginas Ensayo / Obra Negra de la Sección Cultural / Vida en El Norte (1994-2000). Coautor en Monterrey, espejo nuestro de cada día (UANL, Monterrey, 1996).

LOS REMORDIMIENTOS DEL DIABLO

Homero Galarza

Lauro era el más aborrecido de todos los granujas del barrio de Héroes del 47. Desde niño su natural instinto, proclive a la maldad, fue más allá de toda convención moral.

Las travesuras del rapaz,-durante el día-comprendían los recorridos a las tiendas y a la escuela, donde el pequeño Atila, arrancaba flores, matas; rayaba paredes, rompía antenas, intimidaba a niños y blasfemaba a viejos; vejaba a perros y gatos; agraviaba a muchachas y viejas.

Las madres prohibían la amistad con aquel indeseable, que era la encarnación de Judas, la piel de Barrabás y el alma de Luzbel...Era en el consenso familiar...el meritito diablo.

Por tan abrumadora impresión, Lauro se ganó por unanimidad el mote de “El Diablo”.

Por las noches, Lauro era un incorregible figgón que desafiando los 13 mil 200 voltios, espiaba desde los techos a las muchachas de las casas vecinas. Corría como fauno preso de lúbricos deseos por las ruidosas láminas del techo. Las mujeres preparaban piedras y tinas con agua para aplacar las voluptuosas ansias del procaz adolescente.

Las quejas sobre “El Diablo” eran tantas y recaían solamente en la infeliz madre, porque el padre trabajaba en los Estados Unidos. Así que la abnegada mujer aceptó que su hijo no era el querubín de sus sueños, y reconvino en que sólo le faltaba la cola y las pezuñas para que personificara al demonio mismo. Cruel ironía si pensamos que el padre no quería llevarse a la familia para que no se “echaran a perder”.

La madre inició los primeros castigos: Lo amarró en una silla frente al retablo de la Pasión de Cristo, que tenía encima del espejo, y Lauro sintió el tormento...No sufría por el doloroso calvario del Señor, sino porque tenía frente a sí, su impenetrable rostro, la torva fealdad de su faz. Lauro era feo. Era el rostro que sólo una madre podía querer. Por desgracia los castigos no prosperaron por mucho tiempo. Lauro se fue aceptando hasta encontrarse hermoso en la imagen seductora y disipada del espejo.

Lauro recogió un perro abandonado y triste, movido no por piedad, sino por un morboso placer sádico.

Los perros callejeros tienen una vida corta y miserable, la más de las veces mueren arrollados y descuartizados en el pavimento; cruzan la ciudad husmeando los desperdicios y la pobredumbre, degradándose a la condición de carroñeros, víctimas también del deterioro ecológico y sucumben contaminados entre los basureros de los suburbios.

El perro de Lauro no tuvo mejor suerte, sobrevivía con estupor, de la muerte y el maltrato. Caminaba con gran dificultad, debido a las graves quemaduras de una lámina caliente que Lauro le imponía

en las clases de baile, porque sabía que en los circos los enseñaban a bailar y a saltar en grandes planchas calentadas o electrificadas.

En la calle de Arteaga el perro tuvo dos o tres arrolladas funestas,-siguiendo a su dueño-que lo descujaron y derrengaron de por vida. Al cabo de un año el perro murió envejecido por la sórdida existencia. Tal vez envenenado por mera lástima o simple eutanasia.

La madre de Lauro encomendó al Sagrado Corazón de Jesús que se encargara de la oveja negra de su hijo. La madre se mantuvo en una suerte de éxtasis para ya no mortificarse por las mezquinas tribulaciones terrenales y permaneció en su lecho para no arrastrar las vergonzantes quejas, y se consagró para vivir la otra vida, la de su arrobamiento y exaltación.

Lauro desapareció varios años, los suficientes para llevar una vida penitente, regresó convertido en predicador. Se había internado en los Estados Unidos para estudiar las santas escrituras. Ahora volvía el hijo pródigo.

Muy grande fue nuestro asombro, cuando reunidos en torno a Lauro nos habló de su fé y lloró frente a nosotros, pidiéndonos perdón por aquellas diabluras y dando gracias a Dios por la conversión y ser llamado para servir a sus semejantes.

Cuando nos despedimos, muchos llevábamos un nudo en la garganta; y otros llevaban los ojos anegados de lágrimas.

Homero Galarza Elizondo. *Nació y murió en Monterrey N.L. (1940-1999). Fue docente de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UANL.*

BENY BERNAL

José Alfonso Elizondo

Un pionero indiscutible del uso de la “canabis índica” en áreas no terapéutica fue un musculoso vecino llamado Nino, quien asombrado por los comentarios que algunas personas hacían acerca de la fuerza descomunal que adquiría minutos después de fumar dos o tres carrujos de la nefasta hierba decidió incursionar en la nada fácil arte de Pancraccio conocido popularmente como “lucha libre”.

Poco antes de tomar esta sorpresiva decisión pensó en acumular un mínimo de antecedentes a manera de “curriculum” que fortaleciesen la imagen que como luchador profesional tenía que explotar.

Su primera acción no fue muy sorpresiva ya que consistió en fumar media hora una sobredosis de mariguana de calidad ínfima que lo convirtió en un energúmeno. Poco faltó esa tarde para que Nino se convirtiese en cuestión de minutos en matricida o fratricida.

Cabe señalar que por los cincuentas las cosechas de “mota” que surtían al incipiente mercado local provenían en su mayor parte del Campo Militar, donde algunos mítines no habían podido renunciar

del todo a sus orígenes campesinos y sostenían la práctica a manera de obsesión romántica.

Pues a pesar que dichas parcelas contaban con abundante agua y las ya mencionadas castrenses atenciones, era la susodicha hierba tan mala que de su defectuosa combustión se derivó la voz popular del “petatazo” para referirse al conocido aroma que despedía al quemarse.

No fue lo anterior paliativo en la sentencia que dieron a nuestro Hércules los ignorantes jueces que calificaron el delito de Nino endilgándole 3 semanas de “bartolina” y dos horas de “tubo” que eran las prácticas sadistas en boga de los policías judiciales de esa época. Aunque regresó algo amoratado de la cara y el abdomen a los pocos días se repuso e inició la segunda etapa de su plan de publicidad que precedía a su aparición como luchador profesional.

Nino era apuesto y fornido y con algo de brillantina y unos zapatos color café con blanco en poco tiempo logró enamorar a varias damiselas de costumbres algo liberales que solían pasar junto a su casa. Nino utilizaba toda clase de sonidos y muecas que parecían enloquecerlas.

Una vez culminada esta labor con un éxito evidente pudimos leer en los postes y en las paredes del barrio en unos carteles pegados con engrudo la primera publicitación de Nino en estridentes letras rojas: “Beny Bernal, el ídolo de las damas”.

Un compromiso tan disparatado como el de ser a la vez luchador profesional, mariguano y Casanova de Barrio no podía menos que generar desdichas. De modo que nuestra historia tiene un desenlace entre funesto y risible.

Una de las volátiles damiselas requebradas por Nino, ya tenía nexos amorosos o lo que fuera con un individuo fortachón, malvado y medio hampón a quien apodaban “El Tanque Chico”. Esta fortuna relativa de que su contendiente fuese el mero de la dinastía blindada no fue tanta que impidiese que el susodicho tanquecito le propinase fenomenal paliza cuyo cruento colofón fue que Nino perdió gran parte de una oreja como consecuencia de un mordiscón; de modo que el recién ungido Apolo quedó imposibilitado de seguirlo siendo.

Nunca supimos si este incidente le produjo muy profundas reflexiones o si su inclinación desmesurada hacia el sexo opuesto era algo superficial, o bien, si formaba parte de su estrategia publicitaria. El caso fue que su fugaz y coruscante carrera de Don Juan se vio repentinamente frustrada.

A las pocas semanas Nino regresó al barrio con una pañoleta que le ocultaba delicadamente su tercio de oreja. Ya no traía bigote, había bajado de peso y al caminar se contoneaba suavemente como rumbera cubana.

José Alfonso Elizondo. *Nació el cinco de octubre de 1940 en Monterrey N.L. Ingeniero Químico de la UANL, m.c. University of Wisconsin. Director fundador de la Revista Apolodionis. Ha publicado dos libros de narrativa.: Copelia (1984) y Difunto Ángel (2002).*

EL GENIO DE LA BOTELLA

David González

Ya sé que cuando pisteo de más, cometo una serie de locuras. Por ejemplo me quedo dormido en la calle, reto a golpes a los pancheros, cambio cosas de lugar o me meto a casas ajenas. No, no me estoy justificando o tratando de explicar mi comportamiento, pero siempre al día siguiente con la cruda física me entra una cruda moral; lentamente trato de recordar lo que hice la noche anterior o simplemente cómo fue que llegué a mi casa. Como no recuerdo nada ando con un sentimiento de culpa todo el día, esperando el resultado de mis excesos, por eso solamente tomo los sábados, así tengo todo el día para esconderme en mi casa el domingo, esperando que de un momento a otro llegue la policía y me señale como el culpable de alguna falta grave.

Lo que me ha pasado hace unos días lo tengo que contar, dejar testimonio de una tormentosa semana en la que creí volverme loco. Lo que hice no tiene nombre y hoy encerrado en mi cuarto no me atrevo ni siquiera a asomarme a la calle, no vaya a ser que en la noche anterior haya cometido alguna atrocidad; entonces tendría que declararme culpable y aceptar que me encerrarán donde estuviera lejos del alcohol. Si no cometí nada de lo que no pue-

da arrepentirme, prometo públicamente hacerme amigo o socio o como se diga de Alcohólicos Anónimos. Además quiero aprovechar el espacio para pedir una disculpa a toda la gente que se vio afectada la semana pasada por mi irresponsabilidad. Narraré a continuación el origen de los lamentables hechos que afectaron a miles de personas y de los cuales yo, solamente yo, soy el responsable.

El fin de semana pasado, un compañero de trabajo me invitó a una fiesta de quinceaños en Valle Verde. Era el padrino de bebidas y refrescos y nos pusimos a pistear como en boda. Las cosas transcurrieron con normalidad, es decir, como deben ser: falló el sonido; el papá de la quinceañera para cuando tocaron el vals ya andaba hasta las chanclas; faltó botana porque llegaron muchos gorriones; se peleó la racilla con otros chavos de una banda rival; llegó la granadera, el juez auxiliar y la Cruz Roja y se llevaron hasta el chambelán. Esto, creo, sirvió para que no se fuera a pelar la güerca con el morrillo con el que anda.

Yo me salvé de que me levantaran porque en ese momento fui a miar detrás de un edificio, esto porque se tapó y no había agua.

Como se terminó el cotorreo, el baile, la cheve y la raza, me fui para mi casa, pero antes le llegué hasta el rincón donde estábamos pisteano y saqué de su escondite una botella de Don Bucho que habíamos clavado antes del rejuague. Digo, para no irme tan solito a mi casa. Pensé en tomar el ecotaxi, pero no traía lana ni fierro, ni peine con que hacer la finta de un asalto, y con riscos no me iba a dejar subir; mi casa está relativamente cerca del Infona y me animé a cruzar por el Cerrito en línea recta hasta la Granja.

El aire fresco de la parte alta del Cerrito me mareó. Podía ver claramente a uno y al otro lado de sus faldas, como si estuviera en lo alto de una isla y todo lo que la rodeaba era un mar de luz que se prolongaba hasta difuminarse en una espesa nube de humo allá en el horizonte. Por otro lado la miseria de los posesionarios, el ladrido de los perros y el llanto de algún niño en alguna de esas casas de cartón, se conjugaron en apachurrarme el corazón. Le di el último buche al Don Bucho y me dieron ganas de fumar; no traía cigarros y me sentí de plano el ser más inferior del mundo.

Poco a poco me fui calmando y cuando dejé de llorar, pensé en sacarle el diablo a la botella, una diversión infantil del barrio donde vivo: tapar bien la botella, frotarla para que se caliente y al prenderle un cerrillo para que salga un flamazo.

Cuando esto pasó no podía creerlo: una nube espesa de humo, como cuando pasa un camión por Arteaga me espantó, y más me asusté cuando frente a mí un pelado negro, alto y brillante se apareció. Soy el genio de la botella y por haberme liberado te voy a conceder tres deseos.

Chale le dije, ni que anduviera tan pedo, ¿qué el genio de la botella no son puros cuentos? Píde lo que quieras que yo te lo concederé, me dijo de nuevo. Como no tenía ganas de discutir traté de seguirle el juego para que me dejara en paz. Bueno, si tú quieres, entonces es mi deseo que cambio el mundo. Ah, y de paso unos cigarros. Concedido, alcanzó a decir y desapareció. No le di importancia y me fui a mi casa.

A la mañana siguiente, me levanté con una sed espantosa. Don Bucho no perdona, me dije mientras

me prendía a la llave del lavadero con los ojos cerrados como becerrito suspirando de placer, y entripado de agua me di cuenta de algo raro: el sol se encontraba en la punta del cerro de las Mitras. No podía ser que hubiera dormido tanto, me dije y corrí a ver el reloj. Las diez y media. Imposible, ya debería estar obscuro. Prendí la tele y Gilberto Marcos vestido con un traje sastre anunciaba que había decidido salir del closet y declarar públicamente su decisión de ser mujer, y que ese programa estaba dedicado a todas las locas que habían optado por su liberación sexual. No podía creerlo, cambié de canal y en casi todos había caricaturas o programas culturales. No puede ser, corrí al radio y en todas las estaciones pasaban música de Leo Dan, Enrique Guzmán y el Pirulí. Los anunciadores a gritos clamaban por el resurgimiento de la época dorada del rock, cuando el león empezó con su: “En un trenecito voy...”. No aguanté las ganas y me puse a guacarear.

Salí a la calla para ver qué pasaba. La gente sólo me saludaba a mi paso, con una especie de risa burlona. Me llamó la atención la falta de tráfico. La mayor parte de las personas vestían sus mejores garras. Chale, pensé al ver a tantos encorbatados, nos innadieron los hermanos, Familias enteras paseaban en bicicleta igualito que en las fotografías de los periódicos cuando hablan de Cuba. No había carros en las calles. Caminé sin rumbo fijo tratando de entender lo que pasaba, deslumbrado por el sol ¿mañanero? Una granadera se detuvo ammi lado, ¿se siente usted bien, joven? Me dijo un policía. ¿Lo podemos ayudar en algo?, realmente se ve mal, permítanos llevarlo a su casa o si lo prefiere al centro de salud que se encuentra a tres cuadras.

¿Y ora a estos batos qué les picó?, no gracias, sólo salí a tomar un poco de aire.

Todo había cambiado, el atardecer enmarcaba en tonos rojos el cerro de La Silla, no había contaminación, por todos los lados había pasto verde y frondosos árboles. Verdaderamente me estoy volviendo loco, pensaba. La gente no se preocupaba porque el sol salía al revés, solamente se conformaba con la situación. El gobierno decretó que para efectos administrativos y para evitar confusiones, la orientación de las calles deberían contener la nueva nomenclatura, esto para que los carteros pudieran desarrollar su trabajo con mejor eficacia. Así se agregaría la palabra nueva al punto cardinal al que se refiriera. Por ejemplo: “Arteaga 1234, nuevo poniente”.

Cuando fui a trabajar, el patrón se encontraba en la puerta de la fábrica y a cada uno de los que iban pasando lo saludaba de mano y lo llamaba por su nombre. Cuando llegó mi turno, me comentó que una nueva disposición de la empresa era que los directivos participaran directamente en cada una de las fases de producción a fin de evaluar el esfuerzo y el valor real del trabajo, así como también las quejas y fallas, riesgos y necesidades reales de cada uno de los trabajadores; por ese motivo en esa ocasión lo acompañaría a explicarle todo el proceso de limpieza que debería realizar, y sin más ni más empuño una escoba.

Cada día era necesario respirar profundo para calmarme asimilar mi asombro. NO había basura en las calles, el transporte urbano era silencioso, anticontaminante, limpio y gratuito.

A pesar de eso, la mayor parte de la gente prefería caminar o trasladarse en bicicleta. El único pro-

blema era el radio. Todo el mundo oía las canciones de Leo Dan o tarareaba su letra; no podía soportarlo y siempre que ponían esa rola que ni del nombre me acuerdo, me guacareaba. Chale, cuando estaba morrito ya me caía de la patada; treinta años después era un martirio. Por eso, ayer no aguanté más y me puse a trovear, sopesé la situación: bueno, la música es el único elemento que no va con la nueva situación, si pudiera cambiarse, digo, de perdido podría aguantar a Pablo Ruiz o Alejandra; bueno, como una concesión a Thalía, pero no soporto más a ese bato. Toda la tarde y parte de la noche estuve tentado a ir al Cerrito, al lugar donde dejé la botella vacía de Don Bucho y pedirle el tercer deseo al genio. Cuando me animé ya iba hasta las chanclas. Ahí estaba tal y como la dejé. Junto había unos cigarros. Me fumé uno para darme valor y estar en condiciones de ver al Negro. Por cierto, se parecía al Memín Pingüin. Cuando realicé la operación nuevamente, con voz emocionada le pedí el tercer deseo.

Después regresé a mi casa y me dormí profundamente.

Por eso hoy no quiero ni asomarme a la calle; peligro y la gente se me eche encima. Solamente les pido que me perdonen y que me avisen si el sol sale nuevamente detás del cerro de La Silla.

David González Cantú. *Monterrey, Nuevo León (1959). Se ha dedicado a dar talleres para grupos marginados, por toda el área metropolitana y en los municipios conurbados. Su prosa esta siempre llena de situaciones chispeantes.*

DEL PERIODISMO TOMAMOS
LAS MEJORES ARMAS
Y DE LA LITERATURA TAMBIÉN.

EL DÍA DE SAN VALENTÍN EN LA COYOTERA

Adriana Estela Flores

Desde la cantina del Maic, la tonada se oye clara y fuerte a lo largo de toda la calle Herrera. “¡Nada me importa/lo que me digan/si yo te quiero/si yo te adoro!”. Un travestí de piel morena y cabellos rubios luce sus piernas torneadas mientras lee, sentado en una silla que el óxido ha vuelto triste, tan triste como su cara. Y desde la tienda, se escucha el grito de Gaby “¡Feliz día, véngase pa’ darle su abrazo!”.

Es 14 de febrero y el sol parece que cae distinto aquí en la colonia Garza Nieto, la popular “Coyotera”. A contraesquina de la cantina del Maic, está la casita rosa que apunta directo a la avenida Bernardo Reyes y donde Gaby (cuyo nombre completo es Ana Gabriela Almanza) ya reunió a su grupo de amigas y amigos para festejar con todo el Día de San Valentín.

“Uno se levanta y órale, a decir feliz día del amor y la amistad”, exclama Gabriela sin dejar nunca de sonreír.

Parece que esa sonrisa no se le ha despegado ni de la cara ni de su voz desde hace 40 años, cuando llegó a esta colonia de Monterrey luego de que sus padres huyeron del desempleo en Durango.

Ellos vendían flores allá donde el aire viene mezclado con el aroma de los alacranes. Pero acá, Ga-

briela creció y ahora es empleada de Limpieza en fábricas y casas.

Justo ahora trae sólo 12 pesos en la bolsa. Pero eso no importa cuando se trata de celebrar, como hacen muchos de sus amigos de la Garza Nieto, de Monterrey, Nuevo León, México y el continente americano: en medio de la desolación, cantan.

“Tus ojos me traen embelesado/tus ojos de paloma amada”. Don Efrén Ponce canta al lado de Gabriela y sus amigas. Viene cantando desde varias calles atrás, con el ánimo de ganarse unos cuantos pesos.

A lo mucho, le pagan a cinco pesos la rolita, pero esto no lo desanima. “Para eso traigo mi bajosexto y para eso lo sé tocar”, dice mientras Gabriela ve su monedero con ojos de codicia, “para eso se sube uno a los camiones y se pone a hacerle la lucha”.

No. La única lucha que cabe aquí ahora es Lucha Villa y que siga la fiesta. Todavía con las manos manchadas de pintura blanca y una pelota de fútbol con el logotipo de los Tigres de la UANL, David González se acerca al festín de abrazos y risas.

“Está bien bonito este día. Ayer me comí tres paletas de bombón y chocolate y de esas grageas”, expresó.

¿Usted lo celebra?

“Yo sí”.

¿Y a quién ha abrazado?

“A nadie, aquí no se dejan abrazar”.

Un hombre vestido de mujer pasa cerca de allí. Camina rápidamente mientras chupa una paleta que acentúa más la imagen infantil que intenta tener usando diademas y coletas.

“¡Véngase, pa’ darle su abrazo!”, le grita David. El hombre prácticamente corre al escucharlo.

¿Qué hay que hacer en San Valentín?

“Quererse y que los hombres vean a sus novias”.

¿Y la suya?

“Yo no tengo, a ver si consigo ahorita una”.

Las amigas de Gabriela no paran de reír ni de cantar. “Hermoso cariño/que Dios ha mandado a ser destinado nomás para mí”.

“Antes las muchachas nos intercambiábamos regalos, que una blusita, una florecita, un chocolate, pero ya se empezaron a ir y ya se terminó”, dijo, “pero como quiera aquí tenemos mucho afecto entre todos, esta colonia lo que tiene es que es muy unida, todos aquí somos amigos”.

En efecto: pese a que todos los días, se encargan de vender amor y caricias, decenas de sexo servidoras reciben este día alguna flor, las visitas de vecinas como María de Jesús González Ramírez, quien no deja de abrazar y besar a sus compañeras.

“Al rato viene mi esposo y me va a traer un kilo de carne. Él la hace y él me hace de comer muy bien”, dice Marichuy mientras, a su lado, la mira tímidamente una sexo servidora de más de 50 años.

A ella le regalaron “una florecita, nada más. Una flor y mucha amistad”.

¿Para usted qué significa el amor?

“Para mí el amor significa estar todo tranquilo, todo serio. Bien tranquilos, bien padre y se resume en un verso: si amas algo, déjalo libre; si regresa es tuyo; si no, nunca lo fue”.

Gabriela sigue el festejo pero ya llegó la hora de preparar la comida. Esta vez, habrá un manjar: pollo. Un niño se acerca y regala paletas a todos por igual: a Marichuy con Negro, el inseparable perro al que llama “hijo”; a las niñas que viven aquí; a

Kikis, un travestí dedicado al sexo servicio; a David, a Efrén y a las amigas de Gabriela. No faltan los abrazos, las caricias en las mejillas. Aquí hay cariño.

“Ya me fui a todas las cantinas y a todos les di su buen abrazo”, se ríe Gabriela, “en esta colonia todos somos muy amigos. Pasa algo, algún cuerpo y todos juntamos”.

***Adriana Esthela Flores, reportera.** nació en 1980 en Monterrey, Nuevo León. Licenciada en ciencias de la comunicación con especialidad en periodismo por la UANL. Trabajo para el periódico ABC (1999), Milenio Diario de Monterrey (2000 a 2008) y Multimedios Televisión (2004-2008). Se ha especializado en asuntos de política, seguridad, medio ambiente, derechos humanos y temas de género. Desde 2008, es reportera de Milenio Televisión y conductora de espacios noticiosos. ha cubierto casos como la desaparición de la niña Paulette y la de 11 menores de los albergues Casitas del Sur. autora del poemario "recinto de mareas" (UANL/Homoscriptum, 2010).*

FARAONES

Diego Enrique Osorno

Antes de morir, Jonathan era un chico de unos quince años de edad al que le gustaba retratarse con su pistola escuadra. Ese gusto se lo trajo a la tumba donde fue enterrado, en el cementerio de los narcos –ilustres- de Culiacán. Su figura, casi la de un niño, convive con tumbas de capos y de los mejores sicarios de la región, así como de los familiares de éstos.

Un poco más común de lo que se piensa, los cementerios pueden dar una idea de las ciudades y de quienes viven en ellas. En el panteón Jardines del Humaya, los que mueren después de dedicar parte de su vida al narco están enterrados en mausoleos y catedrales de mármol traído de Italia, cantera de la región y piedras exóticas puestas como detalles. Arquitectos famosos diseñan los monumentos, empresas especializadas en conservación de restos arqueológicos mayas, se dedican al mantenimiento semanal de tumbas que llegan a tener tres pisos, escaleras, comedores, salas de estancia, y algunas hasta teléfono, quizá por si los muertos reviven.

I

Gente que trabajó para Joaquín “El Chapo” Guzmán, Ismael “El Mayo” Zambada, los Beltrán Leyva, Juan José Esparragoza “El Azul”, los Caro Quintero, es la que yace aquí. “El muchacho Jonathan era cercano a alguno de ellos”, me dice uno de los empleados de este panteón, que tiene más albañiles y contratistas trabajando diariamente, que enterradores.

Al lado de su fotografía impresa en proporciones reales, Jonathan recibe un mensaje por su cumpleaños: “Que Dios te bendiga porque fuiste un buen niño para tu mamá, nunca te voy a olvidar. Aunque no me mires ni me puedas tocar, yo estaré cerca y sentirán el calor de mi amor...”

Gemidos y llantos que por momentos crecían en intensidad. Partían el alma. Arrodilladas, las mujeres rezaban el rosario. Cantaban plegarias para Gonzalo Araujo Payán, el jefe de sicarios del Cártel de Sinaloa que acababa de morir de un solo tiro en la cabeza en el interior de su casa. Las muertes de los pistoleros famosos a veces son las más misteriosas.

Sus vidas aún más. A pesar de que en todo Sinaloa no había nadie que ignorara el paso temerario de “El Chalo” Araujo en el mundo de la mafia, donde los ajusticiamientos que cumplía contra adversarios o traidores, daban hasta para corridos que provocaban escalofríos de tan sangrientos, para las autoridades, el jefe de sicarios de Joaquín “El Chapo” Guzmán era “de ocupación agricultor, de 48 años de edad, residente de una casa de Infonavit”.

II

Si bien es cierto que “El Chalo” Araujo era incluido en la lista de los delincuentes más buscados del país por la PGR, no lo era por sus asesinatos a sangre fría, conocidos en toda la región. Era tan buscado pero porque en Nayarit había violado a una joven en los noventa, dicen los documentos de la burocracia policial. Otro gran misterio más de los días actuales.

Las mujeres que le rezaban el rosario el 15 de octubre de 2006, en el cementerio, tienen caras de rasgos suaves y benignos, relajados y abiertos. Provocan calma al verlas retratadas, despidiendo al sicario.

Su tumba es de dos pisos. Tiene vidrios polarizados y una imagen de Jesucristo de casi dos metros. Sinaloa es un anfiteatro donde los gladiadores matan o mueren. Algunos de esos gladiadores, aquí vienen a dar, tarde o temprano.

III

El ropaje de un narcotraficante es un código que proclama: “Este hombre es un indomable, está al margen de la ley”. Mientras más crece y se divulga el estigma del narco, el narco lo reafirma más. De la punta de las botas de avestruz australiana a los botones fosforescentes de las camisas Versace adaptación vaquera, la clandestinidad por lo ilegal de las actividades, queda para otro momento. Los centros comerciales de Culiacán, puntos de encuentro de la elite tradicional, ya no son de su exclusividad. Los aparadores son de todos, para

todos. El narco de hoy está en desacuerdo con la discreción, ya no quieren lucirse nada más en los bailes masivos o en las fiestas privadas que son de público conocimiento, celebradas en esos ranchos de ensueño, donde alcohol y mujeres circulan durante un fin de semana, la medida de tiempo que puede durar la eternidad aquí en Sinaloa.

Eso de que hoy en día los mejores narcos son los más discretos está a discusión, cuando todo mundo en el noroeste del país, sabe semanas antes que El Chapo Guzmán, el máximo capo, se casará con una joven de 18 años de edad en Durango, o cuando el hijo de éste va a estudiar a la universidad pública y por las tardes entre tareas, sube videos en youtube.com defendiendo a su papá.

Los narcos salen del closet. Si es que alguna vez estuvieron dentro. Con corridos, internet y hasta organizando fiestas a su nombre por el Día del Niño y el Día de las Madres, la evidencia es clara. Y esa parafernalia se la llevan hasta la tumba. En Jardines del Humaya, Benjamín Herrera, “Charmin”, tiene en su tumba una fotografía que lo registra en un momento de su paso por la vida. Seguro que uno de sus instantes más apreciados: De gorra, camisa vaquera con los botones del pecho desabrochados, pantalón de mezclilla y un cuerno de chivo. Alrededor de él, un pequeño cerro y unas enormes plantas de mariguana.

Tiene unos días de haber muerto, apenas el 28 de abril pasado. “Que me entierren cantando”, un corrido de Chalino Sánchez, acompaña la fotografía que está en exhibición en el panteón.

IV

Redacción de nota común en los periódicos de Sinaloa: “Una persona hasta el momento desconocida fue hallada envuelta en una lona y amarrada de los pies y la cabeza, sobre un camino vecinal cercano a la carretera La 20, a 300 metros al sur de la sindicatura de Villa Juárez, en Navolato.

Con esta víctima suman ya ocho las personas halladas de similar forma en varios puntos de aquella sindicatura en los últimos cuatro días. La víctima es de complexión delgada, estatura mediana, de entre 20 y 30 años, y vestía pantalón de color caqui, tenis negros y calcetines blancos.

El hallazgo fue reportado alrededor de las 7:00 horas mediante una llamada anónima a la Policía Municipal de Navolato, la cual alertó sobre una persona “enlonada” sobre un camino de terracería que va al campo pesquero Las Puentes, cerca de la carretera La 20”.

Los ajusticiamientos del narco son una atroz exhibición de lo que les puede suceder a unos hombres que deciden jugar al margen de las reglas del juego. El único momento en que las matanzas del narco suelen interrumpirse, es cuando llega la hora de sembrar mariguana.

V

“Durante los tiempos del todopoderoso Partido Revolucionario Institucional, los caciques regionales y estatales no sólo mantenían el control político, sino que en muchos casos –y de ello abundan las evidencias– solapaban a las bandas criminales

a cambio de una cierta estabilidad en los niveles de violencia. Así, al tiempo que crecía el poder de las bandas del narcotráfico –y las disputas por territorios de paso y mercados– se hacía necesario extender las redes de complicidad, del orden municipal al estatal y luego al federal.

Pero los problemas se complicaron cuando llegaron la pluralidad y la alternancia; cuando el gobernador de un estado es de un partido y el alcalde de la capital está en manos de otro partido, y más aún cuando existe una lucha tripartidista. Y la crisis alcanza niveles geométricos cuando otras bandas criminales disputan territorios, rutas y mercados, empujados por la sobreoferta de drogas que debe encontrar nuevos puntos de distribución y consumo. Se alteraron los equilibrios políticos, económicos y sociales que hicieron posible, por lo menos hasta el año 2000, una convivencia más o menos manejable. Luego vendría la violencia sin freno y los mexicanos empezarían a transitar por el sendero del espanto” Froylán Enciso, investigador y periodista

VII

En enero de 1990, los hermanos Arellano Félix ordenaron que descuartizaran a la esposa de Héctor El Güero Palma y le enviaron la cabeza en una caja. También asesinaron a los hijos del Güero, Nataly y Héctor, en Venezuela, amarrándolos de un puente. Los restos de los familiares del Güero Palma, actualmente preso, están en una de las tumbas de aquí.

VIII

Basta estar una semana en Culiacán para darse cuenta de que en el ambiente de la ciudad ronda una sensación de identificación con los capos de la droga. ¿Que levante la mano el diputado o el empresario que se sienta moralmente superior a los narcotraficantes?, parece preguntar cualquiera de los interlocutores en turno en algún momento de la conversación. El todos como iguales o el así son las cosas, manda.

IX

La ficha biográfica de Inés Calderón Quintero dice que a los 26 años de edad emigró a los Estados Unidos y empezó a operar en la región de California, siendo uno de los primeros narcotraficantes que empezaron a introducir cocaína y heroína en Estados Unidos.

Luego regresó a Sinaloa, donde adquirió gran importancia gracias a las grandes cantidades de cocaína que recibía desde Colombia. Su relación con balaceras y ejecuciones, eran algo común, tanto como sus aprehensiones y sus liberaciones por desvanecimiento de pruebas.

Controlaba toda Sinaloa con la ayuda de sus principales operadores: Ismael “El Mayo” Zambada y Baltazar Díaz, ya muerto. Falleció en marzo de 1988, en una balacera en la que mató a dos policías judiciales. Las cosas pasan porque pasan. No te preguntan primero. No te piden permiso.

Hoy en día, su tumba, una capilla adornada con vitrales y pequeña en comparación con las demás,

queda con el reconocimiento –junto con la de Lamberto Quintero- de ser una de las primeras que le dieron al panteón de Jardines del Humaya, la fama de ser el lugar de reposo de los capos de la droga y de sus terratenientes.

A finales de los ochenta, como muchos otros espacios de las elites locales de Sinaloa–en su mayoría dedicadas a la siembra de hortalizas y a la ganadería- el narco se apropió del panteón de los sinaloenses ricos, dedicados a la vida empresarial legal.

No todas las tumbas extravagantes son de gente relacionada con el narco. Cerca de la tumba de Calderón Quintero está la de Manuel Clouthier, líder histórico del PAN. Hay también algunos profesores y agricultores que decidieron construirse una capilla antes de morir. Como cualquier poder totalitario, la gran fuerza del narco, obliga a los que incluso lo temen –o temían-, no solo a aceptarlo, sino también a imitarlo.

X

“Más que celebración del delito, los narcocorridos difunden la ilusión de las sociedades donde los pobres tienen derecho a las oportunidades delincuenciales de los de arriba”

Carlos Monsivais.

XI

Fui a Badiraguato –la tierra donde nacieron los Caro Quintero, el Chapo Guzmán, los Beltrán Leyva, etcétera- a ver a Omar Meza, “El Comandante”. Un cantante de narco corridos que en la porta-

da de su nuevo disco, grabado por Titan Records, aparece cargando una cuerno de chivo con cargador de disco y con un uniforme de agente federal. El título del CD es “La captura del Mochomo”. En 2001, “El Comandante” empezó a cobrar notoriedad tras empezar a cantar apenas unos días después, un corrido sobre la fuga del Chapo Guzmán del penal de Puente Grande.

- “Yo no he querido meterme en eso (grabar un narcocorrido sobre la muerte del Hijo del Chapo). De hecho al principio yo sí pensaba, pero ya viendo la cosa (la disputa entre los antiguos aliados Arturo Beltrán y El Chapo Guzmán), mejor no.

- “Yo grabé unas baladas pero ese disco nadie lo pela, eso no gusta aquí. Los compositores llegan con los narcocorridos y tu los cantas. Nosotros lo que buscamos es la mercadotecnia, cantar lo que la gente quiere oír.

- Los meros fregones de los narcocorridos son Los Incomparables de Tijuana y Los Canelos de Durango, porque para componer un corrido, por ejemplo yo lo saco de lo que veo en los periódicos, pero ellos que son los mejores, ilo sacan de que ven directamente!

- Para bien o para mal, de aquí de Badiraguato han salido muchos mafiosos y por eso aquí es donde hay más grupos de narcocorridos.

- Los narcocorridos te dan mucho prestigio por acá. Dice mi vieja que ya no grave discos. Me dice: ‘no quiero que andes cantando, al rato te vas a quitar las viejas que te van a estar brincando. Yo nada más me quedo pensando: qué me las voy a quitar, me las voy a llevar a todas.

- “¿Sobre tocar en fiestas de narcos? Una vez me hablaron de la compañía para decirme que había la

invitación para tocar en Culiacán, en la fiesta de un señor que acababa de salir de 14 años en la cárcel. Fui y toqué y ni supe quién era. Mejor así”.

- “Aquí mataron a un tío mío. A un primo mío que andaba en Mexicali y no pagaba plaza, también lo mataron. Le compuse un corrido, pero lo mío es cantar. ¿Qué es lo que debe llevar un buen narcocorrido? Que hable de cuernos de chivo, de drogas y de un buen apellido (Sobra decir qué significa aquí lo que es un buen apellido)”.

-No. De policías no hay corridos. No hay. Y menos va a haber ahorita. Ahorita si haces un corrido de judiciales o soldados, te levantan los otros. Ya ves que hasta los están matando.

XII

No todos los narcos van a Jardines del Humaya. Amado Carrillo Fuentes, “El Señor de los Cielos”, está enterrado, junto con su hijo Rodolfo, asesinado hace cuatro años en Culiacán, en un mausoleo construido dentro del rancho de la familia, en Navolato, a 30 kilómetros de Culiacán. Edgar Guzmán, el hijo del Chapo asesinado apenas el pasado 8 de mayo, fue enterrado en el rancho de la familia en el poblado de Jesús María, junto con sus abuelos.

Ernesto Fonseca, “Don Neto” mandó construir desde hace varios años un Partenón para reposar una vez que muera, en el cementerio de Santiago de los Caballeros, una ranchería de Badiraguato, cerca de donde que La Palma, en donde Rafael y Miguel Caro Quintero ya tienen sus tumbas construidas bajo la supervisión de ambos desde el Penal de Puente Grande.

XIII

“Ya quisiéramos esas tumbas del panteón como casa”, me dice Bernardina, una de las posesionarias de la colonia Progreso, el barrio más marginal de todo Culiacán, cuando hablamos del cementerio de Jardines del Humaya.

Son las tres de la tarde y el sol es despiadado en Culiacán. Lo que Bernardina llama su casa es un amontonamiento de láminas que son amarradas como sea, con cartones, alambres y mecates. Antes de platicar, Bernardina miraba de reojo el diablito de luz, pensando que en lugar de ser reportero, yo venía de la Comisión Federal de Electricidad. Un abanico ruidoso trata de aminorar el horno en que se convierte el interior.

Bernardina y su esposo, un peón que trabaja como albañil, quisieran tener 10 mil pesos para empezar el trámite de regularización de “su casa”. Por su esposo, ella sabe que el panteón de Culiacán, muchas de las tumbas valen de 2 millones de pesos en adelante, sabe que algunos muertos viven mejor que muchos vivos como ella y los de la Colonia Huizaches, otro de los asentamientos proletarios, donde hay casas construidas con anuncios de vinil de conciertos de Luis Miguel, maderas industriales tiradas y triplay conseguido quiensabecomo.

XIV

Varios de los muertos de las familias Beltrán Leyva y Guzmán Loera –amigas antes, hoy rivales-, comparten pasillo en el cementerio. Sus tumbas lucen algo abandonadas en estos días. Muchos de los trabajadores imaginan las razones.

XV

La violencia cada vez sorprende menos. Los narcos muertos se despiden del mundo como los que llegan a ser en vida: faraones.

Diego Osorno. *Diego Enrique Osorno González, Diego Enrique Osorno o Diego Osorno, nacido en 1980 en Monterrey, Nuevo León, México, es un periodista mexicano que trabaja para el Grupo Editorial Milenio. Estudió periodismo en la Universidad Autónoma de Nuevo León y cursó un posgrado en información y guerra en la Universidad Complutense de Madrid. Osorno ha cubierto diversos conflictos en países como Colombia, Honduras, Líbano, Siria, Bolivia, Venezuela, País Vasco, Haití y Perú. Durante seis meses cubrió de manera destacada el Conflicto magisterial de Oaxaca de 2006 para el periódico mexicano Milenio Diario y el semanario Milenio Semanal. Además en 2006 ha hecho cobertura informativa en el Conflicto de Atenco, en el Estado de México. En 2007 cobertura del operativo militar emprendido contra el narcotráfico por el gobierno de Felipe Calderón Hinojosa. En estos conflictos recientes en territorio mexicano ha habido fuertes críticas por violaciones a los derechos humanos. Por estos hechos la Comisión Nacional de los Derechos Humanos ha emitido recomendaciones. Sus crónicas y reportajes han aparecido en Letras Libres, Nexos, Replicante, Rebelión, Gatopardo y Narconews. Su blog Historias de Nadie, es el más visitado de la página de Milenio.com, donde también tiene el videoblog Televisión Abierta.*

“BOTERO ES EL QUE PINTA LAS GORDITAS”, “OYE, RUBÉN, ¿ES IGUAL DE CHINGÓN QUE GARCÍA MÁRQUEZ, VERDAD?”

Lorenzo Encinas

Este encuentro seguramente será un día que recordará el artista colombiano Fernando Botero.

Por la mañana recibió el Doctorado Honoris Causa por parte de la Universidad Autónoma de Nuevo León; por la tarde inauguró su exposición Abu Ghraib en el Centro de las Artes y por la noche fue el invitado especial de una cena de gala organizada por las máximas autoridades del Nuevo León, a la cual asistieron figuras del ambiente intelectual e industrial.

El palacio de cantera lució sus mejores galas; se podría decir que toda la clase política asistió a la cena.

El creador de infinidad de universos donde sobresale su peculiar estilo de apreciar la figura humana era el invitado principal de la noche.

Desde las ocho y media de la noche, los invitados poco a poco fueron llegando. Los primeros en arribar rápidamente eran colocados en su lugar correspondiente. Cabe aclarar que todos los presentes contaban con su sitio establecido.

A las nueve y media, el lugar lucía a la mitad de su capacidad. Los invitados, en su mayoría funcionarios de Gobierno del Estado, en el compás de espera

mientras eran colocados por las edecanes en sus mesas, aprovechan la ocasión para comentar las últimas novedades del ámbito político de Nuevo León.

Celso Piña, con su acordeón en mano, bajó desde el cerro de La Campana al encuentro, no sin antes, ser abordado por sus fans, entre policías y funcionarios quienes, aprovechando la ocasión, se fotografiaban con él.

Como el regiovallenato, llegaron Ildefonso Guajardo, Luis David Ortiz, Rodrigo Medina, Melody Falcó, Lombardo Guajardo, Romeo Flores Caballero, entre otros.

Adalberto Madero, Alcalde de Monterrey, como ya es su costumbre, saludó de mano a la mayor parte de los invitados.

Para las 10 de la noche, un corto silencio y el típico: “Ya llegaron”, fue la señal para que la mayoría de los presentes se ubicara en su punto asignado y, como estatua de marfil, se quedaron quietos y en silencio.

El gobernador Natividad González Parás y el artista colombiano Fernando Botero aparecieron entre la gente.

En el podium sobresalían las banderas de México y Colombia.

Muy emotivas resultaron las palabras que Nati dedicó a Botero. Por su parte, el pintor destacó los lazos de unión y amistad entre ambas naciones a lo largo de la historia y como el arte ocupa un sitio privilegiado en el desarrollo de la cultura.

Tras la ceremonia protocolaria, Rubén Hernández Mújica, representante de Celso, se le acercó al artista homenajeado para regalarle una colección completa de los éxitos del músico regiomontano.

Al preguntarle a Celso acerca de que si conocía la obra de Fernando Botero, solamente se limitó a decir: “Botero es el que pinta las gorditas”, “Oye, Rubén, ¿es igual de chingón que García Márquez, verdad?”, comentaba a su manager.

Tal vez, Botero no conocía en persona a Celso, seguramente ha de haber escuchado uno de sus temas, pero lo que sí se puede afirmar es que ambos quedaron flechados.

El cantante de La Campana es el principal exponente de toda una subcultura que gira alrededor de las cumbias y vallenatos.

Botero, en cambio, es uno de los grandes artistas del mundo. El artista colombiano despierta la admiración y el entusiasmo de quienes entran en contacto con sus obras. Nacido en Medellín, ciudad con la que mantiene no sólo un vínculo sentimental sino recurrente en las imágenes de sus creaciones, Fernando Botero, actualmente es una de los grandes íconos de la cultura; de hecho, el estilo del colombiano es un reflejo de lo que sucede en latinoamericana.

“No, yo no pinto gordos”, así respondía Botero una y otra vez cuando se le preguntaba sobre su estilo.

Las figuras que aparecen en sus obras no son precisamente enclenques, marcadas por el hambre, sino que tienen aspecto de estar bien alimentadas, un perfil regordete e incluso rechoncho. Botero subraya una y otra vez que en sus cuadros la sublimación corresponde a una inquietud estética y tiene una razón estilística.

Ambos artistas tienen dos diálogos distintos, sin embargo, luego de que Celso tomara su acordeón,

sus trayectorias se encontraron a través de un hilo conductor: el vallenato colombiano.

Los temas “Si mañana” y “Cumbia sampuesana”, literalmente hipnotizaron a Botero, quien enmudeció al ver y oír las rutinas que hacía Celso Piña con su acordeón.

El músico se acercó a todas las mesas y le puso sabor a la velada.

Rodrigo Medina, en ese entonces secretario general de Gobierno, no dejaba de hablar por su celular. Al ejecutar los primeros acordes de la madre de todas las cumbias, los presentes, generalmente ajenos a la cumbiamba, seguían el ritmo con las palmas de sus manos.

Seguramente Botero por unos momentos se sintió en su tierra. Para el escultor y pintor colombiano, la noche de anoche fue una fecha difícil de igualar.

José Lorenzo Encinas Garza (ciudad de México 1965), mejor conocido como Nicho Colombia. Reconocido reportero y Filólogo. Su trabajo con menores infractores le ha permitido recrear mucho de esos sitios y personajes.

EN LA PIEL EQUIVOCADA

José Garza

UNA FRÍA GOTA DE AGUA cayó del techo sobre la frente de Miriam, provocándole un terrible escalofrío que terminó súbitamente con el sueño profundo y feliz al que negaba abandonar: intentó mantener los ojos cerrados para completar la quimera interrumpida por esa maldita gotera. “Ni dormida puedo cumplir mis deseos”, pensó con un enojo que fulminó de modo instantáneo al contemplar, colgado en el ropero abierto, el vestido de quinceañera que ella misma diseñó con raso rosa y tul del mismo color pastel, aplicaciones de encaje de perlas y canutillo, mangas abollonadas, crinolina con aro y un enorme moño para la cintura, guantes y una corona de flores secas que también sirvieron para un pequeño ramo con listones.

Aquella mañana de agosto resultó de las más felices para Miriam: cumplía con el sueño que deseaba desde hace treinta y cinco años. El vestido estaba ahí mismo, colgado en el ropero abierto, nada percutido por el tiempo que ya ha pasado durante doce años. Miriam se levantó entonces con la felicidad más grande del mundo. Se permitió suspender la rutina de todos los días para acudir con la estilista del barrio que la peinó y la maquilló, de acuerdo a

una prueba que ambas habían realizado, destacando el rizado de su corta cabellera, y la aplicación de la corona con incaibles, y el tono labial fushia y los párpados en colores rojo y celeste. De regreso, Miriam encontró a Lucinda, su madre, lista para cumplir con el rito de vestirla: primero las medias, luego la crinolina y después el vestido y los zapatos con tacón de ocho centímetros de altura. Lucinda lloró de emoción al contemplar frente al espejo de cuerpo entero a la espigada quinceañera que siempre quiso tener. Miriam llamó por teléfono a un taxi que, acompañada por su madre, la llevaría al estudio de un viejo fotógrafo de la principal calzada de la ciudad. Miriam sonrió. Y justo cuando fueron encendidas las instantáneas y brillantísimas luces de las lámparas, tras el click del disparador fotográfico, Miriam recordó ese preciso momento en el que sintió que comenzaría a vivir su vida con felicidad, un momento triste pero que inevitablemente le provocó una sonrisa: la muerte de su padre.

Descansa en paz, papá, que en paz estoy contigo
—pensó.

Era el año de 1957. Miriam tenía 19 años de edad al momento de sembrar a su progenitor, Oblester, un hombre dedicado al trabajo en agencias de viajes como guía de turistas; un hombre enérgico y machista. Era un hombre con la corpulencia de un roble. Parecía que nada ni nadie lo podía derrumbar, excepto la necesidad de amor que exigía fingiendo alguna dolencia que jamás tenía pero que le permitía recibir un cariño que, de otra forma, sería imposible brindársele. Los cuatro meses que pasó en cama antes de morir resultaron efectivamente un síntoma extraño. Los médicos tenían controla-

dos los malestares de la próstata pero desconocían los motivos por los cuales Oblester estaba negado a abandonar aquel colchón amarillento y mal oliente por los orines.

Oblester nunca quiso tener mujeres como hijos. Son carnes para perros –solía decir.

Y nunca las tuvo. Sólo se preocupó por ello. Lucinda le decía que el bebe que esperaba lloraba dentro de su vientre. Estaba en la semana treinta y cuatro de gestación. Lucinda había soñado entonces en una manzana roja, lo que provocó aumentar sus tensiones y la toxemia que afectó el embarazo que concluyó mes y medio antes de lo previsto, dando a luz el 17 de agosto de 1938 a una criatura de un kilo 980 gramos con una medida de cuarenta y cinco centímetros. Al reconocerlo como varón, Oblester despejó inmediatamente los malos presagios de aquel misterioso llanto que había interpretado como la próxima llegada de una niña que intensamente no deseaba. Sin pensarlo, incluso sin consultarlo con Lucinda, que fervientemente había rogado por la llegada de una niña, Oblester bautizó a aquel niño, el cuarto de cinco hijos, como Miguel.

Mi infancia fue muy dura y difícil –recuerda Miriam. Mi papá nunca me dejaba salir a la calle porque yo desde los siete años sentí que era distinta. Que era mujer. Veía mi cuerpo, la pequeñez de mi miembro, pero no me asustaba, al contrario: me enamoré desde entonces de mi cuerpo. Sí, íbamos con doctores, pero no recuerdo que me dijeran algo, sólo que tenía más hormonas femeninas.

Desde la infancia Miriam ya se sentía como tal. Buscaba sentirse así. Una ocasión se puso los zapatos de su mamá. Oblester le gritó:

-¡No se ponga eso, cabrón!

El resto de los hermanos de la familia desconocían a Miriam. Tampoco querían salir con Miguel. Se avergonzaban de él. Solamente la mamá le daba amparo. Iban juntos al mercado y le permitía darle vuelo a sus ilusiones femeninas. “Mamá siempre me permitió que enfrentara al mundo como la mujer que soy”.

AMANECÍA. EL SOL TODAVÍA ESTABA OCULTO. La niebla cubría el paisaje de la ciudad que, con la humedad y el insólito frío que como en muchos años no se había registrado, envolvía el asfalto de agua nieve; un clima que por otra parte advierte la llegada del invierno con tardes que se sienten más chiquitas y crepúsculos que arriban pronto. El nuevo día venía cargado, como todos, de un silencio que generalmente es roto por el ruidoso trajín del ferrocarril de carga que, por lo general, cruza la mancha urbana alrededor de las diez de la mañana, y que, también por lo general, provoca la intensa vibración en los cristales de las ventanas de la casita de Miriam, una construcción de color verde de los años cuarenta con aires estilo California, ubicada en la colonia Regina de Monterrey. Sin embargo con ése ya eran cinco días en los que Miriam permanecía prácticamente en cama, abatida por una neumonía a la que se estaba entregando con el deseo de alcanzar la muerte que hace unos meses llegó hasta Lucinda.

El ingrato dolor de Miriam estaba y está unido además a la decepción del desamparo de otra de las presencias que, como un escudo de defensa, la ha acompañado casi toda la vida: la fuerza del Niño Fidencio, un hombre de rasgos infantiles, voz

atiplada y personalidad juguetona y afeminada, muerto hace sesenta años, que realizó hechos considerados prodigiosos en un pueblo del norte de México y cuyos adeptos, que crecen cada vez más con el tiempo, le otorgan valores de santo. La última ocasión en que Miriam tuvo una visión del Niñito ocurrió al finalizar las fiestas de marzo en la ranchería donde el taumaturgo está sepultado. La poca nitidez con la que Miriam observó al Niñito le provocó cierta sospecha pero jamás imaginó que podría tratarse del anuncio de una posible despedida. “El Niñito jamás me abandonaría, aunque estoy dispuesta a aceptar la voluntad suya que es también la voluntad de Dios”.

Miriam desarrolló las virtudes de la videncia desde que tenía cuatro años de edad, cuando entonces, después de varios días plenos de fiebre, despertó repentinamente al soñar con la imagen de un hombre que le ordenaba levantarse. La recuperación fue considerada como milagrosa por lo que la familia entró de rodillas a la Basílica de la Virgen de Guadalupe, como manda prometida por la salud de su hijo.

Desde entonces, las visiones de aquel personaje con túnica blanca que jamás había visto se volvieron más constantes. Una noche, cuando tenía ocho años, le dijo que se levantara porque su mamá estaba tirada en el baño por los achaques de la úlcera que con el tiempo la mataría; y con el simple hecho de ponerle la mano, en el nombre del Niñito que no conocía, Lucinda se puso de pie. A partir de ese momento, Lucinda permitiría que su hijo realizara limpias y curaciones a vecinos y familiares muy cercanos, hasta que después de muchos años, el Niñito

le dio la señal de que fuera a conocer a una persona cuya existencia ignoraba: la hermana Fabiola. Ella era la matriarca del grupo de fieles del Niñito que prácticamente funciona como Iglesia Fidencista, y debería instruir a Miriam como sacerdote de la cofradía. Ese entrenamiento, que Miriam no inició, la facultaría para que el espíritu del Niñito se posesionara de su cuerpo a fin de continuar con su labor de salvador de penas, dolores y males, en la que diagnóstico y curación son dos facetas en un mismo acto y que resulta digna de contar en otra ocasión.

DESPUÉS DE POSAR para la fotografía del recuerdo, Miriam y su mamá regresaron a casa. Ahí los esperaban los vecinos del barrio que acudían al festejo de una quinceañera de cincuenta años de edad, 57 kilos de pesos, 1.78 de estatura y que en el registro civil aparece como Miguel Pedraza García. Todos la siguieron a pie cuando salió rumbo al templo del barrio para asistir a la ceremonia religiosa en su honor. Un par de fotógrafos de prensa, llamados por alguien del vecindario, registraron lo que fue considerado como insólito; un canal de televisión también cubrió la noticia del quinceaños de Miriam.

Miriam –como la llamó el sacerdote católico durante la homilía– es una buena persona, que cuida a su mamá, y que debemos protegerla y reconocerle sus esfuerzos.

Al terminar la misa, Miriam invitó a los vecinos de nueva cuenta a su casa. Ahí partieron un pastel y bebieron refrescos. También bailaron un poco al son de los discos de mambo y chachacha que durante toda su vida Miriam ha coleccionado. Era el verano de 1988, un momento que a Miriam le hace decir algo así:

Ese fue uno de mis grandes sueños: ser quinceañera. Durante todo ese día me sentí en otro mundo, en algodones, en las nubes, en un suelo de terciopelo. A mi no me importa lo que haya pensado la gente. Tampoco creo que se burlen de mí. Soy una persona normal. Nací hombre pero me siento mujer. Soy mujer. Nunca le he tenido miedo al sexo pero no conozco hombre, son injustos y malos.

MIRIAM ESTUDIÓ en un colegio comercial bilingüe durante tres años en su adolescencia. Al entrar a los veinte años de edad comenzó a trabajar en el Banco General de Monterrey que estaba por las calles de Padre Mier y Pino Suárez. Durante quince años estuvo en el Departamento de Cartera. En esos momentos, Miriam todavía no era tal. Era Miguel. Estaba delgado, como lo sigue estando, pero vestía pantalón caqui, camisa blanca y corbata. Parecía un oficinista: lo era.

Una mañana, bajando unas escaleras, se encontró con uno de los accionistas del banco, don Eugenio Garza Sada, el hombre de empresa por excelencia de la ciudad. Don Eugenio le miró y dijo:

¿Qué está haciendo usted aquí?!

Garza Sada le pidió a Hugo Santos, el jefe inmediato del empleado, que esa persona “salga inmediatamente de aquí; esos fenómenos, ni hombres ni mujeres, no deben existir, no deben estar con la gente”.

Las palabras de Garza Sada retumban todavía en la cabeza de Miriam a pesar de que ya pasaron más de treinta años. Aquello había ocurrido en 1968. “Sí, mis compañeros notaban lo mío. No soy amanerado ni he fingido, mi voz es natural igual mi manera de ser, pero ya se notaba que era mujer”.

MIRIAM SE HABÍA QUEDADO sin trabajo y tampoco tenía muchas cosas que hacer. Le ayudaba a Lucinda en las labores del hogar y en ocasiones lavaba y planchaba ropa ajena. Otras veces, de cuando en cuando, se sentaba en la mecedora del jardín de la casa a pensar y disfrutar la satisfacción de ser ella misma, sin impedimentos. Oblester, él único que se oponía a que viviera su condición con toda plenitud, había muerto hace unos quince años. Era el año de 1973.

Un año maravilloso –recuerda Miriam.

En ese año Miriam compró un billete de lotería marcado con el número 39 mil 94 que resultó con un premio de 600 mil pesos. En ese mismo año asesinaron a don Eugenio Garza Sada cuando un grupo de guerrilleros intentó secuestrarlo.

Lo mataron en la calle, como a un perro –dice sin ambages Miriam.

Con el dinero del premio Miriam abrió una cuenta de cheques que ya no existe. Pagó deudas y se compró un carro Dodge que luego vendió. También le regaló a Lucinda una sala nueva, un comedor y un refrigerador. Viajó con Lucinda a la ciudad de México y Acapulco. En la capital del país le fascinaba caminar por Paseo de la Reforma vestida con una blusa y falda blanca que jugara con el viento.

MIRIAM VIVE EN ESTOS MOMENTOS con su hermano Oblester, que es pastor evangelista. Él le dice Miguel pero le permite ser Miriam. Es frecuente que Miriam pase largas temporadas sola en casa por los constantes viajes pastorales del hermano. Por lo general procura levantarse temprano y abre las cortinas de la casa para que entre la luz del día. Va al barrio vecino, la colonia Hidalgo, cruzan-

do la avenida Barragán, para traer frutas, verduras y carnes. Va al centro de la ciudad a conseguir algún pendiente para la casa. Se traslada en autobús y algunas ocasiones en taxi. Le gusta caminar pero ya no lo quiere hacer porque una vez un indigente le mostró el pene y comenzó a perseguirla. Miriam corrió como nunca. Parece que no ha parado porque no quiere volver a dar un paseo a pie. No falta quien le agrede y por eso piensa: “Yo no siento que haga nada malo ni que provoque nada. A mí me reprochan como me visto: con minifaldas y vestidos, pero yo me siento a gusto y como estoy muy delgada me van bien”.

En otra ocasión, cuando regresaba a casa del mercado, a medio día, Miriam fue abordada por un par de policías.

Mira cómo andas, puteando –le dijeron.

La subieron a la patrulla y la llevaron a unas celdas donde estaban muchos travestidos y putos. Ahí pasó una noche que considera terrible. Sólo recuerda que se hincó y le regó a Dios:

-Señor, sácame de esta, por favor, por lo que más quieras: ¡ayúdame!

Miriam fue a la Comisión de Derechos Humanos a establecer una denuncia por perjuicio. Se levantó un acta al respecto pero no precedió nada, al menos ella no sabe nada, pero tiene la conciencia tranquila porque esta cierta de su buen comportamiento. Los vecinos de la colonia Regina la aceptan y le reconocen su bondad. “Es una persona buena, inofensiva y sin vicios”, dicen los habitantes de esa legendaria colonia de la ciudad.

Miriam está ahora viendo el televisor desde su cama. Está con su rostro tostado y marcado por el

tiempo de 62 años de edad, de rasgos fuertes y toscos. Lo tiene maquillado un poco. Su cabellera es larga y un poco rizada y maltratada. Está atenta al programa de Cristina, ese talk show famoso.

-Un día me gustaría estar ahí para contar mi vida.

Con la sospecha de dejar este mundo sin saber a lo que vino, y bajo el intenso recuerdo de la experiencia de su existencia, Miriam cerró los ojos y suspiró intensamente. Otra fría gota de agua cayó del techo sobre su frente. Pero en esta ocasión no se permitió despertar del sueño profundo y feliz al que estuvo dispuesta a entregarse, aunque todavía no para toda la eternidad.*

Celso José Garza Acuña. *Nació en 1971 en Monterrey, N. L. en su ciudad natal realizó sus estudios básicos. Es egresado de periodismo de la facultad de Ciencias de la comunicación de la UANL. Realizó sus estudios de postgrado, maestría y doctorado en periodismo y comunicación, en la Universidad de Navarra en España.*

VUELTA A LA MANZANA

Silvino Jaramillo

De vez en cuando hay que volver a dar la vuelta a la manzana, sobre todo, cuando otros no aprovechan la ocasión para hacerlo. En la calle, en la plaza pública, en los jardines se encuentran tantas interrogantes y existen tantas respuestas, que serían insuficientes las hambrientas alforjas de la curiosidad para recogerlas. Pero hay que ir a ellas sin que importe su apariencia de poquedad, de insignificancia, de insipidez; grandes sorpresas esperan al curioso. Grandes sorpresas encontramos en esta vuelta a la manzana inesperada, pero impulsada por el interés de saber, de aprender, de hurgar.

José es o era estudiante de Preparatoria. A sus 18 años, mientras otros jóvenes "se comen el mundo a puños", él sufre el dolor de saber que parte de su familia ha sido tocada por el azote de "Stan" en un ejido de su natal Oaxaca; ese dolor debe ser cubierto por la luz de una sonrisa ante el público que ha acudido a verlo bailar. José es uno de tantos jóvenes -mujeres y hombres-. Que conforman el cuerpo de bailarinas de la Guelaguetza que vinieron a presentar su espectáculo a Monterrey. -Veo en cada momento de descanso que tenemos las imágenes

de la televisión y quisiera que mejor estuviera yo allá en lugar de mi familia. Me siento impotente, preocupado; a veces me dan ganas de irme a Oaxaca, de huír para estar con ellos, pero me detiene, en primer lugar, el compromiso adquirido con mis compañeros y maestros para presentar aquí el espectáculo y, además, el saber que nada podría yo hacer estando allá, pues están incomunicados por todas partes; según me dicen, están en una especie de islote, porque están en "lo altito" y esa es mi esperanza. José, al hablar, clava su barba en el pecho, tal vez está llorando, pero respetamos su actitud y hemos de respetar también sus silencios: el interés y la prisa, si existen, son nuestros y no de él: _Tengo contacto con un primo que vive en Oaxaca, pero ahora ya ni él se comunica. Estoy aislado, tan aislado como mis parientes, con la diferencia de que ellos están aislados entre el agua y yo entre la gente, que es la peor soledad, según dice un libro que me acaban de regalar para que me entretenga y no piense tanto en ellos. La tristeza en el rostro de este joven de 18 años parece una entrometida; ese mismo rostro habíamos observado la noche anterior proyectando la alegría de un entusiasta zapateado sobre el improvisado foro de los bajos del Palacio Municipal: -Es uno de los tantos consejos que nos dan nuestros maestros de la Guelaguetza: hay que tratar de superar los dolores por muy profundos que sean, pues el público no tiene por qué sufrir con nosotros, por eso pintamos esa sonrisa falsa que llaman sonrisa congelada aunque por dentro estemos llorando, pero la cara y, sobre todo, los pies deben trabajar como si estuviéramos invadidos por la alegría. Muchos compañeros están sufriendo igual

que yo, pero el espectáculo tiene que continuar y todavía nos falta el del domingo. El artista debe tener conectados su interior y su exterior, pero, a veces, tiene que desconectarlos y sinceramente, señor, no es fácil quitarse la máscara real y ponerse la falsa, esa de la que debemos desprendernos de inmediato para darle una realidad que no tiene. En el momento de actuar somos propiedad del público.

***Silvino Jaramillo Osorio** nació en el Valle de Bravo, Estado de México, nació el 12 de septiembre de 1922, murió el 23 de Abril de 2012 en Monterrey N.L. Realizó estudios musicales en la Escuela Superior de Música –hoy Conservatorio de las Rosas–, con Miguel Bernal Jiménez, Ignacio Mier Arriaga y Romano Picutti. Estudió periodismo en la Escuela Septién García e impartió clases en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León.*

MI GENERAL GUARDADO

Roberto Guillen

Roberto Guardado de la Izquierda es un anciano de unos 70 años que viste t-shirts como las que lucía aquel grupo de chavales, llamado Magneto. Obviamente para rasguñar los muslos de ellas. La verde limón le queda al puro centavo, que combinado con su sombrero de campesino rudo, le genera una buena cauda de charming con las señoras cincuentonas y no tan cincuentonas. De joven se fue a trabajar con los gringos en los campos de algodón, pero al igual que miles de mexicanos lo trinquetearon con el 10% que le retuvieron – dizque para un fondo de ahorro- durante el tiempo que estuvo por allá, cuando abrieron la frontera y se fue a chamber porque los vecinos se andaban dando con todo en la Segunda Guerra Mundial. Tuvieron que pasar casi 50 años para que un pocho social llamado Ventura Gutiérrez descubriera un papelito que le expidieron a su padre donde se estipulaba que al término de su contrato laboral recibiría la cantidad correspondiente en su debido fondo de ahorro... que nunca llegó a mano de los trabajadores porque el gobierno gringo si entregó los montos, pero los polakos mexicanos se encargaron de fantasmearlo.

Desde entonces el líder bi-nacional de los ex braceros recorre el país organizando a los viejos para conseguir que el gobierno restituya el 10% que por ley les corresponde. Y quien me involucró en Nacho Zapata, el eterno luchador social que instaló una oficina para recibir los documentos de cientos de viejos que un día se tuvieron que ir a los Estados Unidos para conseguir el pan con el martirologio de sufrir las gringuerías hiper-orwellianas, como eso de ser fumigados como si fueran ganado bovino. Y uno de los que tuvo que dejar a su familia fue don Roberto Guardado a quien conocí en el “cuartel” de Zapata. De inmediato me percaté que mi general Guardado era un narrador natural. Y digo “mi General” porque en las manifestaciones siempre es el que prende a los demás ancianos, arrebatando el micrófono y lanza sus consignas a todo pulmón, provocando los aplausos de sus compañeros ancianos de lucha. Sus reumas naturales de la edad y los malestares de su pierna que lo obligaron a caminar apoyándose de un bastón, todavía hacen más meritoria su batalla y máxime cuando muchos de sus compañeros ya consiguieron ciertos beneficios económicos y simplemente se retiraron de la lutte...pero don Roberto dice que no se raja...

“Es usted un viejo alebrestado”, suele decirle la compañera Bety – una cetemista metida en la bronca de los ex braceros - , porque siempre es el primero en estar dispuesto para iniciarla metralla de las manifestaciones y enrojecer al micrófono.

A parte de que siempre que Nacho concluye su arenga, mi General Guardado remata con un aguardentoso ¡Arriba Nacho Zapata! ¡Arriba Zapata! ¡Que no se raja y sigue con los ex braceros!...pero este grito lo teatraliza con un gesto de travieso re-

volucionario quitándose el sombrero y ondeándolo ante todos sus compañeros ancianos de lucha...

Hay que hacer algo con mi General Guardado-dije para mis adentros- chance y podemos hacer un monólogo donde narre sus vivencias allá por los campos de algodón gringos.

Primero hablé con Zapata y de inmediato se sumó a la naciente actividad cultural que don Roberto de boleto se puso las pilas para iniciar los ensayos, mismos que realizábamos en la cocina del cuartel Zapata. Pero antes de continuar, permítanme presumirles que mi General Guardado fue lugarteniente de Valentín Campa, lo cual constaté una mañana en un evento donde doña Rosario Ibarra de Piedra lo reconoció y lo hizo público en el micrófono ante la concurrencia.

Pero cómo, mi general, usted peleando hombro a hombro con Valentín Campa

Pues ya ve...no, si en mis tiempos yo traía mi pistola en la cintura

Tanto así mi general...

Pues es que mi cabeza tenía precio

Cuanto costaba su cabeza

Cinco milpesos...

Ooorale, es usted todo un personaje don Roberto

Nooo...si tengo mi historia

Pues cuéntemela, pero la que mas me interesa es la que se dio en los Estados Unidos cuando anduvo de Bracero, porque precisamente de eso se va a tratar la obra de teatro que vamos a montar con usted

Y como se va a llamar la obra ,tocayo

Memorias de un ex bracero

Ahhh...me gusta tocayo, me gusta...cuando empezamos...

Pues arránquese a platicar sus historias en la tierra de los gringos

Don Roberto centró su lucha en el condado de Shelby, Michigan, donde conoció a Linda, una joven norteamericana, que estaba dispuesta a casarse con don Robert, por la razón de que estaba enamorada. Cada fin de semana, cuando mi General concluía su labor, acudía con su amada para una mala noche, Linda lo encontró bailando con una negra de Arkansas y la tormenta desembocó en la ruptura de un Amor, que hasta la fecha, es decir, a sus setenta veranos, la sigue recordando con una cancioncilla que da cuenta de cómo se estremece el alma cuando te visitan los inviernos del desamor... don Roberto Guardado también tuvo que ser fumigado para poder entrar a levantar las cosechas de los Estados Unidos. Pero eso no fue todo...

Mire tocayo...nos pidieron que nos quitáramos toda la ropa; y luego nos empinaron...para que después pasara un médico, que nos fijo que apretáramos fuerte los dientes, porque nos iban a meter el dedo, que para ver si no estábamos enfermos... pero el doctor traía un guante como de latex y nomás se oían los pujidos de los compañeros cuando les estaban metiendo el dedo...nos violaron tocayo...sí, nos violaron...

Recien matrimoniado y la oferta gringa lo arrastraba...por eso los ex braceros suelen cantar aquella canción que empieza así: "Paso del Nooorteeeeeeeeeeee... que lejos te vas quedando...tus divisiones...hay que destinooooo. Para ponerme a llorar..."

Mi General Guardado anduvo en diferentes estados de la Unión Americana...hasta que ya no soportó la nostalgia de México y su gente. A su regre-

so se incorporó en diferentes organizaciones de lucha social, llegando a coincidir con Valentín Campa en la lucha por la libertad de los presos políticos.

Y aunque el tiempo ya lo tiene con el bastón contra la pared, aunado a la rigurosa geografía de surcos en su rostro, ahí esta don Roberto Guardado en la cocina de Zapata ensayando su monólogo que habrá de presentar ante sus compañeros y público en general, en El Color de los Sueños, donde su debut como actor a los setenta años dejó perplejo a su líder Ventura Gutiérrez y demás compañeros de la lutte sociale. Esa noche de la presentación lo acompañé con el Centinela Urbano, pero ni lo necesitaba porque mi General Bastón es la frescura histriónica natural de-la-espontaneidad. Inclusive después de que lo vi actuar llegué a la conclusión de que el verdadero nombre de su representación es La Resistencia de la e s p o n t a n e i d a d.

Dos días después en la Asamblea de Adultos Mayores, que surgió como resultado de la lucha de los ex braceros, porque después de la batalla...es la batalla, me encontraba con ellos en el auditorio del sindicato de TELMEX, apoyándolos con la organización del evento, cuando de pronto alguien me puso el brazo al hombro, que sentí como el gesto más absoluto de fraternidad en todo mi periplo de la cause du peuple. Era un gesto que me decía con un profundo calor humano: gracias por estar aquí con nosotros los que ya estamos viejos, gracias por estar aquí, tú estas joven y tienes fuerzas para pelear por nosotros ...gracias por estar aquí.

Era el brazo de mi General Roberto Guardado

Roberto Guillén. *Nació en 1975 en Monterrey, N.L. periodista y performancero, combina las letras con el activis-*

mo social y político y con el drama de denuncia. Su personaje que revive el mito de los luchadores es El Centinela Urbano. Ha escrito para diferentes medios periodísticos y revistas entre ellas Ronda. Es autor de los libros Coctel de letras, Tiempo de perros y Labios de warrior.

LA NOCHE DEL HURACÁN

Héctor Benavides Fernández

“Les llaman “Acto de Dios” y ocurren cada cincuenta años”, me dijo Don José. Yo no creo que sea así- sería injusto, inaceptable e irracional-, pero la frase de mi amigo me despertó el interés y la curiosidad.

La curiosidad por investigar otros “Actos de Dios” parecidos al de la noche del 16 y la madrugada del 17 de septiembre de 1988, ocurridos en la misma ciudad en otros años, en otros siglos: Monterrey 1612- a dieciséis años de su del fundación-, 1636, 1642, 1648, 1716, 1752, 1775, 1825, 1881, 1909, 1938 y 1988.

El interés periodístico de dar mi testimonio, dejar por escrito lo que durante 25 horas 15 minutos fue una crónica angustiada a través de radio, mitad a la deriva, mitad en el rumbo correcto-me lo han dicho-, bajo la intermitente lluvia inusitada creciente río Santa Catarina que dejó como huella de su paso por Nuevo León, el llamado súper huracán del siglo: Gilberto.

La noche de la llegada del huracán fue para casi tres millones de habitantes del área metropolitana de Monterrey-sin contar el resto del Estado-, una

experiencia terrible inquietante e inolvidable. Fue, coincidieron muchos, la noche que nadie durmió.

-Viernes 16-

Lo alcanzamos a mencionar al término del noticiero de las 7:30 de la noche por Canal 12. El huracán Gilberto había tocado tierra por segunda vez en territorio mexicano, a las 18:10 de la tarde-tiempo del Centro-, 10:10 de la noche tiempo de Monterrey, en un lugar de la costa Tamaulipeca llamada “La Carbonera”, había llegado con vientos superiores a los 200 kilómetros por hora. El curso del huracán hasta ese momento seguía siendo el mismo, era probable que llegase a Reynosa, Mac Allen y posiblemente Corpus Christy, ciudades todas que habían sido alertadas y tomado ya las medidas de emergencia para tales situaciones.

A nuestro departamento de noticias llegó casi al término del noticiero el boletín urgente del Gobierno del Estado en donde se nos sugería alertar a la población sobre la posibilidad de que alrededor de las tres de la mañana del sábado pudiera sentirse lo fuerte de la “cola” del huracán Gilberto e incluso recomendar sellar puertas debidamente y sobre todo ventanas ya que era probable la llegada de rachas de vientos fuertes capaces de ocasionar serios daños tanto en casas-habitación como edificios.

Al boletín se sumó una llamada telefónica de Gerardo Castro, de Comunicación Social del Gobierno del Estado, subrayando la seriedad del contenido. No estamos acostumbrados-hasta ahora- a este tipo de fenómenos meteorológicos y convencidos de que las sierras que rodean a Monterrey son una barrera natural ante la embestida de cualquier hu-

racán, convenimos en la redacción manejarnos con mucha prudencia a fin de no alarmar a la población y decidimos checar otras fuentes de información, entre ellas, el servicio de Channel Weather- Canal del estado del tiempo-, cuya señal vía satélite veníamos siguiendo desde temprana hora de la tarde.

Al terminar el noticiero a las 7:30- Notioro 12- , alternamos el monitoreo del Channel Weather con el de Televisa que transmitía la inauguración de los Juegos Olímpicos desde Seúl, Corea. El último boletín del canal norteamericano que grabamos fue el de las 9:30 de la noche, hasta esa hora, no había indicios del cambio de trayectoria del huracán.

Decidimos dejar una guardia en el departamento de noticias e irnos a cenar. A esa hora de la noche-alrededor de las 10:00-, no encontramos lugares abiertos ya que debido a la intensa lluvia que se registraba desde temprana hora de la tarde del viernes, muchos lugares fueron cerrados. Sin embargo, un restaurante cercano a Canal 12, a punto de cerrar, ofreció darnos servicio advirtiendo que un una hora más cerrarían.

A ese lugar alrededor de las 10:40 de la noche llegó apresurado y nervioso Javier Lozano, productor de noticias para informarnos que había recibido una llamada telefónica urgente de la Secretaría de Gobernación desde la ciudad de México, ordenando se pasara un boletín con carácter de urgencia advirtiendo a la población que el huracán Gilberto había desviado su trayectoria y se dirigía a lo largo de la región citrícola de Nuevo León a Monterrey y su área metropolitana. Antes de localizarnos Javier pasó a Radio el mensaje y lo transmitió por televisión con generador de caracteres sobre el pro-

grama que exhibía Canal 12 de ese horario. Nos regresamos lo más rápido que pudimos ya que la lluvia se había intensificado. Ya en el departamento de noticias, nos dividimos el trabajo: José de la Luz a ordenar la información que teníamos hasta ese momento, María Elena Meza a llamar por teléfono al Comité de Protección Civil que se había integrado dos días antes, Martha Leticia a investigar los puntos de socorro del área metropolitana y yo a iniciar una transmisión de emergencia a través de la estación de XEAW Radio.

Dos días antes en el programa “Diario del Aire” que transmite AW, entrevisté al ingeniero Héctor René Cantú, director de Seguridad Pública en el Estado, quien dio lectura a una serie de recomendaciones ante la posibilidad de que llegar a Nuevo León el huracán. Recuerdo que en esa entrevista le pasé por escrito una nota en donde le decía”...me parece que estamos exagerando un poco y eso puede causar una inquietud entre los radioescuchas”, el titular de Seguridad Pública, entendió el propósito de mi observación y fue suavizando el tono de la entrevista diciendo en repetidas ocasiones que era mejor exagerar un poco a tener luego que lamentarnos de alguna desgracia.

Al terminar la entrevista, quedó en el ánimo de los oyentes algo que yo me atrevía a concluir de la siguiente manera: el Comité de Protección Civil se había formado en previsión de alguna contingencia a futuro, muy a futuro.

El director de Seguridad Pública del Estado de Nuevo León, estuvo de acuerdo en considerarlo así, ninguno de los dos imaginamos que esa contingencia se presentaría antes de setenta y dos horas.

Al iniciar a las 11:00 de la noche del viernes 16 de septiembre la transmisión por WEAW Radio, mencioné que era un programa informativo de emergencia y que lo terminaríamos una vez pasado el peligro, que considerábamos sería después de las tres de la mañana, hora en que se había anunciado como el tiempo crítico en cuanto a lluvias y vientos provocados por el paso del huracán.

A esa hora en el sector poniente del área metropolitana de Monterrey, el caudal y la fuerza del río Santa Catarina habían aumentado considerablemente provocando inquietud y desasosiego entre los residentes de los municipios de Santa Catarina y Garza García. Nadie imaginábamos a esa hora la descarga descomunal de agua que bajaría en las siguientes horas de lo alto de la Sierra Madre a lo largo del cauce natural de La Huasteca.

Poco a poco la gente alerta de desde temprano, empezó a llamarnos al programa de Radio. Las primeras preguntas eran acerca de los sectores en donde había problemas de tráfico vehicular debido a inundaciones o bloques en pasos a desnivel, también sobre el estado de las carreteras que convergen a Monterrey. Todas fueron contestadas a través de contacto telefónico con las guardias de los departamentos de tránsito del área metropolitana y de la policía Federal de Caminos.

Al mismo tiempo que iniciamos nuestra transmisión el reportero Armando Garza Cortez empezó un recorrido por la ciudad haciendo escala en Bomberos, Cruz Roja de Monterrey, Cruz Verde y el Comité de Protección Civil instalado en el Edificio Latino, desde donde envió sus primeros informes. Cuando abandonaba el puesto de Bomberos,

conoció los primeros datos del que sería horas más tarde uno de los más espantosos accidentes: cuatro autobuses de pasajeros fueron volcados por la furiosa corriente del río Santa Catarina. En su segunda llamada, Armando, antes de informar “al aire” me indicó que había sospecha de que varios agentes de la policía Judicial tratando de rescatar a los pasajeros de los camiones atrapados, habían sido arrastrados por la corriente y habían desaparecido junto con un joven voluntario. Le sugerí no decirlo en su reporte hasta no comprobar la veracidad de lo ocurrido.

Alrededor de las once de la noche y tras una enorme descarga se fue la energía eléctrica en el sector de donde se encuentran nuestros estudios, a los pocos minutos empezamos a operar con nuestra planta de emergencia por unos treinta minutos más, después de ello, una nueva descarga eléctrica y se salió del aire nuestra emisora XEAW.

Inmediatamente cambiamos de la frecuencia de 1280 KHz a la de 1240KHz de nuestra emisora hermana XEIZ y así seguimos hasta cerca de la una de la mañana. A esa hora y dada la magnitud de lo que estaba ocurriendo, decidimos encadenar la emisora XET con mayor potencia y cobertura nacional para hacer llegar nuestro servicio informativo a todo Nuevo León y, la República. A través de nuestro compañero productor Javier Lozano entramos en contacto con la operadora de Teléfonos de México. Irma Lozano quien al igual que en gran parte de Monterrey estaba siguiendo nuestra transmisión desde las once de la noche. Le solicitamos a Irma dejarnos una línea abierta para facilitar el contacto con las autoridades de los distintos muni-

cipios por donde venía avanzando el huracán e inmediatamente accedió, iniciando así el servicio más valioso de nuestra transmisión: el enlace en todo Nuevo León y el resto de México. Irma se convirtió con autorización de la licenciada Irma Galindo Moya, supervisora, en reportera especial y apoyo decisivo para la transmisión que estábamos realizando. Después de Irma Lozano llegarían al relevo Lucy Cisneros, Aída Sánchez y Martha Tijerina. Por esta línea directa recibimos la llamada del Comité de Protección Civil de la Secretaría de Gobernación desde la ciudad de México, y en ella nos pedían información del o que estaba aconteciendo en Monterrey y su área metropolitana. Por otras líneas llegaban llamadas de voluntarios para auxiliarnos en la ubicación del huracán al que se le advertía en su nueva trayectoria cerca de la ciudad de Linares, N.L.

El procedimiento era el siguiente: desde el Comité de Protección Civil en Monterrey se nos daba la ubicación en coordenadas de latitud y longitud, y esta era localizada en mapas de nuestros oyentes, además de que algunos de ellos seguían la trayectoria del huracán a través de informes del Centro Nacional de Huracanes en Miami que venían a través del Channel Weather norteamericano vía satélite o escuchaban a través de la Radio en emisoras de onda corta procedentes también de Estado Unidos de Norteamérica. Todo un esfuerzo de voluntarios y voluntarias que enriquecían minuto a minuto, el contenido de nuestra información en una transmisión colectiva ejemplo de solidaridad y servicio a una comunidad que vivía momentos desesperantes e inciertos.

-Sábado 17-

Todo se agolpa en la memoria: el viento que choca en la cabina, las llamadas telefónicas-pudieron haber sido más de tres mil a lo largo de la transmisión-, el cuidado del lenguaje para no alarmar más, la rapidez y criterio en la toma de decisiones, las dificultades técnicas-tuvimos que cambiar de frecuencia por daños en nuestros transmisores y operar con la planta de emergencia-¿y qué de nuestras familias? Todo se agolpa en la memoria.

Dos palabras resumen lo que pasaba: impotencia y sorpresa, Una pregunta permanente ¿estábamos usando de manera profesional nuestro medio: la Radio? El medio estaba ahí, siempre ha estado para nosotros, frío, ajeno, para usarse. ¿Estaba a nuestro servicio o sólo creíamos usarlo?

La pregunta nos duró 25 horas 15 minutos. Semanas después, sigue siendo válida. Creo, es una pregunta que jamás tendrá una respuesta válida, total.

La mañana del sábado 17 los puentes fueron cerrados, una compañía privada nos llevó diesel para nuestra planta de emergencia-acudió a nuestro llamado, para seguir transmitiendo—El ejército patrulló las zonas afectadas y principales avenidas del área metropolitana. Helicópteros sobrevolaron el área de desastre a pesar del mal tiempo.

Se suspendieron parcialmente las actividades en Monterrey y municipios aledaños. No hubo energía eléctrica ni agua y varios sectores de la ciudad quedaron virtualmente aislados, todo, había que decirlo, saberlo decir a través de la Radio. Se abrieron albergues y fueron reubicadas muchas familias, algunas a través de nosotros.

Conocimos a un joven voluntario que fue arrastrado por la corriente del río, más de veinte kilómetros: sobrevivió. Lo entrevistamos en el hospital. Nos llegaban historias sorprendentes, ¿Cómo decir las? ¿Cuándo decir las?

Llegaron padres de familia cuyos hijos excursionaban en los alrededores de Monterrey la noche de 16. En Laguna de Sánchez-municipio de Santiago-y comunidades cercanas, había más de dos mil familias aisladas, otras tantas en Rayones, ¿Qué hacer? Así transcurrió la tarde del sábado. Además automovilistas aislados en Saltillo, Coahuila, muchos automovilistas que se dirigían a Monterrey-nos llamaron desde la Central de Autobuses-.

-“Sígale Benavides y encadena también XET-FM; no metas comerciales; vamos a seguir dando el servicio sin interrupciones: échenle ganas”.

Me había ordenado desde primeras horas de la mañana del sábado, Don Jesús D. González y Francisco A. González, mis directivos de Organización Estrellas de Oro Radio en Monterrey.

Después del noticiero-Notioro 12-; al que encadenamos la XEAW, XET y XET FM, la noche se hizo breve. Amarga y breve. Los que estábamos desde una noche anterior-mi compañero operador Martín Gerardo Hernández y yo- nos veíamos de vez en cuando a través del doble cristal que separa las cabinas de operación y locación, nos sonreíamos orgullosos del reto profesional que seguíamos enfrentando, seguramente él como yo, deseábamos que terminara todo: había que ir a casa, con los nuestros, saber qué les había pasado y platicar, platicar mucho, para olvidar pronto. No creo que él haya olvidado, yo tampoco.

Cumplimos lo que habíamos prometido: información a los oyentes de la Central de Autobuses de Saltillo. Nunca pudimos comunicarnos con el alcalde de Villaldama. Nos llamaron de Sabinas Hidalgo. Ordenamos la información ara un resumen a las cero horas del domingo 18 de septiembre y quince minutos después, Antonio de Córdova, Martín Gerardo Hernández nuestro operador y el profesor Oscar Treviño, nos despedimos “del aire”.

Había transcurrido 25 horas 15 minutos: se nos presentó una oportunidad de servir y lo hicimos. Lo que había sucedido era que nosotros y los oyentes-víctimas, familiares, amigos, voluntarios, y autoridades-, le habíamos dado un nuevo uso a un viejo invento: La Radio.

Qué bueno que tuvimos la fortaleza y el oficio para intentarlo. ¡Ojalá lo hayamos logrado!

La televisión no pudo hacerlo como la Radio-instantaneidad y cobertura-, la prensa escrita tampoco. Son “Actos de Dios” de los que sólo la Radio puede dar fe, en el momento que ocurre.

Epílogo

Valga la crónica de la “Noche del Huracán”, como punto de partida para tratar de explicar lo que pasa con la Radio en Monterrey en nuestros días.

El cambio más dramático se dio a finales de los años cincuenta, años del renacimiento de las estaciones XENL/ Radio Recuerdo-1958-, XENV/Radio Alegría-1959-y XEEO/Radio Sultana, después XERG/690. Estas emisoras marcaron la “nueva época” de la Radio en Monterrey, con base al modelo de Radio Variedades del Distrito Federal y ésta una

copia al carbón de las estaciones “disqueras” norteamericanas, producto del surgimiento de Estados Unidos de Norteamérica de una nueva generación y una nueva corriente musical: el Rock and Roll.

El Rock con su más grande exponente Elvis Presley y su corte de profetas menores: Bill Halley, Ricardito, Fats Domino, Brenda Lee, Los Coasters, Chuck Berry, Jerry Lee Lewis y compañía. Todos ellos en el marco del concepto de los “Top 40”, los cuarenta discos favoritos del auditorio repetidos hasta el cansancio a lo largo de las transmisiones.

Ahí empezó para la Radio en México, la caída, el desastre que se ha prolongado casi treinta años. Escasa producción, el disco-mercancía, la saturación comercial, voces estridentes, -el que gritaba más era el mejor-, los noticieros breves-convertidos en sándwich-, cada hora, incluidos más por compromiso, que por deseos de servicio a la comunidad; los programas bobos de concurso, las complacencias vía teléfono, la despersonalización total de la mayoría de las estaciones, casi todas “sonaban” igual, igual todas: nula creatividad en la producción.

El viejo auditorio se alejó de la Radio. Un auditorio joven empezó a mandar, casi programar la mayoría de las estaciones. Hubo casos absurdos de cambio de programación en emisoras que gozaban de gran prestigio; cambio de frecuencia y de perfil musical en emisoras que buscaban el “nuevo mercado”, sin importarles el respeto que les merecía su auditorio fiel de muchos años.

Nació en los años sesenta la F.M. (Frecuencia Modulada) y sólo los primeros años fue un oasis en el cuadrante. Al poco tiempo se saturó de anuncios comerciales, se vulgarizó, se robó las fórmulas gas-

tadas de entretenimiento de la A.M. (Amplitud Modulada) y está por convertirse en los últimos años en peor que la A.M. Sólo que con mejor sonido.

Han sido pocas las emisoras que han respetado su perfil de programación original, muy pocas las que han cuidado sus voces y producción y música, menos las que han evolucionado, al ritmo de nuestro tiempo en cuanto a servicios y compromisos de informar y orientar a sus auditorios. En Monterrey***, se pueden contar con los dedos de una mano.

El reto no es nuevo, existe desde hace muchos años, nadie ha querido enfrentarlo a nivel profesional. Recursos técnicos, quizá por la cercanía con los Estados Unidos de Norteamérica los tenemos, nadie puede negarlo. ¿Recursos humanos?, esa es otra historia. Al automatizarse las estaciones en la década de los sesenta, se perdió casi toda una generación de directivos, técnicos y locutores. Las políticas administrativas se homogenizaron, los equipos se usaron a mitad de su capacidad o deficientemente, los Locutores-con mayúscula-desaparecieron. Hubo la “guerra de las promociones”, “me escuchas, te regalo un disco, una bicicleta, una estufa, un refrigerador o hasta un tejabán”. ¿Y las producción de programas? Los productores también desaparecieron.

Información es dictadura, tarde o temprano. Comunicación deviene siempre en democracia. Los últimos treinta años de la Radio en nuestro país han instalado el reino de la información una sola vía: del emisor al auditorio-; la dictadura del mal gusto musical, de las noticias sin contexto o fuera de él, de la saturación comercial, de la vulgaridad en el uso del lenguaje.

Sin embargo, aunque tarde, en los últimos cinco años empiezan a sentirse nuevos criterios, nuevas inquietudes, nuevas voces e intentos serios en algunas radiodifusoras del país, dentro de la línea del Radio/hablado: ciudad de México, Guadalajara, Monterrey y algunas ciudades de la frontera. Una preocupación por efficientizar, elevar a rango profesional los servicios de comunicación social que se han traducido en programa radiofónico como “Opinión Pública”, “Para empezar”, “Monitor en la ciudad de México”, y a nivel local, quizá, “Diario del Aire” de XEAW, emisora de Organización Estrellas de Oro.

Aun así, comparado con otros países, el periodismo electrónico en nuestro país, marcha a la retaguardia. Todo está por hacerse en Monterrey y en todo México. Ojalá el nuevo régimen federal sea sensible de esta demanda de millones de regiomontanos, ojalá el fantasma de la “autocensura” en la Radio desaparezca pronto.

Después de todo, ¿qué nos son los medios electrónicos en cualquier país del mundo, en cierta forma, “válvulas de escape”?

Vamos a abrirlas antes de que sea tarde. ¿O tendremos que esperar otro terremoto, un nuevo huracán o alguna catástrofe mayor?

Jesús Héctor Benavides Fernández, Monterrey, Nuevo León, 1941. Es considerado el periodista con mayor credibilidad en Monterrey, con más de 45 años de experiencia en radio y televisión. Autor de varios libros, entre ellos “Monterrey, Ciudad Noticia”, “Los Cuervos y la Paloma”, “45 años, mi vida en radio y televisión”.

CUMBIA TROPICAL

Arnulfo Vigil

El ritmo y el sabor no son sólo dos expresiones vernáculas urbanas sino aproximaciones cognoscitivas para apreciar los flancos culturales que nos han dado identidad, más allá de los manuales de procedimientos, los dobles turnos y las horas extras. Ritmo y sabor colocan en el lugar de los acontecimientos a regiones metropolitanas que a veces no se mencionan de buena manera pero constituyen nuestros ejes de acción: la colonia Independencia, el sector de la Valle Verde, el cerro de La Campana, San Bernabé, Constituyentes de Querétaro.

Si en la década de los cincuentas, las sonoras, los llamados grupos tropicales, con sus congas y timbales, ambientaban los festejos populares que implicaban cerrar calles y abarrotar las terrazas y todo lugar disponible para soltar las chanclas, en la década de los setentas los ritmos se convierten en opciones realmente plausibles.

Las camisas coloridas, los pantalones de ocasión comprados al dos por uno en las ofertas de Almacenes García o manufacturados con los géneros comprados en el Boulevard, son no sólo los disfraces de un tiempo socorrido por las novedades musicales

sino las expresiones de una voz colectiva que no ha sido escuchada y que clama apertura, propuestas, sugerencias. Y todo al compás del otro ritmo preponderante: el sonido de los tarros de cerveza en el brindis de fin de semana en la cantina de la esquina. Sírvale parejo, por favor.

En la década de los ochentas hay un sólido movimiento cumbiambero, integrado a partir de la genuflexión (casi gym) del paso del gallito y de un comercialismo auspiciado por las compañías discográficas en contubernio con las estaciones de radio que proponen cantantes y grupos, mucho de los cuales se quedan en el olvido. Unos pocos sobreviven, los que evolucionan y se adaptan a los nuevos reclamos del tiempo.

Monterrey hace suya la música proveniente de regiones vecinas. A principios de los ochentas, destaca como uno de los líderes musicales el tamaulipeco Rigo Tovar y su Costa Azul, quien llega a la cúspide del apocalipsis al convocar a casi un millón de seguidores (según los despachos de la compañía discográfica) o a casi 400 mil (según los medios de comunicación) en el lecho del río Santa Catarina. De ahí la estadística de que el Papa Juan Pablo II y Rigo Tovar son quienes más gente han reunido en una presentación. Nacen los imitadores:

Javier Passos quiere seguir las huellas de Rigo es amor, impulsado por empresas discográficas competidoras, pero no le llegan ni a los talones. Ni tampoco Rigo Domínguez, quien aunque tuvo éxito en el sur del país, no apañó los parámetros de Rigo. Y mucho menos el tonel llamado Chico Ché.

Y las opciones se suceden inexorablemente: Tropical Panamá, Ritmo y Son, Tropical Florida, Tro-

pical Impacto, Los Plebeyos. Y de las ofertas nacen las propuestas. A raíz de la presencia de ritmos afroantillanos, caribeños, los grupos norteños también luchan por no perder mercado. Y, quién iba a imaginarse, nace la cumbia norteña. De nuevo los mecanismos de la resistencia y la propuesta sobre las ofertas: los rancheros bailan cumbias, exploran nuevas posibilidades, tratan de abastecer la demanda del mercado.

Y en medio de las olas se decanta un estilo: la música del vallenato. Sus orígenes son inciertos: unos dicen que empezó en la Colonia Independencia, otros que en la Valle Verde (Green Valley), otros más que en el cerro de La Campana. Lo cierto es que el nuevo ritmo poco a poco va ganando adeptos, a grado tal de convertirse en una de las manifestaciones de cultura musical más importante de Monterrey. Y adquiere un nombre: música colombiana.

La danza del gavilán

La única certidumbre es que su origen está fincado en los estratos sociales bajos de Monterrey. No es ya la influencia norteamericana presente en casi todos los estilos musicales que se han sucedido en la ciudad. Ni es una influencia europea. Lo sorprendente es que proviene de un país latinoamericano. Si antes los ritmos pasajeros venían de Cuba (la salsa, los soneros, el mambo, o el chachachá), y de los países atosigados por la bota militar (la música folklórica latina, el canto nuevo, la canción de protesta), ahora proviene de un polémico país: Colombia. El nuevo ritmo guarda su denominación de origen: música colombiana.

El término asusta a los colombianos y al consulado de ese país. La música colombiana es escuchada, compartida y ejecutada por los estratos sociales bajos, asociados a actos delictivos. Los periódicos cabecean: “Colombianos hacen desmanes”. El consulado se presta a desmentir lo sucedido: “No son colombianos”. Invoca precisiones lingüísticas: colombianeros o vallenatos regios.

La orquestación es la novedad. El acordeón, el símbolo de los regiomontanos y por extensión de Nuevo León, se convierte en el eje central de las agrupaciones musicales. El acordeón llora, canta. Cubre las canciones que cuentan letras tristes en medio de ritmos dinámicos. La música del vallenato trae ejecuciones portátiles, rosas sin espinas, güiros improvisados, tumbas y hasta parafernalia requerida en todos los sitios. No sólo eso, a la música se suman vestuarios estrafalarios, tatuajes, un estilo de bailar, un lenguaje, peinados exóticos.

Bajo el influjo de las cadencias se operativizan estaciones de radio, conciertos, bailes. Y los grupos se cuentan por cientos: Fulgor Vallenato, Vallenatos de la Cumbia, Tropa Colombiana, Las Colombianas, Escuadrón Vallenato, Los Sampuesanos, Los Mortales, y un grupo que dará nueva fisonomía a Monterrey y se convertirá en el filón representante de los colombianeros: La Tropa Colombiana. Cada obra que editan se convierte en éxito. Sus temas se cantan en los camiones en las plazas, arriba y abajo. #Cumbia a Monterrey” de Israel Romero y “Mi colonia Independencia” de Polo Hernández se colocan al nivel de las canciones clásicas a Monterrey.

La ola colombianera deja su impronta entre los ciudadanos. Los jóvenes comparten la música y el

estigma endilgado: son pandilleros, los que llenan de grafitis las paredes, los que sustraen latas y cajas en las tiendas de conveniencia; también estructuran un lenguaje: camarada, morrita, cotorreo, apañe. Términos referenciales. El alcoholismo y el consumo de mariguana no están alejados de las cuadras donde se escuchan los vallenatos en grabadoras “expropiadas”.

La afición tiene su cronista. El investigador social y periodista José Lorenzo Encinas, acompaña, estudia y participa en el movimiento colombiano-ro-ya es un movimiento-. Le da espacio en el periódico, convoca a utilizar el grafiti como obra de arte, organiza concursos, imparte lecciones de seguridad y buenas maneras, estudia los comportamientos sociales, se casa con una colombianera, se hace camarada. El concepto de tribu urbana nunca es más preciso. (La participación abraza oficios: los choferes de las peseras no manejan si no tienen en la radio una estación de música vallenata). Mi cachagua.

José Lorenzo Encinas, subraya lo importante: la música del vallenato es eminentemente social. Da en el clavo: ninguna manifestación artística está desencajada del proceso social, del contexto histórico. Y sus puntos de referencia tienen que ver con la situación del país: drogadicción, madres adolescentes, desempleo juvenil, padres violentos, abandono de los ciclos escolares, descuido del gobierno, represión policiaca. De José Lorenzo Encinas es la cita: “Los colombianos generalmente denominados pandilleros son la expresión más auténtica de un estilo propio, de un gusto por una música que en el mayor de los casos ellos mismos componen;

y es asimismo un movimiento de resistencia ante los acosos culturales y policíacos que quieren ver en cada joven un desorientado y un delincuente. Pero hasta el momento, después del rock, no hay un rasgo cultural tan importante como la cultura colombiana o clombianera, como quiera decirse”. (Cultura vallenata vs. Delincuencia, Fanzin Volante, 2002).

En una redada, la policía asesina a varios jóvenes que escuchaban música en una esquina de la colonia Valle Verde. Los “pandilleros” se organizan autónomamente. Un fanzin les da presencia: Al Tiro. Dirigida por el antropólogo David González, la publicación se convierte en el vocero de la resistencia. Perseguidos por la policía, clasificados como perdedores, los pandilleros adquieren presencia y se convierten en una alternativa social. Mientras, los fines de semana hay conciertos, nuevas bandas, cantantes profesionales y espontáneos, y se estrecha el contacto con grupos de otras latitudes. Son muy conocidos El Binomio de Oro, Los Diablitos, menos Carlos Vives, ese colombiano lighth. Son de casa los compositores sudamericanos: Alcidez Díaz, Policarpo Calle, Rafael Escalona, Calixto Ochoa, Alfredo Gutiérrez, Paul Evans, quienes al vuelo de la relación geográfica unos le componen a Monterrey y otros saben de la existencia del cerro de la silla.

Y entre los regios, la figura señera: Celso Piña Y su Ronda Bogotá.

El cacique del vallenato

Con su acordeón como fusil, sus músicos como cómplices sin ser malandros, con la chidez del morro alivianado, como generador de un estilo que ha predominado ya 25 años, Celso Piña es, sin duda,

el fundador de la música colombianera en nuestra ciudad. El cacique en buenas y pocas palabras.

Celso Piña es uno de los símbolos más populares de la cultura vallenata, no sólo en Monterrey sino del todo el país y aún de otros países. Celso Piña ha escrito con su acordeón el inicio y consolidación del movimiento colombiano, que no sólo se ve reflejado en la música sino también en la forma de vestir, en el estilo de bailar, en la manera de “hacerse el pelo”, de miles y miles de chavos de los barrios populares.

Con 25 años dentro del medio musical, los inicios de Celso se remontan al populoso barrio denominado “La Campana”, donde conjuntamente con sus hermanos fundó el grupo Ronda Bogotá. Tal vez en ese tiempo Celso nunca imaginó que esa agrupación y su música serían un medio de identificación y expresión de miles y miles de jóvenes que se reconocen a sí mismos como colombianos de Monterrey.

Los éxitos musicales de Celso han creado estilo de vida, modos de comportamiento y formas de baile, en otras palabras, han sido una contribución a un segmento muy importante de la cultura. La transgresión de ciertas reglas, las actitudes irredentas, las posiciones rebeldes de los jóvenes en mucho se deben a Celso Piña. En décadas pasadas, los cantantes de rock crearon modelos tanto de comportamiento como de pensamiento: Jim Morrison, Jimmi Hendrix, Bob Dylan, hasta llegar a rockeros más recientes como Kurt Cobain, Carlos Santana y Nick Cave, por citar algunos. Ante estos casos la sociedad se sacude. Las actitudes contestatarias, independentistas, son impulsadas por quienes son por-

tavoces de generaciones. En este caso Celso Piña es el icono de la rebeldía de los jóvenes de las colonias populares, que no tienen miedo a enfrentarse a la policía, que cometen ilícitos porque esa es la conciencia heredada y que consumen drogas porque es el único alimento que les ha legado la sociedad capitalista. Es decir, lo que empezó como un simple ritmo desde el underground regiomontano, desde la marginalidad, con el paso del tiempo- en la medida que gana adeptos- se desarrolla hasta consolidarse como un movimiento músico-cultural. Es el mismo modelo: captar las inquietudes y los rasgos de las generaciones presentes conlleva ser modelo de comportamiento. De ahí la importancia de los cantantes como portavoces de las generaciones sociales.

Una de las razones por la que la música de Celso, “El rebelde del acordeón”, ha logrado honda penetración radica en el hecho de que existe similitud de vida entre el exponente y escuchas. Es una unión siempre vigente. De simple músico se pasa a fenómeno social.

Muchos jóvenes han crecido escuchando la música de Celso Piña y para muchos acordeoneros, cuyos grupos cantan en los camiones, es la fuente de inspiración. Grupos escuchados hasta el cansancio tienen sus raíces en la música de Celso. Precisamente uno de los temas de Celso “La cumbia de los gavilanes”, ha servido como marco para el desarrollo de la Danza del Gavilán, una forma de baile, un baile ritual de jóvenes identificados con una cultura que gira alrededor de la música colombianera.

A su vez, Celso Piña tiene un poco de Lizandro, otro tanto de Andrés Amaro y un mucho de Policar-

po Calle y por supuesto de Diómedes Díaz: son sus fuentes, sus raíces musicales.

Y Celso Piña sigue con su acordeón como rifle.

Arnulfo Vigil (Montemorelos, Nuevo León, 1956). *Nace en la ciudad de Montemorelos Nuevo León el 2 de Septiembre de 1956, sus estudios primarios los realiza en su ciudad natal, la preparatoria en el seminario Arquidiocesano de la ciudad de Monterrey así como Filosofía y la Licenciatura en la Universidad Regiomontana de Monterrey. Es un poeta y periodista mexicano. Es corresponsal del periódico mexicano La Jornada. Director de la editorial Oficio Ediciones, promotor cultural y editor de varias publicaciones nacionales, entre las que está la revista cultural Oficio, de la cual además es su Director. En el año 2000 ganó el premio de poesía Benemérito de América concedido por la Universidad Juárez Autónoma de Oaxaca. En el año 2002 obtuvo el premio estatal de periodismo, en el 2004 el premio de Crónica Literaria Monterrey y en el 2007 obtuvo el premio de poesía Efraín Huerta del Ayuntamiento de Tampico. Ha prologado más de 50 libros. Ha sido traducido a varios idiomas.*

HOMENAJE A CHÁVEZ MORADO (CABEZA)

Hugo L. del Río

Guanajuato es una ciudad mágica. Las casas son castillos de plata poblados por fantasmas de hombres y mujeres que en las noches bailan, se cortejan, intercambian chismes, tejen intrigas políticas, conspiran, arrastran cadenas, encienden y luego apagan velas y terminan por hacer el amor.

La luz del sol los lastima: no es que sean vampiros, son demasiado finos, prefieren el vino a la sangre y gozan de las buenas viandas. No son almas en pena, qué va. Son espíritus alados y alegres; vivieron en otros siglos y una vez pagado el tributo a la madre tierra, decidieron permanecer en Guanajuato por los tiempos de los tiempos. La decisión confirma a la vez inteligencia y buen gusto.

En Guanajuato, pues, los amados de los dioses mueren centenarios.

—Vamos a ver a los maestros Chávez Morado y Olga Costa, me dijo Myrna.

Así, a la mexicana. No nos conocían ni les habíamos anunciado nuestra visita.

Era una de esas mañanas que regala la ciudad mágica a sus enamorados: la moneda de oro de un sol que no sabe si acercarse o tomar distancia, el aire fresco y limpio, recién regados los callejones de plata; flores en balcones que conocieron de besos y

promesas de amor y el Pípila allá arriba con su losa en la espalda y la tea en la mano.

Fuimos, desde luego.

Los maestros tenían su casa en el barrio de Pas-tita. Mientras Myrna buscaba donde estacionar el coche yo me perdí diez veces. Finalmente, un vecino casi me lleva de la mano. ¿Por qué serás que casi toda la gente grande es tan sencilla, tan amable, tan accesible? Cualquier burócrata de quinta se da más aires que un emperador de China.

Nuestros anfitriones no, claro. Nos recibieron como a viejos amigos cuya visita ya era esperada.

Chávez Morado y Olga Costa, tan afables, tan campechanos, ya tenían de tiempo atrás asegurado su lugar en la historia: murales, grabados, óleos, esculturas; vamos, hasta escenografías y vestuarios para ballet.

Era, la de ellos, una casa de luz. Un espacio que confirma lo mejor del ser humano: el ejercicio de la creación que da nacimiento al arte y la belleza; las emociones y sentimientos que le confieren gracia y dignidad a la persona:

El amor, la solidaridad.

Vale la pena vivir: conoce uno a personas como los Chávez Morado; comparte uno con ellos, aunque sea por breve lapso, esa suerte de laboratorio de magos donde ellos creaban colores y formas que gratifican con coraje y fortaleza al ser humano para entender y acometer su verdadera misión en el mundo:

Cantarle a la vida, llevar la experiencia humana a su más lejano límite.

Esa tarde bebimos. Las damas, con moderación. Los caballeros, con harta sed. ¿Por qué no? Hace

mil años Omar Khayyam escribió bellos versos en alabanza del vino y la amistad. En la ciudad mágica todo es posible. Hubo hombres como Chávez Morado; mujeres como Olga Kostakovsky: estuvieron, militaron en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, en el Taller de la Gráfica Popular, en el Frente Nacional de Artes Plásticas. Pelearon por un mundo mejor.

Al final no se pudo.

Pero aquí no se rinde nadie: las barricadas están muy dañadas pero se mantienen en pie. Se volverá a dar la pelea y algún día será: ganaremos. Ahora, quedó la huella de los pasos y los sueños del maestro y su pareja. A ver quién olvida, entre miles de obras de Chávez Morado Tragedia de la Tarde y Vendedores de Piñatas.

Todo lo bueno termina. Tuvimos que decirles adiós y no los volvimos a ver. Quizás nos encontremos, en algún lugar –uno de esos espacios azules, sin tiempo, sin noche: la razón dice que eso no existe; el corazón pide que sí-- ;volveremos a brindar por la vida, por las emociones, por las pasiones del ser humano:

Chocaremos las copas porque para entonces quizás el hombre se haya liberado de sus cadenas.

Esa madrugada, ¿soñé o los vi? Eran Hidalgo y su viejo amigo, el intendente Riaño, el valiente marino a quien el deber obligó a combatir contra quienes enarbolaban las mismas banderas del español, de los españoles, de los mexicanos, de todos: morenos o rubios, negros o amarillos que se identifican con la misma causa de la dignidad humana.

Pero, sueño o realidad, nunca olvidaré a esa pareja de amigos caminando por los callejones de

Guanajuato. Estaban alegres, a ratos soltaban la carcajada, a ratos cantaban. Los oí hablar de mujeres.
Son cosas que nada más sucede en Guanajuato.

(Excélsior, 6 de diciembre/ 1992)

Hugo L. del Río, Monterrey, Nuevo León, 1936- Escritor y periodista, es autor de varios libros: Marie y yo, Chivo, Captura y producción de criaturas marinas.

DON RAÚL

Jorge Villegas

Hecho un tizne don Raúl se levanta temprano, oscura la mañana, para ir a conseguir agua en la llave colectiva, a diez cuadras de su casa.

Sin desayunar-privilegio de ricos- se va al centro colgándose del camión, para evitarse el pasaje.

Llega a asear calzado en la plaza de La Purísima pero tiene que vérselas con el de la CROC, que lo quiere hacer cotizar a fuerza. Y con el señor de la pensión donde guarda su silla; le quiere cobrar el doble.

Hay pocas boleadas. Cosas de la crisis. Mil pesos no los trae cualquiera. Pero ni modo de volver a casa con menos de cinco mil pesos porque no habrá leche para la familia.

A don Raúl le gusta leer. No se ha perdido una sola crónica espeluznante de *Alarma* en lo que va del año. Mas la revista porno que le dejó un cliente de propina.

No todos los clientes dejan propina, hay que aclarar. Alguno hubo que le ofrecía mil pesos pero a cambio de su sospechosa compañía.

Son 12 horas en la plaza, deslomándose frente a la desvencijada silla; a los pies del indiferente, bajo el sol brutal de Monterrey.

Pero hoy -¡oh felicidad!- se irá temprano a casa.

Es Día del Niño, sabe usted, y don Raúl, demasiado serio para sus once años de edad, quiere celebrarlo.

Jorge Villegas. *Licenciado en Derecho y Ciencias Sociales por la UANL. Trabajó como reportero y redactor de El Porvenir, en el que dirigió asimismo el suplemento cultural. Fue director editorial de los periódicos: El Diario, El Extra de la mañana, Extra de la tarde y Más noticias. Desde 1974 a la fecha ha sido columnista y analista político de El Diario de Monterrey, hoy Milenio.*

SIEMPRE ES TIEMPO DE POESÍA

Gustavo Mendoza Lemus

El tiempo parece que anda más deprisa en estos días; el ajetreo de las personas arremolinándose en las calles, las velocidades cada vez más inalcanzables de los autos, la magia de las telecomunicaciones permite una comunicación casi inmediata; ¿Tendrá la poesía, con su cadencia y su placer al pronunciar cada una de sus palabras vida en esta época de velocidad?

"Claro que lo hay, ¿qué es eso de que no hay tiempo en estos días, es solo una inventiva del hombre, una majadería"; con esta frase, el poeta chileno Gonzalo Rojas parece marcar una pausa en el rumbo dinámico de esta época, "siempre hay tiempo para leer poesía", sentenció.

Gonzalo Rojas, uno de los poetas más premiados y reconocidos que nos han regalado Chile durante el siglo XX, junto a otros grandes de la literatura como Huidobro, Neruda, Allende, Mistral o Donoso, lanzó versos y tocó corazones dentro de la Cátedra que ofreció a estudiantes del Tecnológico de Monterrey, dentro de las actividades que la Cátedra Alfonso Reyes brinda a los estudiantes y a la comunidad en general.

"Es absurdo pensar que ya no hay tiempo para la poesía, incluso hoy en día ni los físicos actuales saben definir que es el tiempo, decía un filósofo griego, te hablo del siglo IV, que cuando le preguntaban ¿qué es el tiempo?, Él les respondía que solo sabía la respuesta cuando no le preguntaban.

Siempre hay tiempo para releer la poesía", explicó Gonzalo Rojas. En una plática que tomaba tintes de clase, de cuento o de poemas saltados por grandes vivencias del autor, Rojas hizo referencia hacia los cuestionamientos que ha recibido sobre la forma tan oscura de escribir sus poemas, a los cuales retó a sentir, antes que a pensar.

"A la poesía hay que sentirla antes que pensarla, la poesía se va armando al compás de las vivencias, no se va armando bajo normas o leyes.

Los poetas los transversamos todo, la vista, el gusto, el olfato, por eso nadie nos entiende", expresó, silabeando, como el propio autor dice, cada una de sus frases.

La oscuridad, continua explicando, es la capa que cubre a la poesía, ésta debe ser oscura y misteriosa, que valga la pena leerla y releerla, en cambio, mencionó que la poesía que es clara pocas veces invita a ser releída pues en muy pocas ocasiones se vuelve interesante.

El poeta nacido en 1917 en Lebú, Arauco, una provincia del Chile, consintió a los jóvenes presentes con varios de sus poemas, cuentos cortos y anécdotas, uno de sus breves cuentos, narrado espontáneamente, esconde, bajo las plumas de un pavo real, una verdad que el propio poeta repitió en diversas ocasiones.

El breve cuento narra que en una ocasión su pavo real, que tiene como mascota en una de sus casas allá en su natal Chile, iba conduciendo su

auto, pues lo llevaría a un congreso sobre poesía en Madrid, y fue el plumífero chofer quien le hiciera una pregunta que, hasta hoy en día, no encuentra respuesta en boca de Gonzalo Rojas.

"Entonces el pavo real me preguntó -entonces va a un congreso sobre poesía, ¿y dígame, ¿qué es la poesía?- yo le contesté que ese era mi mayor miedo, que no sabía esa respuesta, después el pavo real, con su cara chistosa me contestó -bueno, cuando lo sepa, me explica-, aún sigo pensando que decirle", mencionó el poeta arrancando las risas de los estudiantes.

Ese comentario fue una constante en la palabra del poeta chileno, "no me fió de las fanfarrias ni de la publicidad", refiriéndose a la gran cantidad de premios y reconocimientos a los que ha sido objeto producto de su oscura y compleja poesía, solo apta a oídos que saben escuchar.

Tiene premios otorgados por la Sociedad de Escritores de Chile en 1946, o el Premio Reina Sofía de poesía de España, el Octavio Paz de México y José Hernández de Argentina, además del Premio Nacional de Literatura de Chile en 1992 y del Premio Cervantes de Literatura 2003, son solo algunos de los galardones a los que ha sido objeto.

La poesía latinoamericana nada más está

Para uno de los mejores poetas que América a dado al mundo, la poesía Latinoamericana, en la actualidad, simplemente esta, no desborda ni se muere, se encuentra en un estado de lascividad tal cual lo dejaron desde hace algunos años los grandes de ese arte de tejer la belleza con las palabras.

"La poesía Latinoamericana esta pasable, nada más esta, tiene su gracia todavía... hay algunos escritores, nunca hubo mucho poeta en esta parte del mundo

simplemente persiste porque no puede desaparecer, ahí esta latiendo, pero nada más", explicó Gonzalo Rojas al término de su charla con los jóvenes.

Momentos antes había explicado el porqué en la actualidad había personas, jóvenes y los no tanto, que aun se siguen quebrando la cabeza por armar una estrofa en base de fórmulas o de reglas que no llevan a nada.

El propio poeta mencionó que en la actualidad, los jóvenes escritores prefieren irse hacia la prosa, porque ellos creen que es más sencillo, "si la prosa fuera fácil, hasta en los periódicos saldría", comentó Rojas.

Además, recomendó a los jóvenes alejarse de las luminarias que provocan los best-sellers o las grandes promociones que hace la publicidad, pues para lo único que han servido esas novelas creadas al expres, solamente sirven para adornar las mamparas de los aeropuertos.

"Los libros se van quedando en las mamparas de los aeropuertos, se van quedando hasta las nubes, incluso ahora quieren poner los libros en la pantalla para que todos lean cuanto se escribe en los tantos idiomas que se hablan todo el mundo, como si eso sirviera", comentó Gonzalo Rojas.

Por otra parte, el poeta explicó que no hace falta quebrarse la cabeza pensando en ser original al momento de escribir, pues la originalidad no existe entre los creadores porque todo ya se ha dicho, "lo único que existe es la imaginación, y no crean que la imaginación es solamente cosa de nosotros los escritores, sino que es de los químicos, los físicos y de todas las profesiones", detalló Rojas.

De México, iba concluyendo su cátedra, siempre tengo el recuerdo de tres grandes personas que

me han marcado en mi vida, uno es Alfonso Reyes, Otro es el gran Diego Rivera y, por último, como olvidar a Paz, a Octavio que siempre me maravilló con su palabra.

"México es un hermoso país del cual todos en América Latina somos herederos, después del Río Bravo todos somos México, la equis representa esa unión entre los pueblos, como si fuesen dos cruces enlazadas en lo alto del vuelo, antes que los suramericanos nos identifiquemos con nuestras patrias, debemos hacerlo con México", concluyó, recibiendo una carretada de aplausos por parte de los estudiantes.

Gustavo Mendoza Lemus. *Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Es reportero de la sección cultural de Milenio Diario de Monterrey. Autor de Ánimas. Todos aquellos días (UANL, 2010).*

DICEN QUE LA DISTANCIA
NO ES EL OLVIDO

JUÁREZ

Pedro de Isla

I

El camión se detuvo frente a la cabeza monumental de Benito Juárez. Doña Amalia apenas tuvo tiempo de poner sus pies en el pavimento antes de que el chofer reanudara su camino y la dejara parada en medio de pequeños charcos de agua oscura. Ella subió a la banqueta y caminó despacio, tanteando la solidez de los diminutos mosaicos blancos y rojos para evitar una caída que a su edad sería muy peligrosa.

El aire tenía un humor raro. Desde el Beulah, hacía ya veintiún años, no recordaba algo semejante: días y días con el olor a tierra mojada y el ruido de aguas bravas brotando del lecho del río.

En aquel entonces doña Amalia era una mujer que levantaba miradas por el rumbo de Las Puentes, donde vivía entonces. Ahora, en cambio, la llegada del Gilberto la encontró avejentada, caminando rumbo al mercado para hacer las compras de la semana para ella y el hijo con quien vive, allá por el sur, por San Ángel.

Qué diferente se ve la ciudad, piensa doña Amalia. Clara y fresca, aunque ese cielo tan limpio contrasta con el lodo acumulado en sus calles y dentro

de muchas casas se agazape aún la tragedia que trajo tanta agua junta.

La gente no parece admirarse que, tras una semana llena de sol, el agua continúe bajando del cerro de la Silla, formando pequeñas cascadas y arroyuelos que persisten en la memoria de la montaña. Ella sí sabe que los veneros seguirán así varios días más, hasta que el cerro termine de exprimirse.

Con la ciudad aún desquiciada, debe hacer de prisa sus vueltas en el centro, pues aunque los puentes sobre el río Santa Catarina permanecen en pie, no dejan de sentirse frágiles después de que las corrientes golpearon sus columnas con piedras y palos, como vándalos que se ensañan con una víctima indefensa, inmóvil en medio de la tunda. Además, doña Amalia solamente se siente tranquila sobre suelo firme, así que puentes, escaleras y canoas no forman parte de la lista de lo que considera un piso seguro.

El tráfico, la pesadez de las miradas y el ánimo de los transeúntes hacen su trayecto más difícil de llevar, sobre todo para esta mujer que busca la ayuda de manos caritativas para cruzar la calle, seleccionar mejor la fruta o subir al camión las bolsas del mandado cuando emprende el regreso a casa. Ahora la gente no está para amabilidades. Trepan al camión, eligen un asiento y se pierden en sus cavilaciones o siguen con la mirada el lomo de un cerro relavado que pocas veces vieron tan verde, en las corrientes solidificadas que dejó la tierra convertida en lodo por cuanta alcantarilla hay en las calles o en las fotografías que siguen publicando los periódicos, donde aparecen en un cuadro las cifras de los daños y juntan las lágrimas por los muertos y

el costo de la reconstrucción, como si fueran partes de lo mismo.

Doña Amalia camina hasta la esquina y espera el cambio del semáforo. Nadie se le acerca a ofrecerle apoyo. Ojalá y desviarán un poco este borlote -piensa-, parada en la avenida por donde transitan la mayoría de los camiones de la ciudad con sus colores verde, azul, rojo, negro, amarillo o blanco, con números que significan rutas, que significan destinos, que significan trabajos, hogares o amores.

Apenas la luz cambia a verde, doña Amalia sigue su camino, despacio, entre nubes de aire oscuro, cuidándose de no caer en uno de los charcos, sin más auxilio que su propia fuerza. En caso de cambiar el color de la luz antes de que ella llegue a la otra orilla, sabe que el tráfico tendrá que detenerse a su paso.

No siempre fue así. Antes, cuando vivía su marido, todos los fines de semana sacaban a pasear a sus hijos. Los traían al centro de la ciudad, en especial a la Alameda. Entonces eran pequeños y se entretenían escuchando las canciones de Francisco Gabilondo Soler mientras correteaban entre las figuras del grillito cantor, la hormiguita con sombrilla y los conejos panaderos; buscaban las bocinas escondidas entre las ramas de los árboles y jugaban a ver quién descubría más. Siguieron con la misma rutina conforme crecieron, sólo que entonces no dejaban de darle su vuelta al pequeño zoológico para tirarles pequeños trozos de zanahoria a los conejos, estos sí de verdad. Ya cuando eran unos jóvenes con aires de autosuficiencia, iban solos a darse sus vueltas por el sitio. A veces regresaban en la madrugada, a veces aparecían hasta el día siguiente.

Doña Amalia lo entendía. También fue joven y también se paseaba por la Alameda de su pueblo, aunque la de Bustamante era más pequeña y allá todos se conocen. En Monterrey, en cambio, cuando salía del brazo de su marido, era él quien se encargaba de dirigirse a la gente y esperar que le devolvieran el saludo. Procuraba pasear luciendo un buen vestido que mostrara que la vida les daba lo suficiente para estar agradecida de tan buen esposo y padre de familia, pero sin parecer ostentosos, tal y como les enseñaron desde pequeños.

Pocas veces saludaba. Si acaso lo hacía era para contestar un gesto de algún conocido. No fuera a ser que interpretaran mal su amabilidad. Después de todo, sabía que una mujer no debe dar de qué hablar, y menos delante de su marido.

En el mercado, los vendedores hacen un rato que limpian sus espacios, preparándose para una venta que se antoja difícil. Algunos locales no abrirán. Sus dueños todavía buscan algo que rescatar entre láminas y árboles caídos a la orilla del río Santa Catarina, desde el rumbo de La Huasteca hasta Cadereyta. Otros ni eso pueden hacer: hace días que flotaron, se hundieron y tardaron mucho en volver a la superficie, como jugueteando entre las sillas, pantalones, autos, maderas, cuerpos, bufandas, cortinas, servilletas, perros, más cuerpos, cojines, espejos platos cobijas alambres trasteros pelotas cortineros llantas y pedazos del tiovivo que alguna vez alegró a sus hijos los fines de semana en los Juegos Manzo, aquél que anunciaba el payasito de la tele.

El primer puesto listo para iniciar el día es el de Severino el rojo Mendoza. Ya desde lejos, el olor

toma por asalto los pasillos. Los trozos de carne se cuecen a fuego lento en anchos cazos de cobre, oscuros por el uso: la grasa y el tiempo no perdonan ni a los enseres ni a doña Amalia, que ya no puede pedir su cuartito de chicharrón prensado para comérselo despacito, en pequeños trozos, entre que el sol se esconde, se cambia los zapatos de suela dura por unas pantuflas que le regaló su hijo la navidad pasada y enciende el televisor porque ya va a empezar la telenovela donde sale esa pareja de Christian Bach y Humberto Zurita, tan buenos y tan jóvenes.

Pedro Jaime de Isla Martínez. *Escritor mexicano nacido en Monterrey en 1966. Ingeniero químico de profesión, como escritor ha recibido el Premio Latinoamericano de Cuento (1992) y fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León (1993-94). Autor de varios libros como: Todo hombre es como la luna, Batichicos, Papá se pegó un tiro hoy a las 6:52 de la mañana.*

EL ENTIERRO DEL TEMPLO MAYOR

Rosaura Barahona

A Roberto Escamilla

Lo más bello de la casa eran las montañas al fondo (que en realidad no eran de la casa pero como si lo fueran). Esas montañas enormes, serenas, incommovibles que nos recuerdan con frecuencia lo efímero de nuestra estancia aquí. La casa era pequeña aunque con todo lo que necesitábamos. Era rara: lo asimétrico de sus habitaciones engañaba a la vista y las hacía aparecer más grandes de lo que en realidad eran, Me gustaba que fuese acogedora; en su salita pequeña, con sólo la luz de las lámparas, el ambiente se volvía tranquilo y las conversaciones se alargaban sin sentir. Al pequeño patio lo habíamos convertido en un estudio que se volvió una isla a donde no llegaban el ruido del teléfono ni el sonido del timbre de la puerta. Y luego estaba la terraza, esa terraza que originalmente iba a ser el baño y el vestidor de lo que el arquitecto, pomposamente, llamaba la recámara principal y que gracias a la devaluación se quedó tal y como estaba ahora, lo que tú y yo considerábamos afortunado porque era de ahí desde donde contemplábamos

las inevitables montañas. Porque eran inevitables. Absolutamente. A veces azules, a veces negras, a veces pardas, a veces incluso casi verdes - cuando llovía -, a veces tan secas que si poníamos un poco de atención podíamos escuchar el crujir de su vegetación quebradiza. Por donde quiera que nos asomásemos, la vista se estrellaba con ellos lo que obligaba en sumisión gozosa a recorrerlas como si se vieses por primera vez. Nos encantaba espiarlas al amanecer cuando casi pudorosas se cubrían con una neblina tenue que empezaba a levantar conforme el sol se elevaba. En ocasiones – quién sabe por qué razón – sólo la parte superior de la neblina desaparecía y las montañas se quedaban llenas de cascadas y girones nebulosos. A menudo la neblina volvía al atardecer y se concentraba casi a ras del suelo, como brotando de él para dejarse arrullar por los faldones de roca. Cuando esto sucedía, el ocaso cambiaba de ritmo y alargaba, hasta donde le era posible, el esplendor de su último instante. Eran tus montañas. Y las mías. A la ciudad yo nunca había podido aceptarla como mía porque sabía -o sentía- que ella nunca me había acogido como suya. Pero las montañas eran nuestras. La desangelada ciudad se ganaba con facilidad todos los reclamos que se nos podían ocurrir y que con frecuencia le lanzábamos en alarde de alevosía y ventaja, sabedores de que la pobre no se podía defender. Ahora sé que en más de una ocasión proyectamos nuestras culpas y nuestras frustraciones sobre ella, sabedores también de que no vivir en el lugar idóneo para desarrollar los talentos que se poseen es quizá la excusa más socorrida cuando ha sido incapaz de cumplir con nuestras ambiciones.

Como si eso fuese poco. Un día la ciudad nos jugó una mala pasada. De pequeña ciudad de provincia llena de calles, rincones, cafés, cines y plazuelas que nos identificaba con nosotros mismos, con los otros y con una época, repentinamente se nos convirtió -como adolescente que hubiese retrasado su crecimiento y que en un mes se hubiera estirado todo lo que a los demás les tomó dos años-, en una ciudad extensísima con tráfico asfixiante, con smog, con prisas, con colas para todo: el cine, el pan, el súper, las tortillas, el estacionamiento, el dentista, el restaurante (esas colas que, hasta hace poco, sólo veíamos en el DF y no nos explicábamos cómo la gente podía soportar). Y se volvió más desgarbada porque creció tan inesperada como arbitrariamente. Fue entonces cuando quisieron reinarla y la llenaron de edificios rectilíneos, modernos, enormes despersonalizados y bellos; sí, tan bellos como los de cualquier otra ciudad grande y llena de edificios rectilíneos, modernos, enormes y despersonalizados.

Y entonces huíamos de ellos y nos íbamos a caminar al centro y a recorrer tu calle Zaragoza (la que te ingeniaste para meter en uno de tus documentales); esa calle Zaragoza de la que no sólo te sabías de memoria la configuración que tenía en ese momento, sino la de cada paso de su transformación: “Ahí estuvo mucho tiempo ‘La Miniatura’ y aquí, ‘El Tupinamba’ y allá había una revistería en la que comprábamos “Bohemia”... Por ahí habíamos huido tras quién sabe qué travesura que hicimos temerosos y allá habías oído, por primera vez, el nombre de Bergman de labios de Artemio que acababa de regresar de París. Y por aquí cruzaba

Cecilia rumbo a su casa y tú la veías cruzar convertido en esfinge, sin encontrar jamás ni el momento ni el valor para acercarte y hablarle y así empezar a convertir en realidad todas tus fantasías amorosas.

Aunque no era sólo la calle Zaragoza (el cambio de sentido a la Calzada Madero en una sola dirección y la ampliación de Colón fueron casi atentados personales contra ti), era la más importante. Morelos, Padre Mier, Escobedo, Emilio Carranza, Juan Ignacio Zuazua, Dr. Coss, todas guardaban, sin saberlo, archivos enteros de recuerdos disfrazados de puertas de cantina, de nombres de tiendas, de rostros de meseros, de boticarios familiares, de panaderías con un olor a pan recién hecho que hace falta cada vez que alguien pasa por la esquina de “El Nopal” (que, por supuesto, desapareció hace años) y de un restaurante barato en donde se comían las tortas más sensacionales del mundo.

Pero Zaragoza era a donde todo confluía de una u otra manera. Zaragoza con ese “Olympia” que despreciabas porque había surgido a costa el tan amado “Rex”; el “Rex” de los populares de tres películas por \$1.50; el “Rex” de las películas porno de aquella época en que no había películas porno, pero en la que cualquier película italiana o francesa de oscura fotografía, mal sonido y temas raros era fuerte o atrevida si insinuaba alguna relación no tradicional o si dejaba asomar el brote de un seno o la parte superior de un muslo femenino.

Detestabas el “Olympia” (ese “Olympia” que hoy no te atreves a reconocer que echas de menos), con una indignación que a mí terminaba por darme risa, porque aunque la sabía muy auténtica, no acababa de entenderla. Jamás te lo dije, pero te

me figurabas uno de aquellos aztecas a quienes los españoles les arrasaron sus templos, sin el menor asomo de respeto para, sobre sus ruinas, construir las iglesias “civilizadas”. Te sentías robado (aunque nunca lo confesaste y no sé siquiera si lo pensaste). Se llevaban el “Rex” y con sus butacas de madera, sus pilares raros y su gayola de bancas se iban tus descubrimientos, tus pláticas, tus escapadas de la prepa y la oportunidad de señalar la butaca exacta en que el “Abogado” - después de comprar un Pasanuez en la dulcería del cine- se sentaba invariablemente.

Era, según me contabas, todo un ritual: chocolate en mano, se lanzaba a contar las filas y escogía, precisamente, la de la mitad; luego, contaba las butacas y seleccionaba la del justo medio. Sólo así podía ver la función tranquilo. Hoy te molesta pensar que ese ritual que se repitió con naturalidad por años, se haya vuelto imposible. Las funciones de 2, de 4, de 6 y de 9 están siempre apunto de reventar y tú casi revientas junto con ellas cuando entras y ves gente en un cine que imaginabas vacío a una hora en que “antes” la gente no iba al cine. Hoy nadie puede escoger butacas; agradece encontrarlas.

Y no te resignas. Como tampoco te resignas a que la función ya no sea doble o a que se haya inventado en esta ciudad tan inconfesadamente amada por ti, un intermedio que altera las películas, pero que la gente espera con ansia para salir corriendo a comprar dulces (que es, al parecer a lo que van al cine).

El río ya no es tu río y los puentes son varios (antes había sólo uno y tú te acuerdas cuando lo construyeron). El sentido de barrio casi ha desaparecido

y la gente sólo como excepción, saca las mecedoras a las banquetas y se pone a platicar. Quizás, como dice Villegas, la televisión y el aire acondicionado que sólo los millonarios tenían antaño), han metido a la gente en su casa, aislándola del chisme cotidiano o del saludo diario, que fueron durante siglos, nuestras formas de comunicación más normales.

Incluso la tele ya no es tu tele. Esa tele del Cerro del Topo (con un locutor de cuyo nombre te molesta que nadie se acuerde, ahora que se celebran los 25 años de la televisión regiomontana), trasmitiendo películas del cine mudo, en las que tantas cosas descubriste. Hoy la televisión es casi magia (para mí siempre lo ha sido). Te reproduce las películas que grabas y te ofrece en un mes, gracias a un plato que yo tampoco acabo de entender, muchas más cosas de las que se pueden ver a lo largo de una vida. Y en casa de ha vuelto broma tu “¿Habrá un choque?”, cada vez que salimos aun sitio y caemos en un embotellamiento. Los demás contestamos a coro: “No, lo que pasa es que ya somos dos millones”, y tú sonrías con una sonrisa que tiene poco de resignación y mucho de nostalgia.

Hoy las montañas siguen ahí. Tus montañas y las mías. Pero el centro no. Lo destruyeron para que tus hijos tengan una ciudad más bella en donde vivir (al menos eso dicen los que pretenden saber). También dicen que dentro de pocos años ya nadie se acordará de cómo era la calle Zaragoza. Yo sé que no es verdad. Como lo saben Chuy, César, Jorge, Poncho, El Abogado, Miguel y Silvia, Andrés y Saskia, Julián, Luis; como lo saben tantos otros. Sin importar que también sepamos que un día no muy lejano reconstruir la calle Zaragoza será una tarea

de investigación documental que realizará en los archivos municipales un estudioso que, probablemente, ni siquiera ha sido concebido aún, pero que se interesará en conocer cómo era su ciudad, antes de que él naciera y lo indagará con la misma curiosidad con que nosotros nos detenemos a identificar la esquina o la fuente que aparecen en las fotos del viejo Monterrey y que, de vez en cuando, exhiben por ahí, para recordarnos cómo eran las cosas antes el automóvil, de la electricidad, del pavimento y de la obsesivas modernistas que todo quieren cambiar.

Todos sabemos que en esas ruinas de “segunda guerra mundial”, como las llamas con coraje y resentimiento, los traxcavos no sólo levantaron el piso y derribaron edificios, sino que cargaron con sueños, con voces, con recuerdos y con los ecos de unos pasos que las recorrieron quién sabe cuántas veces y quién sabe con cuántos estados de ánimo diferentes. Ahí se fueron descubrimientos y mentiras, dolores y bromas, promesas no cumplidas y juramentos reiterados. Es verdad. Pero también es verdad que nuestros hijos recorrerán otras calles y encontrarán otros rincones y saborearán las mejores tortas del mundo (aunque tú digas que ya no son como las de antes), en una esquina, sobre una mesa de lámina pintada con el anuncio del refresco que sustituyó al “Spur” y un día escucharán el nombre de Bergman por primera vez y se quedarán como esfinges enamoradas ante la presencia inhibidora del ser amado y se sabrán, de memoria, los recovecos de la Macroplaza que tú tanto detestarás y llevarán a sus hijos a pasear por ella y les contarán que su abuelo (tú) conoció lo que hubo ahí, antes de esa plaza y cruzó el río cuando se atravesaba por

un vado. Y los hijos crecerán y verán a tus hijos (sus padres) quejarse de la destrucción del viejo y bello Monterrey (que tus nietos verán feo y sin chiste) y los oirán contar cómo las tortas ya no son como las de antes y entonces habremos aprendido, una vez más, que todo tiene que cambiar para seguir igual. Todo menos las montañas.

***Rosaura del Pilar Teresita Barahona Aguayo** es una periodista y escritora feminista mexicana. Nació el 12 de octubre de 1942 en la Ciudad de México. Cursó la Licenciatura en Lengua y Literatura Moderna con opciones inglesa y española en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y dos años de estudios cinematográficos en la Escuela Oficial de Cinematografía de Madrid. Es autora de los libros: *Abecedario para niñas solitarias* y, *¿Por qué no Ferlos o Cardo?**

NI DE AQUÍ NI DE ALLÁ
(CRÓNICAS DE VIAJE)

BOGOTA, REMEBER: GAJES DEL OFICIO.

Margarito Cuellar

El Aeropuerto El Dorado de Bogotá militarizado. Los soldados se mezclan entre los lugareños que esperan a familiares y/o amigos, taxistas y vendedores de tiempo aire. Las nueve de la noche. No hay un solo letrero que diga “Festival de Poesía, bienvenido”. Dos horas y nada. La noche y el cansancio invitan a tomar un taxi. 16 mil, al hotel Dann centro. Me pregunto por qué no le habrán quitado los ceros al peso colombiano. Esa cantidad de ceros parece tener un efecto psicológico. Crees que tienes la lana del mundo, cuando se acaba, que sucede pronto, te das cuenta que no es así. La sensación de riqueza, al cambiar tus dólares por un montón de billetes, es fugaz, como la vida, como las cosas bellas.

El tiempo da unas volteretas rudas. Hace 8 años, cuando la beca de intercambios artísticos México-Colombia, me recibieron en El Dorado dos chicas con un ramo de flores y una canasta de frutas de lo más extrañas, como lulo y maracuyá.

*

El piso 11 es el bunker de Ulrika, la revista que el poeta Rafael del Castillo Matamoros edita desde

hace 25 años. También es la cabeza del quinceañero festival bogotano de poesía.

En el bunker encuentras desde una compu –o un computador, como llaman acá a esos maravillosos aparatos que desplazaron a las máquinas de escribir– hasta tequila, aguardiente, grapas de perica y un ejército de poetas, locos y gestores.

*

En la esquina del tiempo (19 con carreta 7) el movimiento empieza tarde, por ahí de la diez de la mañana. A esa hora ocupan su lugar los vendedores de esmeraldas, periódicos, paraguas y libros piratas. Un ejemplo: La puta de Babilonia de Fernando Vallejo cuesta en la Feria del Libro 45 mil pesos (unos 22 dólares). En la calle 5 módicos dólares son suficientes para tener el opúsculo vallejeano. Pirata, claro, pero las diferencias apenas las notará un experto. ¡Bendita piratería que democratizas la vida cotidiana!

Bogotá goza ahora el título de Capital Mundial del Libro. Las filas para entrar son interminables, y eso que hay que pagar 2 dólares. En los pabellones la infame turba busca la forma de ver los títulos y de comprar aunque sea un libro. El rey es García Márquez, que está por todas partes. Aunque también tienen buena cartelera Vallejo y Mutis. Hay todo tipo de ediciones del autor de Cien años de soledad, nativo de Aracataca. Cientos de títulos sobre él. En Fusagasugá tocó ver una exposición de carteles alusivos al genio y figura del premio Nóbel, disputado, mejo dicho, compartido, por México y Colombia. Oh, la fama, sí. Y el Gabo se deja apaparchar por esa señora avarienta y temeraria.

Los presupuestos no siempre circulan. O se quedan a medio camino, entre los buenos deseos y los bolsillos. De otra manera no se explica uno que una exposición itinerante en homenaje a un premio Nóbel de literatura se suspenda sobre cartones maltratados, en fotocopias, malas por cierto, del otrora reportero e incipiente autor. También hay portadas de libros traducidos a diferentes idiomas. El autor de La Hojarasca en la redacción de El tiempo, cuando era feliz e indocumentado. Luce bigote de taxista, es delgado y casi siempre ríe. El Gabo frente a su máquina de escribir, como quien se dispone a domar a un extraño enemigo, mientras fuma, fuma, fuma.

Sí, Gabo es autor de un solo libro. ¿Qué autor no lo es? Cien años de soledad no se compara. Ni Del amor en los tiempos del cólera, ni El coronel no tiene quien le escriba, ni Memorias de mis putas tristes se acercan a la gloria del boom latinoamericano, escrita en México en los años sesenta, acompañado de Mercedes, su mujer y su animal, entonces ya en vías de domesticación, su máquina de escribir.

*

En el festival hubo lecturas mañana, tarde y noche. En colegios de chicas, universidades, escuelas de pequeños, zonas de guerrilla, comunidades de desplazados y espacios habituados a la poesía.

Nunca pude pronunciar Fusagasugá. Ahí, frente a un auditorio de 600 chicas de entre 12 y 17 traidoreros años, me preguntaba si en realidad tenía sentido todo aquello, si la poesía sirve para algo. Pero las chicas querían más, y había que darles. Para eso estábamos ahí un austriaco con acento ca-

leño (Wolfgang Ratz), un venezolano de dos metros de altura (Alexis Romero) y un mexicano.

Alexis se hartó de mis poemas sobre animales. La culpa no la tengo yo, sino los organizadores. Te decían ahora es miércoles de colegios, y te ponían como escuchas a enanos de 6 años. O a lo mejor sí la tengo, por no cantar, bailar o hacer malabarismos. En vez de leer poemas sobre animales. Pero los chicos eran atentos y preguntaban cosas como éstas: “Señor Alexi, señor Alexi ¿usted es de Chávez?” Y el poeta Alexis Romero contestaba con paciencia que no, que él no era del presidente Chávez. Un diablo de ojos avispados me dijo que él estaba investigando sobre los indígenas, pero que le quedaba la duda si los mayas comían niños.

Fusagasugá es zona de guerrilla. Ciudad de un sol risueño y un valle claro y verde. Las chicas atentas en sus uniformes blancos con rojo. El recreo se sintoniza con una estación radial en la que fluye música clásica, notas sobre historia, arte, entrevistas a deportistas y poetas.

En el interior de un bus contestamos preguntas a una grabadora temblorosa sostenida por una lolita escapada de las páginas de Navokov; sostiene con una mano el instrumento (grabadora) y con la otra se acomoda la falda; sonrío y lee las preguntas de una libreta. Sus compañeras festejan todo con gritos. En Fusagasugá la poesía es una fiesta: de piernas, de faldas, de palabras puestas al sol.

En una de esas lecturas Alexis Romero contó que cuando tenía la edad de los escuchas su tranquilidad se vio interrumpida cuando se los llevaron al auditorio de la escuela para que conocieran a un poeta. El poeta leyó con voz aburrida un poema al

que no se le entendía nada. El poeta era Octavio Paz. El poema leído a los asustados alumnos de una escuela secundaria de Caracas era “Blanco”.

*

Una cosa que sorprende del público colombiano asiduo a las lecturas de poesía es su oído atento, la calidez con que le dan cobijo al poema y la actitud de no permanecer en silencio ante el texto.

Ciudad Bolívar es zona de desplazados. El público: amas de casa, hombres del campo migrantes de la guerra, estudiantes. Se nota que la autoridad le invierte a zonas como ésta. La casa de la cultura es nueva. Una vez nombrado el consejo comunitario pasará a ser administrada por los vecinos. Resguardada por el ejército, claro. Ahí donde se puso de pie una mujer y exigió leer sus poemas. Invertimos los papeles y fuimos sus escuchas.

*

Un aire trágico persigue a la Casa de Poesía Silva. Las paredes muestran fotos del poeta José Asunción Silva, quien ahí mismo se dispara un balazo con un rifle. Horas antes, en una recepción convocada por él, había pedido a su médico que le indicara el sitio exacto del corazón, sobre el cual trazó un círculo. Este recinto casi sagrado fue dirigido por la poeta María Mercedes Carranza, hija de un contemporáneo de Paz, el poeta Eduardo Carranza. En 2004, después de la presentación del libro Amazonia, de Juan Carlos Galeano, María Mercedes preparó un cóctel a base de pastillas y alcohol y no vivió para contarlo.

El centro del homenaje es Cobo Borda. Con cara de niño nervioso, hojea una y otra vez el libro Bogo-

tá en verso, publicado por el Instituto Caro y Cuervo y que incluye a una veintena de poetas del mundo que han escrito sobre Bogotá, la bella infame. La sala está repleta y para complacerlos estamos un colombiano (Cobo), un guatemalteco casi mexicano (Carlos López), un poeta y diplomático hondureño (Rigoberto paredes) y otra vez yo. El micrófono descompuesto nos indica que los alzados en almas han bajado la guardia, al menos en este espacio.

*

Hace 8 años la casa de Roberta Raffeto y Juan Pablo Roa en La Candelaria nos llenó de calidez, vino tinto, poesía y otras hierbas. Las fotos no mienten: Jeny fumando, riendo, bailando; el poeta perplejo, alegre. Los anfitriones amorosos, con sueños para el futuro. Sigue habiendo la misma algarabía en ese barrio. Huele a marihuana e incienso.

Estamos en la clausura del festival. Vamos Casa de Citas a la última lectura.

La sorpresa es un factor interesante. Hay tanto barullo en el barrio que no sé de donde salieron los dos hombres.

–No se mueva Porque lo chuzo –dice uno, con voz temerosa, 20 años a lo mucho.

El cuchillo a unos centímetros de mi cuello, animado por una mano que tiembla. Pienso que una mano que tiembla puede ser peligrosa. Como hace ocho años, cuando un policía motorizado me apuntó con una nueve milímetros, las imágenes pasan veloces por mi cabeza, sobre todo Ajax y Ulises, siempre sonriendo.

Lo que sigue es una cámara rápida. Les doy el dinero y la mochila. Huían hacia la parte alta de La

Candelaria cuando recordé en el regreso a México al día siguiente.

–¡El pasaporte –grité– necesito el pasaporte!

–Dónde está –contesta el del cuchillo, deteniéndose. Buscó un poco y arrojó el documento al piso. Después se perdió calle arriba.

Era una plaza. Dos chicos jugaban fútbol, no sé a qué horas desaparecieron. El cuchillo se fue. En la mochila traía sólo poemas corregidos, un celular, una libreta con textos recientes y un libro de Adriano González León (País portátil) que encontré por la mañana en una librería de viejo (dos dólares, no parecía pirata).

*

Bogotá se fue haciendo chiquita a medida que el avión se elevaba sobre el cielo de Montserrate. El brillo del chuzo cerca de mi cuello se fue opacando.

Los tiempos cambian, pensé. En el verano del 99, después de una estancia de dos meses en Bogotá la terrible y 15 día en Medellín, me despidió un grupo de amigos, entre ellos una Jeny con lágrimas. Ahora me despedía la hoja de un cuchillo. Gajes del oficio.

Al pie del Penal del Topo Chico

Margarito Cuéllar es un poeta, escritor, narrador y periodista mexicano. Nació en Ciudad del Maíz, San Luis Potosí, en 1956. Fijó su residencia en Monterrey, Nuevo León, en 1973. Estudió periodismo en la Universidad Autónoma de Nuevo León y en la década de los sesenta del siglo XX coordinó el Taller Literario Tinta Joven. Ha coordinado también el Taller de la Organización de Escritores de Monterrey y el Colegio de Escritores de la Frontera Norte.

DE TEXAS A CALIFORNIA

Cris Villarreal Navarro

Más pronto cae un hablador que un cojo y así me he localizado últimamente en una senda de tropiezos, maromas y autozancadillas existenciales, que me hacen pensar que en definitiva no soy una persona digna de confianza, no sólo por la revisión de cosas que hace algunos años eran dogma incuestionable sino por todas las volteretas que en este circo que es la vida nos vemos compelidos a asumir.

Y así una vez dije que en Monterrey me iba a morir y las lianas de la vida en que me colgué, me lanzaron a otro paisaje, a otro mundo y a otro espejismo. Así fue que me vi transplantada a esta ciudad que si me la hubieran dado a escoger la habría definitivamente pasado por alto. Todavía tengo fresquecitas las tomas televisivas de como quedaron algunas autopistas y edificios después del último temblor.

Pero el día llegó en que José salió con la novedad de que le ofrecían un trabajo en Los Ángeles. Desde principios de los ochentas, cuando llegamos de Monterrey, México, habíamos vivido en Texas. En Austin, mientras hacíamos los estudios de postgrado, luego en Houston cuando José obtuvo el tra-

bajo en la NASA. Trabajar en el programa espacial del Johnson Space Center constituía mucho prestigio, pero los tabuladores nominales no mienten: las compañías privadas pagan mucho mejor. Así que en la junta familiar para ver qué seguía, los argumentos de peso fueron la posibilidad de salir más rápido de las deudas de las tarjetas y de avanzarle al pago de la pesada deuda estudiantil. Por decisión unánime se aceptó el empleo que nos conduciría a mudarnos a Los Ángeles.

La primera impresión fue la visión de las torres con hélices a la entrada de San Bernardino por la autopista 10. Cientos de ellas ondeando esbeltas al sol. Se me figuraron extraños, sofisticados, gigantes guardianes de la ciudad. Ahí me enfrenté al tremendo trafical. Si en Houston solía quejarme del tráfico infernal, que encontraba igual al del DF, las autopistas angelinas dijeron: quítate que ahí voy. Aquí no existen los carriles de baja velocidad, todos apuradísimos van lo menos a 70.

Habíamos decidido venirnos por carretera, en uno de los carros, para buscar casa e inscribir a los niños en las escuelas. En esos días disfrutábamos del respiro anual cuando éstos pasan un mes de vacaciones con sus abuelos en Monterrey. El primero de julio José se incorporaría a su trabajo, yo regresaría a Houston para enviar el camión con la mudanza y la eurovan en un transportador colectivo. Afortunadamente la compañía que empleó a José pagaba los gastos de recolocación.

Este negocio queda por Chatsworth, en el Valle de San Fernando, así que la tarde que llegamos nos instalamos en el Ramada de la calle De Soto y Sherman Way. Durante dos semanas, periódico

de clasificados en mano, no lograbamos encontrar algo a nuestro gusto y alcance. Encontrabamos las rentas francamente carísimas comparadas al área de Clear Lake en Houston de donde procedíamos. Finalmente encontramos algo que más o menos nos convencía: una casa de tres recámaras por la avenida Roscoe. Agradable vecindario y amplio jardín, lo único cuestionable era el ruido de los autos, también que las escuelas de los niños no quedaban cerca. En fin, algo hay siempre que negociar cuando no se cuenta con todos los recursos: \$1,200 mensuales y firmamos un contrato por un año.

El pasado día último de julio llegué con Roger y Amory al LAX. Jessica, la mayor, se quedó en Austin, en donde estudia en la Universidad de Texas.

Y empezó el proceso de descubrimiento de la ciudad. Para empezar me asustaron los precios de la gasolina, en Houston el galón estaba alrededor de 90 centavos. Aquí lo más barato \$1.19. La amplia compensación la encontré en el área de los alimentos. ¡Tomates, cebollas, frijoles, manzanas, peras, plátanos, melones, lechugas, zanahorias: a cuatro o cinco libras por un dolar! Fantástica gratificación para el presupuesto familiar. También descubrí el agasajo culinario que en las cadenas de supers mexicanos puedes encontrar. Desde deliciosas carnitas y riquísimos quesos hasta un exquisito ceviche de pescado. Aquí el cordón umbilical de los antojitos que nos une con nuestro México no se rompe.

Otra maravilla de esta ciudad es su hermosa diversidad étnica. Armónica convivencia entre armenios, chinos, japoneses, coreanos, rusos y latinoamericanos. Y lo que más me encantó: su oferta artística y cultural. Museos que ofrecen obras de

artistas nuestros. Una biblioteca central bellísima con un acervo extraordinario de libros en español. Festivales de cine hispano, conciertos sobresalientes, recién llegada fuimos a ver a Caetano Veloso. Y lo mejor de todo: un diario en español de una calidad excepcional. Y uno se deja conquistar, Los Ángeles es una ciudad muy fácil de querer, aquí no falta nada.

Cristina Villarreal Navarro 1949-. Nació en Anáhuac, Nuevo León. Cuentista. Estudió derecho en la UANL. Perteneció al taller literario Artefacto y fue colaboradora fundadora del suplemento cultural *Aquí vamos* del periódico *El Porvenir*. En la actualidad vive en la ciudad de Austin, Texas.

WE WANNA ROCK

PUNK REGIO EN LOS 90, SENTADO EN LA MACROPLAZA

Ángel Sánchez Borges

MI PEQUEÑO “UNDERGROUND” REGIOMON- TANO 1986-2006

*1. Los ochenta
en la fábrica unos tacos de harina se desenvuelven del
aluminio
(...)
y en la esquina guacharaca puntera antena parabólica
(...)
chicas en bikini llenan la cajuela de cerveza*

*José Eugenio Sánchez
Aquí el sol es algo serio (como el sol de Monterrey)*

Lejos de casa baja un tanto el ímpetu crítico y en todo caso comienzan las comparaciones, que la mayor de las veces son amorosas, no tanto odiosas. Es obvio que en Monterrey la escena del rock ha sido siempre más y menos subterránea, inclusive debería decir la escena musical en general; estando en una ciudad como Barcelona ahora, en donde hay música por todas partes (incluso muy mala también), donde se cocinan en este instante varios de los festivales más importantes de Europa con-

tinental en cuanto a rock, pop, “world” y experimental por doquier, y en la cual los “expertos” en las variables de millonésima de géneros abundan en las fiestas y en las calles, me viene a la mente para este número especial, un recuento muy personal de lo que han sido los últimos veinte años de la escena, como dije, más y menos subterránea de la música en Monterrey; el “rancho” como lo califica Ricardo Marcos, a quien hace tiempo que le tengo preparada una respuesta poco amigable respecto a su artículo en esta misma revista sobre Idil Biret, aunque me conformaría ahorita a plantearle que eso de vestir espuelas en la ciudad, como “metáfora” es pésima, como realidad comparada es fútil, y cómo rechazo clasista es aún más ridícula.

En Monterrey el rock ha sido siempre “underground”, la radio en la ciudad ahora ni lo toca, digo, en comparación con la RG de los ochenta y la 99 de los noventa, así que comienzo esta remembranza con aquellas noches de viernes, hacia 1985, cuando en mi casa aún no me dejaban salir, tenía 14 años y mi consumo de alcohol aún no iniciaba. Hacia la medianoche entonces la “nairifaiv” (Radio Alegría) programaba Barra Rock, Lacho Pedraza era la voz y por ahí pasaron otros, pero se pudo escuchar en aquellas noches por ejemplo a King Crimson, Magma, Ange, entre los que recuerdo, en días en que en Monterrey aquellos discos eran inconseguibles, a menos y por suerte que tuvieras el dinero para comprar en poco más de mil pesos de entonces, los importados que Tito Leyva ofrecía en su excelente tienda Zorba del Mol del Valle.

Fue en esa tienda en donde encontré el equivalente al Hip 70 capitalino, y algunos de los discos

que me quedé con las ganas de escuchar en esos días, pero que al paso de los años, bendita red, he disfrutado como niño (reencuentrado) con juguete nuevo, literalmente. Recuerdo de Barra Rock en especial, la noche de Crimson, cuando la voz de Gordon Haskell me dejó boquiabierto: “Esta noche Barra Rock presenta...King Crimson” dijo Lacho, y así se soltó la rola “Circus” del disco “Lizard”. Yo tenía que escuchar el programa con mi grabadora-radio General Electric bajo la almohada porque si no me gritaba mi madre desde su cuarto: “¡Apágame ese maldito radio!” , el cual me habían comprado en algún viaje a Mc Allen.

Mi relación con “el rock de vanguardia” y con la ciudad era entonces así, casi silenciosa, porque cuando comencé a descubrir aquellas bandas en la tienda de Tito, como por ejemplo Slapp Happy, y en la colección de discos de Fidel Correa, curiosamente el llamado Rock en Oposición (Henry Cow, Art Bears, Univers Zero) recorría las calles en busca de “entendidos” en la materia. Así llegue por ejemplo a conocer a “El Moreno”, fotógrafo que aún rola por esta ciudad y que me reveló las delicias del Heavy Metal, la revista de comic y por ende descubrir a Ranxerox, (del que tengo el rostro tatuado en el brazo izquierdo), “El Medieval” y sus discos de Eno y Roxy Music, y algunos etcéteras en la historia. Así también conocí a Manuel Valencia, dueño de quizás la colección más importante de discos viniles de rock progresivo en Monterrey, y a Polo Martínez, quien fue el primer programador y DJ de la radio en la ciudad en transmitir Techno, Pop Electrónico y también “indie rock” en la ciudad; no hay que olvidar que Polo programó por

vez primera House, Acid, y todas las variantes de la música bailable inteligente en la D-99, o ¿quién había escuchado antes de eso a Mouse on Mars en el el cuadrante local?

El Tec de Monterrey transmitió alguna vez un programa a través de las ondas hertzianas llamado “Música del Siglo XX”, yo lo alcancé a escuchar por alguna razón , no sé si en la amplitud modulada, y era una referencia, porque el rock de vanguardia, siempre ha sido el heredero no formal de la música contemporánea, el atonalismo, la música concreta, et al. Era así que en la media década de los ochenta, la radio de la ciudad tenía algo que ofrecer a los buscadores de experiencias sónicas, que en la ciudad se contaban con los dedos de las manos y de los pies, o cuando menos eso parecía. El Café Arkali , de 1985, ofreció un espacio ideal para estos melómanos, y así los sábados vespertinos y sin gota de alcohol , nos reunimos en torno al “newsgroup” como lo llaman ahora, “CHPOM” (siglas que identificaban a los Chingones Para Oír Música). Así los Barcenas contribuían a la onda, porque dejaban que pusiéramos los discos, a eso de las cinco de la tarde, bajo las arcadas de ese “Patio de las Águilas” , en donde esperaba yo con ansia desde una hora antes , a que llegaran Marcos Mendez, Jaime González , su hermano Jorge, el mencionado Manuel Valencia, y otros, otros que no he olvidado pero que ya enlistar es demasiado, pues no era precisamente una alineación.

Adrián Peña en la RG siempre programó también rock “alternativo”, y dirigiendo la estación D 99, estableció el programa Hi-Tech que condujo el entrañable Pablo Flores. Pablito, un excelente locu-

tor como el mismo Peña, me cedió un sub-espacio en el programa y hacia finales de esa década de los ochenta, programamos ahí lo que venía siendo la oleada “indie rock” que prefiguraría lo que Nirvana vendría a consolidar a inicios de los años 90. Tito Leyva por su lado trabajaba más en los márgenes, ya que con su programa X Rock comenzó a proponer el lado salvaje, oscuro, desconocido del rock en español “under”, así que el megalómano de Juan Ramón Palacios que proclama ser el impulsor del rock en tu idioma, la tiene perdida, porque Leyva tuvo varios bares aunque “descanchados” y todo en muchos momentos, en donde se pudo escuchar lo más interesante del rollo en castellano, argentinos, españoles y mexicanos de la escena ochentera “post punky”, y así nomás para que se queden quietos, quiero recordar la anécdota de cuando Leyva cerró una noche lo que fue el primer bar “cool pop” del Barrio Antiguo, el Luna de Agosto (en referencia a una rola de Radio Futura) para que conociéramos unos pocos afortunados, completito de principio al fin, el hermoso y decadente album “Closer” de Joy Division, que nos cambió la vida a mí y a otros dos cuando menos.

Joy Division es un tema que sale justo cuando me estoy olvidando de hablar de bandas, pero es que el “under regio” se hizo a tropezones, se hizo a través de estas aristas que hoy nadie valora, nadie reconoce; que fueron los pocos promotores y escuchas, de estas tiendas, programas de radio, bares, reuniones de amigos, los que le daban algo de vida a una experiencia que en Monterrey siempre ha sido ignorada. Antes de las galerías de arte de moda en los noventa, antes de la ignorante que no ignora-

da Avanzada Regia, antes de patéticos y decaídos “marginales part time” de la década del 2000, hubo visos de escena “under”, y nomás para dibujar trazos, unos cuantos, Joy División es un punto de referencia, pues por ejemplo también a mediados de los ochenta, gracias a un cordobés (Argentina) Toño Pita y su “partner” Mauricio Garza Hibler, la Colonia del Valle, tuvo su banda “alternativa”: Frida Rock. Con Frida Rock, hacia 1986-87 nace en la ciudad el interés por el rock “postmoderno”, son los años del Heaven del centrito, un video-bar “fashion” que tuvo sus noches interesantes, y por supuesto son los años del Kokoloko, que Celso Álvarez descubre una noche y se comienza a concentrar ahí el mundo “cultural” acomodado de Monterrey “como en Nueva York”. Las inquietudes de gente como Zulema e Ivette Olivares, el mundo que rodea a Julio Galán, la moda, las revistas Galere y Venus, parecerían banales y “overground”, tonterías del ocio de los pudientes, pero al paso de veinte años, se extrañan en una ciudad de Monterrey que se ha hecho más provinciana y conservadora, más insulsa y más desinteresada a la vez que racista y segregante que nunca (ver mi “ofúsculo sobre la revista Doméstica en el pasquín Velocidad Crítica). El Kokoloko en sus inicios mezcló a la gente, a la clase alta con los artistas, a los futuros empresarios con los nuevos creadores, todo bajo las notas de The Cure, Depeche Mode, Simple Minds, Pet Shop Boys y contando.

Todo comenzó la noche en que La Fura dels Baus destruyó coches en su acto de la Superior de Música, la era post industrial por fin llegaba a nosotros, por eso del Kokoloko en los dos años subsi-

guientes surgieron tiendas de ropa, antros nuevos, bandas de rock, artistas plásticos, promotores, de ahí surgió una generación de activa fauna urbana que hoy por hoy ha desaparecido en el exclusivismo “naco-chic” de antros como el Havana, en donde las chicas cercadas en todo instante por sus guaruras, se dedican a hacer funcionar el dinero como rechazo, el influyentismo como coartada para la violencia per se, el pretexto para la cerrazón y el aburrimento, copiado de las nociones de pertenencia y elitismo del mundo norteamericano de los negocios y el personalismo basura. Monterrey es como lo ha visto Joaquín Hurtado, una especie de negación del vértigo urbano propio, en donde lo que abre y libera se reconcentra como miedo y desprecio, aferrados a vivir en su noción de ciudad pequeña de hace cuarenta años, lo que alguna vez calificué como “incesto cultural”, hoy se ha cumplido y ese engendro, producto de la insistencia en mantener los apellidos y la concentración del dinero y el poder, ha nacido y a pesar de provenir de “buena familia” con acceso a la educación, al mundo, a la diversidad, prefiere la sorna a lo nuevo, y el retraimiento como delirio colectivo, como cuando en aquella fiesta nocturna, la conversación inteligente en nuestra mesa y el gusto por la música de un DJ mezclando ritmos africanos, llevó a nuestros anfitriones a caracterizarnos a mí y a mis amigos como “comunistas”, ien mayo del 2006!

Mediados de los ochenta, sin embargo, a la par que el Kokoloko, existía el otro de lado de la moneda, igual de fecundo que el del “little jet set”. Se trata del movimiento alrededor del “Hardcore Punk”, que tuvo como cabeza de serie a la banda

nicolaíta Disolución Social, pero al lado de ella, a Abuso, Cabezas Podridas, etc. Este movimiento sobre todo tuvo su impacto en lo que fue el festival denominado “Días de Colectividad”, que se celebró en diversos espacios de la ciudad, incluyendo alguna vez el Gimnasio Nuevo León. En el mundo de los “Días de Colectividad” se concentraron los esfuerzos por encontrar en la música una bandera. Un espíritu de apertura a los géneros y a la fuerza de la música, coincidió en esos festivales anuales y la acción de estas bandas abrió las puertas a la diversidad musical en Monterrey. Como olvidar aquel día de 1987 que con mi banda Voluptuosas Orquídeas, alternando en el cartel con los Disolución Social y Abuso, pudimos todos contrastar musicalmente la onda, y así pasar de la visión unívoca del punk, hacia los subgéneros que se intuía estaban por abrirse en Monterrey. Esa noche inició en la ciudad la mezcla de “rock, punk, gótico, norteño, pop, free, postmoderno” (el flyer era un collage que incluía una foto de Thor Johnson y Vampyra con una imagen de un grabado de Max Ernst), y como hermanos mayores de los darkies de hoy, El Morbos, El Armando, El Américo y sus amigos, le dieron a las calles de Monterrey esa personalidad entre andrógina y a la vez frontal, un poco obrerista y muy regiomontana que fue el post-gothic-hardcore. Fernando vendiendo los discos extremos, el Chava haciendo los festivales y los fanzines de moneros, el César Valdez trabajando en el proyecto de Mucho Pedro, franqueando el rollo de la sociología, la teoría cultural y el desmadre roquero, Cristóbal López franqueando también los límites al interesarse en los fenómenos del punk, la cumbia

colombiana, el baile callejero, el reggae y el hardcore y hablando de ellos en artículos de análisis social, el punk club El Clan de Zaragoza, las serigrafías de El Genaro y sus hermanos, los puestos de camisetas y discos, el Mexicore y su “documentación de campo”, sus fanzines y su intento por amalgamar los géneros del “subterráneo”, el Edson y su labor de conecte de ideas, revistas, discos, monos, etc. le daban a Monterrey aires de creación reivindicativa y cultura de resistencia.

De hecho hace unos meses asistí un domingo al Café Iguana (que es un lugar esencial en la escena local, no hay que olvidarlo, pero también muy mojígato, muy acomodaticio y muchas veces sin verdadera apertura y curiosidad por las “otras músicas”, que todo antro rock que se precie tiene que tener, volveré sobre ello más adelante) para atestiguar el concierto de despedida de los Cabezas Podridas, y me di cuenta de lo necesario que es revalorar lo que fue este movimiento. Resulta que aquella noche estaban reunidos todos los que alguna vez estuvimos dentro de la jugada del hardcore punk local (aunque todos saben que mi música no es de tal género, mis bandas de ruidismo, lo-fi y free rock me acercaron mucho en aquellos días a esta escena). Nos reconocimos y reímos, hablamos un poco, pero lo más impresionante fue el set que los Cabezas Podridas montaron. Aquel himno local llamado “Vivo en un Fomerrey” me dio la clave, el “hardcore” regiomontano de los años ochenta es el único movimiento local que ha llevado a buen puerto la contraparte de ser considerados la ciudad industrial de México, es decir, que ha asumido de alguna forma su rol “contracultural”, ya que como dice José Juan

Olvera, la “guacharaca” y “la cholombia” son movimientos “sub culturales” no “contra culturales”, hay algo de ingenuidad en su forma de resistencia, hay algo de ensimismamiento, pero en el caso del “Hardcore” hay un sentido de mayor beligerancia, de mayor descontento puesto en ideas y en formas de acción.

Por ejemplo están las canciones de Disolución Social: “La policia te reprime” es un buen ejemplo, los González y su onda irónica a la vez que directa, lograron pequeños y nada sutiles himnos de descontento, porque este tema como el mencionado antes de los Cabezas, se van directo a la forma en que se vive aún veinte años después de que los hicieron, toman forma de discusiones abiertas con hechos que en Monterrey vemos hoy como comunes, es decir, que te pare la policia en la calle y te haga pasar un mal rato (este año hice un experimento, salí borracho a la calle a caminar para ver cuántas veces me paraba la policia, así partí de la colonia Mitras hasta mi casa, me detuvieron tres veces, y sólo por portar credencial de prensa me soltaban), así como el hecho de vivir en los márgenes de “la ciudad del conocimiento”, cosa que en otros fenómenos de “cultura marginal” no se menciona, no se puntualiza. Hoy en Monterrey, los “fenómenos subculturales” están más bien mimetizados con el mundo del mercado de la cultura masiva, no coptados, sino perfectamente moldeados respecto a. Así por ejemplo la cumbia colombiana que se mutó en “balada vallenata” y de lo rasposo y agresivo de la pinta de los “cholombians” en los camiones, con la guacharaca y el acordeón, o el “dubbing chemo” de “las rebajadas” , se pasó a las canciones de amor,

al mercado que impulsan las radiodifusoras “especializadas”. Y no se diga de la música norteña, mutada en “gruperá”, porque más allá de la evidencia del monopolio de los bailes y de los dudosos vínculos económicos y políticos de los promotores, del perfecto matrimonio entre la industria musical y las televisoras que hace posible a ambos lados de la frontera que el fenómeno se expanda a límites inconcebibles, está la cuestión de que por ejemplo el Tex Mex más aguerrido, y más frontal ha dado paso a una especie de sofisticada y dulcificada versión entre la balada ranchera y el pop, así como el “narco-corrido” que en sus videos ¡ parece más una telenovela didáctica que proclama “sólo promovemos un nivel de vida”

Ángel Sánchez Borges. Monterrey, Nuevo León 1971, se graduó en la carrera de Filosofía por la Universidad Autónoma de Nuevo León, estudió sin concluir la carrera de Lic. en Música por la misma Universidad. Desde 1985 compone música y ha trabajado con diversos grupos que van de la experimentación sonora al pop, de la canción romántica a la electrónica, etc. Sus proyectos más reconocidos son Antiguo Automata Mexicano con el que ha grabado tres discos “Microhate” (2005) “Kraut Slut” (2007) y “Chez Nobody” (2009); así como Seekers Who Are Lovers con el que ha grabado el EP “You are the Pride of your street” (2006) .

PIEDRAS EN OFERTA Y DE REGALO

Mario Núñez

Todo pronosticaba que la cita al Estadio Universitario de Nuevo León sería tan triste como ver a los Tigres perder otra final en casa.

Como milagroso golazo de último minuto, miles de boletos regalados en promociones absurdas y cuatro Rolling Stones aún más calientes que durante su pasado concierto en la Ciudad de México terminaron por aplicar un bigger bang de efecto eruptivo a El Volcán, luego de 13 años dormido como escenario de rock internacional.

El impacto de un meteoro brillante sobre la súper pantalla del escenario que escupe lumbre, color y estruendo, dejó atrás dos meses de penosas estrategias para convencer a los regiomontanos de gastar en los boletos más caros que haya tenido hasta hoy un espectáculo rocanrolero en México.

Antes de Mick Jagger desafiando con su lengua, la pulcritud de Charlie Watts y los deliciosos duelos guitarreros entre Keith Richards y Ron Wood, la situación pintaba de negro: apenas dos días antes de la venta de boletos, el pasado 21 de diciembre, una famosa banda irlandesa había vaciado los bolsillos de 46 mil norteños en cuatro horas y 25 minutos.

A las cortas filas en busca de entradas para ver a los Rolling se unieron desde diferencias generacionales, hasta la poca información sobre una banda tan legendaria como olvidada por una radio local prácticamente dedicada a la llamada música grupera.

Después de vender boletos a los no tantos Stones de corazón, Agencia Azteca -novel empresa organizadora y filial de la televisora- se percató que la Banda Eterna no se vende tan fácil como La Academia en un Monterrey con sólo diez conciertos de rock celebrados en estadios durante los últimos 25 años.

Entonces lo negro se pintó más negro. Buscando salvar las ventas, en enero se anunció que se abrían “nuevas localidades” en la Zona Oro por sólo \$4,192 pesos y, el primero de febrero, que la hija de Enrique Guzmán estaría encargada de calentar el ambiente -congelado- antes de los músicos estelares, argumentando que ellos mismos habían tomado esa extraña decisión.

Los 12 días siguientes todo fue invadido por la fiebre irlandesa. Mientras salvadoreños, hondureños, gringos, chihuahuenses, tamaulipecos y capitalinos acompañaban a los locales durante 48 horas de campamento afuera del Estadio Tecnológico, la taquilla Stone permanecía tan so cold como dice su canción.

- 0 -

Apenas partieron los irlandeses pacifistas rumbo a sus conciertos en el Estadio Azteca y, en Monterrey, se desataron promociones, trivias, ofertas y regalos desesperados para convencer al electorado rocanrolero que votar por tipos con 38 giras mun-

diales, casi 44 de experiencia musical y unos 50 discos editados por el mundo, vale la pena.

Mientras la zona metropolitana se cargaba de anuncios espectaculares mostrando la mítica lengua diseñada por John Pasche, en los periódicos se destacaba la presencia de estos viejitos locochones bajo el patrocinio de Lily Icos, empresa dedicada al tratamiento de la disfunción eréctil. Con el tiempo encima, asegurar la entrada al concierto fue cada vez más sencillo: boletos gratis en la compra del plan Amigo de Telcel, del plan Elite de Iusacel, presentando recibos de pagos realizados con tarjeta Banamex. Más boletos gratis llamando a las únicas tres estaciones locales que transmiten música en inglés por FM, respondiendo al noticiero del Canal 12 preguntas como ¿por qué Los Rolling Stones son conocidos como Sus Satánicas Majestades? Boletos a seis meses sin intereses pagando con tarjeta Banorte, al 50% de descuento comprando \$500 pesos en mercancía de Liverpool, a \$800 pesos uno de \$2,200 comprando otro a precio normal, siempre y cuando presente su credencial como suscriptor del periódico El Norte.

“Ojalá y no se entere de esto Mick Jagger”, comentó por la frecuencia 91X el locutor Alfonso Saldaña, quien se negó a obsequiar boletos para “no denigrar a Monterrey frente al espectáculo más grande del mundo”, además de haber organizado una caravana de vehículos que dio la bienvenida y escoltó al grupo del Aeropuerto Internacional de Monterrey hasta su hotelazo en San Pedro Garza García.

Y mientras la radio se pasaba de generosa, doña Rosalía, maestra de primaria y contemporánea de

los Rolling, era informada vía telefónica que gracias a su historial como Cliente Consentido de Liverpool durante dos décadas, había resultado premiada con dos boletos para el área de cancha.

- 0 -

En RG La Deportiva, difusora de AM que fuera pilar del rock en el Monterrey de los ochenta, hasta el conductor de programas de concursos Ernesto Chavana alcanzó boletos para regalar: “Respóndame usted -le dije a un señor de apellidos Linares Reynosa-, ¿cómo se llama la mujer con que se casó Mick Jagger? Inciso a: Sharon Stone, inciso b: Gloria Trevi, inciso c: Jerry Hall”. Silencio para pensar. “¡La tercera, la tercera!”, exclama nervioso Linares mientras el comentarista exige la respuesta completa. Por exceso de boletos o demasiada bondad, Chavana ofrece “una ayudadita” al escucha: “¿La ex de Mick Jagger se llama Jerry y su apellido es?”. Finalmente viene el empujón definitivo: “Sólo nos falta el apellido señor, ¿la conocida discoteca regiomontana -dedicada también al género grupero- se llama El Volcán Music...?”. “¡Hall!”, exclama el participante quien termina elogiado con un sonoro “¡Correcto!, ¿cómo la ve señor?, ¡ya va usted a ver en vivo a Los Rollin Estons!”.

- 0 -

Sesenta minutos antes de la hora marcada en los boletos, el Estadio Universitario luce prácticamente vacío. “Si esto no se llena, jamás volverán a Monterrey los Rolling”, lamenta una mujer desde la llamada Zona de Gol Norte. Una hora des-

pués el ingrediente más importante de cualquier espectáculo aparece por puertas, pasillos y túneles. Los afortunados de último momento ganan boletos para Zona General en templetos donde las botargas del Doctor Simi danzan vestidas para la ocasión: ropa negra brillante y gafas oscuras. Una pareja más presume boletos de \$880 pesos obtenidos en \$300 para mala suerte de un revendedor frustrado.

Luego de la cantante telonera y el público indiferente, el noticiero nocturno del Canal 12 hace un enlace desde Ciudad Universitaria. De último momento Héctor Benavides, arquitecto y periodista, condena la venta de bebidas alcohólicas durante un concierto que jamás superará en consumo a cualquier partido de fútbol. “No vaya a ocurrir una desgracia”, dice el comunicador que alguna vez entrevistó a The Beatles mientras critica el vestuario de Jagger en imágenes de la gira ‘Still Life’ de 1981, ataviado con fundas de fútbol americano y una chamarra mitad bandera estadounidense y mitad inglesa. Finalmente, implora que el cantante no vaya a hacer algo similar con nuestra enseña nacional. Dios bendito, líbranos del mal.

Tras una “falla técnica” que demora el plato fuerte hasta las 22:20 horas, el público más diverso finalmente logra una entrada decente para un estadio mundialista. Fanáticos de las Piedras, turistas extranjeros y nacionales, decenas de funcionarios estatales y municipales trajeados, ganadores de mil promociones, vendedores y hasta funcionarios de TV Azteca Monterrey colados en primera fila, se convirtieron en el quórum y coro suficiente para que los británicos brindaran una noche memorable compuesta por las mismas veinte canciones interpretadas en el

Foro Sol capitalino tres días antes. Seguramente el negocio no fue tal para Agencia Azteca.

- 0 -

En una primera noche de marzo con clima primaveral, es imposible recorrer este gran museo en dos horas. De sus 34 álbumes oficiales, The Rolling Stones descartan 22 y eligen 12 para pasarlos por un colador de donde sólo quedan 20 lengüetazos dedicados a Monterrey, una selección de himnos que jamás será suficiente.

Fuera luces y venga el estruendo. 'Jumping Jack Flash' es un trueno de pólvora y relámpago, el regreso inmediato hacia la generación del 68 encarnado en cuatro jinetes que se muestran como son.

La gigantesca estructura donde ruedan las piedras, ubicada sobre la portería sur del Estadio Universitario, es obra de Mark Fisher -arquitecto de puro súper rockstar- realizada exclusivamente para las seis fechas en América Latina: un abanico de colores naranja, azul, rojo: al centro, la súper pantalla de altísima definición con 20 metros de altura.

Luego de tres visitas y siete conciertos en la Ciudad de México, por fin los Rolling se dignan a pisar la provincia nacional. El mismo estadio donde Queen marcara a Monterrey en 1981, es ahora la sede del conjunto llamado "la banda más importante del planeta". Para estas alturas, los milagros geriátricos -como también les dicen- llevan unos 80 conciertos desde el arranque de su gira A Bigger Bang en Boston, allá por agosto del año pasado. Se enfrentan a un auditorio más luego de sonar en el medio tiempo del Súper Tazón XL, de presentarse

ante un millón y medio de personas en Río de Janeiro y de sortear algunos disturbios en Buenos Aires.

Semanas antes, Richards había declarado que Monterrey ya se ubica dentro del circuito internacional de espectáculos o algo parecido. El octavo concierto de los Stones en tierra mexicana, al igual que toda esta gira, se distingue por una marcada reducción en la parafernalia del espectáculo y una mayor carga en interpretación y soltura. Los muñecos gigantes de hule se quedaron en la bodega de 1995, igual que aquel puente que cruzaba los estadios de punta a punta en 1998. Ahora se trata de interpretar 'It's Only Rock'n Roll [But I Like It]' a base ingredientes crudos y directos, mientras los músicos llenan la pantalla con sus rostros tal como eran en los setentas: Mick Jagger con sus párpados pintados en tonos pastel, Charlie Watts con cabello negro y crecido, Ron Wood y Keith Richards con el cutis de bebé que ostentaban antes de convertirse en hombres con cara de pasa.

La rareza de la noche llega como octava en el orden: 'Midnight Rambler' es un b side de aquel acetato memorable llamado 'Let it bleed' [1969], una de esas piezas que por casualidad del destino y capricho de sus autores fue incluida hasta ahora: el tema menos popular de la noche suena en una versión extendida muy similar a la contenida en el disco en vivo 'Get Yer Ya-ya's Out' [1970], aquel donde aparece en la portada Watts en compañía de un burrito. Jagger sopla la armónica, el piano obliga a mecerse y el rhythm and blues Stone, marca de la casa, traen más de diez minutos donde la música supera todo.

Con El Volcán bramando en respuesta a los alidos del cantante bocón, la guitarra de don Keith

trae 'Gimme Shelter', un verdadero monumento donde Lisa Fischer, la corista de tantos conciertos, hace dueto con Mick y termina acelerando a la concurrencia con sus agudos.

Propios y extraños -es decir, quienes pagaron su boleto y quienes lo obtuvieron gratis- empiezan a entender por qué los Rolling son fenómeno masivo en cualquier capital.

Jagger es un elástico hecho de tendones incansables que cruzan a toda velocidad los 60 metros de escenario. Saluda a la multitud con palabras tan regias como "raza" y "compadre", pide disculpas por casi nueve lustros de "tardianza", presenta a sus músicos invitados y coristas, presenta a Wood, llama a Watts "el rey de la música nortea" y deja a Richards y sus arrugas con la ovación de la noche.

- 0 -

La segunda mitad del concierto es una larga recita final plagada de grandes éxitos, uno tras otro y sin parar.

Si el público no va a los Stones, entonces los Stones van al público: el escenario móvil pone a los músicos en ojos de todos. La maquinaria de la plataforma principal se apaga y al ritmo de 'Miss You' y sus reminiscencias disco el Universitario suelta sus más fuertes ladridos. La plataforma motorizada utiliza como vía un riel central que recorre la cancha de portería a portería, es un barco cargado de sesentones que navega entre miles de regiomontanos. Es cierto, Mick parece una lagartija con ojos azules, Charlie le pega preciso al tambor, Ron parece un tipo buena onda y Keith realmente es una

arruga rocanrolera. Pero, ¿a quién le importa que estos cuatro se hayan portado tal mal? Los rumores dicen que Jagger lo mismo le puso a Madonna que a David Bowie, que Watts es un tipo estable, que Wood se tomaba tres botellas de Jack Daniels diarias y que Richards hasta tuvo que renovar toda su sangre luego de tantos arponazos a la vena. Entonces, ¿dónde está la pócima mágica?, ¿cuál es el antídoto que hace a estos multimillonarios estallar de plenitud en su sexta década?

‘Get Off My Cloud’, creada en 1965, surge como la reliquia más antigua de la noche. Después de mucho navegar, el barco-escenario retorna a su puerto pintado de luces rojas y espíritus del mal: ‘Sympathy for the Devil’ es otra joya arqueológica que transporta hasta aquel trágico concierto de Altmont, California, en 1969. Chorros de lumbre para un ‘Start Me Up’ que provoca entre las gargantas del graderío los mismos decibeles que un gol al ángulo superior derecho. ‘Brown Sugar’ y ‘You Can’t Always Get What You Want’ coronan la noche. The Rolling Stones sólo pueden ser ejemplo de que hacer lo que realmente se desea es sinónimo de gozo: por chorrocientaba ocasión en 44 años dejan salir ‘[I Can’t Get No] Satisfaction’ con el gusto de la primera vez. Estruendo y aplauso. Una lengua enorme saluda desde la pantalla que ya se va a apagar. Tanta pirotecnia como un 16 de septiembre.

Conducidos por este cuarteto de sumos sacerdotes -favor de no olvidar a Bill Wyman desde algún lugar y Brian Jones desde el más allá-, en este miércoles de ceniza ya no sobran los boletos pero sí el consumo de carne entre tantas letras donde los excesos son costumbre, el griterío obligación y la insatisfacción ley.

Mario Nuñez. *Nació en 1967 en Ciudad Victoria, Tamaulipas, pero siempre ha vivido en Monterrey. Tiene licenciatura y maestría en comunicación por la UANL. Ha trabajado como reportero en los periódicos El Porvenir, Milenio, El Norte. Ha publicado artículos y crónicas en las revistas Lengua, La Rocka, Rolling Stone, y en el periódico La Opinión. Actualmente es jefe de prensa de la UANL.*

TRÍPTICO PARA SONÁMBULOS

José de la Paz

I.- Paso del ebrio

Ha caído el sol y yo también: voy tumbado en un asiento del Sierra Ventana. Ya es de noche y no es hora del Ángelus, es tiempo de salir a chupar cuellos de botella. Echo mano de la campanilla y bajo del camión en 16 de Septiembre. Dejo atrás la Indepe Colombia y su rumores vallenatos para cruzar el Puente Zaragoza hacia el Barrio Antiguo. Ahí me gusta mirar abajo, ver los coches aparcados sobre el cauce seco del Río Santa Catarina, las piedras sucias, sentir vértigo sin pena. Me abstraigo: Si el mar fuera estacionamientos o canchas de fútbol, tantas como para asombrar a Maradona, Monterrey sería una postal caribeña, diosa de piel quemada y piernas anchas, y el poema astral de Poncho Kings se cantaría -ioh, sí!- en todos los puertos del mundo. Los tejabanos arderían y en su lugar se construirían bungalows y hoteles de tiempo compartido; los indigentes que se aventuran a bañarse abajo navegarían en yates que anclarían en la marina de Santa Lucía; los perros perdidos y solovinos serían delfines, tiburones o un cardumen de peces lápiz; el puente aparecería en calendarios y afiches, y Jac-

ques Cousteau vendría a descubrirnos. Pero el mar está formado por agua-azul, tanta como si fuera un espejo del cielo, y por el Río Santa Catarina solo corre una lágrima verde. Temo decirlo, pero el Puente Zaragoza luce como una calle cualquiera, a veces con vendedores de periódicos y limosneros en sillas de ruedas. Y esta noche lo cruzo para beber cerveza, unas cartulinas bien elásticas a ver dónde.

II.- La sonrisa de Bob

Natural Mystic está dando su toquín semanal. Es viernes en el Clandestino y todos saben a qué vienen. La casona de la calle Matamoros, como todos los viernes, está más verde y amarilla y roja y negra y fumada de lo acostumbrado.

Él y ella pactan bailar. La rola que tocan es La Mamada. Pero antes comprarán otras chelas. La barra está hasta la madre, todo el lugar es un hervidero de gente. Hacen fila, avanzan rapidito.

Ya están de vuelta, danzando entre la raza, frente al escenario y desfilan los covers emblemáticos: “I shot the sheriff”, “Jamming”, “Buffalo soldier”, “No woman no cry”. Los que llevan rastas corean todas las canciones, el resto se funde en la tonadita: Gue rop, estén dop... estén dop for yur raits... Gue rop, estén dop... Don gui bop di fait...

El pisto y la música nunca dejan de correr. Alrededor emerge el aliento a hierba, la transpiración de los cuerpos, los besos que saben a cerveza. Ella baila pegadito, él se arrima más. No quieren que la noche acabe, hay que seguir bailando, no importa que el sol salga. En los labios de ella hay un mensaje para él: el incendio alumbrará la noche.

Pintado en la pared, Bob Marley sonrío.

III.- Santo patrono

Dijiste, Raymundo, que preferías entrar sin pantalones al cielo, que con ellos al infierno. Que no necesitabas automóvil, que los pobres te llevarían al reino celestial. Caminaste por estas calles de piedra, la gente te veía pasar siempre rodeado de niños y haciendo flotar tu enorme capa negra. Fuiste vecino de este barrio, viviste en la casa de ladrillo rojo de la antigua Ocampo y te ganaste un monumento en el jardín de la Catedral.

Tú no levitabas en misa, como aquel otro, el padre Juan José. Tú siempre fuiste humilde, por eso esperaste hasta tu muerte para ganarte esa fama de santidad. Dicen que haces milagros y favores, que las flores nunca se marchitan en tu tumba del Panteón del Carmen, que ayudaste a una mujer a encontrar a su hija perdida después de doce años, que hiciste que una anciana con artritis volviera a caminar, que lograste que un preso obtuviera su libertad. ¡Tantas cosas!

Esta noche quisiera pedir tu intercesión, San Raymundo Jardón, patrono del Barrio Antiguo, santo de los animales nocturnos y los tránsitos chupasangre, del valet parking y los franeleros, del nos reservamos el derecho de admisión y el no cover. Intercede por mí y ampárame de todo policía dispuesto a infraccionarme por orinar en vía pública y dañar la propiedad privada. Amén.

José de la Paz (Monterrey, 1978) Escritor y periodista. Estudió Letras Españolas en la UANL. Se desempeñó como reportero del periódico El Porvenir y actualmente labora como editor web en El Norte. Fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León, en el género de perio-

dismo cultural, y del programa FinanciarTE, en el área de Literatura. Ha sido ganador del Certamen de Cuento “Sobre Rieles” y del Concurso de Cuento Joven de San Nicolás. Textos suyos han sido publicados en revistas como La línea del cosmonauta, Tropo a la uña y Oficio. Sus narraciones han sido incluidas en libros como La difícil brevedad (Conarte/Casa de la Cultura de NL/Cripil Norreste, 2006) y El ojo de vidrio. Antología de la crónica en Nuevo León (UANL, 2009). Es compilador del libro El rock es puro cuento (UANL/La Rocka, 2007).

LO NUESTRO ES SER UNO MISMO

MONSTRUORREY BY NIGHT

Paz Flores

“¡Métame a la cárcel! porque no traigo ni aliento alcohólico ni dinero para llenar sus trácalas bolsillos” ¿le contestarías así a la antialcohólica? Puede ser, pero lo pensarías porque sabes que te vas derecho al tambor, o bien te toman la foto y, al final, de todas formas resulta que no traías alcohol en la sangre, pero igual ya te fregaron la noche, te bajaron lo de la grúa y de paso te insultaron o te acosaron sexualmente.

Esas cosas pasan, ya ve a mi amiga, a la pobre encima la acaba de dejar el seminovio que traía por una edecán de Marlboro que encontró en la esquina. Antes decían que nada más iban por los cigarros y luego ya no regresaban, pero ahora se van con la edecán de los cigarros, así las cosas en la ciudad del terror.

Y es que esto pasa de una simple crónica urbana, porque mire usted, mi amiga sin una gota de alcohol, sin intentar pegarle al Pedro Infante ahogando sus penas, la detienen y la tratan como si fuera la barajita del borracho de la lotería. Peor aún, la sirena borracha. Cuando lo más cercano a ella es la barajita de la dama, bien la conozco, lo puedo afirmar.

“Mire oficial, míreme a los ojos, huelo bien, no se haga, cómo puede estar afirmando algo que no es”, así contesta la mayoría de las mujeres que tran-

sitan a una hora conveniente. Ahora resulta, que en Monstruorrey hay que regresar a casa a una hora inconveniente, digamos a las 4:30 de la mañana para no ser blanco fácil para la autoridad que es el verdadero peligro de esta ciudad, no los asaltantes, no el narco, los vampiroficiales son el depredador número uno en estas épocas alcoholímetro navideñas y adulteradas.

¿Porqué mejor no cierran los antros del barrio antiguo que venden bebidas adulteradas? Ahora resulta que en la ciudad de la cerveza se han vuelto tan puritanos los nosferatos, que está prohibido tomarse una cerveza en una carne asada, la ciudad de la cerveza y de la doble moral, bonito show.

Primero embriagan, luego megamultan, pero a los que atrapan es a los incautos, a los que no saben sobornar, a las que no toman y se ven presa fácil, a los zombis que además resultan ser los que no se defienden. Ah, porque lo que son los locos urbanos les salen con que “somos hermanos” de la misma banda y de la misma sangre inmortal, mira mi charolita plástica del Gobierno, mi barajita de catrín de la lotería, a mi no me puedes tocar y el vampiroficial nada más: “pásele mi brother, faltaba más”. Hermanos de sangre, claro.

Te detienen. Ves las intenciones en la cara de alcoholímetro freak del vampiroficial siniestro, su mirada desorbitada te acosa desde la ventana de tu coche, “isóplale!”. Demasiada prisa de saber cuánto puedes aflojar, y ay de los honestos, de los que no aflojan porque al tambo de los puros van a dar. Tres tipos de zombies caen, los que tienen mucho que dar, los ebrios obviamente y, oh desgracia, los demasiado puros para esta ciudad.

Si eres futbolista o algo parecido o si se nota que eres pez gordo o demasiado flaco, o esa noche no es tu noche como le pasó a mi amiga, así de simple, eres el candidato perfecto para la foto, para la nota

Sino estásebrionoinporta, lo importante es cooperarte en su trampa en cualquiera de sus categorías. La telaraña ahí está. Las víctimas caen porque caen. La ley es de quien la trabaja en la ciudad del terror ¿Haga algo Alcalde? pregunte y verá.

Las restricciones se convierten en una forma de abuso cuando son excesivas, ciegas e intolerantes. Le dan permiso a la corrupción. Cuando se enfocan sólo al ciudadano y cuándo no hay forma objetiva de evaluar, puesto que no traen alcoholímetro certificado integrado. Sin pruebas se llevan tu auto en una grúa, te someten a su inquisición ambulatoria, aún y cuando su minijuicio quirúrgico te absuelva, ya te castigaron y todo por ser honesto. ¿Por qué pagar la grúa si al final de la prueba te absuelven? Ya luego vienen las pesadillas en versión remix isóplele, sóplele, sóplele! “muy rápida la vida”, sí rápida, muy rápida.

Hasta que no lo vea se dará cuenta de la cacería organizada que han plantado en la ciudad. ¿Dejaremos de ser la presa de esta nueva especie de depredadores nocturnos o seremos los zombis de siempre?

A mis amigos extranjeros les mandaré una postal de la ciudad del terror y les advertiré: turística y amorosamente “Only en Monstruorrey by night” te puede pasar esto tres veces en una misma noche, oh yes, sólo en Transilvania Monterrey están los vampiros tan ávidos de sangre.

No salga, váyase en taxi, llévese un ajo para espantarlos, porque créame no basta con no tomar, están ávidos de sangre y tu la tienes.

Tenemos que detener esta escandalosa cacería. Esta noctámbula vejación masiva. Otra forma salvaje de cautiverio a la que nos somete esta ola creciente de corrupción con la que se caracteriza el actual Gobierno.

Hay que denunciarlo abiertamente, sin temerle al grillete con el que nos tienen cautivos ¿a cuántos les ha pasado? ¿a cuántas de ustedes incluso las han acosado sexualmente con el pretexto? Este año ha sido extenuante. Se consume en su propia llama como el pirómano. Fue como un remix retrofuturista donde los opuestos se besan. La conservación y la depredación, la polarización, el encuentro de los opuestos. No puede existir uno sin otro, se dan un beso con sabor a Prozac para finalizar el año, como si el año necesitara un paliativo, una cura. A veces, pasa tan rápido que no puedes digerirlo todo. Te tragas la vida con todo y cáscara.

Paz Flores (Monterrey, 1969) *Estudié literatura en ITESM y la maestría en la UANL. Estudié antropología en la Universidad Complutense de Madrid y actualmente estoy haciendo mi tesis de doctorado en evolucionismo ambiental en el área de Desarrollo Sustentable. Es una tesis sobre las montañas en NL, es lo que hago ahora. Que he hecho cosa varia: profesora de cátedra en distintas universidades, he publicado libros de ensayo, editado revistas, conducido programas de radio, ejercido periodismo editorial, activismo ambiental. Ya renuncié a algunas de esos pasatiempos. Montañista, ambientalista, periodista por accidente, escritora y equilibrista (de circo) Formé Vigilantes de la Montaña en el 2002. Hoy se transformó en V. La Montaña. Ahí la llevo pues, en fn.*

ADOLESCENCIA, POST MORTEM

Alejandro Salas

Bailaba el regatón como profesional. No era propiamente un Don Juan, pero desde que cumplió los 13 años era raro que no tuviera aminovia o novia declarada, del barrio, de la secu o de algún sector donde viven sus tíos.

De repente se pasaba un par de meses sin amores, pero como él mismo decía, se daba un descanso.

Y no es que Michel tuviera vena artística, pero así como bailaba, cantaba bien entonado. Lo mismo rock que colombianas y rancheras. Realmente versátil.

A los tíos les gustaba en especial la forma en que cantaba las de Joan Sebastian y las de El Duelo.

Las fiestas de la familia, en casi todos los meses del año, (cuando no cumplía años una tía era un primo, la llegada de un familiar o por el triunfo o derrota de los Tigres y de Rayados) cualquier acontecimiento era motivo de carne asada, discada o casuelas, cervezas y karaoke de por medio.

Quién sabe desde cuando Michel empezó a cambiar.

Tuvo que haber sido después de diciembre pasado.

De hecho en aquella fiesta no se reventó como de costumbre y tampoco habló de su novia en turno. Al contrario, se le vio poco.

A partir de febrero pasado Michel, de 16 años, empezó a ocultarse.

En la preparatoria fue dado de baja por materias reprobadas. Ahí empezó la debacle.

No quiso enfrentarse a sus padres, y se guardó la, para él fatal noticia.

Muy pocos se dieron cuenta de los mensajes depresivos de Michel. Se dejó crecer el pelo, se vestía sólo con colores oscuros, empezó a dormir a deshoras, dejó de ser noviero, pero sobre todo ya no estudiaba, aunque lo aparentaba.

Cosa rara. Las fiestas seguían celebrándose en la familia; Michel bailaba y cantaba poco, y el consenso familiar se limitaba a que estaba en la adolescencia.

Cuando lo vieron llorar, casi por la nada, también lo endosaron a “la edad difícil” y sus depresiones las percibieron como cosas de jóvenes.

Michel se quedó solo con sus problemas, se agobió, y una mañana de octubre atentó contra su vida y lo consiguió.

Ahora no está, pero a todos les dejó un sinnúmero de mensajes.

Michel es uno de los 14 jóvenes de entre 9 y 16 años que se han suicidado en Monterrey en este 2008.

Todos, los 55 casos de jóvenes que han optado por la puerta falsa en los últimos 4 años, nos están diciendo no sólo lo que ellos hicieron mal, sino lo que dejamos de hacer los adultos.

La última y nos... El Clímax (así le dicen), El Diego, El Jhonny, Betty, Nichy, Emiliano, Jorgito y

Carlos, son unos huercos, mucho mucho muy queridos. Y lo chido, como la mayoría de los sub 17, tienen un montón de cosas pendientes, no le hace que a veces se tarden un poco más.

Alejandro Salas González, reportero. Nació en Monterrey, Nuevo León en 1963. Egresado de Ciencias de la Comunicación de la UANL de la especialidad de periodismo. Hace 27 años inició como reportero policiaco en el periódico *Extra de Multimedios*, y a partir de ahí ha seguido su carrera en ese campo: en el *Mexicano de Baja California*; el *Mañana*, de Nuevo Laredo y en el de *Matamoros* y posteriormente en *El Norte del grupo Reforma* y en el *Universal*. A partir de 2006 regresa de nuevo en *Multimedios*, a *Milenio Tampico*, como director, y a *Milenio Monterrey*, como coordinador de redacción. Ha cubierto desde movimientos subversivos como la *Guerrilla de Chiapas*, pasando por motines, explosiones, huracanes, etc, pero sobre todo, nota roja, nota policiaca.

VIDA NOCTURNA

Irma Salinas Rocha

Monterrey, usted quizá lo haya notado, no es precisamente una ciudad que se distinga por su vida nocturna. Las tres o cuatro boites de noche con showcitos de medio pelo y el puñado de discoteques no justifican el potencial económico de la ciudad, que podría sostener un intenso ritmo de diversiones de esta clase. ¿Por qué? La respuesta es fácil: los happy few de Monterrey no son ni más ni menos recatados que los de otras ciudades cosmopolitas semejantes. La diferencia es que los regiomontanos se sueltan el pelo, pero en privado o fuera de su ciudad. Usted no podría ser la excepción, a riesgo de darse una quemada de tercer grado. Afortunadamente sus millones le permiten trasladarse a las grandes capitales del reventón o pagarse placeres clandestinos en su ciudad, viene disfrazándose de Fantomas para hacerla de peeping Tom por las noches tratando de sorprender mujeres desnudas o por desnudarse a través de alguna descuidada ventana (con la seguridad de que cualquier inoportuna interrupción será neutralizada a base de pesos), bien pagándose encerronas ferozmente custodiadas por sus guardaespaldas, en las que usted sea tratado como sultán por un esco-

gido harén de bellas oficinistas y universitarias que mejoran sus ingresos trabajando horas extras. Si su atrevimiento se lo permite usted puede hacer del consabido espectáculo una sesión placentera para sus amigos voyeristas, que podrían gozarlo desde el otro lado de los espejos de dos caras ya muy conocidos en el pornomundo. Pero si usted es más sensato optará por alejarse lo más posible de la curiosidad local para refocilarse a sus anchas en todos los lugares internacionales que se especializan en ofrecer los placeres más paradisíacos y sofisticados que pueda imaginarse.

El que viaja, conoce; el que conoce, desea; el que desea, busca. Con dinero: el que busca, encuentra. Usted puede encontrar todas las sensaciones placenteras que el comercio underground ha multiplicado y refinado en ciertos sitios.

Empecemos por el erotismo visual, que es el erotismo de nuestro tiempo. El strip-tease que surgió como audacia máxima en los centros nocturnos de París, Londres y Nueva York, como usted sabe, ha tenido que pulirse con elementos coreográficos y escenográficos para seguir teniendo éxito. Después de Hair y Oh Calcuta!, los espectáculos musicales que produjo la ola desinhibidora de hippies y rock durante los setenta, a los y las strip-teasers no les quedó más que aprender a bailar danza moderna. El strip-tease se convirtió entonces en un espectáculo apto, casi, para toda la familia. Claro, para toda la familia de otras latitudes. En Monterrey usted, pero sobre todo su esposa, han desaprobado, y si no ha sido así deben hacerlo en la primera ocasión, todo espectáculo que atente contra la decencia y las buenas costumbres. Seguro que su esposa, con la anuencia de

usted, capitaneó uno de los comités de damas que fustigaron la presentación de unas negras lascivas que pretendían mostrarse en Monterrey con el busto (la palabra senos es impropia) al aire en una función dizque de ballet lleno de convulsiones; fue también ella una de las más destacadas representantes de la ira de Dios que cayó sobre quienes quisieron – y al fin lo lograron, desafortunadamente- ver la estatua de un hombre desnudo en plena Fuentes del Valle. Todavía considera que hubiera sido un triunfo del recato, necesario para educar a la comunidad en las santas enseñanzas, haberle puesto una hoja de parra al David que hoy erige con toda indecencia sobre nuestra avenida San Pedro. Un triunfo semejante hubiera sido que a la réplica de la Diana, donada a Monterrey por el Centro por quién sabe qué oscuras razones, le hubiese sido puesto un taparrabo como el que mandó poner al modelo original la entonces primera dama de la nación, doña Soledad Orozco de Ávila Camacho.

Pero volvamos a los placeres individuales, que esto ya es harina de otro costal. Por razones de su alta jerarquía usted debe conocerlo todo, pues ha ido intuyendo que en la esfera de los business hasta los temas más remotos o diabólicos un día se truecan en oportunidades. Maneje pues, al centavo todo lo que se refiere a nudismo. Además de los strip-tease, debe conocer los shows de moda que en la Broadway Street de San Francisco, la Bourbon Street de Nueva Orleans o Time Square de Nueva York se hallan de puerta en puerta. Se han vuelto rutinarias todas sus variantes: hombre con mujer, hombre con hombre, mujer con mujer, hombres con mujeres y mujeres con hombres e incluso, de

vez en cuando, algún hombre o mujer con su mascota preferida. Es posible, por razones de edad, que usted se haya perdido algunos de los shows internacionales conocidos por su espectacularidad que existían en la grandiosa Cuba de Batista. Este importante centro de prostibulario fue arruinado para siempre por los barbones comunistas de Fidel, quitándole así todo su sabor guapachoso y festivo a la bella isla. Tendrá que buscar, en este caso, para no quedarse con esa laguna, centros similares en otras partes del mundo: Tánger, Las Filipinas, Corea del Sur, Puerto Rico.

Sólo en Monterrey puede ocurrir que una sala de arte como se hace llamar al cine Buñuel, se dedique a pasar exclusivamente películas pornográficas. Pero nadie puede dudar de su éxito taquillero. Las colas para entrar a la función de media noche son más largas que las que hay en los países socialistas para comprar tras litros de leche. Pero usted que jamás ha hecho colas en su vida, ni siquiera para comulgar, no pensaría ni por asomo en asistir a una de estas funciones. En ciertos pubs de categoría a los que usted ha ido en Estocolmo, Oslo y Copenhague ha visto la mejor selección de pornofilms; pero además los mejores de ellos forman parte de su filмотeca particular. En su pantalla gigante usted se los pasa a sus amigos más íntimos. La privacidad, tanto fuera del país como en éste, y principalmente en su ciudad, debe usted preservarla sobre cualquier cosa. Más en cuestiones tan delicadas como son las de la moral.

Irma Salinas Rocha, 1921- Monterrey, Nuevo León. Ensayista, novelista y periodista. Junto a Abraham Alfa-

ro, fundó la Iglesia Bautista Unida, en Monterrey. Autora de varios libros, entre ellos: Tal cual; vida, amores, cadenas; Nuestro Grupo; Los meros, meros de Monterrey; Manual de conducta para multimillonarios, Mi padre.

LA PANTALLA

Guillermo Berrones

Qué puede hacer un hombre en viernes con el esqueleto a punto del resquebrajamiento y el cansancio convertido en atonía muscular, con una cita cancelada en la casa de su mejor amigo donde cenaría: “atropellado” con frijoles refritos, una ensalada de chicharos en cama de lechuga bañada de vinagre y aceite de oliva, después de botanear garbanzos y cacahuates enchilados entre tragos de tequila reposado y cervezas conmemorativas embotelladas.

Despojado del lazo asfixiante de la corbata, el aire fluye indulgente oxigenando los pulmones que han ahogado rencores, impotencias, ganas de gritar y llorar o despotricar contra la computadora y el estúpido rostro del jefe durante cinco días seguidos de ocho a ocho, sin tregua. Aires de libertad y una luna plateada y redonda se adueñan de la noche, del weekend y de la ofensa. Dos cervezas calmarían la angustia y después podría regresar a casa, al orden establecido, de la moral y la decencia, de la responsabilidad familiar.

El desconsuelo y la frustración en un cuerpo cansado podría ser causal de suicidio, pero el hombre es razonable y de buen juicio. El agravio del amigo que pospuso la cena para el siguiente día, bien me-

recía una venganza, un paliativo que redimiera la programación calendarizada en su cerebro. Opciones, se dijo buscando al interlocutor en su interior, mientras conducía su vehículo sin sentido y rumbo alguno. Unas cervezas, sí, pero dónde y con quién. La compañía será siempre un requisito indispensable, un testimonio de fe que certifique lo que ocurra esa noche, alguien que crea lo que se contará el lunes en las primeras horas de la oficina. Puede que no suceda nada, puede que la compañía estorbe y tal vez la soledad se imponga hasta el tedio en la persona que se siente al lado, pero en este punto es una necesidad.

Y al momento pensó el hombre en que la noche pudiera ser una parranda didáctica, ilustrativa o decentemente turística en la que se convirtiera en guía referencial para el aprendiz o neófito de la fantasía nocturna. Lázaro es un matador del tedio, capaz de morirse en la raya y resucitar con el simple mandato de levántate y anda. Pero nunca trae dinero y a mitad de quincena esas compañías hunden el magnetismo de las tarjetas crediticias quedando embarcado el pagador. Una mujer. Sí, sería ideal invitar a Ifigenia, la cruel de Reyes, la consorte atrevida capaz de entenderlo y acompañarlo en esa solidaridad afectiva de los amigos para disfrutar de las cosas más extrañas siempre que impliquen exploración y novedad, penetración de los terrenos prohibidos o vedados que retan a la sensualidad femenina.

Desistió de las alternativas y buscó en la cartografía de su memoria la ubicación más próxima, a su ruta de manejo, de los bares, cantinas, prostíbulos y antros a su alcance. Definió la búsqueda en

lugares no visitados, nada de cliente frecuente, lo no inscrito en la nómina de la cotidianeidad, esa noche deseaba conocer un mundo raro y recordó a José Alfredo repitiéndose en la sonoridad de las sinfonías modernas del Ranas, el Manhattan o el Jefes, que por diez pesos traen a escena el martirologio del macho que sufre y llora, que maldice su destino y que sin empacho manda al diablo, porque es muy hombre, a los amores más perros aunque duela en el alma y cueste un huevo reponer la que se fue. Esas cantinas estaban ya muy vistas y empezó a rondar cauteloso las opciones que las autoridades municipales han permitido instalar en cada esquina del centro de la ciudad, abandonada por el decoro de las familias de antaño que se fueron muriendo o huyeron del bullicio y de la falsa sociedad (otra vez José Alfredo).

En las coordenadas de su buscador se vio estacionándose a media cuadra de las cenadurías más folclóricas y tradicionales de Monterrey, La Rosa Náutica y La Juárez, fuente principal de triglicéridos y colesterol en las garnachas, sopes, enchiladas y flautas que nutre a las panzas más representativas de los regiomontanos. Caminó por Aramberri y su primer intento fue en La Gaviota. Demasiado temprano, el bodegón estaba vacío, dos o tres albañiles babeaban a sus interlocutores discutiendo las culpas de las fallas cometidas durante el día en la construcción. El bar Montejo no fue tampoco mejor opción, había más gente, todos borrachos avanzados, algunos tirados bajo las mesas, bocarriba, como hipnotizados por los chicles multicolores que se quedan petrificados como testimonio del *homus urbanus*.

El paraíso estaba enfrente, junto al Súper 7 o Seven Eleven que nos trajo el TLC y la globalización para exterminar de un solo golpe (José Alfredo de nuevo) los tendajos y estanquillos de los dones y las doñas del barrio. Una postal irreplicable lo aguardaba al pasar el umbral de lo que debía haber sido una puerta, pero que la arquitectura antral (léase antro) convirtió en un pasaje sinuoso, una “S”, como la entrada a un dédalo mitológico donde las ninfas esperan (Ninfas y Azucenas y Marthas y Juanas que se han cambiado el nombre para hacerlo más volátil y seductor) y los zánganos liban. La Pantalla es un bar donde la diversidad cultural se cumple y se respeta. Al fondo, con la intensidad luminosa al alcance de los jugadores, la mesa de billar es un destello de prudencia dogmática, el apartheid segregacionista de los plenos, los que ya llenaron de las mundanades de la vida, los satisfechos que han constituido el tercer mundo de la bohemia, los jubilados jubilosos que les basta completar el tiempo que les queda.

A la derecha está la barra con los egoístas que le dan la espalda al placer y al regocijo, los sufrientes bebedores de la nostalgia y el tedio. Empinan el codo y abultan la joroba llena de rencor y de odio, de soledad empedernida, quasimodos del abandono sin suerte y ya casi también sin fe. Ellos no cuentan. Estatuas de sal que sin ver el pecado enmudecieron y solo los mueve la culpa de la infamia que invade a los trashumantes sin destino definido. A la izquierda un grupo toca música vallenata y cumbia colombiana, rítmica, que enciende las pasiones en las caderas y en pasos vertiginosos que van de un lado al otro de la pista. Las parejas conocen bien la

cuadratura musical y no hay errores en cada paso, en cada movimiento de manos, en cada quiebre, la armonía es precisa y el cansancio nulo.

No hace falta describir las faldas cortas y los vientres abultados marcados por las cirugías cesáreas de las bailarinas que esperan a su mejor cliente para bailar y hacerle compañía; las zapatillas de Impuls o de Andrea con los que se sienten Paulinas Rubio o las Monserrat Oliver de la pista; soñadas meretrices con celulitis y vénulas azulosas en las corvas riendo a carcajadas entre chistes y perfumes baratos enmarcando la pista.

Junto a la puerta un hombre de unos sesenta años, muy moreno y con barba de candado totalmente encanecida, luce unas botas industriales y unas tobilleras largas de algodón blanco, trae pantalones cortos que resaltan por la blancura de sus fibras, camiseta de tirantes, también blanca, y encima, abierta, una camisa hawaiana de colores vivos en naranja y amarillo. Crucifijo al pecho. Bebe un par de tragos, coloca la botella en el banquillo y baila solo, sin retirarse de la puerta. Su estatura corta lo hace verse infantil, una especie de mono vestido que presume sin compañía de mujer alguna su destreza para el baile. Tres giros, unos pasitos hacia adelante, levanta a medio chamorro sus botines y hace bambolear sus nalgas de simio. Trae pulseras baratas de artesanía con falsa pedrería. Un padrote en retiro, resistiéndose a ocupar su lugar en la mesa de billar.

Y el resto del salón es eso, un espacio áulico, doctrinario, didáctico y enfáticamente pedagógico. Ya quisiera educación de adultos tener esa clientela atenta, respetuosa y diligente que en cada mesa,

de uno en uno, con una cerveza fría y sudorosa, mantiene la atención en el pizarrón, o mejor dicho, en la enorme pared del fondo, cerca de la mesa de billar, donde se proyecta en dimensiones por demás exageradas, los cuerpos desnudos de parejas fornicarias. No hay audio, o lo acalla la música viva de los vallenatos que redoblan los timbales y hacen llorar el acordeón de botones. Treinta mesas, treinta alumnos de La Pantalla ilustrándose en posiciones infinitas bajo el auspicio de la pornografía. Falaces felaciones y felones cunnilingus en la desproporción de los sexos exhibidos en La Pantalla. Dos cervezas bastaron para vencer la desolación de aquel hombre abandonado al viernes libertino. Por la misma puerta salió sin ansia, sosegado de haber conocido una más de las ofertas de la noche que esta ciudad ofrece.

Guillermo Berrones. *Nació en Monterrey, N.L., 1958. Cronista, narrador y maestro. Autor de: El subteniente de Linares: final de un ciclo (1999), Peras del olmo (2003), El corrido norteño en Nuevo León (2006), El viejo Paulino: poética popular de Julián Garza (2006), entre otros.*

¿SIRVEN DE ALGO LAS LETRAS?

DE CÓMO SE HIZO EL ENCUENTRO “SOCIEDAD ESCRITORES SU VERSIÓN”

Gerardo López Moya

Frías las últimas noches de noviembre. Qué importa: corría igual cerveza helada de la barra a las mesas y los conocidos ahí se desvelaban, burlas en toma y daca, se exageran insultos a los ausentes, chispean los ánimos. El Casablanca es una cantina linda por fuera, decente y fea por dentro, además de barata.

Antes en el Reforma, luego la Pirámide, los escritores y otras personas más normales coincidían en el Casablanca, atendido por su propietario don Javier, que nos presumía fotos de cuando era guardaespaldas de Gustavo Díaz Ordaz. Llegar, saludar, reunirse, moverse, volver a saludar y pasar de la prudencia discreta a la euforia confesional, las pizcas de soberbia son el ingrediente más terapéutico y por lo mismo saludable.

Macedonio González como escritor se formó en Nueva York, Texas y el DF, alumno de teatro de Seki Sano y condiscípulo de Jodorowsky; famoso Mace por su calva, barriga y palabra aguda, lacerante, esa noche se lamenta a gritos de la calidad de uno de los montajes de la Muestra Nacional de Teatro “¡gastan mis impuestos trayendo mediocridades!”; fue que lo retara a leer en público su querrela, que

invitáramos a Romualdo Gallegos, ladino narrador urbano ahí presente, mucho menos arrebatado que Mace, que a la postre resultó el Encuentro “Sociedad, Escritores, Su Versión”.

Creció la idea en ese rato y esa misma cheve. Como apuesta, como para demostrar que sí podíamos hablar uno a la vez, como para trascender del dicho al hecho. En los siguientes lunes se unieron al primer trío en orden de aparición Roberto Montemayor, maestro de literatura del Inba, Paz Flores, editorialista de El Norte, que entonces recién presentara sus ensayos *La Cultura Light* y José Francisco García Luis, director de la entonces revista *Grafógrafos* y Rogelio Ojeda, fotógrafo. Se regó el entusiasmo por lograr un foro independiente. Se trataba de invitar a todos a leer “de la sociedad”, “de discutir si hay compromiso del escritor por su ciudad”, y “si ese compromiso debería ser con algo o con todo o con nada”.

II

No era la intención organizar eventos para luego yo mismo reseñarlos. Aquel sucedido y su glosa son excentricidades que prefiero registrar a la modestia o resignación al olvido. Las dificultades eran obvias: trascender a una lecturita rabona de ellos para ellos mismos. No quedaba más que ver con respeto los dos encuentros nacionales de narradores que lograra José Eugenio Sánchez a principios de los noventa, los maratones de Arnulfo Vigil cada vez que cumplía años su revista *Oficio* y por supuesto los flamantes Encuentro Internacionales de Escritores, el primero a iniciativa de los “mancusprios” que comanda Héc-

tor Alvarado con el apoyo de Conarte y que a la postre se volvería emblemático del calendario oficial.

Sí, porque más que criticar las puestas en escena visitantes a la Munate, animaba corear clarito y de bulto que entre los locales había (tal vez) ganas de enamorar a la ciudad y sus lectores, al contrario de los Encuentros internacionales, donde se les pagaba hoteles de cinco estrellas a plumas famosas para que hablen entre ellos sin el mínimo interés por los que pagan sus gastos, o sea nosotros, todos, los no célebres extranjeros. Se delegaron tareas y se ordenó diplomacia a raudales.

Una casi desairada rueda de prensa, invitaciones por teléfono a los más que pudimos, un tema atractivo, dos sesiones nocturnas en el límite de las vacaciones decembrinas, una sede cómoda y familiar, un “comité organizador” que movía más a la curiosidad que a lo confiable: si bien sale, bien; si no, se perdería poco.

III

Sala Experimental del Teatro de la Ciudad. Siete con treinta, primer lunes de febrero. Afinando a matabalho una lista aceptable de exponentes, angustia por lograr una audiencia suficiente. Roberto Montemayor, Pite para los cuates, se ofreció de moderador. Ya di la bienvenida y saludé la presencia de María Zebadúa, investigadora social y alta funcionaria de Conarte que aceptó gustosa acompañarnos en la primera de las tres sesiones, por sorpresa, ni dijo “unas palabras” y sí se quedó hasta el final.

Moderador despójase de timidez pero no de nervios y abre fuego: Contra el Municipio y el cie-

rre tan temprano de cantinas y depósitos de cerveza, tronó contra escritores y poetas que presumen de muchos premios pero dicen poco o nada de los mortales que viven donde mismo: no perdió oportunidad de señalar que el Encuentro lo organizaban un grupo de borrachos –lo cual era inexacto, los demás no pretendíamos llamarnos así– quería Pite ser simpático e informal (le pedimos relevar el cargo pues la humildad no era su fuerte).

Macedonio González la víspera amenazó no leer “porque era organizador”. A la hora buena ya con una treintena de escuchas criticó a diestra y siniestra: a Monterrey por no ser París, al gobierno por ignorante y poco sensible, a las mafias literarias por no incluirlo (“mentira, hombre, en todas partes lo publican”, murmuró alguien), que todo era terrible, aderezando con palabras tan floridas como divertidas, “culo”, “verga” y “nalgas”, eso sí, bien dosificadas que hasta poético resultó su manifiesto contra el mundo. Cumplió todas las expectativas catárticas.

Gerardo García de la Garza intentó hacer una parodia de los programas de concurso gringos. El poeta joven defendió la indefensión del poeta ante el muy bribón sistema. Se tardó mucho. Gerson Gómez se ciñó sí a los cinco minutos disponibles y por demás elegante llamó a la ciudad “una puta” a la que hay que conquistar, sólo así no desdeñara a quien pretenda nombrarla.

La cosa se estaba poniendo buena. Algo indefinible hacía sonreír a los que confiamos en un título tan en apariencia sobrado. Efectivamente nada, sólo quejas, lamentaciones, inconcientes al descubierto. Y también (esa era la ilusión del grupo muchas noches antes) una fiesta de la palabra escrita,

leída y escuchada. Celebridad en oferta, reflexión, adrenalina y aplauso.

Armando Alanís, famoso desde que pinta bardas por toda la ciudad (primero de blanco, luego con mayúsculas negras mensajes a veces más poéticos a veces no tanto) se defendió pa´ pronto de sus muchos posibles detractores y otra vez auto-entrevistándose, que él era así y qué.

Triada de jóvenes poetas: Marcelo Leija habló de Rosseau, Eduardo Marco Tulio aprovechó para leer sus primeras creaciones (Macedonio le gritó que lo invitaba de padrino de primera comunión) y Arcadio Leos, que sabía bien de que se trataba pues era asiduo al Casablanca, fue al grano, por una literatura más de cara al lector regiomontano.

La porción filosófica de la noche le tocó al héroe de mil Congresos –organizador de la mitad- Xavier Araiza, quien se dijo sorprendido y celebró una iniciativa para discutir el tema del compromiso social (su favorito) y los buenos augurios de que fueran jóvenes –al menos más que él mismo- quienes convocaran al diálogo. Haciendo gala de su elocuencia y regalando brevedad hizo votos para alimentar puentes entre generaciones aparentemente escindidas.

Raúl Rubio, incansable defensor del destino del original del Acta de Fundación de Monterrey y otras causas igual de difíciles, dijo que le conmovía hasta las lágrimas que se realizara un evento de este tipo, para luego exponer su caso: por haber denunciado en el periódico La Jornada la desaparición de un fondo millonario de retiro para maestros de la UANL, ahora lo amenazaba el Consejo Universitario con correrlo de Psicología, donde daba clases. Comprendimos su estado emocional y aún así ama-

blemente cedió el micrófono cuando le señalaron que se estaba “colgando”.

José Francisco García, editor de Grafógrafos, se limitó a advertir “la urgencia” de cambiar rumbos, y recordó un chiste malo y lépero de Beavis & Butthead, tan malo que no vale la pena recordarlo. Cerró la noche el cantautor Jaime Arreola con un rap a capela que rimaba crisis económica y deseo sexual, arrancó bravos y aplausos.

IV

Las crónicas están entre el cuento y la historia. Ahora que releo estas líneas recuerdo las Jornadas por los 100 años de Bretón en el Museo de Historia Mexicana (Araiza y Belmonte), un festival de teatro independiente en el barrio antiguo (Gerardo Valdez), uno de arte emergente en los patios del CEU Loma larga (Marco Granados), larguísimos lunes literarios en la Tumba, Los Postigos, el Nuevo Brasil y el Sr. Camarón (José Eugenio Sánchez, Héctor Alvarado, Toño García y Gerson Gómez, respectivamente los organizadores); esfuerzos todos con el genuino afán de mover conciencias y animar los espíritus. Eran tiempos de no becas, algo así como los tigres de Miloc, con la pasión y las ganas de divertirse por delante.

Vuelvo. Si la primera sesión comprobó que no fue mala idea enfrentar un tema tan sobado a lo largo de la historia, que la convocatoria había funcionado, la segunda ronda “amarró” en ideas y calidad de público. Un pequeño milagro.

Se demoró Julio César Méndez recordando su “Chile acostado”, hoja literario-humorística que duró acaso un año y donde revolvía asuntos polí-

ticos con firmas familiares. Juan Manuel Carreño ofreció un instructivo para ganar becas y premios en Conarte: enojarse con algún funcionario y luego hacer un plantón en sus oficinas (él sin embargo todavía no consigue ninguna).

Paz Flores se tomó el tema en serio: antes de pensar en compromiso, el escritor debe definir Libre Albedrío. El compromiso sería sólo con la creación, pero por desgracia no existen los medios para una “democracia literaria”: Muchos optan por jugar al “Rey Leonardo y su paje Florín”, las “plumas institucionales” se olvidan del lector común. Del “Mausoleo de los exquisitos” brotan “figuras de yadró”, desde “su torre de marfil” el escritor escribe para escritores, pierde brújula...

Angel Sánchez Borges hablaría de la manipulación televisiva en el fútbol y la maquinaria roquera con doblez: en la música provocan al baile y la libertad, en los conciertos al silencio y la represión.

María Belmonte entusiasta poeta y periodista que apoyó desde el inicio el Encuentro, en su turno se situó en la corriente de Marguerite Durás, por la libertad de la pluma y siempre en la orilla del cuestionamiento, la duda y a favor de la verdad, con una sana –e inevitable- distancia del Poder.

Margarito Cuéllar también dio lustre con su palabra a la noche. Nombró a Monterrey como se merece: inconsistente ciudad, árida, hipócrita, bendita, nocturna, persignada pero encantadora, embrujante.

Romualdo Gallegos dibujó un perro gruñendo, con las palabras “Sociedad”, “Escritores”, “Su Versión” en las orillas (nos tardamos varias horas para decidir no ponerle entre paréntesis la “b” a “su versión”), imprimió afiches y mandó hacer una manta

-“para darle un poco de formalidad, verdad?”-: él también pero con su estilo cáustico a veces, tierno otras, advirtió de los peligros de acercarse demasiado con los que compran almas y plumas. Luis Javier Alvarado no batalló, leyó un poema a la ciudad muy sentido, muy épico, muy... muy Luis Javier..

A esas horas por un momento el éxito nos marea. ¿No pagarán por organizar Encuentros? No, tal vez sólo sale la primera vez. ¿cuál era la intención? ninguna en especial, inventar por un rato una tribuna de expresión a disolverse como las grabaciones de misión imposible... las optimistas predicciones de Araiza –por desfortuna- estaban lejos de cumplirse. De hablar se trata y no de asociarse, porque ¿con qué objetivo? Ya eran tiempos de imanes, de sana distancia, privilegiando al individuo, no de comunas ni de chicle azucarado.

Entonces aquello era un éxito: como un parto doloroso, a ver si no sale deforme el niño.

V

Entusiasmos al límite y lista de lectores que desborda los tiempos pactados. Fuimos inmisericordes con los cinco minutos por individuo parlante. Convocamos para una tercera sesión a la misma hora del viernes ¿irían? Fueron.

Leyó Arnulfo Vigil una humorística o surrealista visión de la realidad que no creo fuera su intención comprendiéramos, al menos no con el hemisferio derecho de los presentes. Lourdes Bello y Elizabeth Hernández coincidieron en la impronta de “terminar con las envidias”, “vernors como hermanos y respetar el trabajo de todos”. Dijeron ambas que habría que apoyarnos para seguir adelante y “com-

petir con lo que se escribe en otras ciudades para poner el nombre de Monterrey muy en alto”.

Toño García y Clemente Múñiz pusieron el toque dramático (críptico) a la noche. El poeta Pancho Villarreal (en su verdadera personalidad, no como Narcedalia Treviño, su pseudónimo desde el Diario de Monterrey, donde comentaba el acontecer culturoso) mandó una carta donde se quejó de la falta de ideología del evento, nos llamó infértiles o estériles, sin iniciativa ni ganas de llegar a algo concreto, como todos.

Ya en el forito de opinión abierto para insultos y elogios, más con el ánimo de cerrar decentemente la larga jornada de lamentaciones, quejas y lágrimas, Rogelio Flores de la Luz secundó la amargura en ausencia de Pancho, y a los convocantes nos acusó también de tibios, sin ideología ni estrategia política. Yo insistí que no queríamos fundar un partido político sino hacer un diagnóstico de lo que preocupa a los escritores, comparar visiones y ya. Escucharnos y ya.

Aunque cansados alguien propuso organizar un encuentro más grande, talleres independientes y cursos, seminarios. Una buena: repetir lo ahí descrito en el foro próximo de escritores al que convocaba Conarte. Alguno, ya por no dejar, sugirió celebrar en el Casablanca, pero con tanta atribulación existencial cortésmente fue rechazado provisionalmente.

VI (pilón)

Por supuesto que yo también leí, aunque por consenso, confieso que no fue la mía, una de las más brillantes ni populares intervenciones. Mi pro-

puesta personal fue mutando conforme oía a tanto generoso cómplice:

La palabra, la creación, la poesía, es perseguida por el escritor héroe. Sólo cuando éste la alcanza –acaso mágicamente- toca la atención del lector, de la sociedad. Sea por la poesía, sea el tema erótico o de contemplación de la naturaleza, si es bello, habrá cumplido su compromiso y destino: ser leído. Y si es leído algo les dice a los demás de si mismos.

Si hay tanta literatura aquí y allá que no interesa, inútiles intentos que sirven para ensalzar a los que sí lo logran, será porque la milagrosa electricidad de la belleza –que traspasa el aire, rompe el cráneo y por la columna cae a la mano del escritor y desemboca en pluma o tecla no suele darse en macetas.

El texto fue escrito durante la promoción 98-99 del Centro de Escritores de Nuevo León y se refiere al Encuentro celebrado en febrero del mismo 1998 en el Teatro de la Ciudad. Fue parcialmente corregido en Mayo del 2009.

GLM nació en Monterrey en 1966. Periodista por la UANL fue reportero de *El Porvenir*, *El Norte* y *Milenio Diario de Monterrey*. Editor y jefe de información de la sección cultural de *El Porvenir* y del noticiero *Imaginate* de canal 28. Becario del centro de escritores de NL 97-98. Conduce y produce desde 1995 el programa *Taller Abierto* primero en TVNL y los últimos dos años en *Multimedios TV*. Dirige una revista impresa del mismo nombre. Ha colaborado en *El Financiero*, *Coloquio*, *Oficio*, *Posdata*, *Lengua*, *La Rocka*.

LOS BRODERS COLOMBIANOS

Joaquín Hurtado

Para Samuel y el Colín

EL LLAMADO DE LA CUMBIA

Aquella luna trepadita no parece un medallón de oro. Tampoco la redonda ventana de la casa de Dios. La luna a veces es el ojo del Chamuco. Codi-ciada perla, allá abajo en las hondonadas del cielo. Caliente, esta luna cuelga en el cromo del bohío tropical. San Roque, La Joya y anexas se ahogan con su luz helada. Cachonda hendidura celestial. La luna es un incordio sobre las palmeras alucinadas del Fomerrey. En el Infona ya escucharon sus bramidos y persiguen su estela.

Remolinos plateados se agolpan. Fragor de cascabeles. Carnales y carnalas se lavan la cara en esta luna santa. Hay que estar al tiro, para lo que se ofrezca. Hay que bajar bien catrines a la noche de bailongo y acordeón.

SEMOS COLOMBIANOS

El mestizaje llenando peseras, de las que van a la Coca Guadalupe. Anfibios cremosos llenando ca-

miones. Gusarapos morenos arrobados en sí mismos. ¡Bajan! Es el Plaza Jardín, la esquina más colombiana del mundo.

Desde las polvaredas de Escobedo. Desde las ratoneras de Valle Verde. Desde los muladares de San Bernabé. Desde los sumideros de Santa Catarina, aquí llegan los convocados. Nadie que se precie de grueso y ponedor va a faltar a esta cita con la perrada colombianera. Aquí puro chidito. Colín viene a sablearme unas lucas y ajustar su boleto. Cuesta quince, le faltan doce. Lo aliviano, entramos.

Nos basculeyan. Los genízaros buscan filos, picos y otros pavores metálicos. Sólo encuentran cigarros y la grabadora decorada de Colín. Pasamos. Altas hierbas dan el toque selvático l recibimiento. Batos y batas se desparraman en el zacate, chupándose un cotorro tranquilo. En la tarima, “Juventud Colombiana” prueba el instrumental. Tocan algunas piezas pero nadie los pela, reprueban la charchinez momificándose. O dominas la Colombia o te devora la fanaticada exigidora. Si no levantas, mejor llégale. “Juventud” comprende el mensaje encapsulado en el silencio parejo. Se despiden. No hay gloria para ellos. Colín rubrica: “Si no se abajaban, les hubiera llovido un baño”.

EL SAMO Y LA NEGRA NELLY

Se llama Yadira Yahaira, mejor ubicada como la Negra Nelly. A la siniestra viene el Samo. Supera-taviados para la ocasión. Él luce tubos deslavados, convers immaculados como nieve periquera, paliacate verde fósforo de turbante y copete de fuera, tusado según la moda broder. Su camisota es la de

siempre: palmas cocoteras y retazos de mar azul. Por su parte la Nelly se cae de buena y enseña chamorro. Faldita lambada a la cintura. Las mallas son negras. Los choclos de tela roja, igual que la mini. Blusa ombliguera y pelo también bróder: cola y co-pete oxigenados.

Llegan y dicen qué purrún, Flaco, y tronamos las diestras ¿Andas erizo, Samo?, pregunto. Contesta la Nelly: “No seas cabra y dispara las chelas”. Me zafo, le tiro el arpa al Samo. Anda pseudo y suelta la primera ronda. Su carnal acaba de regresar del gabacho y avienta lana como diarrea. Suerte.

LOS CACHACOS SABANEROS

Anuncian al siguiente grupo de la feria: “Dispónganse a disfrutar en grande con los artistas exclusivos de discos Bandido”, y del canal 12 de Rómulo Lozano. Que venga el fuerte aplauso, ya que es el pan del artista”. Y los Cachacos se ponen a marcar. Treinta bafles truenan con la batería sabanera. Las camisetas con estampados de rock metálico—Skid Row, White Snake, Guns and Roses—vibran con los elegantes acordes cumbiamberos. Samo y Negra parten plaza con unos giros paseaditos que les salen con mucho arte y sabrosura. Les hacemos rueda.

SIGUE EL PARRANDÓN

La asistencia no se ha podido prender del todo. Muchos prefieren permanecer en las esquinas, solanos. Los que venían a medio viaje terminan de afinarse con la grifa que logran quemar en los baños. Los polis andan chuchos, apañando a la me-

nor sospecha. El escudo “DGPT”, de Ciudad Guadalupe, cruza en todas direcciones, olisqueando el petatazo evasivo. La cumbia canta:

El día del guayabo
no voy a camellar;
porque cuando yo tomo
no puedo trabajar.

El locutor alebresta a la banda: “Esperen pronto al inigualable Lizandro Meza. Oportunamente avisaremos por la XEOK, el Radiazo Mexicano. Plaza Jardín cumple lo que promete...”

—¡Aja!

—¡Y que se fuera haciendo!

—Nel, es puro pedo.

—Estos cabras no se la fletan.

Y sigue el parrandón. Un jet cruza el aire y se estrella en la luna.

EL COMPASONISMO DEL RITMO

“Desde la Nuevo Repueblo, la Colombia chiquita, llegan los embajadores del guaracheo y la cendencia, los dueños del éxito radiofónico de la cumbia *Leyda*: Los Ballenatos de la Cumbia”.

Apenas los nombran y el Colín ya está que chorrea. Se pega de panza a la tarima; no cabe en su estatura de gnomo. Se aloca, se le encienden los cachetes: “Esta es la pura crema”. Se apuntala, graba con su doble casetera estéreo. Se acopla a las bocinas para no perder pisada.

Un chota le hace manita de puerco a un chavo de camisa floripondia. Lo va a reunir con el resto de

cargamento en la granadera, para soltarlos cuando se mochen con una feria. Ese es su jale. Bañistas.

Los Ballenatos saludan al personal: “Espero que disfruten el compasionismo de este ritmo”. Qué palabrita, me cae.

La Negra se menea durante la media hora que tocan los Ballenatos. Ahora viene de regreso, exhausta. Me arrebató la cerveza y se sienta, sudorosa. Opina a grito pelado: “Estos sí son riatas”.

CELSO Y SU RONDA

Llega el turno al Ronda Bogotá. El tambaleante líder es el mismísimo Celso Piña, amo del fuelle y la voz aguardentosa. Es Celxo bien locote. Celxo mareado, inconexo. Supremos. Ese acordeón es su morra o su vida.

—A ver, escupe Celso

—Saca la chida.

Celso arriba con su escolta caribeña. Hijos predilectos de la colonia Independencia y el San Luisito. Nadie sabe lo que pueda pasar ante el reclamo de la turba amande del vocalista. Celso llega out por la mois y el tequila. Celso y sus espectadores son el espectáculo.

Comienza a cantar con boca fina y ronca. Las chavas se desvanecen en un gritito de placer. No se entiende lo que dice. No importa. Se solidifica la voz lasciva. Se espesa la crema. Los bailadores le meten más motor al asunto. Lúcete morrita de vestido arrequintado.

Quiébrate cristalero de la Coyo, tramo blanco, charol vertiginoso. Vean esos giros. Maravíllense con los diamantes sudados por esa pancita al vien-

to. Emergencia: falla la corriente eléctrica. Se cae todo el agasajo. Pero Celso nada lo arredra, le vale güilson, sigue aporreando el acordeón.

—Pérate, Celso.

—¡Me vale berta!

Regresa la luz. Revive la cumbia. El éxtasis va construyendo sus espacios. La princesa más picuda del rumbo de San Rafael pasa rozando su orgullosa opulencia: nalgas y tetas de piedra bola. Quiere acomodarse a la brava para ver de cerca a su Celso del alma: “Den chance, putos”. Así por las buenas, ni pío.

Los Leprosos de la Indepe reciben la bendición del pontífice alcoholizado, también los Chatarreros del Agarrón. Vuelve a rabiarse la masa:

—¡Vamos a ponernos!

EL REFINAMIENTO

Colín quiere refinar alguna botana. A todos nos gruñe la tripa. El inconveniente: poca luz. Yo me apunto con tres pesos, el último de Belén. Para acabarla de amolar llega de acople el Romo, camarada del barrio. Habrá que ver cómo nos compartimos, casi medio taco para cada quien.

Romo se llama así por rata y enano. Nunca se pierde un guateque donde cante Celso Piña.

—¿Le pones casa al Celso?

—Simón.

—¿Tienes mercancía caliente?

—Me quedan dos videos, una tele, un Nintendo y una rila. Ya están separadas.

—Mala onda.

De rato vuelve el Colín con los tacos de karate y

aserrín. Nos los pasamos en seco porque ni para las sodas traemos.

—Pinche solitaria, a ver si se aplaca.

—Deja tantito chilam.

—¡Chúpale, chupamirto!

LA TROPA PRENDIDA

Es la Tropa Colombiana la que va a despedir esta velada de tambores y danzas. Media hora antes de las doce. Se acaban las peserucas y nos tendremos que ir a patín. Qué le aunque. Colín se parece por dar otra zambullida en el círculo de carne y vapor.

Una changuita le dice yes. Al Samo ya le anda por atizarse. La tropa nos prende buti. La Negra Nelly se desafana del Samo. Siempre le hace los mismo: se sordea y se pierde con el grupo de Celso. Se trepa a la camioneta del Ronda y les pasa agasaje. Musa putarraca. El Samo ni se acongoja en la pendeje de la mota y el cruce de las pastas. Y en ese viaje, solano es mucho mejor. La Nelly y otras rucas se le dan de corazón al gandalla del Celso. “No cualquiera”, dijo una vez el bato.

SE VA EL CUMBIÓN

La negrada en rueda, hecha gancho. Greñas, polvo y foquitos flotan sobre el círculo infatigable. Brincan los gallitos descamisados. Quihubo, pues negrita, muévelo como tú sabes. Échalo para acá, que por ahí ya no te cabe. Tómate un traguito, mi vida, pa' que te calientes bien. Así suavecito, mejor lo podrás mover. Uepa.

La luna sabanera esconde perezosa los ojos. Dormirá en la paz de la cumbiamba. Vuelan encajes.

Sorpresivamente relampaguean las charolas policíacas. Dulce sobaquina. La morra con la que bailo dice mejor ai nos vidrios, ya es tarde y ando con mis carnalas. Ni borlo. Parejas y parejos se despiden de la cumbancha.

Romo y Colín tratan de reanimar al Samo. Un chota vigila de cerca. Ya anda cerrando el changarero. Expulsan a los fieles con delicadeza de puños y patadas. Sacamos al Samo de aguilita, en rastras. Nos vamos a sentar a la parada del camión, a hacernos güeyes, hasta que amanezca. Después le vamos a llegar a pincel hasta el cantón. Nos quedamos sin billetes por la taquiza y las chelas. Colín prende la graba y la cumbia nos cobija:

*Un veinticinco de diciembre
cuando el verano
comienza en mi país...*

Joaquín Hurtado Pérez (Monterrey, Nuevo León, 1961). Escritor y activista mexicano en la prevención del VIH/SIDA. Se recibió como Licenciado en Ciencias de la Educación. A la edad de veinticinco años se incorpora al consejo editorial de uno de los suplementos culturales más importantes del noreste de México, *Aquí vamos*. Fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León en 1991. Colaborador del suplemento *Letra S* del periódico mexicano *La Jornada*. Autor de varios libros: *Guerreros y otros marginales*, *Laredo Song*, *Crónica Sero*, entre otros.

A ESTE PAÍS NO SE LLEGA CON ARMARS

Dulce María González

A claro que hubiera sido fácil describirte antes, cuando eras un hombre entre muchos y desde tu banco al fondo del salón me observabas caminar y hablar mientras movía los brazos y alguna vez, cuando estaba a punto de encender un cigarro, encontré tus ojos. Por un motivo que hasta ahora no he logrado desentrañar supe tu otra condición, pero entonces era sólo una sospecha.

Continué mi andar por las calles como siempre, esa costumbre de abordar Cuauhtémoc instalada en un carril a la derecha, para evitar la hilera de autos que se dirige a Padre Mier, arrastrándose astuta a ras del suelo, como una serpiente. Y al consultar el mismo reloj del mismo edificio blanco era la prisa cotidiana, la urgencia de alcanzar el Hospital de Zona y doblar hacia 15 de mayo, repasando el tema que iniciaría en unos minutos frente a una cantidad de miradas que no eran la tuya.

A las siete, con los libros apretados contra el pecho caminaba por una acera angosta y sucia y de pronto se abría Juan Ignacio Ramón, con sus vendedores de chicles y sus viejos sentados en el quicio de cierto establecimiento porque no hay a dónde ir. Entonces plegarse contra el muro, acariciar una

barba de meses en espera de algo que se trata de imaginar y nunca llega.

Ya en Pino Suárez pronunciaba tu nombre entre claxons y peseras. Existías, respirabas en algún lugar de la ciudad y yo a un paso de entrar en el café de todas las tardes, abandonada al dibujo de tus rasgos contra el humo de los camiones. Al empujar la puerta de vidrio cerraba los párpados, intentaba borrar esa pantera de gestos contenidos que había descubierto en tus ojos al encender un cigarro.

Entenderás ahora el miedo que preguntaste algunos días después, porque podía sentir ese andar cauto del felino que acechaba desde carteles publicitarios a través de esa hendidura en el mundo que son las vitrinas. Y al pasar frente a un semáforo no podía reprimir el salto de adrenalina: la pantera había tomado el poder y la imagen del ataque apenas elevado, tenso al extremo de cada músculo me ponía enferma, por aquello del placer oscuro que te dije hacia los actos de la muerte.

Una tarde decidiste caminar estas calles. Avanzabas los pasos de mi ritual como si los supieras: entendí que habías penetrado el motivo último de las alcantarillas, de cada trozo de papel en las banquetas. Juntos desembarcamos en el café y entonces ese impulso hacia el abismo mientras acariciabas tus manos hermosas con la lengua. Busqué la fuerza de tus ojos por convicción, acepté el reto de alimentarlos y me sentí bien porque estaba a punto de no ser y en esta ocasión era por voluntad, podría vivir sin temor la nueva renuncia.

Ahora, frente a este parquímetro silencioso de la calle Washington aguardo con tranquilidad el instante del sacrificio. El sol descende en un rugido

y tus ojos me buscan; con tal sed de espejos, gotas de miel, de sangre que corre espesa sobre el asfalto al tiempo que enciendo el motor del coche. Te vas convirtiendo en un punto.

Dulce María González es una escritora mexicana. Es licenciada en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Fue coordinadora del Centro de Escritores de Nuevo León entre 2003 y 2005, vocal de literatura del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León de 1995 a 1997, becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León en 1999, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en 1996 y del Centro de Escritores de Nuevo León de 1988 a 1989. Ha sido maestra de literatura en la Escuela de Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, y en el área de Humanidades de la Universidad de Monterrey. Es maestra de Apreciación de las Artes en la Facultad de Medicina de la UANL, y titular de la columna Literespacio en la sección de art del periódico El Norte. En febrero de 2002 recibió el Premio Nuevo León de Literatura por la novela Mercedes Luminosa, y en septiembre de 2003 el Premio a las Artes, reconocimiento que otorga la UANL a los artistas de Nuevo León por su trayectoria. Autora de las siguientes obras entre otras: Gestus (crítica de teatro). Detrás de la máscara. Donde habiten los dioses. Crepúsculos de la ciudad. Mercedes luminosa. Encuentro con Antonio. Los suaves ángulos.

LA NOCHE DE LOS MANGOS

Luis Aguilar

El hombre ideal para Jocelyn de la Vega es uno que la quiera por sus sentimientos y no por su físico; su cantante favorita es Beyoncé; la película que más le gusta, Titanic, y le encantaría habitar un mundo en el que se respete a la naturaleza. Cuando la pregunta definitoria llega, sale airosa: Si tuviera un puesto de poder, me gustaría hacer campañas para que a la gente diferente no nos discriminen.

El auditorio aquel se vuelca en aplausos y la entrega correspondida se concreta: Miss Gay Actopan 2009 es... ¡Jocelyn de la Vega!, dice una conductora rechoncha metida, eso sí, en un vestido de acordeón, con estampados rústicos, muy a la moda.

A la espera del anuncio las competidoras rompen el cliché hipócrita de las misses: no se toman de las manos. Tienen una sonrisa abierta pero apretada. Han desfilado ya en traje de baño, su más enorme secreto. Es una cuestión de buen manejo del truco, dice Octavio, un contador ataviado en minivestido verde bandera, sin senos, de peluca rubia, que apoya a sus amigas entre el público y quien nunca ha competido. Soy una mujer más discreta, justifica.

La corona es gigantesca, alta, brillante. Jocelyn, como la corona, es deslumbrante, blanca. Tan blan-

ca. Sí, así me decía mi novio, que soy como americana. Yo creo que más bien soy de piel como rusa. Sonríe. Mide 1.78: bastante alta para ser mujer, detalla mientras nos acomodamos en una mesa alejada del salón social de aquel rincón veracruzano.

Cáscara suave

La noche empieza como debe empezar una buena noche: a tiempo. Luego de un dictamen médico sombrío, la vida no puede ser sino una: pasarela sin ensayos. Actopan, la tierra donde el que no es choto (joto) es mayate, había sido pospuesta por diáfanas razones: exceso de escritura. Pero San Carlos Monsiváis todo lo resuelve en su dialéctica de sinrazones para vivir con fe.

El camino (sin Santiago) era sinuoso, pero el paisaje bello. Por encima del cinturón mísero que habita siempre a las orillas de toda ciudad, se fue desplegando de pronto un verde sólido afuera de Xalapa; sembradíos anchos y portentosos, mangos derramados en los campos de piedra volcánica sobre llanuras accidentadas.

A un señalamiento tomo el entronque de otra carretera. En el crucero un jovencito moreno espera un transporte público lento y desvencijado. Freno sin problema en aquella vía sola. El pretexto no puede ser más obvio. Busco tal pueblo, ¿me falta mucho para llegar? Nunca falla. Es una manera clara de decir vente conmigo. Falta un poco. Yo voy para allá es también respuesta obvia. Y entonces ocurre lo obvio.

Empezó a decirme que las noches de esa cabecera municipal que no llega a ciudad tenían lugares divertidos. Que ahí el que no es choto es mayate

(un heterosexual, con novia o esposa, pero quien cede a las caricias masculinas siempre como activo y no sin frecuencia por intereses económicos). Él mismo confiesa que ha tenido sus queveres con chotitos (lo dice en esos términos afectivos) por puro cansancio.

“Te persiguen y no te sueltan. Primero uno me mandaba recados y esas cosas; y me veía y me decía que un día me iba a declarar su amor en frente de mi chiquilla; y puej de tanto en tanto, como que uno se cansa y puej dice, va pué; claro, con algunas cerveza o te dan para los refresco”.

Llegamos. Se bajó en el centro de aquel pueblito perdido bajo la elevación de la carretera y las copas frondosas y múltiples de los árboles de mango. A la entrada, una muchachita hermosa mordía un mango en una manta colgada fuera de una cervecería. Es la reina del mango, la fiesta anual de Actopan que inicia, curioso, con el certamen Miss Gay. El panorama se revelaba interesante.

A las ocho con treinta de la noche estaba yo entrando a Los Mangos. Es una casa de una sola planta abandonada luego por el progreso. A su lado, conectada por un andador de adoquines hacia una entrada victoriana, se halla la casa de la dueña, una mujer de carnes prominentes pero dinámica en el orden y el movimiento de aquel burdel. El lugar no tiene sentido del pudor: sus paredes son verde limón y está dividida en cuatro partes. Tres para departir en mesas y una de quizá seis metros cuadradas con la rockola al fondo. Puede bailar, dice alguien.

Una parte de la noche se baña en aquel portento de libertad absoluta. Actopan tiene la peculia-

ridad de dejar vivir. Las mujeres públicas, como diría Novo, son públicas, pero no por ello menos respetadas. Los Mangos es un espacio iluminado por fuera y por dentro. Las puertas están abiertas lo mismo que un par de ventanales por donde no hay ojo que no entre. Entonces pienso si la prohibición no hace al pecado.

Dentro, los adultos bebemos, hablamos, coqueamos. Fuera, recargados sobre el barandal, los menores de edad –hombres y chotos adolescentes- también beben, pero en territorios que no son responsabilidad de nadie. Pubertos de quince años, de diecisiete, de catorce, devoran ávidos a cuanto travesti y mujer cruzan aquella banqueta para adentrarse a un mundo al que el crecimiento de sus cuerpos les es todavía vedado.

Pulpa de mango

El salón social tiene poco uso. Cada dos meses en este pueblo hay discoteca. Es una fiesta de luz y sonido que convoca a los jóvenes de la región. En realidad, esta noche es la noche. Y bajan de El Castillo, de Ayacuasen, de Trapiche del Rosario, Coyolillo, Poza Azul, de Naranjillo; y suben de Otates, La Morita, La Esperanza, El Jícara, de Palo Gacho, desde Naolinco. Suben y bajan, según sea el caso, de toda la geografía rural de este municipio y los vecinos.

Enclavado en las riberas del río Actopan, a 37 kilómetros de la capital del Estado, este municipio es gobernado por el príncipe en una libertad absoluta. La policía visita las cantinas, saluda a las mujeres que ahí trabajan, vigilan el orden, se toman un refresco quizá de cortesía. Ni siquiera cuestio-

nan a los adolescentes que rondan Los Mangos. Lo mismo hacen en La bajada o El ritmo de la noche, otros dos lugares donde el hastío le da una mordida fresca a los mangos y a la vida. Aquí, de aburrimiento, nadie se muere.

La noche se va distendiendo con un ánimo ajeno pero contagioso. A nadie le importa hoy que poco menos de la mitad de la población tenga servicios de drenaje o no exista en el municipio un mercado de abastos. Cada año vienen de planetas distantes las reinas de la noche para disputar una corona, la primicia de los adolescentes, la madurez de una caricia o, de plano, el gozoso divertimento de ver el aparador lleno de estrellas en una cabecera municipal que encuadra en 105 manzanas a sus poco menos de 4 mil habitantes, administrados por 1 alcalde, 1 síndico y 5 regidores. La burocracia, por fortuna, aquí no existe.

Bienvenidos, dice una conductora que nunca se presenta cuando la barra mantiene sudorosos a tres muchachas y dos hombres. Y se pierden en el ajetreo de la fila y venden a quien lo solicite caguamones de apenas 30 pesos. No hay tregua ni respiro. La taquilla de 60 pesos fue abarrotada y las madres llegan con sus hijos quinceañeros, sus esposos, chiquillos en los brazos.

“La hora buena es la de traje de baño. Ahí es dónde, porque si sabes esconder bien lo que tienes que esconder, el jurado se va a convencer. Ahí te ves ora sí que la mujer que dices que eres”, explica la reina saliente, un moreno de facciones afiladas y un escotadísimo vestido amarillo mango. “En Actopan”, dice Cassandra, “nos gusta el amarillo. Será por el mango”.

La noche se les rinde. En aquel salón debe haber unas 400 personas, hombres y mujeres; señoras con su esposo y sus hijos, jovencitos lo mismo de 15 ó 20 años tomando una cerveza; grupos de hombres solos que bailan con quien pueden en medio del sofoco de aquel circular techo de lámina; parejas amorosas que disfrutan la vida sin comedimientos de moralina ni conceptos sociológicos vanales.

“Aquí nadie se pregunta que esté bien o mal, porque así hemos vivido siempre. Nadie se mete con nadie, y si tienes una forma de vivir la vida, pues mientras no le hagas daño a nadie, a quién le importa”, explica Carmen Laura, una mujer que atiende un depósito en la calle de la entrada.

Pulpa de mango

Jocelyn de la Vega se llevó la corona, pero la reina de la noche es otra. Maura se llama Héctor y vive en Banderilla, un municipio también pequeño pero más cercano al cielo que representa Xalapa. Su actitud la ha hecho célebre en apenas dos años compitiendo por la corona. Pero lo que sí ha repetido es la banda de señorita simpatía... y el escándalo. Los dos años. Es leyenda la anécdota de 2008 cuando, ebria, se avalanzó sobre la recién coronada Cassandra, en busca de arrebatarle la corona.

“La vieja se puso bien peda, y entonces cuando la buscaron para la ceremonia final, para la coronación, no la encontraron. Se había recostado un rato a bajar la borrachera en medio de las mochilas de las participantes y cuando la ceremonia ya había empezado, alguien la vio entre los bultos y le dijo, oye, ganaste señorita simpatía, y la vieja se levanta como loca, pero entendió mal, entendió que había gana-

do, y se va a la pasarela y sube gritando: mi corona, mi corona, dámela, y le tiraba agarrones a Cassandra y a la corona; y los organizadores tratando de detenerla diciéndole, oye, ganaste simpatía, no miss gay. Fue un show”, relata Alexander, un estilista que se encarga del cuidado del maquillaje en el certamen.

Este año, Maura no decepciona a sus seguidores. Su traje de baño no sólo no oculta nada de lo que debería ocultarse, sino que al frente de la pasarela se toca el bulto a manera de dedicatoria al público, quienes estallan en una carcajada redonda que el domo magnifica.

Su vestido de noche es un corto vestido negro, semicircular, sin brillo de nada. No hay chaquira o lentejuela que complemente la idea; plumas que eleven al nivel del glamour o pretensión aquel desfile de su quimera personal. Su prenda es una simple que vuela con el paseílo grotesco de sus piernas escuálidas y morenas, de rodillas prominentes. Su andas es vallenato e irregular. Trastabillea sobre la pasarela varias veces. Nadie sabe con certeza si es una mala elección de sus tacones o los grados de alcohol en su cuerpo pequeñito. Cuando da la vuelta a aquella pasarela –una T de 3 y 5 metros, respectivamente- agita más el revuelo de su vestido y, para deleite del respetable, se levanta la prenda y enseña unos boxers de licra con bolas gigantes de colores. El estruendo es otra vez magnánimo y los silbidos de apoyo bien ganados. Sigue soñando que podrá embolsarse 3, 2 o mil pesos, los premios del concurso para la reina y sus dos princesas, respectivamente.

Cuando sale para la ceremonia final, la de la nerviosa pregunta, se magnifica su figura. El alcohol ya

es más notorio. No sólo en ella, sino en el recinto aquel entero. Las caguamas están casi agotadas y más de uno olvidó a la madre, la esposa o a ambas y bailan sueltos en aquel huacalón que simboliza la libertad de un ghetto.

¿Si tuvieras la posibilidad de influir en las políticas para proteger a nuestros niños de las drogas, qué propondrías?

“Yo siempre que participo aquí me siento bien chingona. Este pueblo es como yo: maravilloso. Actopan, siempre los quiero. Me siento a toda madre con ustedes, cabrones”. Desde luego, la respuesta fue su carta de renuncia a la corona. Pero la fiesta ya nadie la detiene.

Luis Aguilar, 1969, Altamirano, Tamaulipas. Periodista, escritor y docente de Literatura Contemporánea y *Apreciación a las Artes en la Universidad Autónoma de Nuevo León*. Ha sido becario del Centro de Escritores de Nuevo León, en ensayo y novela. Ganó el Premio Nacional de Poesía Joven Manuel Rodríguez Brayda (1988) y el de cuento Sobre Rieles (2001). Mención de honor en el Certamen de Poesía Carmen Alardín (2004), con *Los ojos ya deshechos* (Mantis editores y la Secretaría de Cultura de Jalisco, 2007). En 2006 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez, que otorga la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. *La entrañable costumbre* o *El libro de Felipe* fue traducido al portugués en una coedición de Mantis Editores y Selo Sebastiao Grifo, Brasil. Autor de varios libros: *Eclipses y otras penumbras*, *Soberbia de cantera*, *Tartaria*, *Mantel de tulipanes amarillos*, *Los ojos ya deshechos*, entre otros.

LA BALADA DE PEPE GARRAS

Mario Anteo

Le decían Pepe Garras y ni sabía por qué, si se llamaba Alberto Rodríguez. A sus cuarenta años vendía discos de rock en la pulga Río. No había pisado un escenario en décadas ni abrazado una guitarra eléctrica. Abandonó su carrera tras la euforia setentera, cuando al fin entendió que la calidad jamás se impondría por sí misma, sin necesidad de managers ni televisoras.

Ahora, para sobrevivir, vendía discos y recordaba los tiempos del rock and roll.

Evocaba los tiempos de Lenin y Lennon, la ropa sicodélica, los sombreros emplumados, las cabelle-ras floridas, los pantalones listados, los medallones pisanlov: el dulce cáliz que Pepe, confiado y crédulo, bebió de un trago.

Entonces Pepe Garras tenía una guitarra Gibson apodada La Diabla, y unas bocinas Marshall que sólo usaba The Cream. Con sus botas de gamuza y pantalones rayados, Pepe cantaba tequileramente, la carnosa boca pegada al micrófono, La Diabla trepada al pecho, los pies juntos, una rodilla flexionada. Sonriente con los ojos cerrados, se ausentaba de la muchedumbre, mientras enredaba sus dedos en las cuerdas, y él como si nada. De aquí su infundada fama de pacheco.

Cuando se le rompía una cuerda, sin apuros hacía señas al baterista para que arremetiera con su trapo-trapo, mientras él cambiaba la cuerda. Luego le bajaba el volumen al amplificador, arrimaba la oreja a la bocina e iba tensando la cuerda, afinándola con tacto de relojero, hasta que lo convencía el temple y entonces sin baches entraba la canción.

Pepe consiguió un autógrafo de Jim Morrison cuando los Doors se presentaron en el Toreo. Traducido decía algo así: “Para Pepe Garras, con todo mi horror”. Y en una ocasión que no reportan los anales del rock, venciendo su inveterada timidez, se echó un palomazo con Canned Heat, en el Champagne a GO-Go.

Esa vez, antes de entrar al Champagne, Pepe Garras recaló en el Puesto para aclarar la garganta, pues no podía (nadie podía) costearse una borrachera cabal en el Champagne.

Bebía, pues, Pepe en el Puesto mientras escuchaba en la radiola a The Velvet Underground. Estaba en una mesa del fondo. Paredes con posters de Hendrix, Donovan y un jipi con sombrero de duende.

El Puesto era la obligada antesala del Champagne. Ahí atracaban los más temibles y menesterosos, y por supuesto, los menos fresas. La tónica era beber y fumar y disputarse a muerte la radiola.

Las parejas iniciaban la noche intentando comunicarse, pero ya para las doce cada quien divagaba en su nube privada, cada loco con su tema. O sea que abundaban los solitarios abrazados a una cerveza.

El único punto de contacto social era la mota (la eterna cháchara de patas y colas, guatos y matabachas), y la radiola. En torno de ésta menudeaban los empellones y las mentadas de madre, todo al

calor del debate Beatles/Stones, hasta que alguien apostaba por los Who, y unían sus fuerzas los dos bandos clásicos, pero incluso así ganaban los Who.

Bátiz llegó con el Oso al Puesto. Desde su mesa, Pepe Garras reconoció al cantante de Canned Heat, el orbe de su panza contrastando con su larga y sedosa cabellera. Acomodó el Oso su inmenso trasero en la silla, pero apenas lo acomodó se levantó para ir a la radiola, mientras Bátiz pedía cervezas.

Pepe Garras recordó un drogo célebre por su ignorancia supina y porque, no obstante ser un supermariguano, vestía de corbata, pelo recortado, zapatos lustrosos. Al ver la portada de un disco de Canned Heat en un escaparate, exclamó: “¡Hijue-sú, estos panzones han de tocar con madre!”

Bátiz descubrió a Pepe Garras sentado al fondo, y jaló al Oso allá. No bien se sentaron con éste, Bátiz presentó a Pepe elogiando su guitarra y la calidad de sus baffles, y una vez más lamentó el carácter introvertido de Pepe Garras.

Capítulo aparte merecen los baffles Marshall de Pepe. Costaron un dineral que Pepe jamás imaginó en su centavera vida. Se emperró en poseerlos, y al cabo, convencido de que en estos casos el fin justifica los medios, se adueñó de las bocinas merced un turbio negocito, y amo al fin de un equipo perfecto, fue desatendiéndose del exterior, la moda mao y los pantalones acampanados, las floridas camisas y los medallones, de todo fue liberándose cual monje tibetano, hasta lucir sólo unos pantalones rayados y una sudadera blanca.

Aquella vez el Oso invitó a Pepe Garras al concierto de Canned Heat, que iniciaría en media hora en el Champagne, ahí a una cuadra.

Y allá fueron tras despachar sus cervezas, y ya en el Champagne, desde el caldeado escenario, el Oso solicitó al guitarrista regiomontano. Fue entonces que incorporando sus cuerdas a un blues de diez minutos, Pepe Garras triunfó en la Capital.

Triunfo que no supo aprovechar, pues por entonces lo zarandeaba una crisis existencial: acostado con los brazos en cruz en la terraza de su departamento en Monterrey, escuchaba a todo volumen a los Who. Luego cerraba los ojos y a puro pulso de su mente le bajaba el volumen a la música, hasta convertirla en una pelota de ping-pong que se comía cual canapé. Así disfrutaba Pepe la paz más dulce, mientras los decibeles cimbraban al barrio.

Fumaba tabaco y bebía cerveza. Ensayaba ocho horas diarias a solas y cuatro en grupo. Lo absorbió tanto la música, que cobró fama de mamón, particularmente cuando al final de los conciertos se encerraba en la camioneta mientras el grupo recogía el equipo y pavoneaba su ego sudoroso. Y es que a Pepe le interesaba sólo la música, no la peda ni el boato, sólo el rock.

Cuando el baterista llegaba tan mariguano que apenas si podía armar los tambores, Pepe se enfurecía y amenazaba con disolver el grupo. Como siempre, el baterista alegaba que mariguano tocaba mejor, pero nadie excepto él encontraba agradables sus tamborazos. Cierta vez que aporreaba la batería de manera particularmente desastrosa, Pepe Garras le hizo señas para que cediera el turno a las cuerdas, pero el baterista tenía los ojos cerrados y la mente en Finlandia, y prosiguió su escandalera.

Entonces Pepe desconectó su guitarra y el tecladista encapuchó su órgano y el bajista guardó su

bajo en el estuche. Pepe encendió la grabadora y acercó el micrófono a los aporreados tambores, mientras el baterista seguía dale que dale. Por fin aterrizó éste y, ya sobrio, escuchó la grabación. Le dijo Pepe: “Disfruta tu concierto”, y lo corrió del grupo.

En una entrevista para México Canta le preguntaron a Pepe si lo inspiraba la mota. Respondió que pacheco no podía tocar, las cuerdas devenían boas y en vez de notas salían de las bocinas pajaritos multicolores. Además era un fastidio liar los cigarrillos, distribuir sobre la sábana la mota descocada y, sin romper el delgado papel ni derramar a juanita por los extremos, abrochar el toque con una lamida. Pepe nunca pudo realizar la relojera hazaña.

Cuando leyó cierto libro budista ansió llegar al nirvana con los cables pelones. En adelante, el tiempo que no dedicó a su guitarra lo empleó descifrando koans y meditando la nada al arrullo de su mantra. Leyó a Hesse y Nietzsche, y quiso degustar a Lobsang Rampa y Jalil Gibrán, pero no pudo, le cayeron muy pesados a su estómago zen.

Influido por la literatura oriental, se aficionó a un jueguito de filosofía práctica que consistía en decir ante cualquier situación: “Sólo la nada es real, lo demás es ilusión”. Especialmente mascullaba la frase cuando el miedo amenazaba su calma ancestral. Apenas le enunciaba y ya gozaba sus efectos: permanecía quieto como piedra lunar, y el Apocalipsis podía azotar el planeta, sin que él abandonara su sonrisa íntegra y calma.

En Monterrey, Mister Talo organizó muchas tocaditas de Pleura, el grupo de Pepe. Se presentaron en la Cueva de la colonia Anáhuac y alternaron con

el Ritual en el gimnasio del Ted. En el casino de Fleteros, mientras el grupo reventaba Escalera al Cielo, una chava bien peda se quitó la blusa y se puso a gritar a lo Woodstock: “¡Free love, raza!” y cierta vez en el Aula Magna, mientras el grupo cerraba con “Honky tonk woman”, desde gallopa llovieron periódicos en llamas, y un tío siniestro de ojos entomatados se desnudó y comenzó a morder los chamorros de la gente.

Una época se cerró el día que Paty-la mariposa de Pleura-despertó por la mañana a Pepe para enseñarle el periódico. Pepe guardó la imagen de por vida: en primera plana aparecían Lennon y Yoko, abrazados frente a su edificio de Nueva York. Arriba, en letras gigantescas: “Muere asesinado John Lennon”.

Lo leyó Pepe entre nubes, somnoliento, mientras Paty lo ametrallaba con la descripción del crimen y él sin poder despertar. Soñó que Lennon agitaba un collar de perlas mientras con la otra mano firmaba su sentencia de muerte. Hasta que por fin, tirando de su hombro, Paty lo despertó del todo y volvió a mostrarle el periódico.

Pepe quiso conjurar el crimen repitiendo la frase: “Sólo la nada es real, lo demás es ilusión”, pero no acertó a decir ni pío, y con un nudo en la garganta debió aceptar la muerte de John Lennon. Balas auténticas habían segado al músico. Y para sacudirse el crimen saltó de la cama y compuso una canción: “Tres frijoles mágicos en el pecho de Juan”.

Y pasó el tiempo y la euforia; muchos roqueros le entraron a la cumbia y las bodas, otros se quedaron bien pirados.

La mayoría abandonó tambores y guitarras y se pusieron a trabajar como Dios manda, y a recordar

lo traviesos que fueron. Bien afeitados y civilizados, en las domingueras tardes de cerveza y carne asada, con sus esposas e hijos traían a la plática aquel tiempo de campeones, los viajes de aventón, Morrison borracho en un baño del Toreo, los Stones a todo volumen por la avenida Constitución.

Jajajá, se regocijaban desde el presente, riendo con la autosuficiencia de quien ya sepultó el sueño infantil.

No reían los que, sin mecanismos de defensa, ingenuamente se tragaron el cuento y seguían escuchando a Led Zepelin, sin trabajo ni dinero, treintañeros que aún bolsaban a su mamá para proveerse del toque, y que aún se expresaban con la jerga del simón y el nel, cámara y churro, tan conservadores que aún no aceptaban la muerte del LP a manos del CD.

Desapareció Sierra Madre, El Zoológico Mágico, La Tribu, Quo Vadis, y sólo el infatigable y terco Simón se mantuvo activo. Porque ni Pepe Garras, quien durante el fervoroso viaje de los setenta no imaginó otro destino que el del rock, ni siquiera él soportó los embates de la cruda realidad, cuando a comienzos de la era computacional la cruda tocó a la puerta de los jipis, acabando con el sueño de gurús, comunas y José Agustín.

Intentó Pepe degustar la música clásica no tanto por madurez mélica sino para librarse del rock. Asistió a los conciertos de los alumnos del conservatorio y, programa en mano, escuchó el maratón de trompetas y pianos de los alumnos trajeados que presentaban sus frutos semestrales. Estaba en la fila de atrás, junto a un niño acicalado e inmóvil. Pepe no pudo menos que reprobar un espectáculo don-

de el público ni siquiera con el pie seguí el ritmo. Además, las mariconas guitarras apenas si se escuchaban.

Prudentemente no desaprobó en bulto a la música clásica. Quería antes escuchar al famoso Beethoven. Compró un disco suyo y lo escuchó, pero sea porque se educó en el sonsonete roquero, o porque los tiempos cambian, el caso es que la Quinta de Beethoven no le impresionó gran cosa.

Pepe al cabo abandonó el budismo, olvidó su frase zen, incorporó una gabardina a su vestuario de pantalones negros y zapatosbollos, y quiso subir a los grandes escenarios.

Entonces Pleura seguía siendo Pleura, si bien ninguno de sus miembros originales permanecía en el grupo. (Ruly el bajista se había ido al DF a vender computadoras, y Tolete vivía en la luna, cuando no en el bote).

Coqueteando con la nueva ola, Pepe incorporó un baterista metalero al grupo y nunca volvió a cantar en inglés. Escuchó sin prejuicios la nueva música y debió reconocer la calidad de Guns and Roses. En fin, aceptó la realidad de los medios de comunicación, y baló la guitarra del pecho a la pelvis.

Pero en escena jamás pudo Pepe mostrarse desenvuelto y ameno, y esto fue su ruina. La gente quería show, que Pepe se tirara de rodillas al suelo y con la espalda arqueada tañera las notas cumbre, los tambores “trapo-trapo”, el requinto “tu-tío-tu-tío” con su clímax “tusobriiiiiiiino”, lástima que Pepe nunca pudo hacer el teatro.

Sea por el spot de radio que promocionó el evento, sea por la calidad de Pleura, el caso es que la Plaza de Toros de Monterrey se llenó aquel sábado de ju-

nio. A las ocho de la noche en punto el grupo abrió con “No hay cocas en el refri”. Pepe cerró los ojos y escuchó el ronco murmullo de la multitud, y vio desfilar en la pantalla de su mente los rostros de sus fans, las caras radiantes, los ojos encendidos de los adolescentes y la mirada insondable de los treintañeros.

Detuvo la mirada sobre una mujer de pelo negro y lacio, mejillas prominentes y jugosos labios de cereza, y asido a esta musa, su actuación fue estupenda; y jamás volvió a saber de la mujer.

Perfectamente sentía Pepe la batería en el metrónomo de su pecho, adivinaba el porvenir del bajo. A veces Tino azotaba el bombo con un énfasis que decía: “Aguas, los tambores se pierden fácilmente y mandan todo al carajo. Mesura, señores”. Pero entonces adrede el bajista soltaba una serie de complicadas notas, sólo para poner a prueba los nervios del grupo.

Y cuando la tensión llegó al máximo, con su guitarra Pepe puso a los músicos en su sitio. Regresó al micrófono en el preciso momento que se requería, y a partir de entonces Pepe no supo de sí, se entregó al vértigo, confiando en la armonía de Pleura.

Pero no pudo hacer el show de moda. Debió caer de rodillas al centro del escenario, arquearse, fruncir la boca, agitar la cabellera, enloquecer al público. No lo hizo y ello fue su tumba.

Ahora en el quinceavo aniversario de la muerte de Lennon, Pepe, como de costumbre, atendía su negocio de la pulga Río. Le subió un grado al volumen del tocadiscos con el que atraía a la clientela. Escuchaba “Mother” en conmemoración del exbeatle. Sintió culpa por haber olvidado a Lennon, luego de que en los setenta lo escuchaba tanto.

Difícilmente el tiempo borraría la memoria de Lennon, se dijo Pepe. Ello no porque fuera un estupendo músico sino porque había registrado su música en cantidad de discos. Si los herederos cuidaban los masters, perviviría Lennon.

Qué distinto el caso de Pleura. El grupo de Pepe jamás grabó un disco, pues entonces nadie, exceptuando Bátiz, La Revolución de Emiliano Zapata y posteriormente el Tri con su kilométrico nombre en inglés, nadie entró a un estudio de grabación.

Por eso, al colgar las guitarras y desarmar la batería, Pleura sentenció a muerte su música. Ningún registro legaron, y ahora Pepe se pregunta si en verdad el grupo fue tan bueno. Para evitar angustias, prefiere unirse a la legión de los roqueros retirados, y decir que aquella onda fue un bonito pasatiempo de muchachos tiernos y alocados.

Y en su banco de la pulga Río, a los cuarenta años de edad, Pepe Garras continúa añorando el paraíso.

Mario Anteo (Monterrey, Nuevo León, México, 1955) es un escritor mexicano. Fue coordinador del Centro de Escritores de Nuevo León y maestro en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. También ha sido columnista del periódico *El Norte*. Ha sido becario de la Fundación Rockefeller a través del Guadalupe Cultural Arts Center de San Antonio (Texas, Estados Unidos). En 2004 ganó el Premio Universidad Autónoma de Nuevo León a las Artes. Algunas de sus obras: *El reino en celo*, *Las trampas del jardín*.

JUANY. LA VAQUERITA

Gerson Gómez

Al llegar al día sábado, Juany despierta muy temprano para comenzar a llamar por teléfono a sus amigas: la noche es la oportunidad de romper con el tedio y para ligar galanes en el rodeo.

Desde que se puso las botas vaqueras se sintió libre. Los zapatos de tacón para la oficina duermen debajo de la cama hasta el próximo lunes.

¡Imagínate!, hoy irá a bailar con su nueva blusa Wrangler que compró hace dos quincenas en el Penny Riel.

Son las nueve de la noche, su padre le advierte llegar temprano, Juany devuelve una breve sonrisa de *hasta-crees-que-voy-a-dejar-de-divertirme-por-llegar-temprano-ni-lo-pienses-en* el trayecto casa-rodeo sobre el ecotaxi Volkswagen de 4.50 el banderazo inicial, el grupo de tres compañeras secretarías perseveran para definir quién será la primera en ligar hoy.

Juany, como siempre, luce despampanante: huele a loción imitación César's que su ex novio le regaló un día que caminaban por Colegio Civil y, además del conjunto de camisa, pantalón negro y sombrero, lleva puestas las botas que su hermana le trajo de León cuando fue de luna de miel hace un año.

Al llegar, y después de pagar al taxista, observan detenidamente la puerta del rodeo: las tres esperan en la fila con cara de mira-qué-no-ves-que-se-hace-tarde-para-entrar.

Las damas no pagan boleto y tienen barra libre “si es que no se le olvida al mesero que nosotras existimos y le vamos a dar su propina”. Los caballeros, setenta pesos de cover, que les incluye un par de cervezas.

Desde que entra al recinto, Juany comienza a mover sus pies al ritmo de la música. Ahora está “Te aprovechas”, de Límite; Juany tararea la canción: “Y te aprovechas, porque sabes que te quiero, al conjuro de tus besos...y me desgarras y manejas a tu antojo...”.

En cinco minutos dos galanes se acercan para invitar a bailar a sus compañeras: Juany espera en un lado de la barra, sentada; el mesero le sirvió ya su primera piña colada con el sabor de siempre.

La pista de baile se encuentra en plena ebullición: parejas entretajadas al ritmo de una cumbia de Bobby Pulido. El polvo se levanta e inunda la atmósfera, pero en verdad no importa mucho: el humo de los cigarros hace casi irrespirable el poco aire limpio.

Juany le pide lumbre a su vecino de barra. Rápido, el hombre-sombrero-negro-cinto-con-un-águila-de-plata-y-pantalón-Levis-pegadito, saca el encendedor Marlboro mientras la fuerza del fuego ilumina sus rostros y sonríen. Los primeros gramos de nicotina comienzan a correr hacia su cerebro.

El hombre-sombrero la invita a bailar. Juany acepta y se dirigen a la pista. Cruza por su mente la pregunta de si esta noche terminará en una ca-

mioneta nueva de doble tracción y con clima, o sólo en un hotel de paso rumbo ala carretera a Laredo. Primero el hombre-sombrero le pregunta a Juany su nombre: ella contesta con una sonrisa en sus labios. Él le dice que se llama Manuel, que vive en Valle Verde, segundo sector. Ella le contesta: ¡Qué casualidad!, yo tengo ahí una prima que vive en...”, y resulta ser novia de su hermano mayor.

Las frases de “qué chiquito es el mundo” y que “uno no puede portarse mal porque de volada se dan cuenta”, los obligan a sonreír y tomarse de la mano para tratar de buscar la salida de la pista.

Llegan a la barra con más tranquilidad: ya ligaron. Las compañeras de Juany están tomando un par de cervezas Tecate light con limón y sal. Ella les presenta a su nuevo amigo-amante-dentro-de-un-rato. Él extiende la mano y se levanta el sombrero para que le puedan ver el rostro en cuya boca, al frente, brilla un diente de oro.

Juany se disculpa con Manuel para poder ir al baño. Se hace acompañar por una de ellas que le dice: “Es un forro, que de dónde lo sacaste, que si ya te propuso algo, qué estás esperando, lánzate, al cabo está bueníisimmmoo, y que no importa, que ellas se van por su lado, y que después se hablan para saber cómo le fue.

Al volver a la mesa, Juany ya va más que dispuesta para irse con el hombre-sombrero que dice llamarse Manuel.

Sus compañeras se despiden y Juany se siente sumamente decidida y Manuel le dice que por qué no van a dar una vuelta por la ciudad. Juany lleva en su bolsa un par de condones que compró en la máquina del baño para protección, que uno nunca

sabe y es mejor prevenir porque se acuerda de su hermana que hizo lo mismo un día y terminó con un hijo en brazos sin saber quién era el padre.

Ya a la salida, la música de “La revancha” se desvanece con los pasos que juntos dan rumbo a la calle: el lunes, al llegar a trabajar, se siente mal del estómago, tiene los ojos hinchados y rojos, los zapatos de tacón le aprietan.

A la hora de la comida sus amigas escuchan atentas por tercera vez la historia completa. Le preguntan con morbo: ¿En dónde lo hicieron, cuántas veces, ise ve que es un tipazo!¿Quedaron de verse pronto?”.

Juany contesta todas las preguntas con un suspiro.

Gerson Gómez. *Nacido en Jojutla, Morelos, en 1971. Lic. en Comunicación. Editor de la Revista Mensual de Cultural Oficio (Enero 2005- Febrero 2007). Colaborador de los periódicos del grupo Reforma: el Metro y El Sol. y Incluido en la antología de la crónica: Monterrey Espejo Nuestro de Cada Día. Autor del libro de crónica urbana: Hemisferio de las Estaciones Conarte- CONACULTA. Incluido en la novela colectiva: 2001 la odisea del Tinaco publicada en la ciudad de México. Finalista del Premio Nacional Impac Monterrey 400. Segundo lugar Nacional de Relato a mi hijo organizado por la SEP. Incluido en el libro “Escalera al Cielo” publicado por Oficio Ediciones durante el 2005. Publicó su libro de relatos “Ordinaria Locura” en Hermosillo Sonora, por Oasis Editores. En el 2007 publicó su libro “Open Book” por Conarte y el Municipio de Santa Catarina. Ganador del Premio de Poesía y Cuento Joven Alfredo Gracia Vicente (2002).*

HAMARTIA (*SOME GUYS HAVE ALL THE LUCK*)

Erick Pérez

I Rodrigo con Ángela en el bar Reforma

—Lo conocí en el Gargantúas.

Sirve las mesas pero no es mesero—

— ¿Cómo está eso?

—Tiene los pelos largos. Dice que es restaurador y decorador de interiores.

—¿el tipo ese? Ángela, ten cuidado, te va a pillar. Tengo varios años de frecuentar el sitio y ese pelos largos, siempre ha servido las mesas.

—ash, no importa, me ha parecido un tipo estupendo. Tiene una sonrisa inigualable. Te atiende bien, es atento y amable.

—Carajo, si ya pasaste por eso muchas veces ¿cómo demonios vuelves a caer?

—pues te equivocas. Este chico es algo fuera de serie, mi intuición me lo dice y, mira que cuando mi intuición me lo dice... ¿Qué onda, quieres otra cheve?

—Sí, claro, pero bueno, como amigo solo puedo decir que te lo advertí, que te lo dije.

Ante la respuesta-que estaba esperando para sentirse ofendida-, Ángela dejó la cerveza y el bar abandona. Rodrigo, una vez más, cargó con la cuenta.

II Rodrigo con su amiga Dora Elia

—¿Rockdri? ¿Puedes venir a casa? Necesito hablar contigo.

—Claro, pero dime, ¿De qué se trata?-

—Para eso quiero que vengas, aquí te lo diré-

...

—Se trata de Poncho, el guitarrista del Mariscos Monterrey. Necesito que me vea contigo. Resulta que una chica ha estado yendo, ya le puso el ojo. Ayer la estúpida andaba ebria porque me la canta. Me dijo que si yo andaba tras él. Por eso quiero me acompañes, me tomes de la mano y me beses, para que vea que tengo novio.

Rodrigo, quien solo asiste al Gargantúas, desconoce la existencia del Mariscos.

...

— Rodrigo ¿Puedes venir a mi casa? Necesito hablar contigo.

—Claro, pero dime, ¿De qué se trata?-

—Para eso quiero que vengas, aquí te lo diré-

...

“Se sigue tratando de Poncho. Acompáñame a Nuevo Laredo. Los contrataron para tocar el fin de semana y de seguro esa chica estará también. La idea es que se sienta en confianza pero, para eso quiero que me siga viendo contigo. Es una onda entre nosotras las mujeres. Si ella ve que tengo novio ya no me verá como rival. ¿Entiendes?”.

...

—¿Puedes venir a mi casa? Necesito hablar contigo.

—Claro, pero dime, ¿De qué se trata?-

—Para eso quiero que vengas, aquí te lo diré-

...

“Es otra vez Poncho. Ya está saliendo con esa chica. Y el pinche Poncho ni sus luces. No ha ido al bar, esto huele a podrido. Pero bueno. No importa, así no los veo por ahí. Ahora el grupo estrena nuevo miembro y creo que también me gusta. Toca mejor y es más guapo.

Como quiera pues, te agradezco el paro. Gracias por contar contigo.”

...

—¿Puedes venir a mi casa? ¿Sí? ¿Bueno? ¿Aló, Aló?..

III Rodrigo con su amiga Marina en el bar cultural Gargantúas

—Está casado, tiene dos divorcios pero es con madre. Podría decirse que es un inestable. Las apariencias engañan. Se lleva de la chingada con la esposa. Aunque me ha dicho que no la dejará.

—Y luego que esperas de él—

—Sólo disfrutarlo, ¿Qué onda Rodri, te pagas un tequila? —

—Pero hay más personas—

—Lo sé

El mesero pelos largos, retira los tarros vacíos. Pregunta si se ofrece algo más. La pareja se observa. Marina apaga el cigarrillo. Rodrigo hace la señal de amor y paz. Dice al mesero:

—Oye, compadre, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Simón, ¿para qué soy bueno?

— De pura casualidad, ¿eres tú, un decorador de interiores? — El mesero hace gesto extraño, como si preguntan, ¿cuál es el límite de la imbecilidad?

— No, para nada. Yo soy mesero, y soy feliz sirviendo mesas. Por cierto ¿Y tú, qué onda, eres poeta y cronista? La mayoría de los que vienen aquí dicen ser esto o aquello.

— Para nada mi bro, un simple mortal; nada más.

El hombre feliz atendiendo las mesas se retira. Hay un pedido urgente de cervezas y tequila.

—Marina, eres muy hermosa e inteligente para pretender eso. Tienes muchos amigos, admiradores y pretendientes, eso me consta y me corto un huevo si no.

—por favor, no seas decente conmigo ¿A poco si te cortarías un huevo?

—Bueno, ya sabes, es un decir —

—no me explico el porqué, la vieja gorda no lo deja. Le da suficientes motivos que, para mis pulgas, ya lo habría mandado a la chingada.

El mesero pelos largos feliz, llegó con el pedido. Marina de inmediato, toma un largo sorbo al tarro y enciende un cigarrillo. Rodrigo observa al mesero y éste le regresa la mirada acompañada de una sonrisa condescendiente.

—tal vez te está engañando con esos cuentos de la esposa y el hartazgo.

—Ayy no, olvídalo. Recuerda que de *groupie*, tengo el corazón.

Marina, algo molesta, bebió su tequila. Enojada, sale del bar. Rodrigo, una vez más, cargó con la cuenta.

El Betorcido

Beto era la persona más violenta del barrio. No respetaba a nadie. En un tiempo donde era más

rápido ver el paso de un cometa a que llegara una granadera. Su territorio, la colonia Madero.

Si quería un elote, paraba al anciano del carrerón y terminaba con la mercancía. En tiempo de calor los comerciantes de aguas frescas cambiaban fácilmente de residencia. Jugar gratis en las kermeses y las ferias patronales. Entraba sin pagar al cine-que le aburría- y a los bailes.

Siempre acompañado de sus compinches. Segundones. Rémoras tragando el desperdicio del tiburón.

Decían que lo tenían chiflado. Hijo de judicial; cuando lo llegaron a meter preso, se burlaba de los granaderos. A los pocos minutos salía como si nada.

Ya se le veía drogarse con *thiner* o con sarolo. Asaltar en las paradas de camión custodiado por su perro de pelea. Violar muchachitas a la salida de la secundaria. Tenía cierta inclinación por las güeritas. Piel de luna.

Era extraño que nadie le pusiera un alto. Por su paso acabó con policías, boxeadores, karatecas y luchadores. Si lo tumbaban se sobreponía y entre sus propios aplausos invitaba a que lo siguieran golpeando. Los rivales terminan cediendo por cansancio.

Pero, la vida no es eterna. Los años cobraron su factura.

Un día, lo vieron en las bancas de la plaza. Viejo, carcomido por el tiempo. A la altura del lomo de su nariz, lo atraviesa una grieta, una línea horizontal. Se dejaba ver la carne seca, abierta. Pedía para pan y refresco. Entre súplicas, se asomaba su paladar a punto de desprenderse. No producía saliva. Gracias a la cocaína, (porque había que estar a la moda) y una mala alimentación.

Tiempo después las ruedas del ferrocarril de la vía a Tampico terminaron con su desgraciada vida.

Las rémoras como en función de teatro lloraban inconsolables. Tal vez querían darse cuenta de que en verdad esté muerto, tal vez no.

Beto, la persona más violenta del barrio, fue el único que de alguna manera hizo que se hablara de la colonia, para bien o para mal eso sirvió para ganarse un poco de respeto o de temor.

El barrio se prepara a despedirlo.

Todos llevan clavos para el ataúd.

Erick Pérez Serrano *Incluido en las antologías Álbum Blanco (Oficio), Incidencias y Reflejos (Téc de Monterrey) y Los polvos de Venus (Naranja editores). Sus textos han sido publicados en el periódico el financiero en la columna de Eusebio Ruvalcaba, en Papeles de la Manscupia y Revista Oficio entre otras. Coordina el fanzine electrónico de literatura Contrafuerte.*

AVENTURA DE PIPO EN LA DEL VALLE

Julio César Méndez

Oiga compadre, dígale al mesero que nos traiga otras dos cervezas y pídale que le cambie a la tele, qué ocurrencias de poner a Pipo en una cantina. ¿No habrá un juego, box o lucha?

Que salga Pipo, que salga Pipo, para que todos empecemos a reír. Y a todos, todos, los amiguitos, los invitamos a venirse a divertir...

Ya va a salir este Pipo con sus aventuritas. No, pa aventuritas, la que me aventé yo en la del Valle, ¿Se la platiqué, compadre? Ya no hallaba la puerta con una señora. Se lo cuento aquí entre nos. Andaba buscando chamba de albañil, y un jardinero que me vio con los fierros y el nivel, me preguntó:

- Oiga, maistro, ¿usted es albañil?
- Y de cuchara completa, le contesté.
- Pos en aquella cada necesitan uno, le contesté

— Pos en aquella casa necesitan uno.

Fui a ver. Era una casonona enorme con muchos árboles, pero no estaba la señora, que regresaba como a las dos de la tarde. Me senté en la banqueteta debajo de unos fresnos. Llegó un carrazo.

Luego luego me contrató. Le hice una lavandería en el patio. Le gustó mucho y pa pronto me empezó a tratar muy bien. Le decía a las sirvientas:

—A ver, muchachas, a don Pedro me le dan de comer acá adentro.

Siempre me dijo don Pedro y en esa ocasión ellas nomás se quedaron viendo como enojadas.

Una vez había una fuga de agua y le iban a romper mucho mosaico muy fino, le dije:

—Mire, mejor hágale de esta otra manera—le expliqué cómo.

Salió bien la cosa. Quedó muy contenta y me siguió dando trabajo.

Le terminaba una chamba y me daba otra. Me puso a hacerle una barda de cuarenta metros, después la banqueteta nueva, y así mucho trabajo; con ella nunca me faltó chamba; si no era una cosa, era otra la que se le ocurría que yo hiciera. Tuve que conseguir un ayudante.

Una vez le dije a esa señora que ya no quería ir porque la pesera me dejaba en Vasconcelos y tenía que caminar mucho de subida; llegaba todo sudado. No me dejó:

—Ah, no, don Pedro, nomás eso me faltaba, voy tempranito en el carro a recogerlo.

Así le hizo por varios meses; antes de irse al trabajo iba por mí.

Una de las sirvientas, la cocinera, empezó a maliciar y a echarme mosca:

—Oiga, Pedro, qué se me hace que entre usted y la señora hay algo raro.

—No, Estelita—así se llamaba y era muy méndiga—; es que a la señora le gusta mi trabajo, eso es todo.

Ella seguía terca:

—Pos aquí todos los albañiles que han venido siempre han hecho su lumbrita pa calentar los tacos allá en el patio, o cuando mucho se los calentamos nosotras, pero se los comen allá afuera y usted es el único que come acá adentro; nomás llega la señora: <<¿Ya le dieron de comer a don Pedro? ¿Qué le dieron? A Ver, don Pedro, ¿le dieron bien de comer?>>

Está raro, ¿no?

Amiguitos, la aventurita del día de hoy, es muy bonita: <<Un día iba Pipo caminando por la colonia del Valle cuando se encontró a una pobre mujer sentada en la banqueta, con un bebé recién nacido, los dos llorando>>

—¿Qué le pasa, señora, qué le sucede?

—Ay, señor, es que me corrió mi patrona porque tuve a este niño. Es que no tengo con quién dejarlo. Me dijo que no quería sirvientas con niños llorones. Yo soy de Zacatecas y aquí no conozco a nadie. Ahora no tengo qué comer ni dónde vivir.

—¿Y dónde vive tu patrona, pobre mujer?

—Ahí, en esa casa, señor.

—Ahorita mismo voy a hablar con ella, aquí espérame.

¿Qué pasó, compadre? ¿No se animó a decirle al mesero que le cambie a la tele? Le sacateó, ¿verdad? Sí, ya se que este mesero es muy disgustado, no le puede decir uno nada porque se enoja. Oiga, qué bien cae a esta hora la cerveza... Ah, como le iba diciendo, esa señora me trataba muy bien, su esposo era ingeniero no sé qué, gerente de... de una empresa chingona. Los hijos estaban en el Tec. En vacaciones se iban a Europa. Siempre que salían fuera, ella les decía a las sirvientas: <<Me le dan bien de comer a don Pedro>>. Una de esas veces hasta me encargó la casa.

—Mire, don Pedro, estas cabronas—era muy maldiciente—, tienen su novio, pero que platiquen de la puerta para afuera, nada de que los vayan a meter a la casa, porque lo autorizo a que le hable a la policía para que se las lleven por abusivas.

Fíjese cómo me empecé a entender con ella. Resulta que una vez que andaba yo solo en el patio, era un jardín enorme, fue a explicarme el trabajo: hacerle unos redondeles de ladrillo a los árboles. Con una ramita ella rayaba en el suelo. Se puso en cuclillas y abría las piernas y se le veía todo; cuando volteaba a verme a la cara, yo veía pa otro lado, pero por como quiera me pescaba que le estaba viendo las piernas, no las rayas que hacía. Así fue como empezó la cosa porque me decía:

—Mire lo que le estoy explicando, ¿qué me ve acá?

No lo decía enojada, sino sonriéndose, y yo miraba tantito las rayas, pero cada rato volteaba a verle las piernas y me volvía a pescar.

Era una casa enorme donde vivía la patrona de aquella mujer.

Había un vigilante en la puerta de entrada, pero Pipo no se amilanó, llegó y con voz firme le dijo:

—Quiero hablar con la señora de la casa.

—¿Y usted quien es que anda vestido de payaso?

—Ningún vestido de payaso, es mi uniforme de héroe, para hacer el bien. Necesito hablar con la señora para evitar una injusticia.

—¿Y cuál es su nombre?

—Pipo, el amigo de los niños.

Yo no me animaba a decirle nada, era la patrona y el esposo era muy buena gente conmigo.

Hizo varias veces esa operación de enseñarme las piernas y como no le decía nada, de plano me dijo:

—Bueno, don Pedro, ¿pues que a usted no le gustan las mujeres?

—¡Pero cómo que no! — le contesté.

—Bueno—dijo—, pos ahora le voy a dar una chambita donde no va a necesitar al ayudante, véngase para acá.

Me llevó pa dentro de la casa con el pretexto de ver cómo se podía arreglar una ventana. Nomás entramos a su recámara; cerró la puerta y me agarró la riata. No, pos a darle que es mole de olla.

Pos ai tiene que me la empecé a aventar ahí en su casa. Cogía con madre; y con el susirio de que llegara una sirvienta, un hijo o el marido, era más

emocionante. A veces, si no había tiempo, parados los dos; la levantaba en peso y a darle. Eso sí, me quedaba la pura tembladera en las piernas. Salía al patio y me decía el ayudante:

—¿Qué le pasó, maistro? De repente lo veo como muy cansado.

Yo me hacía pendejo <<Nombre, es que me duele la cabeza>>. Me sentaba en el zacatito y estiraba las piernas pa que dejaran de temblar. Desde la primera vez, me dijo muy seria:

—Mire, don Pedro, de esto no quiero que se le vaya a hacer fácil platicarle a alguien, porque, fíjese bien, lo mato; así como lo oye, lo mato si me doy cuenta que lo anda divulgando.

¿Qué irá a pasar? ¿Logrará Pipo solucionar el drama de la sirvienta que se quedó sin trabajo y sin hogar? Antes de continuar con la aventurita de Pipo en la colonia del Valle, vamos a felicitar a nuestros amiguitos que hoy cumplen años.

—A ver, amiguito, ¿cómo te llamas? ¿Cuántos años cumples? Muy bien, toma un pip-pip de cumpleaños en tu naricita.

—Y tú, amiguito, ¿cómo te llamas? Ah, quieres mandarle una felicitación a tu papá que cumple años. Muy bien, un pip-pip de felicitación para tu papá.

Era canija la vieja, se le veía a leguas peor tantito que trabajaba de no sé qué en el gobierno.

Le seguí poniendo Jorge al niño. Ya quería ella que yo hiciera un cuarto en el patio de su casa y que me fuera a vivir ahí.

Cada vez que me metía con ella, la Estelita me picaba la cresta:

—Oiga , pedro, ¿qué es lo que iba a ver que se tardó tanto allá adentro con la señora? Hasta dejó a su ayudante solo en el patio sin hacer nada. Mire cómo viene de despeinado, ¿pos qué andaba haciendo? Y ya sé, al rato va a salir la señora: <<Estelita, hágale a don Pedro un licuado de plátano con miel de abeja>>. Oiga, ¿por qué tantas atenciones? Ya nomás falta que usted nos dé órdenes.

Yo le decía: <<No, es que a la señora le gusta mucho mi trabajo>>.

Ahí hubiera tenido chamba por mucho tiempo, pero un día que estábamos el ayudante y yo sentados en la banquetta debajo de un fresno, esperándola pa que nos pagara, no me acuerdo qué chiste habíamos platicado y nos reíamos cuando llegó y volteamos a verla.

Paró el carro antes de entrar a la cochera. Me hizo una seña de que me acercara y ya que lo hice me habló muy enojada:

—A ver, Pedro, ¿de qué se estaba riendo? Se estaba burlando de mí, desgraciado. Ya le dije que le iba a pesar.

—No señora, no hablábamos de usted.

—Tenga mucho cuidado, pedro, ya se lo advertí—hizo el intento de abrir una bolsa de mano, luego como que se quedó pensando y no la abrió.

Pensé: <<A lo mejor esta vieja trae una pistola en la bolsa y ahorita que entre a cobrarle, me mata>>. Le dije al ayudante:

—Sabes qué, como que no quiere la cosa, ve al patio, tráete todos los fierros y vámonos.

—Señora, lo que usted hizo de correr a esa pobre sirvienta tan sólo porque tuvo un bebé, está muy mal hecho. ¿No se da cuenta que ella no tiene donde vivir, que ahora tendrá que dormir en la calle aguantando el frío que hace en Monterrey?

—Es que el niño llora mucho, señor Pipo.

—Sí, pero eso tiene remedio, señora. Lloro por hambre y porque no le cambian los pañales a tiempo. Deje que su sirvienta le dé de comer, que lo atienda y así el niño no la molestará a usted.

Tos es cuestión de ceder un poco, usted no perderá a su sirvienta y ella tendrá techo y comida.

—Tiene razón, señor Pipo, dígale que venga, que aquí está su trabajo y que le voy a aumentar el sueldo.

—Por eso—me dijo el ayudante—, cómo voy a ir por todos los fierros pa irnos si no nos han pagado, ¿quién nos va a pagar?

—Te pago de mi dinero, con una chingada, pero apúrate, vámonos; ahí te espero a la vuelta.

—¿Pos qué fue lo que pasó? —me decía el ayudante al ir caminando aprisa a tomar la pesera.

—Nombre — le contesté—, pinches viejas ricas, de tanto dinero que tienen, cuando menos acuerda uno, se les bota la canica.

Oiga, compadre ya fue mucha plática y estoy seco. Píchese otra cerveza, ¿no? Y que le cambien a

la tele o vámonos a otra cantina porque ese Pipo ya me tiene bombo con sus aventuritas.

LOS PROTAGONISTAS NOCTURNOS DE LA ALAMEDA

Genaro Huacal

La Alameda Mariano Escobedo, durante el día, es una isla donde la inercia sienta su morada. Rumiante de transeúntes mastica y deglute pasajeros inmersos en el ritmo ciudadano.

Los viandantes pasan de largo por sus calles laterales, huyen por la tangente. La miran sin ver. Sólo viejos y vagabundos permanecen en ella, absortos en el teorema vital de su existencia.

La alameda es grande y su grandeza todos los días ostenta decadencia. Al oeste alberga taxis asténicos al acecho. Su acuario es recuerdo de nuestros mayores. Las aves se fueron volando a espacios más amables.

Las parejas hurgan por la tarde en busca de lugares solitarios. Ellos le brindan ese calor humano, urgente y ecológico. Reviven a hurtadillas el teatro al aire libre, tendido al sol como los huesos de un perro ex callejero.

De mañana y noche, trotadores albinos y crepusculares la hacen latir al ritmo de sus pasos. Mantra antecesor del éxtasis. El nirvana no se alcanza fácilmente, exige paciencia. Los borrachos nocturnos lo saben, por eso, en la hora gris, acude al santuario más próximo del santo patrón universal.

Allí el ángel de Gay-Lussac dispensa misericordioso su divina providencia, ¡oh señor amoroso e indulgente!, ¡acoge a este devoto!, ¡dale otro pecado capital!

A veces, en la banca de turno, en la calada tendida entre las fuentes de este a oeste, nos gana el sueño. Más tarde, <<el viento de la noche gira en el cielo y canta>>, y nos despierta. Entonces es posible atestiguar de madrugada el prodigioso relámpago nocturno.

El privilegio de la vista nos da oportunidad de trascender nuestra paupérrima condición mortal. La morbilidad es geoméricamente poligonal. El sonido del silencio aturde al tiempo, golpea al yunque, blande el martillo, sube al estribo del laberinto.

No deja huella su relámpago, inaprehensible como el rayo verde. Los mejores cazadores de fantasmas nada podrían hacer ante él.

Desde algún punto de la noche nace al espacio de la Alameda puntual y alerta. Su sangre fría, matemática, no falla. De noche los búhos no cierran los ojos, están ahí, atentos, entre las ramas.

Quienes saben se apuestan en la calzada, el cuadrilátero, lugar de los hechos y de los éxitos. Durante largas noches de contemplación nunca han errado.

Las ratas de campo, enormes, son pequeñas comparadas con las de la ciudad, capaces de comerse a un gato bodeguero. Los búhos son ganadores empedernidos, saben que no pierden nada al intentarlo.

Desde su sitio, un búho detecta a una rata de buen peso, la mira acercarse con timidez a la cinta

de cemento. Respira y guanta impasible, a punto de desenfundar.

La rata sube a la calzada, camina despacio, el vuelo soberbio de los pájaros entra en acción, un proyectil lanzado desde veinte metros de altura planea con las alas en cruz.

En el más profundo silencio, sin mover siquiera las hojas de los árboles, con la mayor precisión de un cirujano, explotando las leyes de la aerodinámica, pasa veloz, levanta a su presa y remonta vuelo.

Un parpadeo puede privar del espectáculo. La ceremonia es sólo para iniciados. Aunque somos pocos, de vez en cuando acudimos a renovar los votos.

Genaro Huacal (*Sihochac, Campeche, 1957*) ha sido técnico agropecuario, extensionista agrícola, vagabundo, artesano, obrero, estudiante de letras españolas, librero, corrector, reportero cultural, colaborador en periódicos y revistas regiomontanos, becario del Centro de Escritores de Nuevo León y redactor de la revista PD.

BALADA DE MILTON

Romualdo Gallegos

Trabajaba para la Universidad, en la biblioteca de la Capilla Alfonsina. Para llegar debía abordar dos autobuses, uno al centro y el siguiente, que llega hasta la torre de Rectoría. La ruta de regreso era exactamente igual, sólo que para abordar el autobús que me traía a casa caminaba dos o tres calles a las seis de la tarde, cuando la ciudad empieza a vaciarse y la gente aparece sobre las calles como si naciera tras los muros y bajo las banquetas. A esa hora la ciudad se siente más caliente bajo un sol de metal naranja que empieza a derretirse. Para ahorrar dos o tres calles tomaba un atajo internándome en una especie de mercado del diablo, un pasaje comercial donde desembocan hoteles de paso, piqueras, oscuras fruterías y uno que otro burdel. En ese tramo de la tarde, las cinco o seis, más o menos, las sombras cobran vida resucitando de sus tumbas diurnas, los vampiros empiezan a cepillarse la dentadura, las putitas encargan a sus niños con la vecina y el padrote se lima las uñas.

No pensaba en otra cosa que en la cena o el televisor. Era lunes o martes o alguno de esos días apagados y roñosos. Me detuve en un puesto que ofrecía aparatos electrónicos, medias, cortaúñas, y

bisutería barata; atendido por una jovencita gorda en minifalda, piernas de leche en donde todos los ojos y las moscas de la tarde se detenían. Frente al puesto, una puerta sin puerta, una boca rectangular y oscura donde generalmente se apiñaban albañiles y obreros que no entraban y tampoco dejaban salir. Era el acceso de un burdel negro por el que pasaba todos los días prometiéndome que cualquier tarde me daría el lujo de tomarme tres cervezas. Lo llevaba anotado en mi agenda de curiosidades y pendientes que casi nunca convierto en actos concretos. Ese día entré. No estaban los albañiles de siempre. Crucé un breve túnel de cuatro o cinco metros de oscuridad que se desvaneció en una luz roja y sucia. En la entrada una mujersota altísima se balanceaba en una silla de dos patas, sus largas piernas elevadas como deteniendo el edificio bajo el marco. Tenía puesto un bikini negro bajo una bata deportiva que supuse perteneció a un boxeador. Vigilaba que no entraran niños y pendencieros. Ni siquiera me vio. En esa posición, ayudada de un espejito, se pintaba los labios. Delante de mí, un hombre de sombrero intentó entrar pasando bajo el puente de piernas de la gigante:

—A la chingada los mirones, aquí se viene a bailar y a coger. El que quiera pasar enseñe el billete, si no, se va haciendo de agua.

Bajó sus piernas en forma tan lenta, imitando el descenso de una pluma de grúa. Se puso de pie encorvándose bajo la puerta. Los mirones, que éramos el hombre de sombrero y yo, no le llegábamos al hombro.

—Bueno, cabroncitos, o se me van a hacer la chi, porque las muchachas tienen que trabajar y los

mirones les roban el oxígeno a las pobres, por eso ni Diosito los quiere, así que levándose.

El de sombrero se regresó y quedé frente a la esfinge que vigilaba la cueva. Me vio, lanzó un bosteo perdonándome la vida.

—Vas a entrar o te vas a quedar viendo la eternidad. Si eso quieres vete a un circo.

Caminé hacia adentro. Su mano me alcanzó la espalda.

—¿Qué traes en el maletín? ¿Eres reportero, o qué?

—Son revistas y libros, y una cámara, pero no vengo a tomar fotografías.

Volvió a verme y a sentarse en la misma postura haciendo rechinar la silla.

La cueva era asquerosa, humo rojo, sillas y mesas enanas; olor a orines y al rancio perfume del sexo. El fantasma del humo mordía los rostros de hombres y mujeres. Encontré una mesa estratégica y un mesero apareció.

—¿Qué le sirvo?

—Una cerveza—contesté.

La música ensordecía. Las parejas bailadoras eran personajes de una pintura de Goya. Una niña flaca como tabla, cabello hasta la cintura y vestido celeste, baila con un anciano de traje negro, muy curro. La niña pide que le pague y guarda el dinero bajo las copas de su brasier. Rarotonga, una negra con dentadura de oro, baila lento y sola, descalza, short blancos y blusita morada que encarcela las bárbaras ubres. Cierra los ojos, está en la selva, en un país negro e imaginario. Sonríe al abanico del techo y de su dentadura de otro brotan luciérnagas que chispean en la oscuridad. No di el segundo trago cuando la gigante estaba frente a mí.

—¿Qué traes en el maletín? —preguntó.

—Libros y revistas de futbol, y tachones, porque a veces me paso a entrenar.

—¿Eres Maradona o Hugo Sánchez?

—¿Le gusta el futbol?

—Claro, mi amor, mi esposo jugó para el Sao Pablo, es brasileño. Vino a probarse con los rayados. En el primer partido metió tres goles de cabeza al Potosino.

—No puedo creerlo, ¿Milton Carlos?

—Sabes de futbol, si me invitas un brandy, platicamos.

Me quedé pensando en un programa deportivo en 1975, cuando Hernández Junior, la lengua de locutor más rápida del oeste, anunció la contratación por parte de los Rayados de un ferrocarril de cien kilos que sabía meter goles como comer cacahuates. Se refería a Milton Carlos.

La gigante se había instalado en su propia silla, que cargaba como si fuera domadora de leones y ya tenía un brandy sobre la mesa.

—Es que esas son para niños de kinder—dijo refiriéndose a las sillitas—¿Eres reportero, o qué?, si quieres tomar fotos está prohibido, pero si me dices la alineación titular de los Rayados de hace veinte años, chance te deje entrar hasta los cuartos para que veas cómo trabajan las muchachas.

—Me sabía la alineación de memoria: El Chango Ledezma bajo los palos. En la defensa, el Halcón Peña, los cuates Álvarez y Guaraci Barbosa. En la media cancha: Guerra, Olague y Ubirajara Chagas. De punteros: El Huesos Montoya, Nilo Acuña y Alacrán Jiménez—No me dejó terminar...

—Te faltó el zambo Cano y el Vikingo que vino del sur: Bertochi, qué jugadorazo, haz de cuenta

un mariscal, bien parado, mataba el balón, medía el pase y tenla para que la metas. Chocolates de cincuenta metros al pie de Milton que se encargaba de romper la red. Era otro baile, había ritmo. Ora todos corren como locos.

—¿Todavía ve futbol?

—Hace diez años que no sé nada, nomás lo que oigo aquí y allá.

—No importa— dije—, yo tampoco, y lo que se juega ahora es política y dinero. Se acabó la historia del futbol, ahora juegan al ping-pong con las patas, es la era de los microcéfalos de pierna fuerte.

No entendió mi profunda crítica, y seguimos recordando partidos memorables, las descolgadas del Alacrán Jiménez, los quiebres del Huesos Montoya, la finura de Guarací y los torpedos con la cabeza de Milton.

¿...Y qué pasó con él—pregunté arrepentido por la torpeza de la indiscreción.

—En Brasil. Se fue con una Güera de 20 años menor que él. Pero antes se casó una ve en Guadalajara y otra en Toluca. Yo fui la cuarta—se quedó callada agitando con un dedo el brandy, lo chupó. Se espantó los recuerdos y volvió a preguntar: —¿De veras te gustaba el juego de Milton?

—Hace veinte años que no veo un torpedo como él. En un juego contra el Veracruz, desmayó al portero de un balonazo en el estómago. No disparó con el pie, tiró con la cabeza. Cuando corría pisaba como rinoceronte. Temblaba el estadio. No era muy rápido, ni daba brincos de loco, los movimientos nerviosos no son certeros. Algunos reporteros y comentaristas cuando lo vieron por primera vez en el aeropuerto, se burlaron, preguntaban si lo

habían comprado por kilos. Pendejos. Él no dijo nada y esperó su debut contra el Potosino. Hizo tres pepinos, dos de cabeza y un cañonazo desde fuera del área grande. Los comentaristas todavía dudaron, dijeron que el San Luis era un equipo débil, que había que esperar. Pues al América le hizo dos travesuras y repitió la dosis al Atlético Español. Pero se lo acabaron. Los recién casados bautizaban a sus primogénitos con ese nombre. Los periodistas, insaciables, querían más goles. Las mujeres soñaban con su bigote y su melena. Lo último que se supo, por los periódicos, fue que embarazó a una jovencita. Se esfumó.

La gigante me pidió autorización para pedir cigarros, encendió uno y le dio una chupada tan larga que por poco lo termina.

—Te voy a contar una historia, papito; un cuento que vale más copas, los cigarros y el taxi, porque quiero también mostrarte algo. ¿Podemos ir ahorita a mi casa?

Me había tomado como cuatro o cinco cervezas. Tenía hambre, el humo que arrojaba la boca de la gigante empezó a provocarme cierta náusea. La música o lo que fuera me intoxicaba. Mis hormonas, despiertas, tenían ya los ojos puestos en el cuerpo moreno, en los labios grandes y carnívoros que se chupaban mutuamente. El cuello era alto y los pechos dos balones de carne.

Mis hormonas, en una sesión extraordinaria, habían decidido por votación democrática a la gigante. Dijo que se iba a cambiar, que la esperara en la puerta. Se levantó y cruzó la pista de baile. Nadie, ni siquiera los hombres, sobresalían a su estatura.

Llegamos a un vecindario de esos que se construyen con la lógica de un laberinto. Cruzamos pasillos oscuros y fragmentos de escaleras siempre hacia abajo. Tuve la sensación de entrar a un barrio diseñado bajo tierra y que los aguaceros ahogarían a los vecinos como ratas. Perdí la noción que nos hace sentir que caminamos bajo las leyes de la gravedad, como las arañas que corren por el techo. Por fin , la gigante encontró la llave de una puerta maciza y carcomida. Entramos. Había una salita tapizada en plástico color flores y frutas. Una alfombra roja, una consola en extinción y en los muros, abanicos japoneses. Me pidió que me sentara y regresó con una botella de brandy, una coca cola y dos vasos. Se disculpó de no tener hielo.

Tomé dos vasos más mientras me platicaba cómo conoció a Milton Carlos, detalles de la boda: la única vez que subió en avión para viajar al Carnaval de Río de Janeiro. Seis meses de matrimonio y una muchachita embarazada que destruyó todo.

—Te estás durmiendo, papito. Te voy a mostrar algo para que despiertes.

Me tomó de la mano y me llevó a una recámara totalmente oscura. Quedé ciego momentáneamente.

—Siéntate en la cama. —dijo, al tiempo que me empujaba levemente.

Dos o tres minutos de silencio negro, luego del tric del switch y el golpe de luz. Todo era espejo, los cuatro muros, el techo y el interior de la puerta. La luz que nos inundó emergía de una lámpara instalada en el suelo. Estaba sentado en la cama, de espaldas, de perfil, de cabeza. Era dos, cuatro, ocho. Me levanté a jugar con mis dobles. La gigante apareció desnuda, escurriendo agua fresca. Las

tetas blancas y el pubis depilado. Una estatua que emerge de la Atlántida. Justo arriba de uno de sus pezones, el tatuaje azul de un corazón sobre una pelota y en el centro las iniciales M.C. invadiendo la aureola. Atravesó el espejo y fue por la botella. Tomamos dos tragos más. Pidió que me recostara y me desvistió. Vacío un chorrito del brandy apuntando al huequito de mi ombligo. Después su lengua aquí y allá, remando el pecho, los brazos, las palmas de la mano, los huesos de las costillas, las piernas temblando, las hormonas vueltas locas y una estampida de bisontes, delfines partiendo el agua, canguros alcanzando lumbre, el incendio quemando la Atlántida. Una vaca lamiendo a su becerro recién nacido. La lengua remando, el becerro tomando leche, la nave entrando en la boca de Dios, el hombre en la luna y el descenso.

Sudaba. La gigante regresó con una toalla húmeda que aplicó sobre todo mi cuerpo. Prendió un cigarro, le dio una chupada tan larga como ella y me ofreció. Yo no fumaba pero, tomé el cigarro. Se le quedó viendo a mis fumaditas y habló:

—el cuento es este: hace dos años en Carbonera, una ciudad podrida de Brasil, Milton mató a patadas a su esposa, una chavita colombiana. Lo encerraron año y medio. No tenía antecedentes en su país. Un club deportivo y periodistas que se acordaron de él, hicieron una colecta para pagarle abogados. Nadie reclamó el cuerpo de la colombiana. Lograron sacarlo alegando que tanto gol de cabeza lo había afectado. A los quince días intentó parar un ferrocarril con el pecho. No encontramos más que una pierna. Lo supe por otra puta, amiga de una de sus ex, en Guadalajara.

Sacó una maleta y la desparramó sobre la cama. Un par de tachones viejos, revistas, vendas, fotos, y una camiseta sucia y vieja con el número nueve. Todo era de Milton Carlos.

—Llévate a la chingada todo eso, si no te sirve lo rumbas.

Organicé el maletín. Me vestí, le pedí una cocacola y traté de platicar de otras cosas que no fueran fútbol.

—Vete, te van a regañar en tu casa. Cuando tengas tiempo ve a buscarme, de preferencia lunes o martes. Los fines de semana son muy caros.

—Y cómo hago para salir de aquí.

—Te vas siguiendo la oscuridad, subes todos los escalones que encuentres, te llevan a la entrada. Una calle hacia arriba pasan los taxis.

Romualdo Gallegos, 1962-. *San Luis Potosí, San Luis Potosí, Profesor de Lengua y Literatura egresado de la Escuela Normal Superior del Estado. Becario del Centro de Escritores de Nuevo León durante la promoción 1991-1992. Obras: Nostalgia por los marcianos (crónica urbana, colección Abrapalabra, 1992). Didácticos y pedagógicos (poesía, Grafógrafos Editores, 1995). El Zorro, Miss Mundo y un vecino que no dijo su nombre (cuento, Contrafuerte Ediciones, 1996). El operador y otros relatos (cuento, Ayuntamiento de General Escobedo, 1996).*

MONTERREY CIUDAD ADOLESCENTE

José Alvarado

Escribo estas líneas en sitio donde se reúnen estudiantes y obreros ferrocarrileros, vagos, desplazados de la vida y jóvenes en busca de fortuna o, por lo menos, de un lugar en el mundo. Es un salón largo donde se expende cerveza y mezcal y mi viejo amigo Maurilio Rodríguez elabora con sus manos prodigiosas fritada de cabrito o un pollo en salsa de tomate, dignos de los paladares más fantasiosos o exigentes. Hace calor, pero todo el mundo teme el asalto repentino de un frío duro y delgado, como los que suelen azotar a Monterrey a principios de febrero.

Enfrente está, vieja e insuficiente, la estación de los ferrocarriles y junto dos o tres hoteles, algunos con leyenda, donde se alojan campesinos que vienen a la ciudad, viajantes pobres y familias en derrota. Hace muchos años, a la puerta de uno de estos hospedajes fue acribillado a balazos un diputado y por la misma época habitaba uno de sus cuartos un asaltante al tren de Laredo, famoso y temido en la región. Lo llamaban “el Amarrado” y fue larga la estela de su vida hasta que, como dicen, lo mataron al bajar de un tranvía en una calzada solitaria de la ciudad de México.

Viejo barrio regiomontano, igual casi a todos los cercanos a las estaciones en todas las ciudades del mundo. Aire semejante, luces arcidas, hombres con ojos iguales e idénticos anhelos. Sólo el matiz regional de la población del norte de México...

También concurren abogados, ingenieros, médicos y políticos al sitio de mi amigo Maurilio. También como en tantos sitios de la Frontera, se presentan aspirantes a braceros, con las caras pardas, sin esperanza...

Entretanto, una orquesta, una de esas viejas murgas de todos los barrios de las ciudades de México, deja desprender indolentemente de sus instrumentos melodías de nostalgia y bronquedad, sentimentales y rudas a un tiempo mismo, dulces y violentas a la vez.

México, rico en matices, es, a pesar de todo, igual en todas partes. País todavía en trance de construcción; fermento y crisol de razas que apenas empiezan a entenderse dentro de los individuos, ofrece en Monterrey un espejo a donde se asoman todas nuestras virtudes, todos nuestros olvidos y todas nuestras distracciones. Un espejo sin duda mejor que muchos otros y mucho más moderno, también más ingenuo, pero siempre y definitivamente fiel.

Maurilio y yo nos conocemos hace cerca de treinta años, cuando los dos empezábamos hacer preguntas a la vida y él ya se fajaba duro con ella, detrás de un mostrador, siempre jovial y bueno. Ahora algunas ramas de su ser alegran y premian su existencia. Varios Maurilitos y Maurilitas de estatura distinta, pero facciones semejantes lo esperan cada tarde. Y Maurilio me cuenta sus apuros y sus satisfacciones. Es el mismo porque la vida, a quien

sabe vivirla, no le roba nada; antes le da silenciosa, lenta, imperceptiblemente.

¿Los viejos amigos? Unos triunfaron, otros luchan todavía. Lo menos, por fortuna, se dejaron derrotar. Dos o tres han muerto y uno se dejó morir por pura falta de acomodo de su habilidad en el mundo. Es igual a lo que sucede en todas partes.

Pero Maurilio se preocupa por el destino de los hombres más que por la suerte de su comercio y el nivel de sus ganancias. Fulano, por ejemplo, me dice, no quiere saber que puede vivir mejor; no quiere darse cuenta de su propia inteligencia. Y acaso tiene razón.

Monterrey es ahora una ciudad adolescente. Ha dejado, por ventura, de ser aquella niña, un poco asustada, engreída con sus juguetes desproporcionados: una fundición prodigiosa, una cervecería, y una fábrica de vidrio... Ahora, como adolescente, sueña: tiene poetas, conferencistas, bandoleros y señoritas que anhelan ser secuestradas por piratas auténticos y no por banqueros o rentistas con alma barnizada de aceite de color corsario. Un grupo de muchachos puros, rebeldes y desesperados, con el difícil pecado de la inteligencia a cuestas, combaten con la fealdad, el provincialismo y la torpeza y pelean también contra el enemigo de Monterrey que la ciudad alberga en su seno y hace crecer como árbol simultáneamente mediocre, maldito, poderoso y soporífero. Y todo un racimo de muchachas florece cada noche, cada tarde, en todos los jardines de Monterrey. Por su respetable parte un grupo de señores se ha enamorado del teatro y de doña María Teresa Montoya, al grado de edificar para ella, y a un costo de varios millones de regiomontanos pe-

sos, una sala de comedia superior a todas las que en el país hayan sido. Ítem más: un caballero de éstos ha ido a dar con su valiosa anatomía en un hospital, paciente de emociones desusadamente teatrales en Monterrey. Tal es, al menos, la versión propalada por legres hijos de banqueros en el suntuoso, venerable bar del Hotel Ancira, hoy en pleno proceso de rejuvenecimiento.

Adolescente ciudad a quien brillan las pupilas, resplandece un busto fragante y ondula al viento su cabellera de acero, vidrio y crítica; despierta a todos los temblores del mundo y con un alma mexicanísima frente al viejo Cerro de La Silla, que sigue dando su imponderable lección de sobriedad.

¿Por qué algunos regiomontanos de la época niña de la ciudad no habrán aprendido esa lección del Cerro, severo, grande, bello y sobrio, y han construido algunas de esas casas que, con enorme y pretencioso costo, cuentan entre las más horribles del mundo?

Es una lástima, una verdadera lástima porque todos los cerros de Monterrey, hasta el modesto y tímido del Topo Chico, para no hablar del de Las Mitras, ofrecen un material de construcción espléndido. Una lástima...

Mas Monterrey, a pesar de todo, se salva de esos lunares de fealdad. Bella y amada ciudad adolescente cuya imagen futura, elegante y quizá hermosa, está en las mejores mentes regiomontanas y hasta en algunas de las peores. Vigorosa ciudad resistente aún la cursilería de algún cronista trashumante y a la vez nativo...

Siempre!, Núm. 140, 29 de febrero de 1956.

José Alvarado Santos (Lampazos, Nuevo León; 21 de septiembre de 1911 - Ciudad de México, 23 de septiembre de 1974) fue un destacado periodista, narrador y ensayista mexicano. Durante la mayor parte de su vida llegó a escribir para varios periódicos del país, llegando a ser reconocido a nivel nacional. A principios de los 60, llegó a ser nombrado rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León, teniendo que renunciar a los pocos años después por motivos políticos. Dos son los libros que publicó en vida: *El personaje* y *Memorias de un espejo*. En el libro *Cuentos*, se recogen relatos escritos por José Alvarado como "El oficio de vivir" y "Aparente paradoja".

UN MAL MUY ESPECIAL

Armando Hugo Ortiz Guerrero

Te aseguras de cerrar bien la puerta, cubre tu cara con la bufanda y caminas, un agradable calorillo recorre tu cuerpo, hasta aquí todo bien pues las prevenciones funcionan: calzón largo y sudadera, par de pantalones y camisas de franela, botas grandes para que no molesten las medias gruesas. En la solitaria terminal del ómnibus por más que atisbas no hay seña de ninguno. La espera desespera y otra vez el castaño de dientes. ¡Pinche frío! A caminar de nuevo, pero no entras en calor, a trotar se ha dicho. Con ritmo de atleta vas por la avenida Constitución, tratando de pasar desapercibido a la turba de hombre, mujeres y niños que en traje de baño chapotean en las aguas del río Santa Catarina, o se abandonan a la somnolencia de un sol que cae implacable sobre la brillante arena, pero es inútil, una mujer de apariencia burguesa te descubre y da un codazo a su compañero, te apunta sin la menor urbanidad, digamos obscenamente. Das vuelta para tomar Pino Suárez y sigues el trote hasta que un semáforo te detiene, varios estúpidos conductores te suenan el claxon, ignóralos, es mejor para tu salud, ignora también las groseras bromas que una parvada de limpiavidrios descamisados arrojan a tu espalda cuando cambia la luz del semáforo: ¡Solo!

¡Solo! ¡Solo! Pobres niños, andan casi desnudos. Al llegar a Padre Mier sólo has ganado sofocarte, ¡Pinche frío! Los cristales de los aparadores reflejan un hombre que arrastra los pies con dificultad: tú, y aún falta buen tramo por llegar.

Sacas el papel donde anotaste la dirección y oteando por fin distingues un número y un anuncio: Dr. Ignacio Herrera; con el corazón en un puño vas a timbrar cuando observas un apresurado mensaje en la puerta: “Salí a comer, vuelvo en 15 minutos”...!Pinche doctor! ¡Juró por teléfono que iba a estar aquí!

Imposible esperar, te recargas y la puerta se abre, ocasión que de inmediato aprovechas para entrar, poniendo seguro. Te recuestas en la camilla; un instante más la gélida tortura se multiplica hasta el paroxismo al escuchar un tibio ronroneo: ¡El clima está encendido! Imaginas horrorizado tus extremidades amoratándose, el mínimo calor que guardas se esfuma en la búsqueda del control del aparato, debe estar ahí, bajo la cortina. En un heroico esfuerzo te arrastras para oprimir una tecla a través de la gruesa tela... y el frío aumenta: ¡Cómo serás pendejo! Lo pusiste en “High Cold”, un dulce sopor difumina tu lucidez y al fin te vas rindiendo impasible a todo, a los golpes que pretenden abatir la puerta, a tu voz que nadie oye... ¡Pinche frío!

El comandante de la policía judicial, con aire dubitativo, escucha la declaración del doctor Herrera: No tiene amigos tan atrevidos, ni la menor idea de quién le habló por teléfono, mucho menos de quién fue él o los bromistas que sacaron el cadáver del anfiteatro del Hospital Civil y lo dejaron en su consultorio.

Armando Hugo Ortiz Guerrero, Monterrey, Nuevo León, 1947. Profesor egresado de la Normal Ing. Miguel F. Martínez de Monterrey, Normal Superior del Estado, especialidad en Matemáticas. Elemento del Consejo Municipal de la Crónica en Guadalupe. Autor de Vida y muerte en la frontera, cancionero del corrido Norestense, compilación con 246 piezas del género.

APUNTES DE UN GUIONISTA PORNO: EL DOCUMENTAL

Luis Valdez

1

Hace frío. El inspector del Ruta 206 tenía unos guantes negros con líneas blancas dibujadas como un guante de esqueleto. ¿Se los dejó puestos desde Halloween? No. Es febrero y todos llevamos suéter y saco.

2

Fui a casa de Juan Urbano. Me imprimió la lista de quienes participaron en el cortometraje *Apuntes de un guionista porno*. Dijo que todo resultó un fracaso. Me limité a filmar sólo algunos de sus comentarios.

—A Joaquín Vicente lo conocí en una borrachera que hicieron los de la biblioteca central. Se la pasó hablando de que los cabritos eran una especie mártir de Monterrey. Algo así. Ese tipo es ingenioso pero también se le van las ideas. La verdad es que nadie lo tomó en serio. Y luego apareció con un poemario llamado *Veneno*. Intentamos varios proyectos pero el único que casi nos resulta fue el de los *Apuntes*. No es que las cosas nos salgan mal. Creo que la mala suerte existe.

—¿Por qué pornografía? ¿A quién no le gusta la pornografía? Sólo a los malcoídos o a las reli-

giosas. Nuestro gusto por la pornografía empieza cuando queremos ver algo que está oculto aunque ya tengamos el conocimiento pleno de lo que es.

—Tuvimos un ligero incendio. No fue gran cosa, pero impregnó el olor a quemado por toda la casa. Quedó una mancha en el muro, y más de una vecina aseguró que se trataba del Niño Fidencio. Yo sigo convencido con que era san Martín de Porres. Todos son más de fe regional. No es que sea racista, pero ¿qué carajos tienen que hacer n santo de raza negra en mi sala?

3

Así se construyó el infierno. Hacía un frío de la chingada y el chofer del camión manejaba lo más rápido que podía por el centro de la ciudad. Una vuelta y pierde el control. Y vamos a dar al río Santa Catarina que está seco pero sigue profundo. El transporte explota y todos morimos calcinados.

No, no. Mejor sigo con la investigación para el documental. ¿Me tomarán en serio como una mujer cineasta? Es una ciudad pero hay prejuicios, joven. Hay prejuicios.

4

Siete máquinas de apuestas en la esquina de Ruperto Martínez y Colegio Civil. Veo la manera en que las luces se reflejan en los ojos de la escupefuego.

—Así me dicen desde que me dejó u novio argentino que tuve. Intenté trabajar de eso pero siempre terminaba incendiándolo todo. No era mi culpa. El mundo es demasiado estrecho para mí. Es como la vagina. ¿Sabes cómo averiguar si eres de vagina estrecha? Inserte usted los dos dedos. El índice y el

de en medio. Sí, con ése que hace señas obscenas. Luego intente abrirlos a manera de tijeras o de *peace and love*. Si no puede, es que usted, mi miga, es de vagina estrecha.

—Ahora creo que lo he entendido: la mejor manera de madurar es hacer que sucedan cosas y estar allí. Cambiar la vida de los demás tanto como te lo permitan y no correr esconderse so se molestan.

—¿Por qué lo digo así? Un vagina estrecha es como una mente cerrada. No puedes ampliar un par de ideas a la vez. Piensas como las máquinas, uno, cero, uno, cero. Así piensan la mayoría de los hombres aunque no todos resulten unas máquinas para el sexo. Más bien son como estas máquinas de apuestas. Luces y sonido y nunca te sacas el premio porque lo más seguro, óyeme bien, es que no haya premio.

5

La mecenas no me pudo recibir porque sufría de un ataque de depresión. Además me sugirieron pasarla por alto en mi documental justificando su ausencia con las respuestas incoherentes que me proporcionaría a causa del fuerte medicamento suministrado. Nunca he tenido problema con los comentarios que no son del todo sobrios. Mi madre sufría de esquizofrenia y tuve que aprender aceptarla así hasta que murió.

6

¿Qué importa que mi familia y las personas que requiero para mi documental do estén del todo sanas? Siempre puedo hacer un poco de ficción. Tengo todo el derecho. Puedo imaginarlos brillando de sonrientes, sí. El sólo imaginarlos no le resta valor a

las cosas. Así me convenzo de que todo pudo haber sido mejor. No hay problema. Hoy moriría a gusto. Lo que no he escrito lo he imaginado.

7

Joaquín Vicente. ¿Qué puedo decir de él? No aceptó recibirme en su casa. Prefirió la sección de revistas de un Vips. Está cerca de la puerta de la cafetería, dijo.

—¿Entonces por qué mejor no te filmamos en la cafetería?

—No. Ése es mi lugar, no el tuyo.

A la segunda entrevista ya pudimos charlar frente a tazas de café. Decía frases cortas mientras miraba de manera distraída por la ventana.

—Me gusta ver a las personas que caminan por la calle. Ellos hacen lo mismo conmigo cuando no tengo monedas suficientes para completarme un maldito café de refil. No me parece injusto. Un día estás dentro y al siguiente afuera. Dicen que cada vez hay más contaminación pero eso no nos quita el derecho a respirar un poco, *eh*. Siempre tendremos un rumbo, un par de calle que sirvan de camino. Aunque sea un camino hacia ninguna parte, ¿qué importa? Así son los proyectos. Sólo doblas en la esquina y resulta muy simple.

La siguiente entrevista la llevamos a cabo en un Vips en Paseo de Los Leones. Era invierno y el suelo estaba plagado de hojas y hierba seca y húmeda. Al caminar sobre ellas, en lugar de escuchar cruji-dos, se les sentía como pequeñas esponjas a las que se les exprime el agua acumulada del sereno.

—¿Cómo te diría que uno se siente solo al final de cuentas? Tuve un proyecto, no se realizó, fui a

dar a una plaza de Santa Catarina y enseñé a un montón de niños a cantar a manera de coro. ¡Yo no soy un maldito director de orquesta ni nada parecido! Ahora llegas y me sales con que debo parlotear y parlotear hasta que encuentres la explicación correcta de cómo realizar un documental sobre la historia de un fracaso. ¿Qué te asegura que tú no fracasarás? ¿Qué tus ilusiones no resultarán un fiasco, que no terminarás con el corazón roto? Que al final estarás despidiéndote de mí en el mismo Vips donde me viste por primera vez hace unos días. Y que ya no me daré la vuelta con ese gesto burlón a manera de sorprendido. Nunca más dándole la espalda a los anaqueles de revistas para decir que sí, que yo soy Joaquín Vicente y te has ganado una tarde conmigo por haberme encontrado. Quise ser un maldito guionista porno y no me resultó. ¿Ahora te irás? ¿Arrojarás todos esos videos a la mierda?

Caminamos al Vips de la esquina, frente a Paseo de Los Leones. Él avanzó un par de pasos y tomó entre sus manos una revista. Comenzó a hojearla dándome la espalda y yo retrocedí.

Miré la manera en que su espalda se iba haciendo más pequeña hasta adherirse a las portadas, a los colores naranjas de los anaqueles que resultaban chocantes al olor del café y sonido de tazas y cucharas. Caigo en la cuenta de que es febrero y hace frío. El café a media tarde es bueno.

Luis Alberto Valdez (Monterrey, Nuevo León, 1976) es un escritor mexicano. Es autor de las novelas corta *Estíbaliz* y *la Tormenta* (2000) y del libro de relatos *Territorio de leones* (2006). Ha sido columnista en el periódico *El Porvenir*, *El Regio.com*, y el periódico online

15 Diario. Actualmente es parte del consejo editorial de la revista El Culo del Mundo. Le han otorgado la beca del Centro de Escritores de Nuevo León y la beca del FONCA en la categoría de novela.

BONUS TRACK
(TAMBIEN ELLOS HACEN SU
CRÓNICA)

LIBRES Y LOCOS

Marco Antonio "Tony" Hernandez.

El ruco bailarín cruza la calle bailando, cruza la calle
bailando el ruquito bailarín, baila que baila sin fin vive
la vida gozando, vive la vida gozando el ruquito bailarín
aila aila ailailarailalara

Viene bailando con su carretilla, cargando pape-
les carton y varilla, y muy despacito va dando brin-
quitos, pasito y pasito sin fin, porque baila buggi
buggi cumbias y danzon, viene con la musica en el
corazon

erria
ailaila

Don cheno el del callejon habla con los pajaritos,
habla con los pajaritos don cheno el del callejón,
todos esos chiquitos todos son rebonitos, todos son
angelitos y se la llevan en el callejon

aila aila ailailarailalara

Habla con palomas y con codornices, sunderos
urracas con todos platica, con los sensuaques y con
golondrinas, platica y platica feliz porque dice, que
algun dia se lo llevaran y que del cielito lindo re-
gresara.

erria
ailaila

Toño el enamorado ya que llegue el camión, ya
que llegue el camion toño el enamorado, se pone
colorado cuando ve una mujer; cuando ve una mu-
jer toño el enamorado

aila aila ailailarailalara

Vende paletas chicles y bombones, banderas de
coco y hasta duvalines, vende pollo rostizado el lla-
vero, que vende y que vende feliz, porque toño todo
el dia vive muy feliz

grita como un charro y se empieza a reir

erria erria

ailaila ailaila

Somos libres y locos, pero somos muy pocos, so-
mos libres y locos, pero muy pocos pero muy locos.

Marco Antonio Hernández: *Nació en 1971 en Monterrey N.L. Cursó la Licenciatura en Artes Visuales en la acentuación de Artes Plásticas por la UANL. Pintor, Compositor y más reciente D.J. Autor; junto con su hermano, Carlos “Cano” Hernández, de la mayoría de los temas en El Gran Silencio. Sus discos: Dofos (1986), Libres y Locos (1998), Chúntaros Radio Poder (2000), Super Riddim Internacional Vol.1 (2003), Comunicaflow Underground (2006)Vi/Vo (2008) Revolusound vs Systema (2010).*

UN DOMINGO EN LA ALAMEDA.

Juan Carlos Gómez

Sácale punta a tu lápiz y vamos a la alameda, es un domingo por la tarde, creo que es la hora buena.

Órale compa métase a bañar, póngase guapo y alístese para ir a ligar, hay un domingo en la alameda, la alameda, la alameda, la alameda

Ahí, todos buscan su pareja, su pareja, su pareja, su pareja

Hay un domingo en la alameda, ahí los prejuicios no interesan

Sombrero con plumas y mis botas vaqueras, estoy seguro que no habrá morrita que conmigo no quiera

hay la la lay la alameda, dando vuelta tras vuelta, tal vez me encuentre con una hermosa morena

Hay un domingo en la alameda, la alameda, la alameda, la alameda, ahí todos buscan su pareja su pareja, su pareja, su pareja, hay un domingo en la alameda, ahí los prejuicios no interesan

no no no no no no no no
no no no no no no no no
no no no no no no no no
no no no no...

Juan Carlos Gómez: *Nació en Guadalupe N.L en 1977. Curso la licenciatura en educación primaria en la Normal Miguel F. Martínez. Forma parte de La Verbena Popular; donde es cantante y compositor. Su discografía: Mercado Juárez (2000), El Canto que espanta la pena (2001), El Tercer Viento Norestense (2007) y Cuarto Creciente (2012).*

LA CHAVA DE LA FOME

Jesus "Chucho" Esparza.

A una chava de la Fome no le gusta el rock and roll, pero a mi me gusta ella, le voy a declarar mi amor, y es que solo con mirarla me despierta los deseos, y supe por sus amigos, que le gustan los paseos.

Y la invite a pasear un domingo por la plaza, y ese mismo día, ella me llevo a su casa, conocí a sus papás y también a sus hermanos, después de saludarnos nos fuimos pa su cuarto, y ya solos los dos, platicamos bien bonito, así nos dimos cuenta que seríamos más que amigos.

Y así desde aquel día, siento mucha influencia suya, pues ya escucho al binomio, y a los diablitos de la cumbia.

Pero yo la quiero así, ella se viste bien tumbada, y en una mejilla una lágrima tatuada, baila de gavilán y se junta en las esquina y a veces se pelea, pues es puro trince pa rriba.

Voy a luchar por una chava de la fome, a conquistar a una chava de la fome, voy a luchar por una chava de la fome, yo le voy a demostrar de lo que es capaz un hombre.

Jose de Jesus Esparza “Chucho”. *Nació en Monterrey en 1977. Egresado de la Facultad de Artes Visuales de la UANL. Se desempeña como cantautor con el proyecto Chucho y Etcétera. Discografía: Comenzando la Variedad (2008), Tengo toda la Noche (2011).*

BIBLIOGRAFÍA

- Alfonso Reyes: Genio y figura de Alfonso Reyes. Alicia Reyes. Fondo de Cultura Económica. 309p. México 2000 ISBN 968-16-6129-X
- José Alvarado: Luces de la ciudad, UANL, 1978.
- Antología/ Varios Autores: Monterrey Espejo Nuestro de cada día, Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Información de Historia Regional, Facultad de Filosofía y Letras, 1996.
- Armando Hugo Ortiz: Fuera de Lugar. Colección Abrapalabra. Ayuntamiento de Guadalupe. Cuento. 1993; De Rojo y Negro Isssteleón 93. Movilizaciones del Magisterio Nuevoleonés. Grafógrafos Editores.
- Guillermo Berrones: El subteniente de Linares: final de un ciclo (1999), Peras del olmo (2003), El corrido norteño en Nuevo León (2006), El viejo Paulino: poética popular de Julián Garza (2006).
- Guillermo Berrones: El ojo de vidrio, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.
- Alfredo Zapata Guevara: Esquina bajan (Ediciones Castillo, 1994)
- Joaquín Hurtado: Guerreros y otros marginales, Tierra adentro, 1994. Laredo Song, 1997, Crónica Sero, 2003, Ruta Periférica (UANL) 2008.
- Cris Villarreal: Nosotros, los de entonces, UANL 2010.

- Gerson Gómez: Hemisferio de las Estaciones, Conarte-Conaculta, 2000, Crónicas Perdidas UANL 2010.
- El ojo de vidrio, Antología de la crónica en Nuevo León, UANL, 2009.
- Gabriel Contreras: Estoy en la acera de los que nos vemos (1987) Gobierno del Estado de Nuevo León, Sigue mirando el fuego (1992).
- José Luis Esquivel: Periodismo Cultural, UANL 2011.
- Irma Salinas Rocha: Mi Padre, Centro Social “Benjamín Salinas”, 2000.
- Irma Salinas Rocha: Mi Madre, Centro Social “Benjamín Salinas”, 2006.
- Irma Salinas Rocha: Nostro Grupo, Editorial ISARO, 1978.
- Irma Salinas Rocha: Tal Cual, Editorial ISARO 1981.
- Diego Enrique Osorno: Oaxaca Sitiada, Ed. Grijalbo, 2007.
- Diego Enrique Osorno: El Cártel de Sinaloa, Ed. Grijalbo, 2010.
- Semáforo en rojo, Ed. Abrapalabra, 1993.
- Romualdo Gallegos: Nostalgia por los marcianos, Ed, Abrapalabra, 1993.
- Julio César Méndez: Plato de segunda mesa, Ed. Abrapalabra, 1993.
- Armando Hugo Ortiz: Fuera de lugar, Abrapalabra, 1993.
- Homero Galarza Elizondo: Una fiesta inolvidable Ed., Fac. de Ciencias de la Comunicación, 1991
- José Garza: Tierra de Cabritos, Conaculta. 1995.
- José Garza: Cuaderno de Reportero, 1999. Ed. González.

- Roberto Guillen: Labios de Warrior, Ed. Oficio, 2009.
- Héctor Benavides: Monterrey ciudad noticia, Ed. Autor.
- Hugo L. del Rio: Chivo, Ed. Oficio. 2007.
- Pedro de Isla: Juárez, Ágora Editorial, 2006.
- Pedro de Isla: Del Roble, Juárez, UANL, 2010.
- Mario Anteo: Papeles repasados, Ed. Conarte. 2006.
- Luis Valdés: Territorio de Leones, Conarte-; Municipio de Santa Catarina 2006.
- Silvino Jaramillo: Vuelta a la manzana, UANL. 2006.
- Ximena Peredo: El Buen Entendimiento, UANL. 2009.
- Celso Garza Guajardo: Aquellos Años que Soñé, UANL, 2009.
- Jorge Villegas: Cosas Nuestras, UANL, 1998.
- Pedro Quintanilla Coffin: Aprendiz de Periodista, Ayuntamiento de Monterrey, 1984.
- José Garza: De realidades, ficciones y otras noticias, Diáfora- Fundación Manuel Buendía, 2009.
- José Alvarado: Tiempo Guardado, UANL, 1999.
- Ventura Cantú: De la fama y el olvido, UANL, 2009.
- Antología: El rock es puro cuento, UANL, 2006.
- Rosaura Barahona: Abecedario para niñas solitarias. Ed. Castillo. 1994.
- Alfonso Elizondo, Difunto Ángel, Grafo Print Editores (2005), Copelia, edición de autor (1998).
- Homero Galarza Elizondo: La estación, Letras universitarias, UANL, 1998.

ÍNDICE

A MANERA DE INTRODUCCIÓN A LA ORQUÍDEA PARASITA, ANTOLOGÍA DE LA CRÓNICA URBANA DE NUEVO LEÓN / *Gerson Gómez* / 11

QUIENES COLOCARON LAS BASES

LA FIESTA NACIONAL / *Alfonso Reyes Ochoa* / 21

ENTRE SUSTOS Y CARRERAS / *José Pedro Saldaña Treviño* / 25

LA LEYENDA NEGRA DE SUS BORRACHERAS / *Nemesio García Naranjo* / 29

ESTOS PERSONAJES NO TIENEN RISAS GRABADAS

EL SIX MAN TEAM MATCH Y LA ARENA SOLIDARIDAD / *Gabriel Contreras Martínez* / 39

EL BAUTIZADOR / *Ximena Peredo Rodríguez* / 49

EL VIENTO DE LA NOCHE / *Alfredo Zapata Guevara* / 61

FLOR DE OLVIDO / *Andrés Amaro* / 65

LOS REMORDIMIENTOS DEL DIABLO / *Homero Galarza Elizondo* / 69

BENY BERNAL / *José Alfonso Elizondo* / 73

EL GENIO DE LA BOTELLA / *David González Cantú* / 77

DEL PERIODISMO TOMAMOS LAS MEJORES ARMAS Y DE LA LITERATURA TAMBIÉN

EL DÍA DE SAN VALENTÍN EN LA COYOTERA / *Adriana Esthela Flores* / 85

FARAONES / *Diego Enrique Osorno González* / 89
“BOTERO ES EL QUE PINTA LAS GORDITAS”, “OYE,
RUBÉN, ¿ES IGUAL DE CHINGÓN QUE GARCÍA
MÁRQUEZ, VERDAD?” / *José Lorenzo Encinas Garza* / 101
EN LA PIEL EQUIVOCADA / *Celso José Garza Acuña* / 105
VUELTA A LA MANZANA / *Silvino Jaramillo Osorio* / 115
MI GENERAL GUARDADO / *Roberto Guillén* / 119
LA NOCHE DEL HURACÁN / *Jesús Héctor Benavides Fer-
nández* / 125
CUMBIA TROPICAL / *Arnulfo Vigil* / 139
HOMENAJE A CHÁVEZ MORADO (CABEZA) / *Hugo L.
del Río* / 149
DON RAÚL / *Jorge Villegas* / 153
SIEMPRE ES TIEMPO DE POESÍA / *Gustavo Mendoza Le-
mus* / 155

DICEN QUE LA DISTANCIA NO ES EL OLVIDO

JUÁREZ / *Pedro Jaime de Isla Martínez* / 163
EL ENTIERRO DEL TEMPLO MAYOR / *Rosaura del Pilar
Teresita Barahona Aguayo* / 169

NI DE AQUÍ NI DE ALLÁ (CRÓNICAS DE VIAJE)

BOGOTÁ, REMEBER: GAJES DEL OFICIO. / *Margarito
Cuéllar* / 179
DE TEXAS A CALIFORNIA / *Cristina Villarreal Navarro* / 187

WE WANNA ROCK

PUNK REGIO EN LOS 90, SENTADO EN LA MACRO-
PLAZA / *Ángel Sánchez Borges* / 193
PIEDRAS EN OFERTA Y DE REGALO / *Mario Nuñez* / 205
TRÍPTICO PARA SONÁMBULOS / *José de la Paz* / 215

LO NUESTRO ES SER UNO MISMO

MONSTRUORREY BY NIGHT / *Paz Flores* / 221

ADOLESCENCIA, POST MORTEM / *Alejandro Salas González* / 225

VIDA NOCTURNA / *Irma Salinas Rocha* / 229

LA PANTALLA / *Guillermo Berrones* / 235

¿SIRVEN DE ALGO LAS LETRAS?

DE CÓMO SE HIZO EL ENCUENTRO “SOCIEDAD ESCRITORES SU VERSIÓN” / *Gerardo López Moya* / 243

LOS BROTHERS COLOMBIANOS / *Joaquín Hurtado Pérez* / 253

A ESTE PAÍS NO SE LLEGA CON ARMARS / *Dulce María González* / 261

LA NOCHE DE LOS MANGOS / *Luis Aguilar* / 265

LA BALADA DE PEPE GARRAS / *Mario Anteo* / 273

JUANY. LA VAQUERITA / *Gerson Gómez* / 283

HAMARTIA (SOME GUYS HAVE ALL THE LUCK) / *Erick Pérez Serrano* / 287

AVENTURA DE PIPO EN LA DEL VALLE / *Julio César Méndez* / 293

LOS PROTAGONISTAS NOCTURNOS DE LA ALAMEDA / *Genaro Huacal* / 303

BALADA DE MILTON / *Romualdo Gallegos* / 307

MONTERREY CIUDAD ADOLESCENTE / *José Alvarado Santos* / 317

UN MAL MUY ESPECIAL / *Armando Hugo Ortiz Guerrero* / 323

APUNTES DE UN GUIONISTA PORNO: EL DOCUMENTAL / *Luis Alberto Valdez* / 327

BONUS TRACK (TAMBIEN ELLOS HACEN SU CRÓNICA)

LIBRES Y LOCOS / *Marco Antonio Hernández* / 335

UN DOMINGO EN LA ALAMEDA. / *Juan Carlos Gómez* / 337

LA CHAVA DE LA FOME. / *Jose de Jesus Esparza “Chucho”* / 339

BIBLIOGRAFÍA / 341

Orquídea Parasita de Gersón Gómez,
se terminó de imprimir en septiem-
bre de 2012, en los talleres de Im-
prenta Universitaria. La corrección
de estilo estuvo a cargo del autor.
Formación editorial de Emanuel
García.

